Las horas mangbetú

Memorias de un marino mercante

Pedro A. Munar



Con 23 años y recién salido de la escuela de náutica, Pedro A. Munar se embarcó, a principios de 1973, en un carguero que partía de Montreal y recorría toda la costa occidental africana. Ésa habría de ser su primera travesía a las órdenes del capitán Tobías, un marino bregado y lunático, que, como descubriría enseguida, parecía traer mal fario y suscitar toda clase de contratiempos: desde épicos altercados con descargadores y agentes de aduanas, hasta maniobras que a punto estaban de llevar a pique el barco. Su capacidad para envenenar los incidentes entre la tripulación, durante las largas semanas de navegación por el Atlántico, era también notable. Y una vez en tierra, irse con él de picos pardos podía acabar costando muy caro. Junto a ese personaje inolvidable, Munar conocería el «mayor lupanar de África», tropezaría con mercenarios congoleños, soportaría tremendos temporales, pasaría cuatro días en un campo de concentración de Sudán y se vería envuelto en las aventuras no siempre recomendables, aunque a menudo hilarantes, reservadas a aquéllos para quienes navegar no sólo es un placer, sino un medio de vida.

Pedro A. Munar

Las horas mangbetú

Memorias de un marino mercante

Título original: *Las horas mangbetú*
Pedro A. Munar, 2000
Diseño: Ignacio Ballesteros

Las horas mangbetú no son para ser contadas sino para ser descritas. No son las horas de Occidente, tan semejantes entre sí que es preciso numerarlas para distinguirlas y poder decir: «La una, las dos…, las quince»… Aquí se dice: «La hora en que llegaron los extranjeros»; «La hora en que los pequeños tienen frío»; «La hora de las luciérnagas»… No se dice «La hora del almuerzo», pues se come cuando se tiene apetito. La hora del trabajo es muy corta, y la de la danza dura por lo menos la mitad del día y a veces, cuando hay luna, la noche entera…

LEÓN POIRIER

A mis padres.

LIBRO UNO

(DE PRIMEROS DE ABRIL A FINALES DE SEPTIEMBRE DE 1973)

EL *ARIZONA*

El viaje a Bilbao

A comienzos de la primavera del 73 me sentía algo más inquieto que de costumbre, descifrando cifras y palabras de un montón de papeles que supuestamente constituían un contrato legal de embarque. Estaba redactado en inglés, idioma del que yo apenas sabía cuatro palabrejas mal pronunciadas y algunos verbos que había aprendido de carrerilla con el único fin de aprobar el examen, y me encontraba incómodamente sentado bajo la atenta mirada del Patxi de turno, que no podía creer que me llevase tanto tiempo convencerme de la honorabilidad de aquella pequeña empresa de contratación perdida en un despacho de la séptima planta de un edificio del moderno Bilbao.

Había llegado a esa ciudad tras un viaje demoledor de dos días de duración, que era lo que uno tardaba por entonces si quería ir de una punta a la otra del país. Lo realicé en uno de aquellos trenes sin coche-restaurante, en un vagón de tercera clase de asientos durísimos. La marabunta de paisanos que abarrotaban compartimientos y pasillos con sus hatillos, sus maletas de cartón y el poco dinero que llevaban metido en un pañuelo anudado y celosamente guardado en el bolsillo del pantalón de pana, venían provistos de canastas y capachos bien surtidos de tortillas de patatas con cebolla preparadas con puro aceite de oliva y auténticos huevos de corral, que de sólo olerlas se le saltaban a uno las lágrimas de la emoción; embutidos caseros procedentes de la pitanza celebrada a la sombra del emparrado en el patio de cualquier casa de labrantío; auténticas hogazas de pan de campo, cocidas en horno de leña, de esas redondas, de corteza gruesa y bien tostada a las que no se le

secaba la miga ni en una semana y que cortaban en suculentas rebanadas, valiéndose de genuinas navajas albaceteñas, con una maestría que resultaba conmovedora. Y entre tanta necesidad, que se percibía en las mal disimuladas caras de los muchos desheredados que por allí pululábamos, los había tan osados que hasta destapaban, con gran profusión de ruidos, ajetreadas tarteras de aluminio con frituras de carne magra de cerdo con tomate y pimientos que no se devoraban con tenedor sino mojando el pan en la salsa y atrapando los trozos de carne a punta de navaja. Para mayor desaliento de los que no teníamos para hartarnos más que aire y el humo que entraba por la ventanilla, quienes engullían aquellos manjares con la fruición del hambriento y el recelo del avaricioso se aferraban a las tarteras y los panes con tanta desconfianza que parecía que se los fuéramos a arrebatar. Lo peor venía cuando, dando muestras de una profunda falta de solidaridad, se regaban descaradamente el gaznate con buen vino tinto de la tierra. Lo bebían en bota, como debe ser, y el hilillo rojo sangre que de ésta salía, aunque esmirriado, no despistaba a nadie, porque con cada chorro caía el equivalente de un buen vaso, y hasta que no te la ofrecían con el acostumbrado «¡Eche usted un trago, hombre, para probar!», como solían decir cuando se percataban de la envidia que destilaban tus ojos, te las hacían pasar moradas.

Era, pues, aquel tren uno de ésos en que siempre viajaban tanto paisanos como reclutas, en tan alto número éstos, que el país no parecía en paz sino en guerra eterna. Unos y otros iban bien vigilados por la consabida pareja de guardias civiles, a los que uno respetaba más que a sus propios padres, porque el uniforme que llevaban, color «lagarto otoñal», y el siempre reluciente tricornio de charol inquietaba nada más verlo aparecer, hasta el punto de que casi te ponías en posición de firmes cuando la pareja se acercaba a ti con mirada inquisidora.

Del ardiente vapor que despedía la locomotora pasé a los humos contaminantes de Bilbao en una mañana fría y gris bajo un chirimiri cansado y aburrido. La ciudad parecía condenada a su miseria

industrial, con sus numerosas fábricas de cuyas altas chimeneas se elevaban los eternos penachos blancos que se diluían venenosamente en el aire y sus calles flanqueadas de fachadas elegantes pero tiznadas de gris. Quizá cuando la primavera entrase de lleno la ciudad tomara un poco de color; mientras tanto, su aspecto era enfermizo.

Aunque llevara poco equipaje y la dirección de la empresa de contratación no distara mucho de donde me encontraba, decidí tomar un taxi, pues no me apetecía ir dando un paseo.

Molido y todo firmé por fin el primer contrato de mi vida profesional, unida ya, de manera irrevocable, al mar. No sabría determinar con exactitud las razones de tal decisión. Una vez más, el incierto destino parecía señalar el camino a seguir. Sencillamente te dejabas llevar por las circunstancias, como empujado por un viento que te arrastrase a su capricho, ora soplando en una dirección, ora en otra.

El susodicho Patxi me extendió unos papeles según los cuales dejaba de ser alumno de náutica español para convertirme en tercer oficial de un barco de bandera liberiana, previa firma, claro está, de un recibo por un monto de cien dólares, que me serían puntualmente descontados de la primera paga. Se trataba de un título extranjero obtenido sin rellenar siquiera un formulario de capacitación y luego de un rapidísimo examen médico oral, porque a los veintitrés años, debían de pensar, sería difícil encontrar algo sospechoso en un cuerpo joven y alegre como el mío.

Me pusieron en la mano un billete de avión París-Montreal, unos pocos dólares para gastos de viaje y me llevaron a la estación a tomar un tren (muy distinto del de la noche anterior) como jefe de expedición junto con otros cinco tripulantes, camino de París, para desde esta volar a Canadá.

En tren a París

Resultó ser un viaje bastante movido desde su inicio. A uno de los tripulantes se le ocurrió comprar divisas, y tras la operación bancaria nos vimos rodeados, en un abrir y cerrar de ojos, por una patrulla de la Guardia Civil, que nos condujo a un rincón de la estación y registró a conciencia nuestro equipaje mientras nos interrogaba, por lo que a punto estuvimos de perder el tren. Ya en viaje, mis compañeros decidieron montar una juerga (harto escandalosa) en la que no paraban de burlarse descaradamente de un señor francés muy remilgado y peripuesto que, aunque llevaba asiento de primera clase, no se apartaba de la puerta de nuestro compartimiento de segunda, pues le había echado el ojo a un fornido portugués más primitivo de aspecto que un arado. El muchacho no sabía cómo quitarse de encima a aquel viejo, quien le hacía continuas ofertas que mejoraban a medida que nos acercábamos a destino. El recio portugués, sin embargo, se mostraba obstinado en pasar lo más inadvertido posible. Desconfiaba de todo y tercamente rechazaba, con la cabeza gacha, las propuestas del galo mientras no dejaba de mirar de reojo hacia el pasillo, temeroso, al parecer, de que de un momento a otro se presentara la policía. No cabía duda de que se trataba de un desertor.

En Portugal el servicio militar era muy largo y en extremo penoso y peligroso. Los muchos parias lusos, como evidentemente sucedía con aquel muchacho, sólo tenían dos opciones: marchar a combatir a las colonias de Angola y Mozambique, en la guerra que sostenía la metrópoli contra las guerrillas independentistas, con lo que no existía ninguna garantía de regresar sano y salvo, o irse a las pesquerías de bacalao en los Grandes Bancos de Terranova, donde el mar se había cobrado la vida de tantos hombres, perdidos en la niebla cuando no en el transcurso de fuertes tormentas, a bordo de frágiles traineras.

Alrededor de las seis de la mañana, poco después de que se apaciguaran los ánimos y nos quedáramos todos dormidos, se encendieron de repente las luces del compartimiento y se presentó el revisor pidiendo los billetes. Entonces caímos en la cuenta de que el francés y el muchacho portugués se habían esfumado.

Dos horas en aquel lugar a oscuras, abandonados al sueño en posturas inverosímiles procurando encontrar la mayor comodidad posible dadas las circunstancias, habían dado mucho de sí, a pesar del calor rabioso que despedía la calefacción y el tufo de los pies descalzos, que ofendían aún más el olfato en aquella atmósfera cargada.

—*Puaj, ils sont espagnols!* —Oímos decir airadamente a un gabacho que en ese momento avanzaba por el pasillo en busca del revisor, mientras éste seguía picando billetes con desinterés notorio. El comentario me recordó los que pronunciaban mis paisanos (con harto menosprecio) contra los moros que viajaban en «el catalán», el tren-correo que salía de Málaga y recorría la costa hasta Barcelona.

Ya en París, tomamos un rápido e incómodo desayuno en una cafetería de la estación, servido nada más entrar, casi sin darnos tiempo a pedirlo, por el mero hecho de habernos acercado a la barra, porque todo el mundo desayunaba lo mismo: café con leche y cruasán. El nuestro era uno más de los miles que allí se servían, porque los viajeros salían de los túneles por los que se accedía a los andenes en oleadas ininterrumpidas, igual que hordas hambrientas. Como todo el mundo sabe, el cruasán es la pasta por excelencia en Francia. El archifamoso bollo en forma de media luna fue creado por un pastelero vienés que en 1683 logró escapar al cerco que los turcos habían puesto a Viena. Gracias a la información brindada por dicho pastelero, el emperador consiguió levantar el sitio de la ciudad. En agradecimiento, le ofreció a aquel permiso para conmemorar la victoria con tan delicioso bocado. Pero por rarezas del destino no fueron los vieneses quienes lo popularizaron, sino los parisienses.

París fue visto y no visto, un paseo rapidísimo sin apenas tiempo para disfrutar. Ya vendría el desquite años después, degustando de las exquisiteces del restaurante Le Coq o recorriendo los insólitos rincones de la ciudad en compañía de mi amigo Arthur Hirsch, un personaje curioso que se había impuesto como meta en la vida enriquecerse antes de cumplir los sesenta, para dedicar el resto de sus años al estudio de la figura de Johann Sebastian Bach y demostrar que, además de ser uno de los mayores músicos de todos los tiempos, fue también un genio de las matemáticas.

Aquel día de mi primer encuentro con París resultó menos placentero de lo que habíamos esperado. Nuestra decisión de tomar un taxi que nos llevara de la estación al aeropuerto originó una verdadera trifulca. Ocurrió que se nos acercaron unos hombres preguntándonos: «*Taxi, monsieur?*», y nosotros, ingenuamente, aceptamos. Unos taxistas que se percataron de la jugada recriminaron airadamente a aquéllos su actitud, y en la riña que siguió hasta se zarandearon, y así que nos hubimos acomodado en los coches huyendo de las tortas, los intrusos salieron de estampía. Luego siguió una alocada carrera, con el corazón en un puño, saltándonos semáforos y preferencias de paso, esquivando peligrosamente a peatones y vehículos, para escapar de un taxista que pretendía impedir que los intrusos se salieran con la suya.

Afortunadamente, el viaje en avión fue relajante. Recuerdo que pronto se hizo de noche y tras la comida mis compañeros fueron en busca de asientos libres donde improvisar una cama y echarse a dormir.

Montreal

Fue en Montreal donde tuvo lugar mi encuentro con Tobías. De entrada, la noche en que llegamos una cortina de agua como yo no había visto en mi vida nos acompañó desde la escalerilla del avión hasta el portalón del barco. El cielo descargaba con tanta furia que

terminé calado hasta los huesos en el breve trayecto del avión al taxi y de éste al barco. A las diez de la noche de un 2 de abril me encontraba rendido de emoción, chorreando agua y maleta en mano pisando la cubierta de aquel barcarrón, que dejaba a la altura de un gusano al automóvil que me había conducido hasta él.

Tobías, el personaje central de mi historia, estaba aguardando los relevos, guarecido de la inclemencia del tiempo junto a unos pocos tripulantes curiosos que se habían alertado al ver los faros del vehículo cruzar la desapacible explanada a merced del viento, la lluvia, el frío, la soledad y la oscuridad reinante. Yo habría sido incapaz de distinguir al capitán del resto de los tripulantes que allí estaban si uno de ellos no hubiera tenido a bien el presentárnoslo. Tobías vestía con desaliño, iba sin afeitar y permanecía indiferente a todo con semblante severo. Me dio un apretón de manos formal, sin entusiasmo alguno, y cambiamos las cuatro frases de rigor mientras él escrutaba concienzudamente mi rostro. Sin duda trataba de descubrir qué clase de individuo le habían enviado desde Bilbao como tercer oficial. A pesar de que al principio debió de pensar de mí «¡Bah, un novato!» y yo pensé de él «¡Parece un barril!», pronto se desvaneció aquel desencanto cuando una sonrisa acogedora comenzó a dibujarse en sus labios y su mirada torva adquirió un brillo fraternal. En ese momento ambos supimos que aquello funcionaría, que nuestras andanzas no tardarían en correr la misma suerte.

—¿Has navegado mucho? —me preguntó.

—Tres años…, haciendo las prácticas… en cinco barcos. Pero de tercer oficial, la verdad es que es la primera vez —repuse algo contrariado, temiendo defraudarlo.

—Bueno, no importa —dijo con firmeza—; lo que interesa es que vengas con ganas de aprender cosas y pongas buena voluntad —sentenció en tono conciliador.

—Cuente con ello —repuse. Le miré con franqueza agradeciendo la confianza que depositaba en mí. Me había dado su visto bueno y

eso calmaba la tensión acumulada durante los días previos al embarque.

El trato del capitán era afable, casi amigable; algo insólito dado lo que solía encontrarme en los barcos españoles, donde imperaban la frialdad y el mantenimiento de las distancias. Sin embargo, en aquel cascarón las cosas parecían distintas, y el que al principio no hubiese descubierto quién era el capitán y quiénes los marineros, constituía una buena señal.

En los barcos españoles, el capitán, el jefe de máquinas y los primeros oficiales de puente y máquinas, respectivamente, formaban una casta impenetrable. Luego venían los demás oficiales y los alumnos de las escuelas de náutica, entre quienes reinaba, por norma, una aceptable camaradería. Por fin, y en último lugar, se encontraba el resto de la tripulación. Se trataba de tres mundos, completamente separados el uno del otro, entre los cuales, en un espacio tan reducido, no era extraño que se produjeran fricciones.

Mi exquisita educación recientemente adquirida en el *Mar Cantábrico*, uno de los barcos en que había hecho mis prácticas como alumno, nada tenía que ver con aquel aparente desmadre flotante que iba a ser mi nueva residencia. En aquel barco todos los oficiales eran vascos, a excepción del radio, un gallego y de mí, un «ibero». Sólo nos reuníamos a las horas de las comidas, en que, sentados a un extremo de una larga mesa, en una cámara sombría y silenciosa, permanecíamos como embobados a la espera de lo que dijese o dejara de decir el enano que la presidía en el extremo opuesto: nuestro capitán. Para dirigirte a él tenías que pedir permiso, y cuando te lo concedía, mandaba callar los ahogados susurros que pudieran oírse diciendo: «Un momento, por favor, que va a hablar el alumno». Entonces todos volvían la vista hacia ti, expectantes, como si fueras la fiera de un circo, y tú maldecías la hora en que se te había ocurrido levantar el dedo.

Aquel capitán era muy parco en palabras y muy rígido en su proceder. Ante él se medía lo que se fuese a decir con calibrador. Así

pues, las horas de la comida y la cena constituían un solemne y monumental aburrimiento.

El primer día, al capitán, rompiendo el implícito voto de silencio de aquella capilla-comedor, se le ocurrió preguntar: «¿Alguno de ustedes ha probado el churrasco argentino? Se lo recomiendo». Todos permanecimos callados, porque nadie quería pasar el examen, pero aquella frase lapidaria caló en quienes ocupábamos la cámara como si de una orden se tratara. A nuestra llegada a Buenos Aires tendríamos que probar el famoso corte de carne argentino, por narices, lo quisiéramos o no.

A partir de ese momento a todo el mundo le dio por mencionar el tema del churrasco, que al parecer tanto agradaba a aquella pasa avinagrada de tan sutil mala uva. Durante los 17 días de travesía desde Bilbao a Buenos Aires no oí hablar de otra cosa. Uno de los oficiales de bajo rango, de los 13 que participábamos de aquel velatorio, se me atragantó un día en que osó revelar, el muy pelotero, que una vez, en un restaurante de la calle Corrientes de Buenos Aires, le habían servido un churrasco tan grande que no cabía en la fuente, por lo que habían tenido que ponerle las patatas fritas en un plato aparte.

Por las noches yo soñaba con churrascos. Alucinaba viendo flotar en el aire, por todas partes, enormes trozos de carne violácea, crudos y sangrantes, que se abrían y cerraban amenazadoramente ante mis narices con intención de devorarme.

Cuando llegué a Buenos Aires estaba mentalmente tan agilipollado que hice lo mismo que los demás: bajar corriendo el primer día a tierra en busca del primer restaurante donde se «churrasqueara» de lo lindo. Además, cualquiera hubiese aguantado el viaje de vuelta sin cumplir antes con la normativa impuesta tras largos días de obsesivo lavado de cerebro.

Comparado con todo aquello, el *Arizona*, tal como intuía (y el tiempo acabaría por darme la razón), era un antro de libertinaje que favorecía el vicio y la perversión. El ambiente de los barcos lo hacen

los capitanes, y Tobías era muy condescendiente con los tripulantes siempre que no causaran problemas.

El *Arizona*

El *Arizona* había sido durante muchos años el *Cafetero*, nombre que me gustaba más y que correspondía a los tiempos en que se dedicaba exclusivamente a transportar sacos de café desde Colombia a Estados Unidos. Pero míster Stevenson, de la Stevenson Ltd. de Nueva York, la armadora del buque, descendiente directo del viejo Stevenson que a finales del siglo XIX había emigrado a América procedente de la pequeña aldea de pescadores de Tjörn, en Suecia, lo había rebautizado así quizá pensando que era un nombre más patriótico para los tiempos que corrían de pleno auge del expansionismo norteamericano. Se trataba de un viejo candray tipo Liberty de los más de 2700 que los astilleros estadounidenses habían botado como churros desde su entrada en la Segunda Guerra Mundial, destinados a formar convoyes con los que cruzar el Atlántico cargados con suministros para los ejércitos aliados que peleaban en suelo europeo. Una vez finalizada la contienda, los que tuvieron la suerte de salvarse de los torpedos de los submarinos alemanes quedaron atracados por docenas en puertos americanos, y poco a poco fueron vendidos por lotes (a precio de saldo) a navieros avispados.

Aunque había sufrido leves modificaciones estructurales, el barco seguía manteniendo sus dimensiones originales, casi 135 metros de eslora y 18 de manga, con un calado de más de ocho metros. La acomodación estaba situada al centro, y en ella había alojamiento para más de 40 personas, de modo que, como nuestra tripulación no pasaba de los 26 hombres, casi todos contábamos con nuestra cabina individual. Hacia la proa había tres bodegas, y a popa, dos. Cada una estaba dividida, verticalmente, en tres secciones: bodega, entrepuente bajo y entrepuente alto. En total, transportaba 11 000

toneladas de mercancías. En cubierta, entre las bodegas había una especie de casamata de la que partían sendas parejas de puntales para la carga y descarga, capaces de soportar pesos de hasta 15 toneladas. También disponía de dos jumbos de 50 toneladas para las cargas pesadas, uno a proa, entre las bodegas 1 y 2, y el otro a popa, entre las bodegas 4 y 5.

Stevenson lo había destinado al transporte de toda clase de manufacturas y graneles desde Estados Unidos y Canadá hasta la mayor parte de los puertos de la costa occidental africana. Al mismo tiempo, tenía un contrato con el gobierno estadounidense para llevar suministros a la base aérea de este país en Kenitra, Marruecos.

El proceso de carga y descarga era siempre el mismo: a medida que se iba produciendo el desembarco de mercancías en los diversos puertos africanos e iban quedando espacios libres, se iban estibando distintas materias primas, en especial sacos de cacao y café con destino a Estados Unidos y Canadá.

El recorrido comenzaba por el Atlántico Norte hasta la costa septentrional de África, lo que suponía más de 3500 millas marinas (unos 6500 kilómetros), que hacíamos en menos de dos semanas a la envidiable velocidad de 12 nudos, es decir, poco más de 22 kilómetros por hora. Al día navegábamos una distancia aproximada a la que hay entre Alicante y Barcelona. Luego venía un mes en que picoteábamos la costa occidental africana, atracando en un rosario de puertos hasta acabar en Angola, desde donde remontábamos el Atlántico, de sur a norte y de este a oeste. Tras dejar África a nuestras espaldas comenzaba la parte más dura del viaje. Aunque mentalmente estuvieses preparado, ya sabías lo que ibas a encontrar: un eterno mes de agua y más agua. Eso sí, no estaríamos completamente solos, porque las ballenas salían a la superficie cuando en sus rutas migratorias topaban con nosotros, se identificaban con unos cuantos chorros de agua y nos escoltaban un rato, espiándonos. En cuanto a las aves, que eran una compañía constante cuando navegábamos a lo largo de la costa, apenas se aventuraban a poco más de 200 millas de ésta.

En cualquier caso, solían ser viajes muy cómodos, porque salvo los pocos días en que hacía mal tiempo y el mar estaba encrespado cerca de la costa de Norteamérica, enseguida entrábamos en el mar de los Sargazos y comenzaban los buenos días de navegación que nada tenían que envidiar a las tranquilas singladuras por el trópico, que ejercían un efecto sedante sobre nosotros. Eran días de mucho calor y aguas calmas y cálidas sobre las que flotaban tenues halos de vapor cuando brillaba el sol y que por las noches se convertían en un cristal oscuro donde se reflejaban las estrellas más brillantes.

Salvador, el radio

La noche siguiente a mi llegada a Montreal me fui con Salvador, el radiotelegrafista, a conocer la ciudad. Ya se sabe que en los puertos rara vez se sale sin compañía a menos que sea a plena luz del día, por lo que uno no tarda en hacer amistades. Congenié con Salvador nada más conocerlo; bastaron unas breves frases para que supiéramos que haríamos buenas migas el uno con el otro.

Salvador era un madrileño nada chulesco, y su cuerpo corpulento, de casi dos metros de estatura, albergaba un alma profundamente humana. Tenía una cabellera ensortijada, porte de galán de cine y una charla amena con la cual, aun sin saber idiomas, conquistaba a las chicas con el mínimo esfuerzo, por lo que me obligaba a una dura competencia cuando salíamos juntos, cosa que hacíamos muy a menudo. Su gran atractivo físico (ya he dicho que de galán de cine) era lo único negativo que veía yo en aquel chavalote. Se trataba de un muchacho sencillo, tan natural en el trato como un gañán, aunque había nacido en el asfalto madrileño. Ya podías darle dos collejas, que él se lo tomaría a broma si procedían de un amigo.

La mañana en que lo conocí se encontraba muy atareado, trabajando afanosamente en su estación de radio. De un gran panel que llegaba hasta el techo extraía unas anchas bandejas metálicas

llenas de válvulas, condensadores y resistencias alargadas con franjas de diferentes colores, circuitos de estaño y cientos de pequeños y misteriosos artilugios de formas diversas. Pensé en lo peligroso que debía de ser meter los dedos en las entrañas de aquellos poderosos aparatos de radiocomunicación que permanecían encendidos a todas horas y decidí asustar a Salvador contándole lo que me había ocurrido en un petrolero unos meses antes.

Una historia desgraciada a bordo del *Muñatones*

—Fíjate, Salvador, qué casualidad —le dije—; estando en el *Muñatones* conocí a un radio que era muy parecido a ti, incluso tenía tu misma estatura. La única diferencia es que tú eres «gato» —bromeé— y él era filipino: había nacido en Manila, de padre español y madre tagala, de la isla de Luzón. Pues sucedió que un día en que manipulaba con un destornillador de mango corto el transmisor principal, a aquel mocetón le dio una descarga de alto voltaje que lo lanzó por los aires. Estábamos en el puente cuando oímos un grito y un fuerte golpe procedentes de la estación de radio. Cuando llegamos nos lo encontramos tendido en el suelo, electrocutado. Justo en el centro de la palma de la mano, allí por donde le había entrado el arco voltaico, tenía una mancha violácea. No respiraba. Se nos fue en lo que dura un suspiro.

El hecho, en efecto, ocurrió cuando navegábamos rumbo al sur para bordear África y dirigirnos al golfo Pérsico, y aunque nos encontrábamos cerca de la costa sahariana, el puerto más cercano, Villa Cisneros, se hallaba a unas cuatro horas de viaje. De modo que empezamos a enviar llamadas de auxilio a los barcos que pudieran estar cerca de nosotros, porque la visión del cuerpo inanimado de nuestro compañero, tendido en cubierta como un juguete roto, nos sumía en la impotencia y la desesperación.

Teníamos la esperanza de que nos contestara algún buque soviético, porque era bien sabido que los barcos de los países del Este no llevaban Coca-Cola ni cigarrillos ni botes de salsa kétchup o cualquiera de esas porquerías *made in USA* que tanto deslumbraban por entonces, pero sí médico a bordo con el que sentirse amparado en medio del mar.

Sin embargo, pasaba el tiempo y nada, nadie respondía a nuestras llamadas de urgencia. Teníamos la sensación de que nos hallábamos solos en aquellas aguas, abandonados a nuestra suerte.

Al cabo de un par de horas, bajo un sol abrasador que caía sin contemplaciones, rodeados de una calina bochornosa que impedía la visión más allá de media milla en torno al barco, surgió de pronto de entre la bruma una lancha del buque de guerra *Sir Lancelot*, de la muy real Navy inglesa, que no sé en qué batallas andaría metido, pero que en ese momento fue como una bendición del cielo para nosotros, cuya presencia agradecimos de corazón. Había escuchado nuestra petición de auxilio y enviado un médico, que desgraciadamente no pudo hacer otra cosa que certificar que nuestro compañero había pasado a mejor vida.

Al atardecer se vio la silueta de aquel cuerpo (entablillado y envuelto en mantas como si de una momia se tratara) izarse lentamente colgado del gancho de la grúa del barco, atravesar el enorme disco solar que se recogía en una espectacular puesta rojiza, y depositarse en una lancha que habían enviado del puerto de Villa Cisneros al fondeadero donde nos encontrábamos.

La escena era conmovedora. Toda la tripulación había salido a cubierta a despedir al compañero muerto y presenciaba el trasbordo con afligida emoción, inmóviles como estatuas, en medio de un silencio contenido.

—Así es que, Salvador —añadí—, aun suponiendo que sepas lo que estás haciendo, deberías utilizar destornilladores de mango más largo.

—Sí, me han hablado del caso, y, por cierto, ¿a qué hora quedamos para salir? —Fue todo lo que atinó a decir tras mi larga

perorata.

—A las siete me viene bien —contesté.

Por la tarde, en efecto, y tras andar sin rumbo fijo por las calles de Montreal, despejadas de viandantes debido a una llovizna pertinaz, Salvador y yo acabamos por preguntarle adónde ir al primer taxista que encontramos (la última esperanza a la que se recurre cuando las cosas se presentan torcidas), quien nos recomendó el Tropicana. Este local de baile resultó estar (a juzgar por lo que marcaba el taxímetro) donde Cristo dio las tres voces y nadie lo escuchó. Antes de que cayésemos en la cuenta, el taxi se marchó dejándonos allí tirados.

Para nuestra desgracia, resultó que no estábamos a miércoles, el día ideal en que las chicas, según nos habían contado, sacaban a bailar y ligaban, sino a martes, y era la jornada de descanso del personal. Aun así las cien mil bombillas de colores que había delante del local permanecían encendidas, así como los tubos de neón, que no paraban de parpadear formando figuras de cocoteros que se entrecruzaban en el aire en continua labor de reclamo.

Yvette

No se veía un alma alrededor. Cuando ya pensábamos que la noche nos la estaba jugando, llegó un coche con dos chicas tan despistadas como nosotros. No nos costó mucho decidirnos por suplicar su ayuda; al fin y al cabo no había nadie más que pudiera proporcionárnosla en aquel paraje desangelado del extrarradio de la ciudad. Les rogamos que nos llevaran de vuelta al centro. De entrada se negaron, ante nuestra insistencia dudaron, y acabaron por aceptar.

Una de ellas dijo que casualmente iban al *downtown*. A mí la palabra me sonaba a «tauntáun», a tomadura de pelo con tam-tam africano incluido, así que le dije que no, que nosotros a donde queríamos ir era al «senter».

—*Senter of de taun* —intervino mi amigo.

Así nos tiramos un buen rato, hasta que las muy pécoras, entre risitas, comprendieron lo que queríamos decir. Tenían más ganas de guasa que nosotros.

En un primer momento Salvador acaparaba casi en exclusiva la atención de las dos chicas, que se lo rifaban; pero una vez en el coche mi amigo ya no parecía tan alto ni encandilaba con su bigotito a lo Clark Gable, y además con el codazo que le propiné permaneció bastante tiempo callado.

Yvette, pecosa y pelirroja, conducía alocadamente por una amplia y solitaria avenida camino del *downtown*. Iba lanzada para pillar los semáforos en verde, y cuando creía que uno estaba a punto de cambiar a rojo, pisaba el acelerador a fondo y soltaba una carcajada, porque sabía que su temeridad nos asustaba. Al principio era posible contar las luces a los lados de la calzada, pero conforme nos adentrábamos en Montreal éstas se iban multiplicando a medida que dejábamos atrás cartel luminoso tras cartel luminoso, farolas, más semáforos, modernos rascacielos cuyas ventanas semejaban hileras de celdillas encendidas, y todo aquel maremágnum de luces se reflejaba en el asfalto mojado y en los charcos, multiplicándose sin fin. Cansaba la vista, pero a cambio sentías que penetrabas en un mundo de ensueño.

Nos pasamos media noche buscando hoteles de más de veinte dólares la habitación, porque era un requisito que las chicas nos exigían. La cifra debía de señalar para ellas la frontera entre lo dudoso y lo decente. Después de recorrer toda la ciudad y preguntar si había habitaciones y cuánto costaban a conserjes recelosos (convencidos, seguramente, de que Salvador y yo, que hacíamos las averiguaciones, éramos un par de homosexuales ansiosos por encamarse), acabamos por detenernos, a las dos de la mañana, ante un hotel que, ¡vaya suerte!, resultó ser el Hilton.

—No hay habitaciones, señores. Sólo nos quedan algunas *suites* libres, a doscientos dólares cada una —nos informó el recepcionista en tono levemente socarrón mientras observaba con descaro cómo

Salvador y yo cruzábamos miradas de decepción—. Pero a partir de medianoche el precio es la mitad —añadió con suficiencia ante aquellos extranjeros obligados a rascarse el bolsillo.

Mientras salíamos del hotel en busca de las chicas, que aguardaban en el aparcamiento, Salvador juraba en arameo por lo bajini, y yo lo comprendía perfectamente. El pobre estaba ahorrando para casarse y su novia, desde el comienzo mismo de la relación, le controlaba la nómina y las transferencias bancarias. ¡Lo tenía claro!

Me había tocado en suerte Yvette, un bombazo de mujer. La naturaleza lo había determinado así, porque la otra muchacha, Catherine, era un palmo más alta que yo, aunque a mí no me habría importado subirme a una escalera de ser necesario. Mi estatura, pues, condicionó la elección de Salvador a pesar de que éste deseaba a Yvette, que además de ser muy atractiva semejaba una gatita de aire perverso, una muñeca tan sensual que arremolinaba los sentidos, y él era perfectamente consciente de ello.

Y viene a cuento este encuentro con nuestras amigas canadienses porque gracias a ellas descubrí otra faceta de Tobías, la de gruñón y cascarrabias.

El primer berrinche de Tobías

No fue hasta casi el mediodía cuando nos presentamos en el muelle. Era un día radiante y el aire, fresco y límpido a causa de la lluvia de la noche anterior, nos venía de perlas. El lugar era un hervidero de gentes atareadas. Vehículos y máquinas iban de un lado a otro, cargados de mercancías, entre los barcos y los almacenes. Salvador y yo cruzamos la vasta explanada como bailarinas, a la carrera y dando saltitos, buscando el refugio y la complicidad de los contenedores y de todo aquello que nos permitiera acercarnos a la escala del barco pasando inadvertidos a los ojos de los tripulantes, aunque ello nos obligara a mojarnos los

zapatos y empaparnos los bajos de los pantalones en los charcos que cubrían el suelo de hormigón.

Nuestra mayor preocupación era disimular la solemne tajada que llevábamos, pero no dábamos el pego. Los continuos traspiés y nuestros rostros cansados, pálidos y ojerosos nos delataban. Junto al portalón del *Arizona* la actividad era frenética, y comenzamos a subir convencidos, por un instante, de que nadie había reparado en nosotros. Nos equivocamos. Tobías nos espiaba tras las cortinas echadas de su camarote, que daba al costado de tierra del barco.

Salvador se fue directamente a su cubículo. Como entonces los radios apenas si tenían nada que hacer durante las estancias en puerto, lo hizo convencido de que nadie reclamaría su presencia. Y la verdad era que sólo en alta mar su actividad cobraba relevancia. En cuanto a mí, no se me ocurrió mejor cosa que subir, mansamente, a ver al capitán, contarle lo que nos había sucedido y, de paso, despertar su compasión confesándole nuestra reciente ruina. Además, me sentía avergonzado, porque no llevaba ni tres días embarcado y ya estaba escaqueándome del trabajo.

Cuando llamé a la puerta, Tobías abrió y se mostró sorprendido de verme, pero luego, tras cerciorarse de que permanecía sólo bajo el dintel, se puso a soltar bufidos, a fustigar el aire con sus manazas y a enrabiarse como un loco.

—¡Pase usted! —me ordenó a voz en cuello.

Fue la primera vez que presencié uno de sus ataques de furia. Y para ser el primero juro que quedé más que sorprendido, pasmado diría yo, ante tan inesperada reacción.

—¡Tú sí eres un hooombreee!… ¡Así hacen los hooombreees!… ¡Dan la caaaraaa!… —gritaba exaltado mientras me señalaba con el dedo como si fuera un héroe, el ejemplo a seguir, aunque a mí más bien me parecía que iba a fusilarme en cualquier momento. No me pareció oportuno sincerarme.

La rabieta de Tobías era tal que comenzó a dar pequeños botes y patadas contra el suelo del camarote, que se encontraba justo

encima del de Salvador, quien seguramente estaría tapándose los oídos con la almohada para no escuchar lo que le llovía del cielo.

—¡Y no como otros, que se escooondeeen!… —proseguía, fuera de sí—. ¡Se creen que me van a engañar a míii…, a míii!

Permanecí inmóvil durante largos minutos, cabizbajo, sin atreverme a mirarlo a la cara o a abrir la boca siquiera. Al principio estaba perplejo y asustado, pero al cabo de unos instantes la verdad es que si seguía con la vista fija en el suelo era para disimular el ataque de risa que amenazaba con apoderarse de mí. Cualquiera que hubiese presenciado la escena habría pensado que de tan afligido que me encontraba yo sollozaba en silencio, porque todo mi cuerpo se sacudía y mis hombros subían y bajaban como si fuese una marioneta. Pero la realidad era otra: ya no podía aguantar más e iba a reventar en cualquier momento. Me imaginaba las conjeturas que estaría haciendo Salvador en esos instantes y me preguntaba si se percataría de que él era la causa de la furiosa tempestad que se había desatado en el camarote del capitán.

Si no lo tuvo claro entonces, lo tendría después. Tobías no le dirigiría la palabra en mucho tiempo.

Las historias del Viejo

Tobías era físicamente poco agraciado; el típico sesentón calvo, bajo y barrigudo, la antítesis del hombre atractivo para los cánones de belleza de cualquier mujer. Su vientre prominente sostenido por unas piernas flacuchas, blancas como el marfil y carentes de vello le confería el aspecto de una peonza. La cabeza tostada por el sol se asemejaba a una bombilla reluciente, y aunque el escaso cabello canoso que le quedaba en la nuca casi no requería de peine, él se lo fijaba con no sé qué gomina que se traía de su pueblo burgalés, al que iba de vacaciones de vez en cuando. Se trataría, seguramente, de algún mejunje casero de la abuela o un preparado de la botica de

su primo, pero en cualquier caso daba muy buen resultado, porque adhería aquel escaso pelo al cráneo que ni pintado.

Siempre lo recordaré en camiseta; al fin y al cabo andábamos por el trópico, y aquellos viajes tuvieron lugar entre el comienzo de la primavera y el final del verano, y con muy buen tiempo. Yo también iba por el mundo en camiseta, pero las de Tobías eran distintas, pues se mantenían siempre de un color sospechoso, tirando al amarillo pálido. Jamás supe si las tenía todas de ese singular color o se trataba de la misma y nunca la lavaba. Tampoco me atreví a preguntárselo; sólo de verlas me daba yuyu. Eran de esas muy veraniegas, de tirantes, y por ella asomaba una repelente pelambrera canosa. Sin duda las encontraba muy cómodas, porque nunca variaba su vestimenta salvo en contadas ocasiones, como eran las arribadas a puerto o cuando debía recibir a alguna autoridad. Entonces lucía, muy solemne, la reglamentaria camiseta blanca de manga corta, sin galones, eso sí, con aspecto de haber sido planchada alguna vez y pasablemente limpia.

Usaba también unas sandalias de monje franciscano que, imagino que tratando de imitar el modo de vestir de los ingleses de salacot cuando holgazaneaban por sus colonias de ultramar, acompañaba con calcetines. Pero los calcetines de Tobías no eran de media caña con ligueros, no, sino más bien cortos, de color *beige*, muy viejos y, por el tute que les daba, nada tranquilizadores tanto para la vista como para el olfato.

Los sesenta y pocos años, el buen yantar y el continuo beber le habían moldeado una panza por demás notoria. Para mantener en su sitio los pantalones con que la cubría se requerían tirantes, pero Tobías, contra toda lógica, se empeñaba en llevar cinturón. A cada momento, durante las muchas horas que tuvimos que pasar juntos, lo vería hacer aquel característico gesto de subirse los pantalones y tratar de sujetarlos, dividiendo la bola grande en dos más pequeñas, mediante el asfixiante esfuerzo de buscar un imposible agujero más en la sufrida correa.

«¡Tirantes, necesita unos tirantes!», me repetía yo cada vez que lo descubría peleándose con el cinturón, pero nunca me atreví a decírselo. En el fondo, creo que él era feliz con aquellos maniáticos gestos.

Su sordera, otra de sus características, era una artimaña de la que echaba mano siempre que le convenía, sobre todo en las reuniones tediosas, cuando no prestaba la menor atención. Si todo iba bien, él leía en la cara de los demás lo que ocurría e imitaba sus reacciones: si reían, les seguía las gracias; si se extrañaban, él también ponía cara de circunstancias. Ahora bien, lo peor venía cuando le preguntabas algo y te quedabas callado esperando su respuesta. Entonces se llevaba una mano al oído, haciendo pantalla en él, y te miraba con expresión de sorpresa, como diciendo: «No te he entendido bien esto último. ¿Qué has dicho?». Lo de su sordera era cierto, y a veces resultaba alarmante, pero no menos cierto era que él imponía los límites de ésta cuando le venía en gana y según la ocasión.

A pesar de que era un pirata que había recorrido mil mares, un tipo sin suerte y un truhán pasado de rosca, uno no podía por menos de entristecerse cuando decía, a sus años, que su verdadero hogar seguía estando en la mar.

Mi papel con respecto al Viejo, que se reducía al de mero acompañante, no es que me disgustara del todo, pero a veces se ponía muy pesado, y si algo yo no soportaba era pasarme las horas riéndole las nada chistosas ocurrencias, entre charlas que trataban de desastres y situaciones desalentadoras que me afectaban cada vez más los sentidos.

—¿Te he contado lo que nos ocurrió el año pasado en el río Gambia? —me preguntó un día, atacándome sin piedad.

—Es posible, no me acuerdo —respondí con la esperanza de que no volviera a las andadas. Ya llevaba dos horas oyéndolo y estaba hasta el gorro.

—Fue un viaje anterior, saliendo de Bathurst…

Hacía tan poco tiempo del suceso que aún se le erizaba el vello y se le ponía la carne de gallina sólo de recordarlo, pero estaba decidido a contármelo.

Habían desembarcado en Marruecos buena parte de la carga destinada a la base aérea norteamericana de Kenitra y el resto lo habían bajado en Bathurst. Seguros de que el buen tiempo los acompañaría hasta el próximo puerto, Freetown, se preparaban para hacerse nuevamente a la mar, cerrando bodegas, asegurando los puntales en sus calzos y trincándolo todo. Las entradas y salidas de un puerto suelen ser frenéticas, plenas de acciones coordinadas, aunque luego la tripulación se aburra en alta mar. Las bodegas serían barridas nada más partir, tras el arranchado de cubierta, como era costumbre para ir ganando tiempo. Sólo había quedado sin desembarcar una pequeña partida de cien toneladas de productos químicos en bidones, estibados en el entrepuente alto de la bodega 3. El resto de bodegas y entrepuentes estaban limpios de carga, sólo quedaban en ellos restos de embalajes, maderas rotas y suciedad.

No se sabe cómo sucedió, si el culpable fue el calor del trópico o la invasión de gambianos cuya única distracción en toda la ciudad era ir al puerto, el lugar donde se hallaban sus fuentes de abastecimiento, con la esperanza de conseguir algo, cualquier cosa. En el barco eran como moscas, estaban en todas partes, a todas horas, chinchando. Pedían lo que fuese, y nada de lo que ofrecían a cambio nos hacía falta. Los incordios que provocaban, hay que reconocerlo, podían desorientar a cualquiera.

Tampoco se sabe si algo tuvo que ver la juerga de la noche anterior. Lo cierto es que en África no se tiene compasión con el propio cuerpo, no se le da descanso, se vive al límite. La magia del continente te absorbe, y la aventura te aguarda a la vuelta de la esquina. Sencillamente no puedes predecir ningún hecho, por más elemental y cotidiano que sea. Así que es muy fácil despistarse cuando te entrometes en su mundo o ellos en el tuyo, que para el caso viene a ser lo mismo.

No se sabe qué sucedió, decía, pero el hecho es que alguien de la sala de máquinas explicó que había oído decir al primer oficial que lastrarían el barco con agua limpia de mar para evitar embarrar los dobles fondos con agua turbia del río. El caso es que el buque, nada más terminar la maniobra de desatraque, enfiló la salida del puerto con toda la máquina avante.

¡Y entonces sucedió! Al poco de tener el cabo de Santa María por babor, metieron toda la caña del timón a esa banda, para poner rumbo sur. Al mismo tiempo que el barco variaba de rumbo, comenzó a ladearse lentamente hacia el otro costado, el de estribor, con parsimonia, hasta quedar prácticamente acostado sobre la superficie del mar, con una escora de vértigo.

—¡Es que quedamos tumbados sobre el agua! —Tobías deliraba cuando me lo contaba. Sus ojos reflejaban una amargura enorme.

Los tripulantes, presas del pánico, se asían cómo y dónde podían para aguantar la fuerte inclinación y tratar de abrirse paso hacia el exterior. Se oían lamentos desesperados por todas partes, gritos de pánico y voces angustiosas procedentes de las entrañas del barco, mientras otros se encomendaban al diablo porque presentían que ni un milagro los salvaría del desastre.

Los suelos se volvieron paredes. Las puertas se fueron al techo formando insólitas aberturas y convirtiendo los camarotes en auténticas ratoneras. Otras se abrieron bajo los pies, transformándose súbitamente en trampas que se tragaban cuanto caía en ellas. El mundo parecía haberse puesto del revés. Todo lo que no estaba fijo se precipitaba en busca de nuevo sustento. Entretanto, un fárrago de ruidos venía de todas las direcciones, los portazos se sucedían y extraños golpes resonaban a lo lejos. La situación era tan caótica que helaba la sangre.

Junto al bote salvavidas de babor, que había quedado con el costado apuntando al cielo, se formó un grupo al que iban uniéndose cada vez más tripulantes. Alcanzaban las cubiertas superiores trepando, algunos con los salvavidas sujetos con los dientes. Se aferraban a cualquier asidero, como quien se agarra a un

clavo ardiendo, ayudándose mutuamente, porque ya se sabe que ante un peligro común, a pesar de la desesperación se aparcan las rencillas y se aúnan las voluntades.

La idea de abandonar el barco, que había cruzado por la mente de todos, presentaba cada vez más dificultades ante la descorazonadora realidad que se presentaba ante sus ojos: el bote de estribor estaba inutilizado, y en cuanto al de babor, era imposible echarlo al agua a mano.

El Viejo retomó el mando de la situación y como primera medida de seguridad, por si el buque se iba a pique, mandó desligar el bote del pescante soltando los dos ganchos de izado y arriado, y dejándolo sujeto a la cubierta sólo por las trincas. Dispuso que un marinero provisto de un hacha se quedara para cortar las amarras, de ser necesario. A continuación envió al resto de la tripulación a pasar los bidones del entrepuente a la bodega, mientras un engrasador y un marinero partían de inmediato a buscar la única bomba portátil servible para meter agua en los dobles fondos de babor y de esa forma bajar el centro de gravedad para aminorar en lo posible la monstruosa escora del barco. Todo se hizo en un abrir y cerrar de ojos.

Bien mirado, la idea de encerrarse en la bodega entrañaba un doble peligro. Por un lado podía convertirse en una trampa mortal para los que estuvieran en ella si al barco se le antojaba aumentar la escora y poner la quilla al sol. Por otro, el trabajo de bajar los bidones de cartón de 25 kilos a la bodega era muy complicado y arriesgado para quienes los manipulaban, porque había que sortear las dos bocas de escotillas de los entrepuentes, lo que suponía un esfuerzo enorme.

El Viejo sabía que los ojos de buey que habían quedado bajo el agua eran estancos y que los que podían abrirse estaban por encima de la línea de flotación, por lo que el barco no se inundaría si se mantenía en esa posición y, por supuesto, la mar seguía en calma.

Ya era entrada la noche cuando, asustados, se pusieron manos a la obra, olvidándose de aquella mole negruzca, amenazadora, sin

luces ni máquina, tumbada en el agua, flotando solitaria a la deriva en medio de la oscuridad, dejándose arrastrar por la corriente del río, que pugnaba por adentrarse en el mar.

Con una escora de más de 30 grados y las alarmas del buque sonando ininterrumpidamente, entraron al día siguiente, sanos y salvos, en Freetown. Durante el viaje nadie abrió la boca, pero las asesinas miradas de soslayo dirigidas al primer oficial eran más que significativas. Tobías no le pidió explicaciones ni le dirigió la palabra, ni siquiera cuando lo desembarcó. Nada más atracar, se presentó el agente del barco, como ocurre siempre que un buque llega a puerto, y lo primero que hizo Tobías fue preguntarle a qué hora salía el siguiente vuelo con rumbo a Europa. El negrito respondió que el único vuelo era a París, en un avión de la empresa Air Afrique, y que partía a la mañana siguiente, pero le aclaró que hacía escala en Bamako y un par más de polvorientos aeropuertos olvidados de la mano de Dios en medio del desierto.

—¡Como si tiene que ser vía Hong Kong y hacer diez escalas más! —exclamó Tobías de tan mal modo que el agente no necesitó de traducción.

El relevo del primer oficial sería Felipe.

Con aquellas historias me asaltaba una extraña desazón, a la vez que sentía cierta compasión por el Viejo. Empecé a intuir lo que suponía estar cerca de él. Presentía que aquellas historias eran harto contagiosas.

Hasta entonces la palabra «gafe» prácticamente no figuraba en mi vocabulario. Imaginaba lo que diría el diccionario, pero no lo sabía a ciencia cierta, de modo que la busqué: «Gafe: adjetivo. Persona que trae a otras mala suerte. Aguafiestas. Familiarmente, cenizo». Me fui a buscar esta última: «Cenizo: persona que tiene mala suerte o que la trae a los demás». Estaba clarísimo y todo coincidía. Mis referencias eran las lecturas de infancia, los tebeos. Recordé a aquel personaje, Don Pésimo, al que no sólo las cosas le salían siempre torcidas, sino que encima arrastraba consigo la sensación premonitoria de que todo le iba a salir fatal. O a aquel

otro, el Capitán Barlovento, que indefectiblemente acababa sus historietas naufragando. Siempre había creído que semejantes personajes eran por completo ficticios, producto de la imaginación de sus creadores, pero al poco de conocer a Tobías supe que la existencia de los gafes constituía una triste realidad, la evidencia de lo inconcebible.

Nueva York

A los tres días encantadores que pasamos en Montreal siguieron dos incómodas jornadas de navegación, porque desde que dejamos la isla de Anticosti —en plena desembocadura del río San Lorenzo— la niebla se cerró en torno a nosotros y no nos abandonó hasta que llegamos a Nueva York. Tobías se pasó todo el viaje en el puente, siguiendo la máxima de los navegantes según la cual «un capitán siempre tiene que velar en el puente de mando cuando las condiciones atmosféricas son adversas». El lugar acabó como la caseta de un chamarilero, lleno de chismes por todas partes. Todavía quedaba en las entrañas del barco una partida de 2000 toneladas de café angoleño en sacos para ser descargada en Estados Unidos.

Recuerdo que llegamos a Nueva York a media tarde y que aun antes de terminar de colocar los candeleros del portalón apareció en tropel un grupo de oficiales de Inmigración y policías que tomaron el buque por asalto. Encontraron el camarote del capitán sin necesidad de preguntar, guiados por su vasta experiencia, y al cabo de cinco minutos se hallaban cómodamente sentados en sillas y sofás alrededor de una mesa baja de madera noble cubierta de vasos y botellas de cerveza. Parecían sedientos, porque bebían como cosacos, y no paraban de discutir sin hacer caso del Viejo, que no tenía ni idea de qué iba todo aquello y apelaba a su estrategia de llevarse la mano al oído a modo de pantalla y preguntar «*juat?*» cuando a alguno de aquellos desconsiderados se le ocurría dirigirle

la palabra. Esa tarde se paso de «*juats*?», y a las ocho tenía una cara de mal humor que no se cuidaba de disimular.

Habían agotado todas las cervezas de la pequeña nevera y dos botellas de *whisky*. Tobías se hacía el despistado para no abrir una tercera, porque pensaba —y con razón— que de lo contrario aquello no acabaría nunca. A las diez el camarero tuvo que hacer dos viajes a la cámara frigorífica del barco en busca de más cajas de cerveza y todo el hielo que pudiera encontrar. Para entonces, los de la policía e Inmigración estaban ciegos de alcohol y no guardaban la compostura, contándose sus batallitas y jaleando todos a la vez. En cuanto al pobre capitán, lo habían convertido en un convidado de piedra que, resignado, permanecía apoltronado en su sillón dando cabezadas.

Yo ya no sabía qué hacer, pues pasaban las horas y seguíamos en la misma, cuando de repente el Viejo abrió los ojos y para sorpresa de todos se puso de pie y sin más contemplaciones, en perfecto castellano, comenzó a gritar:

—¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡Fueeeraaa! ¡A la puuuta caaalle!

Los presentes quedamos boquiabiertos mientras se hacía el silencio más absoluto. Tobías seguía en medio de la cámara, inmóvil, con expresión de náuseas y el brazo extendido señalando la puerta con el índice como si de las Américas se tratara. Todos iniciaron la retirada tras incorporarse como podían y enfilar la puerta procurando conservar el equilibrio. Yo los observaba pasmado, porque por entonces acababa prácticamente de salir de mi pueblo y miraba a aquellos oficiales como si fueran generales.

Tobías era generoso, poseía un buen carácter y una paciencia que le hacía aguantar santamente cuanto le echaran, pero todo tenía un límite, y cuando éste se sobrepasaba no podía evitar estallar, lo que desataba una furia sin medida. Por lo que llegué a conocerle, creo estar en condiciones de asegurar que aquel día tuvimos mucha suerte, pues los policías y los de Inmigración se marcharon sin más complicaciones.

También creo que el no saber inglés lo traía por la calle de la amargura. No era tonto y sus limitaciones lingüísticas lo sumían en la desesperación. Siempre confiaba en que hubiese alguien a su lado que hablara dos palabras más de «pichinglis» que él —lo que para sus entendederas equivalía a ser un egresado de Oxford— y que, a su vez, le fuera traduciendo en voz baja lo que decían los otros.

Guy Thelemaque

La segunda tarde de nuestra estancia en Nueva York decidí visitar a mi amigo Guy Thelemaque. Habíamos trabado amistad en Cádiz, mientras yo estudiaba en la escuela de náutica y él en la facultad de medicina. Era hijo de un farmacéutico de Port-au-Prince, en Haití, que lo había enviado a Europa para perfeccionar su formación. Tenía un espíritu abierto y una mente muy clara, y filosofaba sobre la vida que daba gusto escucharle. Su única desgracia era ser negro en un mundo de blancos.

Como en mi época de estudiante yo no tenía un miserable duro en los bolsillos, y para colmo mi padre había dejado de pasarme la mensualidad de subsistencia por mis malos resultados en la escuela, abusaba de la hospitalidad del bueno de Thelemaque, que siempre tenía en la cocina un perol lleno de comida criolla hecha a base de frijoles y arroz, todo muy picante y bien condimentado.

Cuando llamaban a su puerta, lo primero que hacía era cerciorarse sigilosamente de quién había al otro lado. Si era yo el que llamaba, me hacía esperar un poco para recibirme siempre con la misma música a todo volumen: el *Concierto para violín y orquesta n.º 1* de Beethoven. Aquello era muy de agradecer, porque llegó a conseguir que me supiera dicho concierto de memoria.

Nuestra amistad llegó a tal extremo que Thelemaque acabó siendo el padrino de mi primera boda, dándole un toque muy «étnico» a la ceremonia, para sorpresa del cura párroco, que no estaba acostumbrado a esa clase de cosas. Fue a las cinco de la

tarde de un caluroso día de verano en el que el sol obligaba a todo el mundo a prolongar sus siestas porque las callejuelas de la Tacita de Plata ardían a causa de la solanera. Éramos sólo cuatro personas en aquel enlace, y más parecía que íbamos vestidos de carnaval. La novia, marroquí, se había comprado un traje blanco de raso y yo, entre que llevaba un uniforme de oficial de la marina más blanco que la leche y la cara casi barbilampiña de los pocos años que tenía, semejaba un niño que iba a tomar la primera comunión en lugar de un novio a punto de casarse. La madrina, una jerezana salerosa, lucía un modelo folclórico con una alegría tal que daba la sensación de que en cualquier momento iba a lanzarse por sevillanas. Por su parte, Thelemaque, el padrino, era más negro que el carbón y encima se había empeñado en vestirse de pingüino, por lo que sólo destacaba en él el blanco de la dentadura y el cuello de la camisa.

Ante aquel cuadro casi surrealista, y con la iglesia más vacía que mis bolsillos, sin familiares, flores, música ni propinas para el clero, el cura no se lo pensó dos veces y nos despachó en menos que canta un gallo. Ni misa ni nada, aquello debía de parecerle poco serio. Era rara esa mentalidad, porque de Cádiz, con casi tres mil años de historia una de las ciudades más antiguas de Europa, siempre se decía que era cosmopolita, una ventana por la que se veía el mundo. Así que deduje que aquel cura no debía de ser gaditano.

Ya iba para dos años que no veía a Thelemaque, sólo nos habíamos carteado y, por lo tanto, para mí era prioritario encontrarme con él en mi primer viaje a Nueva York. Además, tenía las tardes prácticamente libres. El motivo era que, por ser nuevo, Felipe aún no me había dado su voto de confianza y hacía caso omiso de mí, y como nadie me preguntaba nada ni pedía explicaciones, pues me marchaba cuando me venía en gana. Me iba a tierra, sencillamente. Nadie se fijaba en mí, era como si no existiese, y yo sacaba partido de aquella indiferencia indolente que me favorecía.

Para mí Harlem no era más que un nombre, la referencia de un barrio en una dirección anotada en un trozo de papel mil veces desplegado para recordar lo que había escrito en él. Pero Harlem era otra cosa, de la que no tenía la más remota idea. Afortunadamente, me acompañaba Salvador, que con su corpulencia parecía mi guardaespaldas. Así que aquella tarde, muy peripuestos y exhalando aromas de Old Spice con aire jovial y despreocupado, tomamos un taxi justo a la salida del muelle número 1 de Brooklyn.

Le enseñé el ajado papel con la dirección de Thelemaque al conductor del *yellow cab*, porque no estaba en condiciones de decirle en inglés que me llevara a la 170 Oeste esquina con la Ochenta y cinco. No tenía ni zorra idea de las señas que le estaba dando ni si correspondía a Harlem o al South Bronx. El taxista nos miró extrañado, pero no añadió más palabras a las pronunciadas al saludarnos y decirnos cuánto había costado la carrera. Todos sus colegas parecían monigotes con sus uniformes y gorras de plato tras el volante de aquella plaga de coches todos pintados del mismo horrible color amarillo. Pasaras por la avenida que pasaras, todo era un hormigueo continuo de taxis que iban y venían, taponando calles a un lado y a otro. Había tantos que como se te ocurriera levantar la mano para rascarte la cabeza, una de aquellas tartanas color yema de huevo se detenía al instante a tu lado. No quedaba más remedio que joderse y tomarlo.

Nos apeamos justo delante del inmueble. Salvador me miró desconcertado y no dudé ni un segundo en interpretar su expresión. La calle bullía de gente de color e hispanos, todos con muy mala pinta y aire ocioso. Los edificios de ladrillo a los lados de la calle tenían aspecto de sucios y abandonados. Un aire de inseguridad impregnaba aquel ambiente.

Subimos por los escalones que conducían a la entrada y llegamos al segundo piso por unas viejas y destartaladas escaleras. El timbrazo se nos hizo cortísimo comparado con el largo silencio que siguió. Nos sentíamos observados a través de la mirilla de la puerta. Tras llamar por segunda vez, y después de otro prolongado silencio,

se oyó de repente que corrían el cerrojo, a continuación percibimos, en un punto un poco más arriba, el ruido de una cadena, y luego, más abajo, deslizarse un pasador. Pero aquellos ruidos no eran para franquearnos el paso, sino para obstruirlo. Salvador y yo nos miramos con desconfianza; teníamos la sensación de ser dos intrusos.

De pronto, una voz áspera, de mujer, sonó detrás de la puerta, preguntando qué queríamos.

—¿Thelemaque, por favor? —dije.

—Thelemaque no está.

—¿Cuándo volverá?

—No sé si volverá —respondió la voz para poner punto final a aquel diálogo.

De nada sirvió que le dijera que era amigo de Thelemaque y que acabábamos de llegar en barco a Nueva York. Tampoco se dejó impresionar por el francés con acento europeo que empleé al advertir, por su entonación criolla, que aquella mujer era haitiana y, por lo tanto, seguramente familiar de Thelemaque. Sin duda debía de sonarle a cuento chino lo del amigo español, como debía de inquietarla el que nos presentáramos delante de su puerta, le hablara en un francés extraño y, para empeorar las cosas, le hubiese mencionado el barco.

Salimos del edificio y, como nos pareció que permanecer por mucho tiempo en la calle no podía ser nada seguro, cruzamos la calle para refugiarnos en un bar al que se accedía bajando una escalera. No se nos ocurrió alternativa mejor. Sin embargo, al entrar en el local caímos en la cuenta de que aquélla tampoco había sido una idea acertada.

Era un lugar lúgubre, con la atmósfera cargada de humo y un olor extraño reñido con la limpieza. Todos los parroquianos apoyados contra la barra dejaron de hablar y volvieron la mirada hacia nosotros. Se produjo un silencio de perplejidad y luego sus expresiones se tornaron hoscas. Todos parecían más negros a causa de la escasa luz que se filtraba desde la calle a través de un

ventanuco cuyas amarillentas cortinillas estaban corridas. Nos examinaron de arriba abajo, desafiantes más que curiosos, como si se preguntaran qué demonios hacíamos allí. Habíamos transgredido su ley —imaginamos—, según la cual ningún blanco debía cruzar aquel umbral ni, muy probablemente, los límites de su barrio, donde ni la policía se atrevía a patrullar. Pero era demasiado tarde para dar media vuelta y deshacer el entuerto.

—*Two beers, please* —tartamudeó Salvador, tratando de hacerse más el extranjero que nunca ante el barman, un auténtico peso pesado que permanecía inmóvil como un busto de ébano, sosteniéndose la cabeza sobre los brazos apoyados en la barra. Podíamos percibir su aliento a escasos centímetros de nuestras sorprendidas caras.

Se lo pensó unos instantes sin quitarnos la mirada de encima, y finalmente se decidió a servírnoslas. Respiramos un poco más tranquilos tratando de no dar a entender que agradecíamos aquella caritativa tregua. Una veintena de ojos se volvieron, no del todo satisfechos, hacia lo que hasta un momento antes concentraba su atención. Las bolas de billar chocaron nuevamente a nuestras espaldas y el barman se desentendió, aunque no por completo, de nosotros.

No íbamos a salir otra vez a la calle ni a apartarnos del metro de barra que ocupábamos, de modo que nos apalancamos en aquella pequeña zona de seguridad que nos habíamos creado. Salvador empezó a hablarme del tiempo tan bueno que estábamos teniendo aquella tarde en Harlem, y aunque me lo hubiera dicho en japonés, le habría entendido. Era tal el canguelo que llevaba encima que sencillamente no sabía qué decir. Desde que habíamos abandonado el taxi, sus casi dos metros de corpulenta inmunidad se habían esfumado.

Optamos por pedir whiskis en lugar de seguir con cervezas, porque instintivamente pensamos que pasaríamos allí mucho tiempo y no era cuestión de llenarnos la barriga de líquido y vernos obligados a ir al váter. Además, nos parecía la bebida más acertada

para diluir el acojono que nos anudaba la garganta. Pagábamos de inmediato cada copa que el barman nos servía y dejábamos a éste una buena propina con la intención de comprar un poco de su piedad. Tras la quinta copa me pareció observar en Salvador cierto relajo, porque la sonrisa había vuelto a su cara y ya no se cortaba a la hora de echar ojeadas a diestro y siniestro para observar a los callados y enigmáticos parroquianos del submundo de Harlem.

—¡Mira el cabrón ese con sombrero que está a mi izquierda, tiene la nariz de boxeador, aplastada de las hostias que le han dado! Y aquel otro rapado de allí, con las gafas negras… ¡será hijoputa! —me decía en voz baja, inclinando la cabeza hacia mi hombro para que le oyera mejor, sin darse cuenta de que los negrazos percibían que estábamos cuchicheando sobre ellos.

—¡Oye, tío, cállate, joder, que aquí el que más y el que menos entiende algo de español! —lo conminé mientras lo fusilaba con la mirada.

Al cabo de un rato ya empezábamos a sentirnos medio «en volandas». Al pedir la sexta copa, Salvador le indicó por señas al barman que se sirviera una para él: quería invitarlo a toda costa. El hombre se la sirvió y se acercó a nosotros.

—¿De dónde son? —preguntó en perfecto español, con lo que nos dejó boquiabiertos de la sorpresa.

—¡Españoles! —se apresuró a responder Salvador, como si eso sirviese para sacarnos del apuro en que estábamos metidos.

—¿Españoles… de España? —quiso saber el barman.

—Sí, sí, de España. Estamos de paso. Hemos venido a ver a un amigo pero no estaba en casa. No tardará en llegar. Vive ahí enfrente —le largué de corrido.

—¿Han venido solos?

—Sí; es la primera vez que visitamos Nueva York —respondió Salvador con recelo.

—Andando por ahí corren peligro. Conviene que se larguen por donde han venido —dijo ásperamente el barman dando por terminada la conversación.

Se alejó hacia el otro extremo de la barra a cuchichear con un negrazo que también tenía pinta muy extravagante, porque aun cuando no llevaba sombrero ni gafas de sol, lucía un montón de colgantes y pulseras dorados. Lo miramos de soslayo y lo vimos asentir con la cabeza ante algo que le decía el barman mientras no apartaba los ojos de nosotros.

Salvador y yo cambiamos un guiño más que significativo y tras un ademán de despedida nos largamos por piernas del local con la intención de cruzar la calle a toda prisa y refugiarnos en el edificio donde vivía la familia de Thelemaque, aunque aquella mujer se negara a abrirnos la puerta.

Nada más trasponer el umbral, al amparo de la penumbra, volvimos la vista hacia el bar. El negro de los colgantes y un compinche, no menos sospechoso, permanecían junto a la puerta mirando hacia el portal por el que nos habíamos colado.

—¡Vamos arriba! —le grité a Salvador, porque nuestros dudosos amigos ya cruzaban la calle en dirección a donde nos encontrábamos. Era evidente que venían a por nosotros.

Salvador ni contestó, y empezamos a subir por las escaleras de dos en dos y procurando no hacer ruido, como si nos persiguiera el diablo. Paramos en el rellano de la segunda planta por un instante para cerciorarnos de si nos seguían o no. Pero el jadeo fruto del esfuerzo y los latidos de nuestro corazón, que parecía querer salírsenos del pecho, no nos dejaba oír nada. A Salvador le temblaban las piernas y yo ya no sabía siquiera si las tenía.

Decidimos volver a tocar el timbre del apartamento de Thelemaque. Si nos iban a acuchillar, al menos que lo hicieran delante de testigos. De pronto, al otro lado de la puerta oí una voz distinta pronunciar mi nombre. Era Thelemaque. El milagro se había producido. Me había reconocido a través de la mirilla y no había dudado un segundo en abrirnos. Nos metimos en el piso de inmediato, sin mirar ni por un instante hacia el pasillo.

Cuando le expliqué a Thelemaque lo sucedido, se sorprendió de nuestra insensata osadía, pues deberíamos haberle telefoneado y

nos habría ido a recoger al puerto. Nos contó que ni siquiera en los coches patrulla que vigilaban aquellos barrios iban policías blancos, y nos aclaró que tenía un tío, el propietario de aquel apartamento, cuyo negocio consistía en enviar los ahorros de los trabajadores ilegales haitianos a su país; es decir, que el piso funcionaba como un banco clandestino y contaba con su propio servicio de seguridad, de ahí el que nuestra presencia hubiera despertado tanto recelo.

Al cabo de un rato bajamos de nuevo a la calle, en esta ocasión con Thelemaque, que nos llevó a paso acelerado hasta la esquina de la avenida para que tomásemos un taxi. A medio camino vimos a unos negros pegarle una paliza brutal a un hispano que estaba tendido sobre el capó de un coche. Cada vez que el pobre quería incorporarse, recibía puñetazo tras puñetazo en la cara sanguinolenta. Thelemaque nos advirtió que ni se nos ocurriera mirarlos cuando pasáramos por su lado. Éramos los únicos que todavía tenían que aprender aquella lección; los demás transeúntes ya se la sabían de memoria.

Pero Thelemaque quiso que tuviéramos otra visión de Nueva York distinta de la de Harlem, y unas horas después nos apeábamos de un taxi en Columbus Avenue, frente al Lincoln Center. Al portero puertorriqueño del Metropolitan Opera House debimos de caerle bien. Aunque al principio no nos permitió entrar pues la función ya había comenzado, finalmente se dejó convencer y a cambio de cinco dólares nos franqueó la entrada, no sin antes confesarnos que lo hacía porque era paisano nuestro: él también descendía de españoles de España.

En cuestión de minutos pasamos de la peor de las miserias urbanas a uno de los templos más elitistas de la clase culta blanca, y el relajante espectáculo de un *ballet* terminó por serenar nuestros ánimos al final de una jornada que no se anunciaba nada segura en el corazón de Harlem.

DE NORTEAMÉRICA A ÁFRICA

El mar de Sargazos

Nada más dejar la ciudad de Nueva York a nuestra popa y Sandy Horn a estribor, pusimos rumbo a las costas africanas. Teníamos buen tiempo y enseguida se dejó sentir la influencia de la corriente del Golfo, que tras dejar el horno caribeño, donde se había recalentado a gusto, se dirigía hacia el mar de Barents, con todo el océano Atlántico por delante.

Al poco entramos en el mar de los Sargazos, que todavía se caracterizaba por las extensas y compactas alfombras de algas cobrizas que semejaban tallos delgados, aplanados, alargados y flexibles. Recordaban vastas explanadas de tierra húmeda, como islotes llanos que salpicaban la superficie de aquel desierto oceánico. La proa de nuestro barco cortaba aquellas enormes y frágiles almadías, separando los sargazos, que flotaban a los lados firmemente entrelazados y no tardaban en fundirse de nuevo al alejarse el barco.

Con tanto tiempo por delante, la navegación por demás parsimoniosa y el calor en aumento, pronto comenzamos a sentir los efectos del trópico. Aquel mar (sofocante de día, sensual por la noche) empezó a trastrocar la tranquilidad de que disfrutábamos desde hacía bien poco y a dar rienda suelta a las mentes calenturientas. Los barcos que de noche y de día dormían su poderío en las aguas tropicales acababan impregnándose de un aire enigmático muy particular, envueltos en una bruma tan cálida como lánguida e inescrutable.

En la cúspide del aburrimiento, en las horas en que el sol era más intenso, el barco semejaba un fantasma en movimiento que se

dirigiera a ninguna parte, a través del lago gigantesco en que la inmensa mar se convertía por mor de aquel horizonte monótono que te rodeaba permanentemente. Los tripulantes desaparecían durante días o apenas se los veía, porque se pasaban las horas libres echados en sus camarotes, de los que sólo salían al caer la noche en busca de juergas licenciosas o para reunirse a jugar interminables partidas de cartas en la cámara o el comedor.

El Viejo intensificaba sus flirteos conmigo, lo que me exasperaba. Era como si estuviese empeñado en que no me cupiese la menor duda acerca de su amistad, pero ocurre que tantas horas al lado de la misma persona, un día sí y otro también, hacen que uno llegue a hartarse.

Una breve charla con Pepe, el engrasador, ayudó a sacarme de dudas respecto a aquella locura colectiva que se palpaba en el ambiente. El hombre se dejaba ver casi desnudo, cubierto apenas con un ceñidísimo tanga negro, más que indecente, que le tapaba lo imprescindible. Además, era de sobra conocido en el barco por ser el suministrador oficial de revistas porno. Pues bien, en medio de sus monólogos obscenos va el muy cabrón y me cuenta que todos los días se masturbaba tres veces, por lo menos. Aquella insólita e íntima revelación me sorprendió, pese a que se sabía que era un tipo de cuidado, un peligroso obseso sexual. En Nueva York, por ejemplo, hacía cama redonda con una americana y su hija. Se jactaba de esta clase de cosas como si de hazañas se tratara, y mientras te soltaba sus locuras no paraba desasearse el paquete, como si estuviera infestado de ladillas. A mí se me antojaba todo muy guarro, y no me cabía duda de que el tal Pepe estaba bastante pirado. A partir de entonces procuré relacionarme lo menos posible con él.

El calor del trópico también afectaba al departamento de cocina, del que siempre partían protestas y ruidos extraños. Además, siempre había alguien dispuesto a caldear el ambiente, quejándose de que ponían pocas patatas o que al hacer la provisión había visto algunas exquisiteces que aún no habían aparecido en el comedor de los marineros. Entonces el cocinero ponía el grito en el cielo entre

juramentos y con mala saña cortaba la carne a machetazos. Daba reparo acercarse a la cocina cuando él se encontraba allí, pues uno siempre temía que se escapase una cuchillada.

En el comedor todo el mundo estaba obsesionado por comparar su ración con la que recibían sus compañeros. A todos les parecía que «el filete del capi» era el más grande y el mejor hecho, aunque a nadie se le ocurría quejarse en voz alta, y en efecto se trataba del único que no necesitaba etiqueta para distinguirlo de los demás. La mayor parte de las veces ofendía a simple vista.

Una tarde subió al puente Anselmo (alias el Sombras), un hombre muy callado y solitario que hacía de mozo de cubierta y de marmitón según las horas del día. Me cogió por banda para darme la tabarra con unos diamantes. Al parecer buscaba un socio capitalista y pretendía implicarme en su siguiente compra. Yo andaba con la mosca detrás de la oreja, porque si bien todos hacían negocios, se rumoreaba de adquisiciones de diamantes falsos y de que más de un tripulante había perdido bastante dinero. Como buen gallego que era, Anselmo andaba dándole mil vueltas al asunto sin definirse en nada. Yo no acertaba a comprender qué quería de mí, si enredarme en sus nada prestigiosos negocios o sencillamente pasar un rato de charla conmigo, porque era de los pocos que le hacían caso.

El jefe de máquinas estaba atrincherado tras una novela de tiros de Zane Grey. No le hacía falta un punto de lectura para saber en qué página se había quedado: le bastaba con el rastro que dejaban las cenizas del eterno cigarrillo pegado a sus labios. Se pasaba la vida encendiendo pitillos, pero enseguida se le apagaban, porque se olvidaba de aspirar el humo.

El radio frecuentaba aquellos lugares donde no fuera a encontrar al Viejo. Tenía suficiente con las broncas y discusiones fuera de tono que se armaban a la hora de la comida. Además, Tobías, que seguía obsesionado con el episodio ocurrido en Montreal, era cruel con él y de continuo se le tiraba al cuello. Salvador no replicaba, y siempre que podía se zafaba, dando muestras de poseer más vista que un lince.

El primero de máquinas, que era alicantino como Vicente, el segundo de cubierta, comenzó a subir a la cubierta del puente a tomar el sol en plan sibarita. Llevaba tumbona, toalla, gafas de sol, sombrero cónico de paja, estilo vietnamita, un arsenal de cremas protectoras y dermatológicas y, como buen aficionado a la pintura, una carpeta de papel de dibujo en la que esbozaba sus ideas. Tobías se asomaba por la cristalera del puente y de reojo y con guiños me señalaba al potinguero, que seguía con su faena, y hacía ademanes que venían a decir «dónde vamos a acabar los hombres con esas mariconadas».

Para mí todo empezó a tomar color.

La estacha perdida

Una mañana, poco después del amanecer, se oyeron unos gritos de alarma que rompieron la tregua de que veníamos disfrutando.

Una serpenteante estacha flotaba cerca del barco por babor. Para empezar bien el día, a Tobías se le encendió la bombilla y rápidamente parió la idea de rescatarla con la intención de ahorrarle al armador una nueva amarra para el barco.

Empezaron las carreras, las órdenes a la máquina, y que todo a babor, proa a ella. En pocos minutos se montó un buen jaleo. El personal de cubierta estaba en pie de guerra preparando la maniobra para recoger la estacha y virarla a bordo. Tobías se apalancó en el alerón de babor con los prismáticos en una mano, para seguir la maniobra de cubierta «en panavisión», y en la otra un anticuado megáfono para dar las órdenes a bocinazos, como le gustaba hacer.

Con un bichero y una sisga provista de un pequeño rezón recogimos la gaza de una de las cabeceras de la estacha, izamos ésta a bordo a golpe de músculo y la enrollamos en el carretel de la maquinilla. Cuando comenzamos a virarla caímos en la cuenta de que aquellos 220 metros (digo bien) de gruesa amarra de sisal

manila, llevaba largo tiempo flotando a la deriva. Estaba podrida y servía de pasto de unos seres pequeños cuyo nombre ignoraba y que no había visto en mi vida. De aquella estacha putrefacta, cuyo grosor debía de ser el de un puño, pendían largos filamentos de ovas intensamente verdes muy babosas al tacto.

Yo le hacía señas a Tobías de que aquello no valía la pena, pero él, erre que erre, me contestaba trazando círculos en el aire con el antebrazo, indicando así que siguiésemos virándola.

Para cuando la tuvimos toda a bordo, la cubierta del castillo chorreaba agua, algas y un sinnúmero de bichitos, incluidos diminutos cangrejos que habían terminado así su largo peregrinar por la superficie del mar. Entonces, ¡y sólo entonces!, se dignó el Viejo hacernos una visita a proa y comprobar *in situ* que media tripulación había perdido la mañana y las energías para no conseguir absolutamente nada. Para colmo de males, tuvimos que estibar la estacha en el pañol a fin de echarla a tierra en el siguiente puerto, y eso tras un absurdo papeleo burocrático.

Después de aquella metedura de pata tuvimos otra breve tregua, un lapsus caritativo de relativa paz mientras Tobías eludía hablar del tema de la estacha, que ni siquiera durante la comida y la cena salió a relucir.

Incendio a bordo

Al día siguiente, debían de ser las cuatro de la tarde y todo el mundo estaba desaparecido echándose una siesta o leyendo a la sombra en los rincones frescos, cuando saltó de nuevo la alarma. Esta vez comenzaron a oírse unos timbrazos chirriantes acompasados con la bocina del barco indicando que había un incendio a bordo. Los terribles bocinazos sonaban más terroríficos en el interior del buque que en cubierta. De los corredores y pasillos venían voces que se quejaban, entre improperios, de que no hubieran avisado antes que se llevaría a cabo un ejercicio contra

incendios. Supuestamente estos ejercicios se hacían los domingos después de la siesta, pero sólo cuando el Viejo se acordaba, lo que ocurría cada dos o tres semanas. Aquel día no era domingo.

Instantes después se oyeron gritos procedentes de la cubierta superior.

—¡Incendio en cubierta! ¡Incendio en cubierta! —repetían angustiosamente.

Una vez que los tripulantes se hubieron percatado de la gravedad del asunto, comenzaron a subir a toda prisa por las escaleras, con los chalecos salvavidas en la mano, en dirección al lugar donde se había producido el fuego.

Del cuarto de baterías, que en la mayor parte de los barcos se encuentra situado junto a la chimenea, salía una densa humareda que impedía acercarse. Supusimos que se trataba de algo serio y que el foco del incendio se hallaba en el interior de la parte superior de la máquina.

Hacía minutos, que parecían eternos, que se había pedido a la máquina que enviase él agua a cubierta, y las mangueras, que estaban desplegadas desde los primeros momentos, permanecían flácidas, sin vida. Tobías estaba que se lo llevaban los diablos.

—¿Qué coño hacen esos de la máaaquinaaa…? —exclamaba, y no esperaba respuesta para proferir la siguiente barrabasada.

Quería tenernos a todos allí para apagar el fuego, y al mismo tiempo no hacía más que mandar mensajeros con la orden de que urgiesen a los de la sala de máquinas, a ver si de una puñetera vez enviaban agua a cubierta.

—¡Los extintores! ¡Los extintores! —reclamaba—. ¡Traed los extintores!

Echamos mano de los de espuma. Deprisa y corriendo, muy nerviosos porque no estábamos acostumbrados al fuego real. Quitamos los seguros, invertimos los extintores y descubrimos que ni uno sólo funcionaba. Soltaban unos chorrillos de agua que más bien parecían meados; daba risa verlos. Resultaba frustrante comprobar que se vaciaban uno tras otro y que eran por completo inservibles.

Salvador, el radio, apareció en escena cuando menos lo esperábamos, advirtiendo a gritos al personal allí congregado que no se utilizase agua con ese tipo de fuego. Portaba un extintor de polvo seco, y en menos que canta un gallo se levantó una asfixiante nube blanca de mucho cuidado. Al cabo de un instante el problema quedó solucionado.

Tobías quedó confuso, porque para él todos los fuegos eran iguales y la solución consistía en emplear muchas mangueras que despidieran grandes chorros de agua a enorme presión.

Se comprobó que las causantes de la humareda habían sido unas estopas grasientas abandonadas a la entrada del cuarto de baterías que, bien por combustión espontánea, bien por unas chispas desprendidas de la chimenea, comenzaron a arder, propagando las llamas a todo lo que estaba almacenado en aquel pañol. Hacía años que el lugar no se limpiaba y había en él muchos botes con restos de pintura reseca, trapos sucios y las mencionadas estopas grasientas, amontonados aquí y allá.

Tras el incidente Tobías pretendió echarle un rapapolvo al jefe de máquinas, porque el cuarto de baterías era dominio de la «república bananera» que éste presidía. Discutieron. El Viejo insistía en exigir responsabilidades y hacer rodar alguna cabeza. Alguien tenía que pagar por aquello, y buscaba un culpable como fuera, sobre todo entre los de la sala de máquinas, aunque el jefe se pusiera de parte de ellos y los defendiera a capa y espada, que para eso se trataba de su terreno y de su gente.

¿Y si ocurría de nuevo por no haber aplicado a su debido tiempo un escarmiento ejemplar?, le preguntaba el Viejo, que al parecer ya se veía en un bote a la deriva en medio del océano.

El jefe pasaba olímpicamente de él y de los incendios; sabía que una cosa así sucedía de milagro y no podía repetirse ni en una eternidad. Ya sería desgracia. Así de pasota se mostraba con su sebosa humanidad y su colilla siempre pegada a los labios.

Tobías, que veía el poco caso que se le hacía a pesar de lo mucho que despotricaba y refunfuñaba para infundir respeto,

terminó desapareciendo por el foro.

A los ojos del Viejo, ya recuperado del susto, la intervención de Salvador había sido providencial, una hazaña. A partir de ese momento el radio fue absuelto de sus pecados anteriores y la normalidad se restableció entre ellos.

Una cosa sí empezábamos a tener segura, y era que tras cada situación poco afortunada, abrigábamos la tibia esperanza de disfrutar de unas pocas horas de descanso, lapso éste en que, aparentemente, no sucedía nada.

El calor que hacía por la noche obligaba a subir las colchonetas a cubierta, para buscar la brisa refrescante del mar con la que lograr conciliar el sueño. Los que no lo conseguían, que eran prácticamente todos, a la mañana siguiente aparecían con el rostro avinagrado y profundas ojeras. A ello debía sumarse, claro está, las tensiones que se producían a la mínima de cambio. Todo empezó a notarse a partir del quinto día de viaje. El bochorno iba en aumento y las cervezas frías desaparecían por el sumidero del gaznate sin tener tiempo de recalentarse en la mano. Las juergas que se montaban por la noche en los camarotes acababan con todo el hielo del barco, que se dedicaba a los cubatas.

Nosotros, en el camarote de Tobías, seguíamos la misma rutina; tampoco había mucho que hacer. El jefe se dejaba caer para, con aire ausente, escuchar y beber, y si a alguien se le ocurría formularle alguna pregunta técnica, respondía con actitud solemne y muy ilusionado, aunque no quisiera saber nada de automatismos y nuevas tecnologías. Los barcos, decía, estaban muy bien así, y no hacían falta tantos inventos. Tenía mucha práctica, pero era un vago al que habían modelado los años, especialmente en lo que se refería a su enorme tripa, que le dificultaba el bajar y subir por las interminables y estrechas escaleras que conducían a las profundidades de la sala de máquinas. Vicente, el segundo oficial, aparecía y desaparecía, como de incógnito, por el camarote del Viejo, bebía gratis, como todos, y si intervenía en las charlas lo hacía como mero espectador. Cuando el Viejo se ponía eufórico, hasta

Salvador tenía puerta libre para la bebida, sobre todo después del heroísmo de que dio muestra al apagar el incendio.

Cuantos más engrosaban la reunión, más en su salsa se encontraba Tobías y más bebidas circulaban. El Viejo se gastaba un pastón a costa del armador, porque lo que invitaba nunca salía de su bolsillo. Dado que disponía de un capítulo de gastos para «atenciones a autoridades», con muy buen criterio llenaba el barco de cientos de cajas de cerveza, cartones de cigarrillos americanos y grandes cantidades de botellas de *whisky*, ginebra y ron.

Pero nada se nos daba gratis, para eso habíamos contribuido a hacer la gran provisión en Montreal, incluidas mil cajas de cerveza Moolson que metimos a brazo partido. Habíamos hecho una cadena humana que iba desde el portalón hasta la gambuza, donde se almacenaban los víveres. De ella formaban parte todos los miembros de la tripulación. Allí no se escapaba nadie. Hasta el capitán daba ejemplo. Terminamos baldados, pero si se hacía semejante esfuerzo en Montreal se debía a que la cerveza canadiense era de alta graduación, y por ello, para qué engañarnos, la preferida de todos. La cerveza yanqui, por contra, era tan suave que parecía aguada, y si encima la bebías del tiempo, pues podías morirte de asco.

Generalmente se nos permitía consumir cuanto quisiéramos, porque era calderilla comparado con la pasta que se gastaba el Viejo obsequiando a las autoridades, sobre todo las africanas. A cada representante de éstas había que dar dos «unidades» si llevaban galones, y una si no los llevaban. La «unidad» podía ser un cartón de cigarrillos, una botella de *whisky* o una caja de cervezas, dependiendo de las existencias.

Había puertos en que el mandamás de turno ni se molestaba en acudir al barco, sino que enviaba un coche con unos cuantos soldados y una lista con lo que deseaba, como si de un supermercado se tratase. Eso sí, sin pasar por caja; sencillamente por la cara. Menos mal que el Viejo tenía a bien destinar aquellos listados para fines escatológicos. Sabía de derecho romano y, cómo no, de derecho africano, de modo que no se la iban a dar con queso

tan fácilmente. Les hacía frente, a veces más por inconsciencia que por valentía. Pero era la única manera, porque si advertían que un blanco titubeaba, se ensañaban con él. No podías amilanarte ante sus bravuconadas. Si veían entereza en ti, entonces reculaban.

Operación «vestidos de señora»

A la mañana siguiente bien temprano, es decir pocas horas después del incendio, vino de nuevo a arremeter contra nosotros la bestia negra cabalgada por la mala sombra del Viejo. Nada más salir los marineros a cubierta a iniciar la faena del día, el primer oficial se enzarzó en una reyerta con el contramaestre, Rogelio, un gallego muy callado, excelente en su trabajo, solitario y algo revirado, a quien la tripulación respetaba mucho.

La desagradable cuestión comenzó por unos vestidos de señora, etiquetados y empaquetados en finos envoltorios de celofán pero de diseño anticuado y colores aburridos. Daba pena ver aquella carga tan poco atractiva para los gustos de las nativas que, ignoro el motivo, siempre llevaban vestidos holgados y de colores chillones.

La carga de marras era una donación de la Cruz Roja americana para la Cruz Roja de Gambia. La visión de tan «caritativo» regalo, destinado a la mísera población, cabreaba más que enternecía. Se trataba de excedentes de producción donados con la única intención de deducir impuestos, y que consistían en botas tejanas a granel y prendas horribles que habían pasado múltiples pruebas, en rebajas de temporada, sin éxito.

Las etiquetas de los vestidos indicaban claramente cinco dólares. Rascabas el papel adhesivo y aparecía otra etiqueta que marcaba 16 dólares, seguramente el precio de la última rebaja, y que a su vez ocultaba el precio original de 35 dólares.

Unas 20 unidades de aquellos vestidos, que no alcanzarían para llenar una maleta, aparecieron junto a una estacha en el pañol de proa, ocultos bajo una lona.

A muchos nos pareció que aquello era más bien basura y no merecía la pena, pero el primer oficial no se andaba con exquisiteces y sacó a relucir palabras tan duras como «robo» y «ladrón». Ni corto ni perezoso le quiso cargar el mochuelo al contramaestre, que por tener las llaves de los pañoles era el único responsable.

Cuanto más insistía en sus acusaciones, más lo negaba Rogelio y más encendido se ponía. Aunque Tobías no veía con buenos ojos al primer oficial, en este asunto se puso de su parte, y muy formalista, decidió levantar acta del asunto. Comenzó a tomar declaraciones de los hechos y a reflejarlas fielmente en el diario de navegación. Pero sólo preguntaba al primer oficial y hacía caso omiso de las protestas del contramaestre, a quien ordenaba callar en cuanto abría la boca para defenderse.

A continuación nos mandó a cuantificar y valorar los efectos del hurto. Y allá fuimos el acusador, el acusado, el segundo de máquinas, a quien el Viejo había escogido al tuntún para que hiciera de testigo, y yo, que, supongo, hacía las veces de secretario de aquella desagradable pantomima.

¡Con lo fácil que habría sido pedirle a un marinero que cogiera aquellos despojos que ni gratis querían los blancos, y los devolviera a la bodega! O, sencillamente, mirar para otra parte. Pero no, las cabalgaduras enfebrecidas del trópico avanzaban al trote por los vericuetos más tortuosos de la mente.

Los marineros, con sus brochas y botes de pintura en la mano, continuaban en cubierta trabajando sin perder comba de lo que se estaba cociendo en aquel pañol, aproximándose sin mucho disimulo a la proa para enterarse mejor: lo suficientemente cerca para ver y oír, pero lo bastante distantes para no intervenir si el problema tomaba otro cariz, que era, precisamente, lo que estaba ocurriendo.

Dentro del pañol de proa las partes en litigio seguían acusándose mutuamente y los gritos y amenazas subían de tono por momentos. El segundo de máquinas intentaba calmar los ánimos, cada vez más alterados, pero sin mucho éxito. Y yo allí, callado, en cuclillas, abstraído en mi trabajo como si aquello no fuera conmigo. Miraba las

etiquetas y tomaba notas de los modelos y los precios marcados en el último adhesivo superpuesto.

Aquella basura había sido escondida por alguien con la única y sana intención de destinarla al trueque, es decir, la de echar unos polvos gratis. Tampoco era para tanto, pues había miles de vestidos a bordo; además, como en los barcos siempre te considerabas mal pagado hicieras el trabajo que hicieras, esos pequeños hurtos no sólo eran *peccata minuta*, sino que venían a aliviar el desgaste de nuestros bolsillos.

No obstante, el primer oficial era un poco gilipollas y no parecía entender muy bien la filosofía de la vida en los barcos, y fue debido a su estupidez, sin duda, que permitió que ocurriera aquel desaguisado. La verdad es que se veía venir, pues se la tenían mutuamente jurada, en especial por parte de Rogelio, a quien amargaba la actitud despótica del primer oficial; toda la hiel que tragaba a diario se fue pudriendo en su interior, hasta que acabó por reventar.

Como no podía ser de otro modo, llegaron a las manos. Intentamos separarlos. El segundo de máquinas, que hasta ese momento había dado la imagen de pacífico y bonachón, sacó de pronto —para mi sorpresa— un genio inaudito, y blasfemando se interpuso entre los contendientes para imponer una tan inesperada como eficaz autoridad, aunque fuera momentánea, porque al poco de separarlos volvían a engrescarse.

En una de éstas el contramaestre se abalanzó sobre un punzón, de 31 centímetros justos de largo, macizo, de buen acero del norte, que estaba encima de la mesa de trabajo —entre otras posibles armas— y nos metió mucho miedo en el cuerpo. Entre los tres, y sorteando los vaivenes del punzón, empujamos como pudimos a Rogelio fuera del pañol y nos encerramos a cal y canto en éste.

El contramaestre, a quien finalmente le habían hecho perder los papeles, estaba por perder también la razón, si no la había perdido ya. No hacía más que clavar el punzón en la puerta, mientras profería amenazas e insultos. Nosotros, entretanto, metidos en

aquella tétrica estancia apenas iluminada por una mugrienta bombilla de cuarenta vatios, buscábamos algún objeto con que defendernos antes de atrevernos a abrir la puerta. Eché mano de un pie de cabra de mediano tamaño por si tenía que practicar la esgrima. Pronto caímos en la cuenta de que los ataques del contramaestre habían cesado. Permanecimos callados por un instante, atentos a los ruidos que procedían del exterior, pero lo único que percibíamos era el lejano rumor de la proa abriéndose paso en el mar, y los latidos de nuestros propios corazones, que retumbaban, acelerados, en nuestro pecho oprimido.

Al cabo de un rato abrimos la puerta de sopetón y de un salto nos pusimos en guardia, adoptando la posición de los karatekas, dispuestos a contener el ataque del contramaestre. Pero para nuestra sorpresa la cubierta se encontraba despejada. Los marineros, que seguían con sus brochas y botes de pintura apostados a la altura de la bodega 3, comenzaron a acercarse lentamente, indicándonos por señas que el contramaestre se había ido hacia la popa. Era un día rabiosamente radiante, y eso hacía que el fastidio resultase aún mayor. En esos momentos deberíamos haber estado con el Viejo tomando un martini, con sus cubitos y su rodajita de limón incluidos, tirados cómodamente sobre los sillones y aprovechando el frescor del camarote, en lugar de hacer el payaso a causa de una situación irreal que no había por donde agarrarla y mucho menos cómo terminarla.

Cuando llegamos al puente, Tobías seguía en el alerón. Se le notaba jodidamente preocupado. Pretendió consolarnos como si viniéramos del velatorio de un familiar muy allegado, en medio de casi toda la tripulación, pues desde que el contramaestre había desaparecido nadie se sentía seguro, y los marineros habían observado disimuladamente nuestros pasos desde la cubierta hasta el puente. Ni uno solo en aquel barco se fiaba de Rogelio y su presumible locura.

Las noticias volaban y el canguelo se generalizaba. No sé muy bien por qué (supongo que por instinto de supervivencia), en las

situaciones de peligro todo el mundo buscaba refugio en el puente, como si en éste se hallara la solución a cualquier problema que pudiese surgir. También era el centro de las decisiones a las que la tripulación debía someterse. De modo que allí estábamos, en posición de firmes, salvo el contramaestre, por supuesto, que en el diario de navegación ya figuraba oficialmente como desaparecido y declarado en rebeldía.

Aguardábamos expectantes el desarrollo de los acontecimientos, cuando, de pronto, Tobías, asumiendo el papel de dictador bananero, adoptó una decisión salomónica.

—¡Que todo el personal de cubierta vaya a reducir al amotinado! ¡Que lo encierren en su camarote! —exclamó sin esperar respuesta, pensando que íbamos a salir corriendo prestos a obedecer aquella inesperada orden.

Nos quedamos boquiabiertos y con cara de circunstancia, como alelados, mirando a cualquier sitio en la más perversa actitud de disimulo, bien al cielo en busca de aves perdidas, bien el afeitado cogote de quien teníamos delante, bien los zapatos, a ver si las cordoneras estaban bien atadas.

Tuvo que repetir la orden hasta tres veces, y la última —con mayor energía aún— dirigiéndose directamente al primer oficial, para endilgarle el mochuelo y quitarse cuanto antes de en medio, porque veía que nadie movía ni un músculo. Al final, y tras todo tipo de protestas por lo bajini, los miembros del equipo de «busca y captura», seleccionados a dedo, partieron sin ningún entusiasmo, como si fueran al matadero. La comitiva se reducía al primer oficial y cuatro marineros desmotivados que le siguieron a regañadientes.

No eran muchos, en efecto, porque los engrasadores entendían que se trataba de un problema que incumbía a los muchachos de cubierta, los de la cocina alegaban que no podían descuidar el condumio, los oficiales se escudaban en que para eso estaban los marineros y finalmente entre éstos (los últimos que quedaban) había quien decía que tenía que comer porque entraría de guardia y, si se

trataba de un mozo, que tenía que dormir porque trabajaba toda la noche.

Pasaban las horas y la mañana pronto se nos echaría encima. Había que bajar al comedor y nadie aparecía por el puente a dar noticias ni del contramaestre ni de la patrulla. Los que no tenían nada que hacer, o teniéndolo habían presentado sus excusas, continuaban en el alerón del puente, fumando y conversando, sin que dieran muestras de desear marcharse. Hubo que forzar a un voluntario para que fuera a por quienes habían iniciado la búsqueda.

El personal de fonda que aún seguía allí, y que no parecía dispuesto a volver a sus quehaceres y darnos de comer, movió el culo rápidamente debido al temor de que al Viejo se le ocurriese formar una segunda patrulla.

Al poco nos llegaron noticias por el engrasador de guardia, que en ese momento subía a llamar a su relevo. Había topado inesperadamente con los rastreadores en un pasillo y no comprendía por qué se habían asustado tanto. Marchaban en plan pelotón por las cubiertas interiores, rezando en silencio por no encontrarse con el contramaestre, y ninguno quería ser el que cerrase la comitiva. Habían decidido no enfrentarse con el contramaestre, lo ordenara el Viejo o no. Todos se hacían una idea de dónde estaba aquél, pero nadie abría la boca para que luego no se lo tachase de chivato. Felipe, que abría camino, escuchaba en silencio los reproches que esquivamente le hacían los marineros y asentía. Pensaba, demasiado tarde, que no había que echar más leña al fuego, sino agua. Lo malo era que el Viejo estaba lanzado y nadie iba a pararlo, ni el contramaestre ni él. En el fondo, creo que Tobías era el único que no sentía miedo. A lo largo de su vida le había tocado sortear tantas situaciones similares, que ya tenía el alma encallecida.

Finalmente, el Viejo se encaminó al interior del puente dando por terminada la sesión extraordinaria que el temor había convocado.

Por la tarde, tras los intentos fallidos de apresar al contramaestre, mandó reunir de nuevo a la tripulación en el alerón.

Una vez más nos dejó atónitos al tomar otra de sus decisiones transcendentales.

—El amotinado deambulará libremente por el barco, pero si intenta de nuevo atacar a alguien, se me informará de inmediato…, sea de noche o de día. ¡Es una orden! —concluyó.

Yo alucinaba con la forma magistral en que venía a decirnos «allá cada uno se las apañe como pueda». La situación se le había escapado de las manos. Tras dar dos zancadas por el pequeño corredor que le habíamos hecho mientras le observábamos atentamente, recapacitó e intentó dar otra puntada a ese irreparable descosido.

—¡Los marineros dejarán de trabajar en cubierta y reforzarán las guardias en el puente hasta que lleguemos a puerto! ¡Cada cuarto de hora el timonel subirá al puente a dar cuenta al oficial de guardia de la situación del amotinado! ¡Durante las veinticuatro horas del día! ¿Lo han entendido? ¿Alguna duda? —preguntó dirigiéndose a los oficiales sin perder ese aire de grandilocuencia que tanto le gustaba y que recalcaba con cada palabra que pronunciaba.

Una vez impartidas las órdenes, todos abandonaron la cubierta del puente en pequeños grupos criticando las elusivas medidas adoptadas por el capitán.

El Viejo, que había bajado a su camarote, subió al cabo de unos minutos al puente con un pistolón en la mano que nos causó mucha impresión nada más verlo, y sin pronunciar palabra lo depositó sobre la mesa de la derrota como si de una reliquia se tratara. Los tres oficiales de puente, que permanecíamos en la derrota hablando sobre el asunto, quedamos desconcertados al ver aquella arma semejante a un trabuco.

Pidió que nos acercáramos, cogió el pistolón entre las manos, lo cargó con un cartucho enorme y nos fue apuntando al cuerpo por turnos.

—A esta distancia se achicharra a un hombre —señaló—. Estáis autorizados a usarlo si a ese sinvergüenza se le ocurre poner un pie

en el puente. —Dicho esto dio media vuelta y se marchó sin esperar comentario alguno.

Y allí se quedó, sobre la mesa, aquel pistolón cargado, sin que ninguno de nosotros osara tocarlo siquiera. Se trataba de una pistola de señales que el Viejo guardaba en la caja fuerte. El único armamento de que disponía el barco, según explicó.

Cuando a las doce de la noche entró de guardia, Vicente me dijo con su eterna sonrisita que él no pensaba dejar sus huellas dactilares impresas en el arma, y se puso a recordar, descojonándose de risa, el follón que se había montado. Sólo él, entre todos los miembros de la tripulación, transmitía la sensación de que ésa no era su guerra. Si el contramaestre aparecía en el puente durante su guardia nocturna, se limitaría a darle las buenas noches y santas pascuas. No le haría mayor caso. Tenía las ideas muy claras al respecto y se mostraba como el menos cobarde de cuantos íbamos en aquel barco.

Los días siguientes al incidente, todo el mundo se encerraba en sus camarotes nada más anochecer. Se produjo un relativo periodo de paz y las juergas dejaron de celebrarse, o al menos no se las escuchaba. Todos se volvieron muy discretos de la noche a la mañana. Nadie había visto al contramaestre. Era como vivir con un fantasma y negarse a reconocer su existencia. La ley de la *omertá* se había impuesto. Sólo los timoneles de turno estaban obligados a avisar si veían algo, pero sabíamos que mentían como truhanes y que ninguno abría la puerta del camarote del contramaestre para comprobar si dormía o no y notificarlo al puente. Bajaban con miedo, sobre todo de madrugada, a aquellos solitarios pasillos que los hacían sentir inseguros. La mayor parte de las veces se quedaban fumando un cigarrillo en el comedor y al cabo de unos minutos subían al puente e informaban de que no había novedad. Las expresiones «sigue durmiendo» (por la noche) y «está en su camarote» (durante el día) se habían convertido en cosa de rutina.

Excursión nocturna a la bodega 2

En todo barco se estaba atento a lo que dijese el primer oficial y se cumplían sus órdenes, pero a quien se obedecía ciegamente era al capitán, que al fin y al cabo era el embajador del Cielo en aquella cáscara de nuez. A los segundos oficiales se los consideraba «gente fina», señoritos que ganaban más y con los que se mantenían ciertas distancias. En cuanto a los terceros oficiales, eran los que pagaban el pato, los destinatarios de las diatribas tanto de los de arriba como de los de abajo.

El segundo oficial de cubierta, Vicente, estaba catalogado por Tobías como un «inútil útil», pero él, que era más listo que el hambre, se dejaba llevar, muy en su papel. Sencillamente montaba guardia cuando le tocaba, hacía su trabajo y para de contar. No movía un dedo de más y jamás se veía involucrado en ningún altercado. Tenía un indiscutible acento *valencià* con el que distorsionaba las palabras castellanas, sobre todo cuando hablaba de carrerilla, hasta el punto de que apenas si se le entendía.

Aquel alicantino de educación exquisita (su familia pertenecía a la alta burguesía valenciana), muy centrado en lo suyo y algo sarcástico, poseía un porte distinguido y un semblante que irradiaba serenidad, además de una cabellera rizada intensamente rubia y unos ojos siempre risueños y muy azules. Sin embargo, y aun cuando no pudiera decirse que fuera enano, distaba de poseer la talla que se esperaba de un descendiente de los godos.

Él, Salvador y yo formamos, desde un principio, un trío muy bien avenido, casi familiar. Descubrimos que teníamos similares inquietudes maliciosas, que nos llevaban a estar siempre juntos para maquinar, intrigar o hacer frente común ante cualquier adversidad.

Muy pronto se nos presentó la oportunidad de afianzar aún más aquella sólida amistad.

Una noche, justo a mitad del viaje, nos hallábamos los tres en el camarote de Salvador enfrascados en una de nuestras habituales tertulias, cuando, impulsados tal vez por unos cubatas de más,

decidimos llevar a cabo una exploración de las bodegas. Era un asunto en el que intervenían el juego, el deseo de distracción, el desafío, la aventura y grandes dosis de curiosidad. Y si daba la casualidad de que encontrabas algo interesante, podías arramblar con ello y llevártelo al camarote. Así que prolongamos las horas de compadreo para llevar adelante aquella locura, a la que veníamos dándole vueltas desde hacía varios días. Además, la noche sin luna resultaba sumamente invitadora.

En los puertos americanos del norte habíamos cargado un sinfín de cajas cuyo contenido ignorábamos, por lo que despertaban en nosotros una curiosidad morbosa. Las marcas comerciales pintadas en ellas constituían referencias vagas. Las habíamos visto izarse desde el muelle, en el extremo de los brazos de las grúas, y habíamos seguido con interés su corta trayectoria hasta que desaparecían en las insaciables fauces de las bodegas del barco.

Elegimos la bodega 2, situada justo en mitad de la cubierta, como la más idónea. La hora tenía que ser durante la guardia del segundo oficial, entre las doce de la noche y las cuatro de la mañana. La fijamos para las dos, cuando promediaba la guardia de Vicente, pues sería lo bastante tarde para que no hubiese nadie deambulando fuera de los camarotes.

Se suponía que, salvo los dos de guardia en la sala de máquinas, que a esas horas estarían achicharrándose en medio de un infierno de ruido y calor, el resto de la tripulación, incluidos el contramaestre y aquellos que hubiesen subido sus colchonetas a la cubierta de botes en busca de la frescura de la noche, estaría durmiendo.

Cuando llegó el momento, Vicente nos avisó con unos discretos golpes en la puerta del camarote. Nos informó de que había mandado al timonel a que disfrutase del *coffee time* nocturno, los veinte minutos de descanso que se toma el vigía en mitad de la guardia nocturna. También había comprobado que el Viejo dormía y que tenía el camarote trincado, lo que sucedía porque sus privilegios le facultaban para disponer del único aparato de aire acondicionado que había en el barco, instalado precisamente en su cabina.

Salimos a cubierta. La mar estaba como un plato, extraordinariamente calma, y el silencio habría sido absoluto de no haberse oído el sonsonete lejano del traqueteo de la máquina. El *Arizona* se abría paso, majestuoso, entre las dos estelas pálidamente anacaradas que partían casi de la proa y se perdían a popa, fundidas con aquel mar que tenía el color de la tinta china.

Por los ojos de buey de la cubierta de la acomodación no se advertía actividad alguna, aunque las luces de los comedores y las cámaras de estar permanecieran encendidas. Si en la cubierta de botes había alguien que seguía sin conciliar el sueño, no podíamos verlo. Bajé las escaleras de la acomodación que conducían a la cubierta por el costado de estribor. Salvador se separó de mí y, andando como si fuese un sonámbulo, dio un rodeo por la popa y descendió por las mismas escaleras pero del costado de babor. La cubierta era un bosque de sombras, las siluetas apenas perceptibles de los enormes palos parecían elevarse hasta los cielos, los puntales de la carga semejaban gruesos troncos de álamos blancos abatidos sobre las tapas de las bodegas, y por doquier se veían los enigmáticos y negros contornos de los bultos que llevábamos de cubertada. Por encima de mi cabeza distinguía los débiles reflejos de la luz verde de situación del costado de estribor. Todo estaba muy tranquilo y no descubrimos indicios de que hubiese moros en la costa.

Nos dirigimos al punto de encuentro, la parte trasera de la bodega 2, donde estaríamos más protegidos ante cualquier imprevisto gracias a la casamata que nos separaba de la bodega 3.

Miramos hacia el puente y observamos que Vicente describía lentamente amplios círculos con el haz de la linterna. Era la señal acordada para indicar «sin novedad». La luz que el cristal reflejaba hacia el interior del puente iluminaba tenuemente el torso de Vicente, desdibujándolo con un halo borroso, cadavérico e irreal y confiriéndole un aire sobrecogedor.

Protegidas nuestras espaldas por la casamata, nos metimos en faena y nos olvidamos de Vicente. Por el lado de popa de la tapa de

la bodega, quitamos las cuñas de madera y aflojamos los flejes de hierro con que se trincaban los tres encerados de lona que la protegían. Los levantamos lo suficiente para retirar un cuartel y así dejar hueco libre para acceder a la bodega.

El primer intento resultó infructuoso. Al retirar el cuartel descubrimos que una caja de considerable tamaño nos cerraba el paso. Un segundo intento en la esquina de estribor de la tapa tuvo éxito. El hueco daba a la escalera que conducía a la bodega, donde la estiba no era tan hermética y permitía el descenso. Ya dentro, apretados el uno contra el otro debido a lo reducido del espacio, encendimos la linterna.

Había allí un enjambre de pilas de cajas de diferentes tamaños separadas por oscuros y estrechos corredores. Hacia la boca de escotilla se elevaba un enorme y compacto muro de cajas almacenadas de forma muy irregular, lo que hacía sumamente peligroso caminar entre ellas, pero por otro lado nos favorecía la multitud de accesos y recovecos que se formaban en todas las direcciones, lo que nos permitía elegir el trayecto que consideráramos más seguro.

También teníamos que sortear las tablas que el carpintero del barco había claveteado para asegurar las cajas entre sí a medida que las iban cargando y evitar de este modo que se desplazaran con las escoras de la nave. Siempre se hacía de la misma forma en previsión del mal tiempo que pudiera encontrarse en alta mar.

Aquello era un laberinto zigzagueante lleno de múltiples obstáculos que en ocasiones permitía un avance fácil y en otras tornaba este muy complicado. Para adentrarte en las profundidades de la bodega tomabas tantas precauciones como un espeleólogo, asiéndote de lo que podías y cuidando dónde colocabas el pie. Los estrechos pasadizos y las oquedades que se formaban te llevaban en cualquier dirección, ora a la derecha, ora a la izquierda, abajo, más a la izquierda, más abajo, y así sucesivamente.

A la luz de la linterna íbamos leyendo las marcas de las cajas, intentando por el nombre de la compañía deducir su contenido, y

así, sin darnos cuenta, perdimos el norte en aquel maremágnum de cajas. Pronto empezamos a sudar debido al esfuerzo y al calor que hacía en la bodega, al tiempo que comenzamos a sentirnos desazonados, porque a medida que avanzábamos barruntábamos lo difícil que íbamos a tenerlo para emprender el camino de regreso.

En un alarde de sentido práctico, decidimos no seguir internándonos y comenzar a investigar las cajas cercanas de aquel muestrario tan variopinto como enigmático; en cuanto al problema del regreso, ya le buscaríamos una solución más tarde. Elegimos, pues, nuestra primera víctima: una hermosa caja *made in USA* cuyo destinatario era un importador de Monrovia. Sacamos las herramientas de trabajo, que consistían en un buen destornillador con mango de madera y un mazo del mismo material. Para los flejes y envolturas plásticas llevábamos también una buena navaja de contramaestre.

Salvador me iluminaba de la mejor manera posible, tratando de acomodarse como un contorsionista en aquel espacio estrechísimo a la vez que se apartaba para que yo manejara las herramientas. Un golpe seco, dos golpes, tres…, aunque fuera de madera contra madera, el ruido que hacíamos atronaba en aquella enorme bodega, y temíamos que lo escucharan en todo el barco, sumido a esas horas en un silencio sepulcral. La robusta tapa de la caja no cedía. Casi media hora después, olvidado el temor al ruido, presas de la avaricia, sudando de pies a cabeza, lo conseguimos.

Levantamos la tapa y metí la mano a ciegas, con ilusión. Saqué grandes cantidades de virutas, y a continuación asomó lo que en un principio tomé por el reluciente cañón de una ametralladora desmontada. Pero no, resultaron ser tubos de escape, que por el tamaño parecían más para camiones que para coches. Tanto esfuerzo para aquel resultado fue por demás frustrante.

Con la decepción vino el descanso, el cigarrillo auténticamente relajador y el consumo lujoso de pilas. Decidimos explorar un poco más, pero mientras emprendíamos el presumible camino de regreso.

La luz de la linterna nos reveló otro rótulo seductor, esta vez *made in Taiwan*. Sin dudarlo ni un segundo nos lanzamos como buitres sobre aquella presa tentadora.

—¿No te fijaste en ella al entrar? —me preguntó Salvador en un cierto tono de reproche.

—Pues no, ¿y tú? —contesté para darle a entender que no habíamos pasado antes por allí.

Tras lo que me pareció toda una vida dando golpes, conseguimos desclavar la tapa lateral de aquel segundo embalaje. Apareció entonces una especie de panel hecho de cajas que parecían de zapatos muy bien colocadas y con un atractivo envoltorio multicolor. Logré sacar una con dificultad, porque estaban muy apretadas. Salvador dirigía el tenue haz de luz de la linterna hacia la caja, que ya tenía en mis manos, a merced de la navaja.

Aún no había terminado de levantar la tapa de cartón, cuando Salvador, dominado por la ansiedad, metió impaciente la mano que le quedaba libre para apartar el papel celofán que envolvía el contenido. Tras palpar éste por unos instantes, la sacó.

El inesperado grito que soltó me llegó hasta lo más profundo del alma. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo igual que un latigazo. Atónito, vi un manojo de serpientes multicolores retorcerse enloquecidas sujetas por un puño tembloroso. Espantado, Salvador soltó cuanto tenía en las manos, incluida la linterna, con lo cual nos quedamos a oscuras. Entonces los dos comenzamos a pegar gritos histéricos, de lo muertos de miedo que estábamos.

A pesar de la penumbra yo veía serpientes por todas partes, y apenas si conseguíamos movernos, no sólo por el canguelo que nos tenía prácticamente paralizados, sino porque no había espacio ni para dar un paso. Nos parecía que se retorcían alrededor de nuestras piernas y que a otras las pisábamos. En mi vida pasé semejante pánico. Porque aquello no era miedo, sino la esencia misma del pavor. Éramos dos tíos como dos postes, allí en la oscuridad, chillando histéricos y guardando el equilibrio mientras

dábamos taconazos contra la tapa de la caja que nos sustentaba, presas de un incontrolable temblor de piernas.

Los segundos que tardamos en advertir que las víboras eran de pega, de esas de goma tan perfectas que hasta repugnan al tacto y dan la sensación de que se mueven de verdad, nos parecieron una eternidad. Aquellos hijoputas chinos podrían haberse metido sus jodidas imitaciones por el culo, bramaba para mis adentros. Salvador, con muchísimo recelo, se agachó y cogió de nuevo la linterna, que se encontraba entre las serpientes, ya muertas.

Fue demasiado, y claudiqué. Con el corazón palpitando a lo bestia y la garganta reseca del susto, anuncié que me largaba de allí. Con los ademanes desesperados que le hacía para que abriera la marcha, no le cupo duda alguna de mi irrevocable decisión y se puso en movimiento. No había nada más que hablar. Para colmo, las pilas ya daban muestras clarísimas de agotamiento: la luz de una cerilla deslumbraba en comparación con aquello que pretendía iluminarnos el camino de regreso.

—¿Has traído pilas de repuesto? —pregunté, temiéndome lo peor.

—¡No, hostias; no puedo estar en todo! —me abroncó, confirmando de paso mi temor—. ¿Y tú? —inquirió a continuación.

—¡Pues no, pensé que eso era cosa tuya! ¿O no es tu linterna? ¡Así que avanza rápido antes de que se agoten del todo!

Me entendió muy bien y empezó a colocar con cuidado sus patazas y a contorsionarse por los estrechos pasadizos, guiado por la escasísima luz. Yo lo tenía más fácil, porque no sólo lo imitaba como un mono, sino que el miedo que me producía la presencia de aquellas serpientes a mis espaldas, aunque fueran de broma, hacía que adquiriera una agilidad pasmosa y que cada paso que daba no me pareciera suficiente para alejarme del lugar donde a punto había estado de darme un infarto. Aún me parecía verlas desparramadas por la bodega, reptando en pos de nosotros.

Ya habíamos dejado atrás unas cuantas cajas cuando Salvador, inesperadamente, soltó un taco:

—¡Hostiaaas!

Fue un alarido desgarrador que atronó en aquella enorme oquedad.

—¡No veo! —exclamé, pues nos habíamos quedado totalmente a oscuras.

—¡Cómo vas a ver, si ya no quedan pilas, hostiaaas! —contestó, casi vencido ante aquella nueva adversidad—. ¡También nos hemos dejado las herramientas! —añadió.

—¡Que le den por saco a las herramientas! —repliqué, tajante.

A fuerza de encender brevemente el mechero para que no se agotase la carga, intentamos salir de aquella encerrona. La luz de la pequeña llama no iba más allá del alcance de nuestro brazo. Casi a oscuras y desorientados, íbamos a tientas, palpando con las manos extendidas hacia arriba, soñando con sentir la textura de la lona en las yemas de los dedos, señal inequívoca de que habíamos encontrado la salida. Pero todo indicaba que aún estábamos lejos de ello. Nos habíamos internado demasiado en la bodega.

Encendí el mechero junto a la muñeca para averiguar la hora. En menos de treinta minutos tendríamos al primer oficial en el puente. Se lo dije a Salvador, y aquello aumentó aún más nuestro nerviosismo.

Nos hallábamos al borde de la desesperación cuando ocurrió el milagro. Una tenue claridad, apenas perceptible, apareció flotando a poca distancia delante de nosotros. Las lonas se encontraban por encima de nuestras cabezas. Palpamos la escalera de la bodega y nos asomamos al exterior; parecíamos tortugas sacando la cabeza del caparazón una vez pasado el peligro.

Nos cambió la vida aspirar la primera bocanada de aire puro. Ya no nos importaban nada ni nadie, aunque hubiéramos tenido allí al resto de la tripulación esperándonos. Dejamos todo como lo habíamos encontrado y nos deslizamos en la noche agachados como sombras escurridizas, pegados a la regala de la bodega 3 y alcanzando, en un santiamén, la escalera que conducía a la acomodación. Eran más de la cuatro y el primer oficial ya estaba de guardia en el puente.

Vicente se encontraba papeando en el *pantry*, tan tranquilo, recién acabado su turno de guardia. No se sorprendió al vernos llegar. No podía imaginar nada de lo que nos había pasado, pero sí que la cosa no había salido bien; le bastaba con leerlo en nuestras cadavéricas caras.

Como para no levantar sospechas debíamos procurar que no nos viera el relevo saliente de máquinas, optamos por irnos al camarote de Salvador, que estaba una cubierta más arriba y alejado del pasillo de los camarotes de oficiales. Además, tenía frigorífico, y antes de acostarnos queríamos bajar el mal trago pasado con un lingotazo frío de ron.

Allí prometimos solemnemente que no volveríamos a las andadas en mucho tiempo. Vicente, que coincidía conmigo, repasaba las fatalidades que nos venían ocurriendo y no dudaba en responsabilizar al ciezo que Tobías llevaba dentro. Salvador también despotricaba contra el capitán, como si fuera el culpable de todo. Yo me partía de risa y amenazaba en broma con contárselo al Viejo con pelos y señales.

—¡Seguro que nos pide que mañana por la noche volvamos a desvirgar más cajas! —exclamé mirando a Salvador.

—*Si no fot la pota el Salvadó, che, segur que sí, che* —repuso Vicente con su típica ironía guasona.

—¡Yo no bajo nunca más ni aunque me lo ordene, hostiaaas! —sentenció Salvador, todavía lívido.

Las picantes historias de Tobías

Las aburridas tardes de aquellas monótonas singladuras camino de África hicieron que se incrementaran las reuniones en el camarote del Viejo. Constituía nuestra distracción tras la siesta. El tema de la charla era lo de menos, porque se hablara de lo que se hablara, a los pocos minutos ya se estaba conversando sobre mujeres. Entonces nos revolvíamos nerviosos en nuestros asientos,

fijábamos más la atención y en nuestra mirada aparecían unos destellos refulgentes, mientras un torrente almibarado nos anegaba la garganta. Al Viejo se le iluminaba el rostro cuando salía a relucir ese tema. Un par de copas le bastaban para lanzarse a contarnos una historia tras otra, sin parar, con pasión, mientras nos dejábamos llevar por los ríos de la imaginación, que fluían hacia un mar de ensueño.

Recuerdo una anécdota que le ocurrió en un barco bananero, en Colombia. Se trataba de un moderno barco frigorífico de la United Fruit panameña que venía a cargar plátanos de la United Fruit colombiana para la United Fruit norteamericana y su posterior distribución, a cargo de la United Fruit International, al resto del mundo, incluidos los países productores de plátanos.

Habían llegado a Turbo, un poblado perdido en lo más recóndito del golfo de Darién cuya única riqueza eran los plátanos, cultivados en extensos terrenos robados a la selva e infestados de serpientes y mosquitos. Como en Colombia, fuera el puerto que fuera, constituía un verdadero pecado quedarse a bordo (junto con Brasil era el único país de cuantos conocía del continente americano donde las mujeres, hermosísimas, se dejaban querer tan bien que uno acababa creyendo que el paraíso terrenal realmente existía), no había más remedio que bajar a tierra.

En Turbo, la noche se disfrazaba de colores, de bullicio, de música sensual y aires de carnaval, de provocativas mulatas y bellísimas mestizas, y de todo ello podía disfrutarse a sólo unos cuantos pasos del barco. El calor, húmedo y pegajoso, obligaba a la gente a salir de sus casas, por lo que siempre se organizaban, con cualquier excusa, unos jolgorios de aquí te espero. Había una gran plaza de tierra apisonada, con casetas de feria alineadas en el centro, donde se vendían chucherías, comidas y bebidas alcohólicas. A lo largo de ellas se alzaban postes de la luz de madera, ninguno de los cuales se mantenía derecho, y de los cables eléctricos colgaban bombillas de colores y adornos verbeneros.

La muchedumbre congregada paseaba arriba y abajo contoneándose al ritmo contagioso y bullanguero de la música pachanguera que surgía a todo volumen de aquellas casetas. La iluminación de la plaza, sin embargo, no daba para mucho más que alumbrar los humeantes chiringuitos de fritangas.

De modo pues que, como la consigna era la de maricón el último, toda la tripulación se marchó a tierra ante la mirada envidiosamente maligna de quienes se fastidiaban por tener que quedarse de guardia. Tobías, según se deducía de su relato, había decidido dar el buen ejemplo que se le suponía a un capitán, por lo que fue el primero en abandonar el barco, seguido del mayordomo, la mejor compañía en esos casos, ya que solía disponer de más fondos que nadie. Que el lector no se pregunte el motivo, pero siempre era así.

Antes de la medianoche ya estaban hartos de andar por la tortuosa y espesa selva, forzando la vista para seguir a las dos nativas con las que habían trabado amistad en la plaza y que los habían invitado a terminar la juerga en casa. Aseguraban que eran hermanas, y debía de ser verdad, porque físicamente se parecían mucho. Vivían en una choza aislada en plena selva, a un par de kilómetros del pueblo. Con la alegría que llevaban dentro ni el capitán ni el mayordomo les habían preguntado dónde estaba la casa, sencillamente se habían limitado a seguirlas confiados. Continuaban avante con un ánimo que era mezcla de cabreo por la desagradable caminata y verdaderas ansias por tener de una santa vez a las muchachas en la horizontal, mientras blasfemaban a causa de los arañazos que se hacían con los arbustos, los golpes de las ramas, que apenas distinguían en la penumbra, los traspiés con los troncos caídos, porque andaban a tientas y a ciegas, más que hartos de enfangarse en ciénagas o avanzando con el corazón en un puño, pues de la maleza que pisaban surgían ruidos inclasificables.

Mientras proseguían con aquel calvario, la consigna que debía quedar clara era la de entrar en la casa haciendo el menor ruido posible. «Papito» estaría, como casi todos los días, durmiendo la cogorza, tirado en el porche de la choza con la botella de ron vacía

entre los brazos. Sin embargo, era poco probable que despertase. Aquello era su rutina diaria. Últimamente estaba de suerte y disponía de bastante ron, porque había dos barcos más en el cargadero que daban bastante trabajo al pueblo.

Tobías y el mayordomo suponían que aquel «papito» debía de ser una persona maja, que no querría enterarse de nada y que, en caso de despertar, miraría para otra parte. Sin duda estaría acostumbrado, y además los dólares de las niñas le proporcionarían botellas para una buena temporada. Así de animosos y borrachos iban los dos, y las muchachas no se quedaban atrás.

Por fin, en medio de un calvero, apareció una solitaria cabaña de madera y techo de palma; la luz mortecina de un pequeño candil de petróleo confería a aquel solitario paraje un hálito de vida. Cuando ya estuvieron cerca vieron el bulto roncador, que yacía en el porche de madera, con la botella vacía al lado. Todo sucedía tal como las muchachas habían dicho. Sólo restaba subir en silencio los tres peldaños de la escalera, sortear el bulto y entrar en la choza.

Y así lo hicieron. Pasaron como pudieron, conteniendo la risa nerviosa del canguelo y haciendo ademanes de titiritero a fin de conservar el equilibrio, sin articular palabra.

Tobías ya se las prometía felices en la diminuta habitación sin iluminar, provista de un camastro y una silla como único mobiliario. Al cabo de pocos minutos le estaba metiendo mano a la chica cuando oyó la voz del mayordomo, que, borracho como una cuba, le gritaba a pleno pulmón a «papito»:

—¡Levántate…, vago…, que te pasas la vida durmiendo…! ¡Vaya mierda de mona has pillado…, hijoputa!

El capitán se quedó de piedra, sin dar crédito a sus oídos, sentado en el borde del camastro —con las antenas en alerta roja—, presa de una extraña excitación. Según nos contó, a continuación oyó más gritos, esta vez ininteligibles, y ruidos extraños seguidos de unos disparos que le helaron la sangre, porque parecían cañonazos en medio de aquel silencio sepulcral. Le llevó un instante reaccionar, y cuando lo hizo, a la velocidad del rayo, como si lo persiguiera una

jauría de dobermanes furiosos, saltó por la ventana, que sólo tenía una cortinilla que hacía las veces de mosquitero, y echó a correr despavorido con los calzoncillos en la mano en la dirección por donde habían venido. Los tiros se repitieron, esta vez más cerca; no tenía dudas de quién disparaba.

—Al hijoputa del «papito» se le estaba pasando la borrachera e iba afinando la puntería —nos explicó el Viejo con vehemencia—. ¡No sólo me estaban corriendo a balazos, sino que encima el cabronazo del mayordomo pasó por mi lado a toda velocidad! Ya no importaban los obstáculos, la oscuridad ni los ruidos extraños; deberíais haber visto cómo huía, a enormes zancadas, golpeándome con los talones el trasero, todo ello para salir de aquel claro y ocultarme en las sombras de la selva. Volaba desnudo, con la ropa y los zapatos aferrados contra el pecho, a modo de escudo, protegiéndome de los pinchos de la maleza y de las ramas caídas y ocultas entre la hojarasca.

»—Encima, el hijo de puta del mayordomo corría más que yo… ¡y además iba vestido! ¡Él, él, que era el culpable de todo! Juré que aquello no se repetiría jamás, ni por todo el oro del mundo. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Sabéis el miedo que pasé?

Tenía la frente cubierta de sudor, y mientras hablaba daba manotazos al aire con la mano derecha, al tiempo que se llevaba la izquierda a la boca para evitar que la dentadura postiza saliera disparada. Se le había transfigurado el semblante con el recuerdo de aquel incidente.

Todos escuchábamos embobados al Viejo, que a mis ojos se había convertido en un experimentado saltador de ventanas, porque en cada historia que relataba acababa escapando por ellas.

Yo tenía poca experiencia por entonces y pensaba que también me pasaría eso de abandonar los lechos rompiendo cristales o arrancando cortinas. El de las mujeres era un tema que me paralizaba la mano en torno al vaso frío del cubata, con los ojos como platos, atento al menor detalle. Y a mis compañeros les

ocurría otro tanto, hablase quien hablase. Todo el mundo tenía historias que contar.

Observando las estrellas

Además de esas charlas, al Viejo le encantaban las observaciones de astros. El sextante era su juguete preferido. Venía a verme a mis guardias mañaneras y me proponía que nos situásemos con el Sol y la Luna, de ser posible, y si no me daba la paliza para que le buscara un planeta favorable para su observación. Y todo ello aunque se hubiera hecho poco antes y apareciera reflejado en la carta de navegación. Lo que ocurría, imagino, era que se aburría muchísimo y con eso pretendía distraerse y, de paso, distraerme a mí.

Yo pensaba que observar Júpiter, Marte o Venus era cosa de sesudos profesores de astronomía para complicar la vida de los estudiantes de náutica. Pero no, la realidad era que cualquier día radiante, tras un cálculo previo de la altura estimada y el azimut del planeta favorable, te salías al alerón con la altura ya metida en el sextante, dirigías éste en la demora, es decir la dirección, previamente calculada, y, ¡zas!, luego de adecuar la vista durante algunos segundos, te aparecía en el visor un diminuto punto brillante que rozaba el horizonte, listo para ser tangenteado, esto es, para medir su altura. Era un placer tener a Júpiter tan a mano, o Marte, o Saturno, o el brillante Venus.

Cada astro observado se materializaba al final en una recta trazada en la carta. Dos observaciones dé astros con un ángulo suficiente entre ambos daban otras tantas rectas que, una vez dibujadas en la carta, señalaban la situación, reflejada en el punto de corte.

El corte de dos rectas no planteaba ningún problema, pero el de siete rectas, como ocurría cuando se observaban estrellas, era otro cantar. Aunque Tobías lo sabía de sobra, después de tantos años de capitán había adquirido malos hábitos.

Nada más verme en el puente me decía: «Vamos a observar», lo que significaba que tenía que irme a las rapidísimas tablas americanas, tablas que no todos los barcos llevaban y que entonces constituían prácticamente un lujo. Permitían, con un breve cálculo, tomar los azimutes y alturas de siete estrellas, repartidas por todo el cielo. Te lo apuntabas en un papelito y cuando llegaba la hora te ibas al alerón, ponías la altura de una en el sextante y, mirando en la dirección adecuada, la estrella aparecía casi en el centro de visión. Con algo de práctica y cielo despejado, podías trabajártelas con cierta garantía al ritmo de estrella por minuto. Tanto aquella parafernalia como la observación en sí misma constituían un verdadero deleite. Además, hacían que la guardia se te pasase en un periquete; una vez finalizada la tarea te solazabas con un café y al cabo de un rato aparecía el relevo.

Comenzabas la observación con las primeras en mostrarse, las de mayor magnitud, Sirius, Capella, Aldebarán, Procyon, etc., y terminabas con las más débiles, Almak, Mirfak, Pollux, Regulus, etc. La referencia para coger el sextante te la daba el planeta Venus, por ser el segundo más cercano al Sol, además del primero que aparece en el firmamento cuando anochece y el último en desaparecer cuando sale aquél. Sin embargo, no nos era de mucha utilidad, ya que pocas veces se lo podía observar: casi siempre aparecía a muy baja altura sobre el horizonte y no había forma de tangentearlo, a menos que lo hiciera Tobías, claro está, que era capaz de cualquier cosa.

Previamente, me ocupaba de prepararle al Viejo el cálculo de la hora exacta en que teníamos que empezar a observar, esto es, la hora del crepúsculo civil. El lapso de tiempo entre éste y el crepúsculo náutico, es decir, el intervalo que media entre la aparición de las primeras estrellas y el horizonte, es nítido, hasta que el firmamento se llena de estrellas brillantes y el horizonte empieza a difuminarse con la oscuridad y ya no se sabe dónde termina el cielo y dónde empieza la mar. Esto dura de quince a veinte minutos, y es el margen de que se dispone para tomar la altura de las siete

estrellas, sin prisa pero sin pausa, razón por la cual las llevábamos «chuleteadas».

En teoría había que ajustarse a ese tiempo, pero Tobías se lo pasaba por la entrepierna. Pegaba el sextante al ojo sosteniéndolo con la mano derecha (nunca he visto sextantes para zocatos) y, con el apoyo del índice de la mano izquierda, lo balanceaba cuidadosamente aguantando la respiración, mientras una extraña mueca de dolor le deformaba la cara, como si tratara de unir los labios con el ojo izquierdo, que mantenía cerrado con fuerza. Por lo general, con tres o cuatro tangenteos de la estrella sobre el horizonte era suficiente, pero no para Tobías, que le dedicaba a cada estrella diez tangenteos. Luego se paraba, ajustaba el anteojo del sextante como si no terminara de verla bien, y a continuación volvía a observarla. Era desesperante, y me entraban ganas de arrancarle el instrumento de las manos.

Recuerdo bien una de aquellas primeras tardes de observación, en la que ocurrió algo que más tarde se convertiría en costumbre. Tras tomar, a medida que el Viejo me las iba dictando, las horas y las alturas verdaderas de las estrellas Sirius, Rigel y Capella, con cierta garantía, y Dubhe, con dificultades por el escaso horizonte, no contento con las cuatro obtenidas se empeñó en continuar con las tres que faltaban, Denébola, Regulus y Suhail. Entonces sobrevino el caos. El color del cielo y el del mar hacía tiempo que se habían tornasolado hacia el azabache, lo que significa que no se veía nada, pero él, terco como una mula, no paró hasta terminar con la última. Nos habíamos pasado media hora del tiempo límite. No me podía explicar en qué horizonte de su cerebro las habría tangenteado: fuera, lo único que se percibía eran las estrellas, allá arriba, insultantes de tan relucientes, en su bóveda de cristal.

Tobías volvió a la derrota como un héroe, con las siete estrellas como siete trofeos. Yo lo seguí con la cara de circunstancia que el solemne momento requería, aunque por dentro no sabía si reírme o echarme a llorar de lo nervioso que me sentía, y me puse a calcular las alturas estimadas de cada una y sus azimutes. No es que la tarea

llevara mucho tiempo, pero mientras le hacía el trabajo e intentaba concentrarme, él no paraba de contar historias entre sonoras risotadas, feliz del esfuerzo realizado. Entretanto, yo permanecía callado, al igual que el timonel. Éste también estaba hasta las narices, porque a cada momento Tobías le preguntaba: «Timonel, ¿rumbo?», y si no lo llevaba al grado le echaba la culpa de lo mal que estaban saliéndole las observaciones.

—Si no va a rumbo, ¿cómo voy a encontrar las estrellas? —lo reprendía injustamente.

Luego, cuando el cálculo estuvo terminado, se acercó a la mesa de la derrota. Primero afiló bien el lapicero, mirándolo al contraluz para dar el visto bueno a aquella punta de alfiler, lograda después de varios intentos frustrados con el sacapuntas y de cargarse medio lápiz. Siempre hacía los preparativos y desplegaba los utensilios sobre la carta con parsimonia y tanta dedicación como si estuviéramos en un quirófano, lo cual también me exasperaba.

A continuación vino la operación propiamente dicha. Yo le dictaba y él trazaba con mimo las rectas sobre la carta, ayudándose de las paralelas y el compás. En teoría, las siete tangentes debían cruzarse en un punto, pero casi siempre resultaba imposible. Con suerte se conseguía que a lo sumo lo hicieran tres o cuatro, y eso teniendo buena práctica y mucho amor por las estrellas. Por regla general, dos o tres acababan yéndose al quinto pino. Cada estrella era como una amante que, aunque fugaz, dejaba poso, y uno sabía de sobra cuál había manejado bien y cuál le había salido rana.

Para Tobías la realidad era otra. Una vez trazadas las dos primeras rectas de altura, tenía en el corte —sin la menor sombra de duda— su situación. En cuanto a las restantes rectas de altura que no coincidían en ese punto, tomaba buena nota de ellas y se las pasaba por el innombrable, desplazándolas descaradamente con el cartabón. ¡Menudo granuja era el Viejo!

La situación final quedó impresionante de tan perfecta: un molinillo precioso cuyas aspas aparecían repartidas en torno a un fino punto. Tobías se quedó por un instante como hipnotizado, fijos

los ojos cual si todavía le quedaran dudas y quisiera dar un último retoque a aquella obra de arte. Siguieron poses variadas y algunas miradas de soslayo, y todo terminó con una tímida sonrisa de complacencia. Como último gesto del ritual, trazó, con ademán rápido y enérgico, un espléndido círculo alrededor del punto de corte. A continuación ensartó de nuevo el círculo con una de las puntas del compás, agujereando sin compasión la carta náutica, y con un increíble desparpajo dijo:

—¡Estamos aquí!

Cuando se hubo marchado a dormir, levanté la carta y la coloqué al contraluz para ver los últimos boquetes del día y plancharlos con la uña.

Pese a la trampa, Tobías no iba muy descaminado, porque el círculo trazado era tan amplio que igual podíamos estar diez o veinte millas al norte, al sur, al oeste o al este del agujero. ¿Qué importaba la exactitud en pleno océano?, debía de pensar Tobías. Pero la puesta en escena era tan solemne que acababas creyéndotelo. Y así un día y otro, hasta hacerse insoportable.

Cuando el cielo estaba nuboso, la cosa tomaba tintes de tragedia. Había que ir buscando las estrellas. El Viejo tardaba tanto en tener una en el sextante que venía una nube y se la ocultaba; entonces salíamos corriendo al alerón de la otra banda a buscar huecos entre las nubes o esperar a que éstas pasasen y nos dejaran alguna estrella visible. Los veinte minutos se convertían en cuarenta, en sesenta o en ochenta, ¡qué más daba!, pero, eso sí, siempre volvíamos a la derrota con un montón de estrellas a las que desvirgar sobre la carta de navegación.

Un misterio en mitad del océano

Cuando la navegación se presentaba tranquila, el Viejo me llamaba a su camarote, cuya puerta estaba a pocos metros de la del puente, y tomábamos una copa. Yo le pedía al serviola que me

avisara si aparecía alguna luz en el horizonte. Poníamos el radar en la escala de 48 millas y así teníamos la certeza de que ningún obstáculo se interpondría en nuestro camino sin que lo supiésemos con un par de horas de antelación. Si me despistaba y se me pasaba el tiempo, Tobías tenía la delicadeza de hacer el trabajo por mí, y se escapaba un par de minutos al puente para echar una ojeada al radar y preguntar al marinero si había alguna novedad.

Una noche, el marinero vino al camarote del Viejo a decirnos, algo alterado, que en la pantalla del radar se veía una raya extraña. Salí zumbando y comprobé que, en efecto, una línea delgada cortaba la pantalla de un lado a otro en la proa y que se aproximaba a nosotros, o mejor dicho, nosotros a ella. Intentamos escudriñar la negrura de la noche con los prismáticos, pero no veíamos nada, y aquello seguía acercándose.

Cundió la alarma en el barco por culpa del marinero de guardia, que informó a la tripulación del recelo que se vivía en el puente. Al poco los camarotes quedaron vacíos y los alerones rebosantes de curiosos. Hasta Vicente, que jamás subía al puente si no era para hacer su trabajo, apareció aquella noche y se quedó en un rincón donde no se interponía en el paso de nadie, fundido con la penumbra.

Desde el primer momento había circulado toda clase de rumores. En minutos se había pasado de la maligna posibilidad de una ola anormal, quizá procedente de un maremoto, a considerar que quizá se tratase de un inofensivo banco de algas flotantes.

Habíamos puesto el radar en la escala mínima de un cuarto de milla, en la que era posible detectar hasta una caja de madera, cualquier cosa que flotase. Estábamos seguros de que, en efecto, se trataba de «algo», porque aquella línea recta seguía perfectamente definida en la pantalla y amenazaba con convertirse en un diámetro matemático, lo cual significaba que lo teníamos encima, pero nadie veía ni oía nada. Aquel misterio acrecentaba la carga de adrenalina que corría por las venas de los allí presentes. Todo el mundo esperaba que sucediera algo de inmediato. Tobías, que no sabía qué

hacer, estuvo en un tris de meter toda la caña del timón a estribor y dejar la misteriosa raya por la popa.

Los últimos minutos fueron realmente angustiantes; algunos esperaban una colisión, otros una explosión. La noche era cerrada, sin luna, la mar, calma y lisa como un espejo, y apenas la débil y monótona estela que producía la hélice nos seguía como si estuviera enganchada a la popa o formara parte del barco. Nos cansamos de forzar la vista en un intento de penetrar las sombras que nos rodeaban, porque el peligro podía aparecer por cualquier parte.

—¡Se está quedando atrás! ¡Se está quedando atrás! —anunció alguien, y todos corrimos en tropel al puente a observar la pantalla del radar.

Allí quedó la fotografía de aquellos rostros expectantes, iluminados por el fulgor amarillento de la pantalla, comprobando, incrédulos, que efectivamente la raya se alejaba por la popa.

De aquel misterioso suceso ni se encontró explicación ni se volvió a hablar, ¡por si las moscas!

ÁFRICA

Llegada a Bathurst

A la decimoquinta singladura arribamos al continente negro, concretamente a Bathurst, en la desembocadura del río Gambia. De siempre el exotismo africano me había atraído más de lo normal. Conocía Egipto, Argelia y Marruecos, y no me habían defraudado un ápice. El África negra que comenzaba a vislumbrar me creaba ansiedad. Desde la salida de Nueva York había sacado de sus carpetas las cartas de navegación (primorosamente ordenadas y estibadas en los cajones de la mesa de la derrota) que íbamos a utilizar en el viaje. Durante la travesía atlántica me había quedado embelesado numerosas veces contemplando los planos de los países a los que nos dirigíamos, estudiándolos con sumo detalle.

Ingleses y franceses, en especial, habían separado pueblos o unido otros diferentes estableciendo unas fronteras por demás arbitrarias. En el África sahariana, subsahariana y austral debió de trazarlas un delineante cabreado, y en el resto del continente (el verde y el de las praderas) directamente un demente. Por ejemplo, era para llorar lo que habían hecho con el extremo noroccidental del antiguo imperio de Mali. Los ingleses, sin muchas complicaciones, habían dibujado las fronteras de Gambia siguiendo unos trazos paralelos a las márgenes del río homónimo, quedándose con las comunicaciones y las áreas más productivas y cediendo el resto a los franceses, con lo cual Senegal quedó dividido en dos zonas prácticamente aisladas a lo largo del curso de agua. Pero Gambia no sólo me interesaba particularmente por esto, sino porque Thelemaque me había contado que él era mandingo y que sus antepasados habían llegado al Caribe como esclavos procedentes de

las márgenes del río Gambia, desde donde los habían llevado los ingleses. De modo que, cuando desembarcara, esperaba encontrar un Thelemaque en cualquier esquina.

El primer oficial, que asumía en exclusiva su papel de controlador de todo y, por lo tanto, de nada, distribuyó los turnos de vigilancia nocturna y los trabajos en puerto, para gran disgusto de los marineros, que preferían trabajar de día y quedar ociosos a las cinco de la tarde. Además, esperaban alguna jornada de descanso después de más de dos semanas en el mar sin pisar tierra.

Tenían que destrincar las cubertadas y esperar para abrir las bodegas donde se encontraba la carga destinada a Bathurst. No les quedaba más remedio que refunfuñar ante las órdenes del primer oficial, mientras miraban con envidia a los de la sala de máquinas, libres de guardia, que aparecían en cubierta muy peripuestos y perfumados, dispuestos a saltar (como fieras) a tierra.

Tobías, que mientras no hubiese problemas daba por supuesto que todo marchaba bien, dejaba hacer a Felipe y apenas se metía con él. La carga no parecía preocuparle; ya bastante tenía con luchar en esos puertos contra un ejército de pedigüeños que, entre los de uniforme y los que decían ser autoridades, circulaba constantemente por su camarote haciéndole toda clase de peticiones. Él las denegaba de forma sistemática; las veía venir y nadie se la daba fácilmente con queso.

—¿Qué creéis, que esto es un supermercado? —los increpaba a grito pelado, incluso a los que vestían uniforme, sin importar la consideración con que los hubiese tratado minutos antes. Y mientras los tomaba por el brazo, los conducía sin disimulo hacia la puerta. Ellos se marchaban como niños, entre sonrisitas ingenuas, pensando que quizás al día siguiente el capitán estaría de mejor humor. Ya habían volado un buen número de provisiones, como cajas de cerveza y cartones de rubio americano. Eran tantos que había que reconocer que si no actuaba así el Viejo corría el riesgo de que se lo comieran.

El trueque de bidones

Tobías sacaba a menudo a relucir el tema del negocio de los bidones vacíos, porque con ellos compensaba la cuenta de los despilfarros. Más tarde yo conocería el motivo de tanto interés por los bidones vacíos y por qué en la selva se les adjudicaba tan alto valor. Los negros se pirraban por ellos, y es que los convertían en utilísimas cocinas, los empleaban para canalizaciones de agua, los desplegaban para hacer mamparas y techos de chozas, y les daban, en fin, un sinnúmero de usos domésticos. Pero por encima de todos, el más apreciado era destinarlos a depósitos de agua dulce. Una vez limpios, los llenaban de agua de río y los dejaban varios días a la sombra. Luego abrían un pequeño orificio a dos dedos del fondo y lo taponaban con un trozo de madera que actuaba a modo de grifo. El agua que salía era pura y cristalina, los posos se acumulaban en el fondo y no era necesario limpiarlos sino muy de tarde en tarde. Con eso les bastaba para abastecerse de agua potable. Así sigue funcionando en muchas de las comunidades asentadas a lo largo de las orillas del río.

Había más de 20 bidones vacíos en la toldilla de popa, y el Viejo le había recordado al jefe de máquinas que aquel tesoro era del barco y, dado su interés general, quedaba requisado para ponerlo a disposición de la cocina.

Un bidón vacío que al navegar rumbo a Norteamérica constituía un estorbo y se lo arrojaba al mar tras agujerearlo para que se hundiera, cuando se navegaba hacia África era guardado como oro en paño. Allí se lo cambiaba exactamente por un saco de más de 20 kilos de langostas vivas o si se prefería, medio saco de percebes gruesos como los dedos de un labrador, o el equivalente a un par de sacos llenos de olorosas piñas recién cortadas o a dos pesados racimos de plátanos con lagartijas verdes incluidas. Así se hacía el trueque con los nativos, era la costumbre.

Los ananás no tenían mucho predicamento entre la tripulación, pues uno se hartaba de ellos enseguida, en cuanto le quemaba la

lengua con su dulzor. Con los cocos ni se negociaba; nada más abrirlos uno se arrepentía, pues su pulpa es muy pastosa y cargante para el paladar. Con respecto a estos últimos, el trueque solía ser individual, lo que significa que quien quería cambiaba, por ejemplo, media docena por un paquete de cigarrillos. No se destinaban para el sustento, sino para que el manitas del segundo de máquinas se pasara la guardia nocturna distraído puliendo cortezas, serrándolos y pegándolos por los extremos para conseguir unas resistentes y ecológicas copas.

Como Tobías había ordenado la requisa de todo lo canjeable y no aprovechable para el barco (es decir, los bidones), en los sucesivos puertos del África tropical ya no nos faltarían a diario langostas, percebes, cocos y ananás. Estábamos muy bien alimentados, disponíamos de tiempo, y el Viejo siempre tenía dólares en la caja fuerte para anticipos. Nos parecía que África era nuestra.

Durante la descarga el primer oficial andaba de cuchicheos con el capataz de las collas, al que tenía que surtir continuamente de gasofa para que funcionara, y pasaba olímpicamente del resto de oficiales de cubierta. Así que con Felipe nos enrollábamos y le reíamos las gracias con tal de bajar a tierra. A él hasta le parecía lógico que se lo pidiéramos, porque siempre desistía de abandonar el barco. Conmigo no contaba, pero con Vicente sí, para que lo relevara a fin de echar una siestecita. En esa clase de cosas la solidaridad en los barcos siempre funcionaba. En la mar la guardia era sagrada, pero en puerto la cuestión se relajaba bastante, sobre todo si se tenía la suerte de encontrar un bendito memo como el primer oficial.

Alguien que sabía idiomas había oído al capataz de la carga decirle al primer oficial que en dos o tres días la descarga estaría lista, y éste había traducido, sabiamente, que cinco o seis días. La experiencia le daría la razón.

Un alicantino en Gambia

El primer día de nuestra llegada se impuso una breve toma de contacto con el lugar, aunque sabíamos que dispondríamos de bastante tiempo. Bathurst, la capital de Gambia, se reducía a un pequeño núcleo urbano, colindante con el puerto, con construcciones aparentemente sólidas —aunque careciera de edificios destacables— y unas pocas calles —escasamente arboladas — que tenían aspecto de cuidadas. A excepción de una zona residencial, el resto era una maraña de callejuelas de casas de madera y, rodeándolo todo, un ancho cordón de humildes chozas que marcaban la frontera con la selva, haciendo de freno contra ésta, siempre presta a recuperar el terreno usurpado. Abundaban las calles de tierra, los lodazales y los charcos de agua sucia y maloliente.

Se mirara hacia donde se mirase, aquello era un hervidero de gente que iba y venía entre los mercadillos instalados en plena calle. En ellos se vendía, sobre todo, telas de algodón a rayas y con diversos estampados de colores chillones. Eran las mismas con que iban vestidas todas las mujeres. Había cestas rebosantes de frutas frescas y, sobre esterillas, montículos de frutos secos, legumbres y semillas que yo no había visto en mi vida. El olor de las especias impregnaba la atmósfera. Las piezas de carne que colgaban en pequeños puestos presentaban una sospechosa coloración violácea y estaban cubiertas de moscas que se posaban sobre ellas y levantaban el vuelo al ritmo cansino que imponían los suaves golpes que propinaba el vendedor con su espantamoscas de esparto. También había puestos donde se vendía pescado, que al igual que ocurría con los de carne quitaban las ganas de comer sólo con contemplarlos. Los más occidentalizados, escasos y poco concurridos, mostraban paquetes de detergentes y galletas, algunas conservas de fruta en almíbar, pescado enlatado y pocos productos más, todo ello de importación.

Nada más salir de la explanada del recinto portuario encontramos, entre las primeras casas de ladrillo, un humilde establecimiento con un letrero que rezaba, en español e inglés: «Taller de Reparaciones Eléctricas». Como aquello olía a hispánico y no andábamos apurados de tiempo, decidimos curiosear. El blanco que regentaba el negocio resultó ser un levantino muy simpático, exiliado republicano, ya entrado en años. Había llegado a Bathurst hacía la intemerata de tiempo. Poco antes de que los nacionales entrasen en Alicante había embarcado rumbo a Orán. Luego vendrían Túnez, otra vez Argelia, Mauritania y Senegal, hasta que finalmente el destino lo llevó a asentarse en Gambia, donde residía desde entonces. Le alegró conocernos y que lo invitáramos a venir a bordo para recordar los potajes de su juventud. Tenía el cuchitril aquel lleno de chatarra más propia de un vertedero que de un taller de reparaciones, pero de eso vivía. No obstante, comparado con lo que lo rodeaba, su tienda parecía un centro de alta tecnología.

Siguiendo sus indicaciones terminamos al final en una calle amplia y limpia flanqueada de casas de madera pintadas de todos los colores del arco iris. Con el tiempo comprendí que aquella pintura procedía de los «negocios» privados con los barcos, porque se trataba de una mercancía que se cotizaba muy bien y se adquiría casi exclusivamente en el puerto. Al fin y al cabo, éste era el que daba vida a la ciudad y el único lugar, de frecuente peregrinaje por parte de los nativos, donde se tenía la esperanza de afanar algo o, los menos, de trapichear con artículos que no se conseguían en los mercados, como crías de cocodrilos vivas, pieles de serpientes, monos inquietos, cacatúas y loros, figuras de ébano, colmillos de elefante o lo que a uno se le antojara.

Nos encaminamos por aquella calle el trío de vanguardia de siempre. Al llegar a la mitad oímos que nos silbaban desde la planta alta de una casa de madera, primorosamente pintada de azul añil y muy coqueta con sus escaleritas y su balaustrada del mismo color. Desde las muchas ventanas asomaban ramilletes de sonrientes

jovencitas que parecían estar esperándonos y nos hacían señas de que subiéramos.

Así lo hicimos, y nos encontramos con una amplia estancia desprovista de mobiliario, con los interiores, las vigas y los sólidos postes pintados del mismo azul añil, sin más decoración que una barra de bar, al fondo, atendida por un par de apáticos camareros. No menos de cincuenta jovencitas, ninguna de las cuales debía de superar los veinte años, vestidas muy provocativamente, con buenas delanteras y voluminosos traseros, se movían al excitante ritmo de la música con un arte innato como sólo la raza negra posee, al tiempo que nos dirigían miradas tan insinuantes como descaradas.

En menos que canta un gallo se pegaron como moscas a nosotros, que pagamos gustosos cervezas del tiempo (lo único que vendían en aquel lugar) a un precio tal que, dedujimos, debíamos de estar invitando a todas las allí congregadas. En el fondo era lógico, y además contribuíamos a una muy caritativa obra social, como decía sarcásticamente Vicente, que no se cortaba un pelo metiendo mano a diestro y siniestro, y lo demás le importaba un rábano. Hubo que arrastrarlo del brazo para alejarlo de aquel jolgorio. Aun así, antes de marcharse le repitió veinte veces a una monada quinceañera que volvería en un par de horas.

Regresamos temprano al barco para comer. El cocinero había hecho negocios, con la complicidad de Tobías, con los pescadores nativos que venían al barco a vender sus capturas. Yo no quería perderme aquel banquete, pues para comer teníamos pescado asado y langosta cocida. El cocinero había cambiado dos bidones vacíos de aceite de 200 litros por un saco repleto de langostas vivas, otro de ananás y una canastilla de pescado fresco.

El primer día, la langosta a la plancha con mahonesa fue todo un acontecimiento. El segundo día se aceptó también de buen grado, pero al tercer día de comer langosta con mahonesa, el personal comenzó a mosquearse. El cocinero, a quien pronto le llegaron los ecos de la protesta, no quiso poner a prueba la paciencia de la tripulación y dejó de cocinarlas.

Ocurría que, como en puerto no había tiempo para filigranas culinarias porque lo único que se quería era bajar a tierra lo antes posible, el pícaro del cocinero había descubierto en la langosta un nuevo plato frío que poner en la mesa y evitar así pasarse toda la tarde a bordo para darnos de cenar. El menú completo consistía en embutidos grasientos y quesos patateros, bandejas repletas de las consabidas langostas cocidas, varias salseras llenas de mahonesa industrial y unas cestas rebosantes de pan por si de camino a alguien le apetecía prepararse unos bocadillos. Todo ello puesto a las dos de la tarde, nada más recogida la mesa de la comida del mediodía.

El *affaire* de la madera

Un buen número de cajas dispares, la remesa de ropas de señora y una partida de botas tejanas destinadas a la Cruz Roja de Gambia era todo el cargamento que se repartía entre las bodegas 1 y 3. Se comenzó por la primera. Me quedé haciendo compañía a Vicente, en su guardia, a oler lo que se estaba cociendo en la descarga; pero también a curiosear entre la legión de negritos que habían invadido el barco. Vestían tan sólo con taparrabos (los más) o con pantalones cortos (los menos). Eso sí, todos iban descalzos, o a lo sumo con chancletas, y sus espléndidos rostros, siempre risueños, mostraban unas dentaduras resplandecientes, increíblemente sanas.

Un ejército de negros iban y venían con el atlético torso desnudo, gesticulando, gastándose bromas y, sobre todo, fijándose en cuanto los rodeaba, por si había algo susceptible de ser afanado. Debíamos tener los camarotes cerrados y no dejar nada olvidado por ahí. Aquello parecía un concurrido mercado que careciese de puestos de venta. Sin percatarme de ello, Vicente desapareció y al poco advertí que cuatro negritos se me habían acercado. Yo no les entendía muy bien y no sabía sin eran trabajadores de la estiba o simples curiosos a la caza de cualquier pieza que se pusiera a su alcance. El caso es

que entendí que querían madera y como creí que se referían a la de desecho que se iba apilando en la cubierta procedente de las estibas de las cajas de las bodegas y que luego, en alta mar, se lanzaban por la borda, pues ni corto ni perezoso, y sin consultar con nadie, les dije que okey.

Me ausenté unos minutos con mis ensoñaciones para disfrutar del plácido frescor del corredor de la cubierta, cuando de pronto una algarabía llamó mi atención. Un numeroso grupo de negritos corría de un lado para otro portando felizmente maderas. Cuando me fijé en la clase de madera que se trataba, descubrí con espanto que no era sólo la sobrante de la estiba, sino que estaban desguazando el barco. Unos se hallaban en plena faena arrancando las que formaban el piso de la cubierta de popa, mientras que otros habían empezado con la cubierta de botes. Llevaban también serretas de la bodega y un sólido cuartel, tan pesado que debían cargarlo entre dos, y hasta vi a un negrito con un remo de los botes salvavidas.

Todo el que conseguía un trofeo no esperaba a hacerse con otro, y bajaba de inmediato a tierra, donde ya se había formado un hormigueante reguero. Todos llevaban algo bajo el brazo o sobre la cabeza, y caminaban con andar indolente, como lo más natural del mundo.

La algarabía se disparó a niveles insospechados, y sólo salí de mi entumecimiento mental cuando escuché fuertes discusiones con los marineros que trataban de impedir el expolio. Uno de los negritos mejor vestidos y más aventajados por su osadía y desparpajo le decía a mis compañeros que tenían permiso de un oficial del barco. Los marineros quedaron desconcertados, y cuando uno de los nativos señaló hacia mí, yo lo negué. Admito que me comporté como un bellaco, pero hubiera sido inútil dar explicaciones ante tamaño desatino, y encima habría quedado como un botarate.

Tobías entró en escena, haciendo gala del mejor de sus personajes. Sus gritos se escuchaban en un kilómetro a la redonda, podía jurarlo. Se llevaba las manos a la cabeza y le salía espuma por

la boca mientras le gritaba a Felipe, que, muy nervioso, no sabía qué hacer.

—¡Pero no ves que nos están robando! —le espetaba sin prestarle atención, dirigiendo la mirada hacia el interminable safari que se había organizado y que desde el barco se prolongaba por el muelle hasta perderse en lontananza—. ¡Felipe, Felipe, ése, ese que va por ahí, ése, ese que lleva un cepillo en la mano! —exclamaba—. ¡Y aquél, aquél! —repetía incansable, señalando a los que llevaban verdaderas reliquias de madera.

De modo que Felipe se vio obligado a bajar corriendo a la polvorienta explanada del muelle tratando de cogerlos, y ellos, en plan más que de pitorreo, lo toreaban y esquivaban a cada intentona suya por atraparlos. Era patético verlo, estaba haciendo el más espantoso de los ridículos, y los negritos lo tomaban todo tan a broma que cuanto más se encrespaba él, más se reían ellos. Volvió acalorado, furioso y con las manos vacías.

Yo, desde mi refugio, observaba que el flujo de negritos que se dirigían a tierra se había interrumpido porque unos guardias se habían apostado en el portalón, pero los que seguían escondidos por la cubierta con su trofeo en la mano no dudaban en arrojarse al agua por la borda del otro costado, describiendo divertidas filigranas. Tobías ya no sabía a quién dirigir sus ya afónicos gritos. Los marineros hacían también de bufones tratando de echarles el guante, pero pronto se dieron cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. Felipe no sabía dónde esconder su impotencia.

Llegaron más policías, pero impusieron poco respeto, porque aunque utilizaban unas varas disuasorias bastante largas, no conseguían alcanzar a los escurridizos negritos, que encima se reían de ellos. Al cabo de un rato el orden volvió a imponerse en el barco. Tobías seguía despotricando mientras Vicente, callado, asentía y con disimulo desviaba la mirada. El Viejo optó finalmente por exiliarse a su camarote, totalmente abatido.

Un mar de botas tejanas

Cuando hubieron terminado con las cajas del entrepuente del 1 y sacado las partidas de vestidos de señora, no sin bastantes problemas por los continuos robos, los marineros se fueron a quitar los cuarteles de la tapa de bodega del 3 y a sacar las galeotas.

Diestramente, habían removido todos los cuarteles y los habían dejado apilados sobre la cubierta, y en ese momento estaban quitando, una a una, ayudándose con los puntales del barco, las pesadas y peligrosas galeotas, que se sacaban también a cubierta. Los estibadores que manejaban las maquinillas, a veces viraban más de una que de la otra y hacían que la enorme viga de hierro que pendía del gancho se bambolease y pegara tales golpetazos contra la regala de la escotilla de la bodega que retumbaban por todo el barco como cañonazos. Volvieron a arranchar los puntales a la americana para comenzar la descarga, situando uno sobre el muelle y el otro en la vertical de la bodega. La tarea se reanudó al instante, todo el mundo parecía tener prisa en meterle mano a la carga.

A medida que iba descubriéndose el entrepuente alto, aparecía un mar de botas tejanas que cubría la bodega por completo. Los negritos, que habían observado con curiosidad las maniobras de los marineros, contemplaban asombrados la suculenta carga que aparecía insinuadora ante sus ávidos ojos. La codicia se reflejaba en sus rostros, y desviaban la mirada hacia nosotros como buscando nuestra piadosa complicidad.

Habían encontrado la trampilla de la escalera de bajada al entrepuente sin preguntar a nadie ni pedir permiso, y una veintena de estibadores se afanaban rellenando una enorme red con el calzado. Cogían las botas a puñados y las tiraban al centro de la red, formando una gran pila.

Aquella carga tenía una particularidad, pues las botas no venían ni a pares ni en cajas, ni siquiera anudadas entre sí, sino que venían sueltas y, por lo tanto, revueltas. Era la primera carga a granel que rompía mis esquemas mentales, porque cada una de aquellas botas

era distinta de la otra y encontrar dos que se complementaran resultaba prácticamente imposible. Alguien había debido de pensar que aquellos negritos menesterosos de aquel perdido país de África, reencontrado en las listas de ayuda de la Cruz Roja yanqui, no iban a pretender que, encima que les enviaban las botas, lo hicieran de la debida forma. Además, si algo les sobraba era tiempo para deshacer semejante entuerto.

El entrepuente alto de la bodega del 3, de 22 metros de largo por 14 de ancho y tres de alto, encerraba aquel batiburrillo de distintos tamaños, colores y diseños. Las había de todos los números, de media caña, de caña entera, de tacón alto, normal, ¡hasta con espuelas! Vistas a distancia incluso despistaban, pero de cerca resultaban terriblemente diferentes. Era una locura pensar en encontrar siquiera un par que hiciera juego en aquel despropósito montañoso. Yo también lo había intentado, sin éxito.

No hacía ni media hora, luego de que se serenaran los ánimos a consecuencia del *affaire* de la madera, que habían sacado la tercera lingada de botas, cuando, súbitamente, se desató otro guirigay en cubierta.

Nos percatamos de que se había formado una doble caravana de negritos. En la fila que subía al barco iban todos descalzos, en tanto que los de la fila que bajaba de él iban calzados con unas enormes botas camperas que les llegaban casi hasta las rodillas, porque encima elegían las de caña más larga, que entraban más por la vista.

Pasaban junto a nosotros, que permanecíamos ociosos cerca del portalón, fumando plácidamente a la sombra, como si tal cosa. Ya llevaba contabilizados 134 negritos marchando en dirección a la salida. Era muy curioso observarlos, porque avanzaban silbando con aire distraído, tratando de pasar inadvertidos a nuestros ojos. No obstante ello, teníamos la firme convicción de que, a pesar de aquella expresión ausente, estaban muy atentos a cualquier movimiento que les resultara sospechoso, listos para echar a correr al menor intento por nuestra parte de interceptarlos. Nuestra mirada

iba de la jeta a las botas y de éstas a la jeta, pero ellos fingían ignorar, impávidos, nuestras mudas requisitorias.

¿Qué se les podía decir? ¿Que devolvieran las botas a su lugar? Al fin y al cabo eran para ellos, y encima así se evitaban intermediarios y largas colas, con la consiguiente pérdida de tiempo, aunque esto último no fuera relevante para ellos. El guardián, el cocinero y Salvador se nos habían unido, y como empezamos a tomarnos la situación a guasa, acabamos todos muertos de risa. Tobías ni se enteró, y en consecuencia no estalló escándalo alguno.

La salvación vino por una vez del cielo. Repentinamente, cuando faltaba poco para que fuesen las seis de la tarde y nos retiráramos a cenar, todos los negros empezaron a abandonar deprisa el barco, como si huyesen, y sin dar ninguna explicación. Felipe, que no se caracterizaba por su don de lenguas, intentaba parar a los estibadores nativos mientras les gritaba en «pichinglis» que volvieran al trabajo. A duras penas consiguió agarrar a uno, que antes de zafarse señaló, inquieto, un horizonte ennegrecido por unos nubarrones amenazadores. La tormenta que se nos echaba encima venía precedida de un viento que arreciaba por momentos.

—*Rain very far; rain very far. No problem, no problem* —decía Felipe en un último intento de retener a bordo a los pocos que quedaban, y que salían precipitadamente de la bodega en dirección al portalón. Cuando se cansó de repetir (inútilmente) lo mismo, cayó en la cuenta de que se había quedado solo en cubierta. Se acercó a nosotros cabizbajo, con aire de desesperación, golpeándose la pierna con los guantes, y a punto de desmoronarse de tanto reprimir el cabreo que lo carcomía. Los marineros lo seguían perezosamente, sin saber qué hacer, esperando que impartiera las últimas órdenes del día. Mientras Felipe se lo pensaba y ganaba tiempo encendiendo con parsimonia un cigarrillo, sentimos súbitamente que menguaba la luz bajo un cielo que comenzaba a sombrear sobre nuestras cabezas, y casi al instante comenzaron a caer las primeras gotas.

En segundos tuvimos que guarecernos del diluvio. Cortinas de agua arrastradas por un viento furioso avanzaban por la explanada

hacia nosotros. En un abrir y cerrar de ojos la selva, el río y el muelle dejaron de verse.

—¡A cerrar bodegas, rápido! —gritó Felipe a los marineros.

Pero ya era demasiado tarde. Una muralla de agua se deshacía en los cielos desplomándose sobre el barco.

No dio tiempo de evitar que la lluvia entrara a raudales en las bodegas. La 1 y la 3 permanecían abiertas. Llevó más de una hora arrancharlo todo. Los hombres terminaron calados hasta los huesos, con la ropa pegada al cuerpo como una segunda piel. Todos maldecían, por lo bajini, a Felipe y a la madre que lo había parido.

Hubo que colocar los seis raíles con la grúa uno a uno, ponerlos en sus calzos, cubrirlos con las maderas, extender sobre ellos una lona y a continuación trincarla con los flejes y las cuñas de madera para que no se la llevara el viento. Mucha faena para tanta agua como caía. No pudieron evitar que se inundaran las bodegas y se mojara la carga.

Estaba siendo un día bastante movido para el personal del barco y todo el mundo, por una razón u otra, echaba chispas. Nosotros, los ociosos, nos habíamos quitado de en medio desde que las primeras gotas habían hecho acto de presencia.

El taxista

Pasadas las ocho de la tarde al fin escampó. Nos largamos, bien acicalados, para tierra, con el estómago rebosante de langosta y piña. Salvador, de pura impaciencia, ya había puesto pies en polvorosa mucho antes, junto a uno de máquinas. Dirigimos nuestros pasos directamente a la casa azul añil, en busca de las nativas con las que habíamos quedado, y que era lo único que realmente nos interesaba.

Por el camino íbamos comentando los últimos y desgraciados incidentes. Estábamos convencidos de que se había agotado el cupo

diario de infortunios y era imposible que en el mismo día sucediera algo más.

Con esa convicción caminábamos mientras Vicente iba dejando un rastro a Old Spice, del cual, desde que se había puesto de moda, todo el mundo tenía un frasco en su camarote para perfumarse hasta los bajos. Aquel aroma nuevo que atufaba a metros de distancia no te dejaba percibir el olor fresco y penetrante de la selva, reverdecida tras la lluvia. Vicente caminaba desesperado, pues temía que su negrita ya no estuviese aguardándolo, y no daba importancia a las exquisitas sutilezas que nos brindaba la naturaleza.

En la casa azul añil encontramos a las chicas, que nos esperaban como agua de mayo. A petición de ellas nos fuimos a buscar un taxi, lo cual nos extrañó porque se veían poquísimos coches en aquella pequeña capital.

Anduvimos calle arriba, dejando a nuestras espaldas el puerto cada vez más lejano y ahuyentando a los chavales que nos seguían en procesión, hostigándonos, pidiéndonos y ofreciéndonos cosas, y cuyo número aumentaba por momentos. «Amigo, amigo», «chiqui-chiqui» o «María, María», decían incansablemente, y no había más remedio que pasar de ellos y no hacerles el menor caso. Las chicas también los ahuyentaban, pero la tranquilidad sólo duraba unos pasos, porque enseguida volvían a acercarse y proseguían con sus sugestivos ofrecimientos y sus lastimosas peticiones.

Acabamos en una especie de plaza muy grande y de contorno irregular, porque la casualidad había hecho que abocaran en ella larguísimas calles flanqueadas de humildes barracas de madera apretujadas sin tino ni concierto. Había unos cuantos chiringuitos repletos desde los cuales nos miraban pasar con expresión de curiosidad, pero la mayoría de los nativos yacían, perezosos, alrededor de la plaza, sin ánimo de gastar una caloría de más. Allí sólo había dos viejos coches, y las muchachas se pusieron a regatear con los conductores las condiciones del transporte. Me pareció que a los pocos minutos de llegar nosotros se había

congregado más gente en la plaza, y, sin duda, ansiosa por saber qué pasaba, acabó rodeándonos.

La discusión había tomado tanto interés que todos opinaban y jaleaban con las manos queriendo imponer su criterio, o al menos eso nos parecía. Aquello se estaba convirtiendo en un galimatías de órdago. Todos se comportaban como si fuesen conductores, aunque los coches sólo siguieran siendo dos, y pudiesen ganar o perder según el cariz que tomase la situación. Mientras tanto, nos rodeaban cada vez más nativos. Allí estábamos, aprisionados por un ciento y la madre.

En el centro de aquel alocado circo aún esperábamos como bobalicones a que se dilucidara la cuestión, pero a medida que pasaba el tiempo, nuestra inquietud aumentaba, pues la multitud de curiosos no paraba de crecer, y nuestras amigas continuaban discutiendo como si en ello les fuese la vida. Por un instante pensé que aquello no tendría fin. Vicente me miraba con expresión endiablada.

Entonces ocurrió que, en medio de aquel tremendo apiñamiento, sentimos que alguien nos cogía del brazo y tiraba de nosotros hacia el suelo haciéndonos señas de que nos agacháramos. No preguntamos. Ni cortos ni perezosos nos echamos al suelo y le seguimos abriéndonos paso, serpenteando, entre un bosque de piernas de ébano, tratando con verdaderas ansias de liberarnos de aquel cerco que nos agobiaba.

Nuestro misterioso salvador nos condujo rápidamente hacia el interior de un tercer coche, un Fiat ruinoso, más destartalado que los otros y que había sido el último en llegar. Arrancó, y aunque unos cuantos curiosos nos siguieron corriendo, lo cierto es que escapamos mientras la gente seguía discutiendo allí. No se habían percatado de nuestra huida. ¿Que cómo aparecieron las chicas sentadas a nuestro lado?, fue todo un misterio que aún no me explico, pero el caso es que allí estaban. Llegaron a toda prisa y se metieron cada una por un lado del taxi, empujándonos con sus robustos traseros hacia el interior del coche.

Al poco respiramos tranquilos mientras el taxi nos llevaba por una carretera embarrada, dejando atrás las últimas chozas de los arrabales de Bathurst. El conductor se mostraba muy simpático con nosotros, y entonces caímos en la cuenta que no habíamos negociado el precio del trayecto y éste podía costamos muy caro, aunque por otro lado le agradecíamos el que nos hubiera sacado de aquel atolladero, lo cual ya valía de por sí el sablazo que nos iba a propinar.

—¿Adónde nos lleva éste, che? —exclamó Vicente en un leve tono de preocupación, porque en nada de tiempo empezamos a internarnos en la selva por un camino que cada vez se hacía más intransitable.

El supuesto taxista, que de espabilado que parecía nos hizo pensar que además de wolof dominaría también el latín, se percató de la intención de la pregunta de Vicente y se volvió hacia nosotros, que sudábamos embutidos en aquel espacio reducido entre las culonas chicas, y comenzó a bromear olvidándose de que iba conduciendo y tenía que mirar hacia delante.

—*Dancing, dancing* —exclamaba con una amplia sonrisa, mientras seguía mirando hacia atrás esperando ver asomar algún atisbo de alegría en nuestras caras, y de paso nos enseñaba el teclado de piano (insultantemente blanco) que tenía por dentadura.

Vicente, muy airado, le dio un manotazo en el hombro, para que mirara hacia delante, pero el chófer se lo tomaba todo a broma.

Durante el trayecto se convino, con la aprobación de nuestras amigas, que una vez en el *dancing* nos esperaría y nos llevaría de vuelta al puerto. Dudábamos de que pudiésemos encontrar otro taxi en medio de aquel paraje salvaje y despoblado.

El tiempo pasaba, la noche se nos estaba echando encima y el paisaje se estrechaba cada vez más a nuestro alrededor. El follaje de la selva retomaba su imponente verdor oscuro salpicado de enigmáticas manchas negras, como bocas impenetrables. Los enormes árboles se acercaban peligrosamente a nosotros y ya no se veía carretera ninguna delante del morro de aquella tartana, sólo

hierba aplastada que encima impedía controlar los baches, las piedras, las charcas, las ramas abatidas y mil obstáculos más. Así que el coche no paraba de traquetear y dar bandazos sobre unas suspensiones que deberían haberse jubilado hacía tiempo y que estaban destrozándonos los riñones.

Al poco el coche empezó a renquear, avanzó un poco más dando trompicones y se paró. A Vicente le vino el mosqueo de súbito y me miró extrañado.

—Pinchazo seguro —le dije al ver al taxista bajar del coche mientras sacudía la cabeza lamentándose de su mala suerte. Pero el chófer no se puso a examinar las ruedas, no, sino que miraba impaciente el camino en las dos direcciones. Aquello nos extrañó.

—*What happen?* —le preguntamos casi al unísono.

—*No petrol!* —contestó apesadumbrado, y sin darle más importancia se acomodó sobre el capó, mirando el sendero como si esperara algo más que un milagro.

—*Com que no petrol, che?* —le gritó Vicente con la cara ya medio descompuesta—. *Aquest paio esta fotut, che!* —Me largó mientras hacía tiempo para que sus entendederas asimilaran lo que estaba ocurriendo.

—*No petrol!* —repitieron las chicas con aire de resignación, como si encima no supiéramos lo que pasaba.

—*Cago en Déu sagrat, che!* —sentenció Vicente, ya visiblemente malhumorado. Él, que siempre daba la impresión del perfecto equilibrio y no era nada propenso a envites, desafíos ni grescas, estaba perdiendo los papeles.

Transcurrió media hora como si fuera media vida. Habíamos bajado del coche y nos habíamos quedado todos ensimismados, ausentes los unos de los otros. Permanecíamos callados, alertas al menor ruido o movimiento que nos resultara extraño. Cada uno traducía mentalmente la selva tal como su experiencia se lo dictaba. La mía, al igual que la de Vicente, no iba más allá de las películas de aventuras de la Metro-Goldwyn-Mayer. Lo angustioso de aquella

situación era que no estábamos sentados en el patio de butacas de ningún cine y que el realismo de las escenas resultaba excesivo.

Un barullo de mil ruidos comenzaba a hacerse notar a medida que la noche se adueñaba de la selva. Los aullidos de los monos, que saltaban a manadas de rama en rama en dirección al río a dar el último trago antes de pernoctar, nos ponían aún más nerviosos. Los variopintos trinos de las aves nos llegaban como estrellas del firmamento, incontables. Al igual que un borboteo de extraños ruidos que surgían de la maleza, algunos casi junto a nuestros pies. Pero había otra clase de ruidos, fugaces e insospechados, que escapaban a nuestra comprensión y nos adentraban en el mundo de la especulación.

La selva había enterrado el día y despertaba, inquieta, a una nueva noche. La oscuridad nos la había acercado tanto, que nos parecía latir con ella. Nuestra repentina intromisión en aquel mundo desconocido nos había cogido de sorpresa. No estábamos ni física ni mentalmente preparados para tan imprevisto safari. Para colmo de males, íbamos sin el vestuario adecuado, con una camiseta, pantalón corto, sandalias y por toda arma defensiva la alternativa de encerrarnos rápidamente en el coche en caso de apuro.

Lo único que teníamos en común los allí presentes era el culo pegado al coche y las manos asidas a las manillas de las puertas, por si debíamos meternos dentro a toda prisa. Permanecíamos con la mirada fija, escrutando la impenetrable selva que nos cercaba a pocos metros, y el oído atento a cualquier sonido sospechoso. Estábamos muertos de miedo, a lo que había que añadir la congoja que nos mortificaba por no saber cuánto tiempo más se prolongaría aquella situación. El chófer era el único que parecía más tranquilo, como si estuviese acostumbrado a quedarse tirado. Imagino que esto era así porque, dado que los indicadores del cuadro de mandos del coche no funcionaban, no tenía forma de saber cuánta gasolina le quedaba en el depósito. No hay que darle más vueltas al asunto.

El milagro no se produjo hasta pasada una hora angustiosa, cuando las luces de los faros de un coche aparecieron de improviso.

El vehículo, que avanzaba traqueteando, se detuvo por fuerza, ya que además de las señales que nuestro chófer le hacía con los brazos, nosotros le interceptamos el paso con nuestros cuerpos. Aquél no se iba sin nosotros.

Cuando el coche se detuvo ambos conductores se enzarzaron en una discusión, y así continuaron, sin que advirtiéramos que se aproximaban a un arreglo final. Les hicimos tres avisos, el último de los cuales sonó a amenaza, así que enseguida apareció una manguera pequeña y se pusieron a trasegar gasolina de un coche a otro.

Algo más relajados, continuamos el viaje en medio de aquella oscuridad. El chófer parecía ser el único que conocía los árboles y aquel tortuoso camino. A nosotros ya nos daba igual, tirábamos hacia delante pasara lo que pasara. Al poco el camino pareció mejorar algo, y la densa selva que amenazaba con invadir los caminos próximos al río había dado paso a una planicie con vegetación más seca, de arbustos y árboles más dispersos. Con la luz larga del coche aquello se volvía inquietante y a la vez seductor, porque además aquel entorno se dejaba penetrar por el brillo de la luna, y a lo lejos la frontera de la espesura se había amurallado. Los matorrales parecían tenebrosas manchas negras a los pies de aquellos altos y rectos troncos anacarados, confiriendo un aspecto aún más lúgubre a la lejana negrura.

Al cabo de poco rato percibimos un débil halo de luz. De pronto, una enorme choza apareció en medio de un claro. Cuando bajamos del coche y comenzamos a desentumecer los músculos nos percatamos de que el canto de los grillos, que nos había acompañado durante el nocturno viaje, había aumentado, mil veces mil, a nuestro alrededor. Mientras aspirábamos con avidez el fresco aroma de la noche, Vicente me comentó que no comprendía por qué el maldito bailongo aquél tenía que estar tan lejos de la ciudad. Yo no tenía la respuesta, pero sin ser más tonto ni más listo que él, comprendí desde el primer momento que en África no había que cuestionarse las cosas, sino aceptarlas tal como venían.

El lugar constaba de una pequeña barra en la que sólo se despachaba cerveza, unos bancos alargados y dispuestos en el perímetro de la estancia, cuatro mesas en el fondo y una supuesta pista de baile de tierra batida que ocupaba prácticamente todo el recinto y donde reinaba una trepidante música de *rock* africano. Ésta sonaba a todo trapo y debía de consumir buena parte de la energía del generador portátil, ya que dejaba poca para las bombillas del local, cuya iluminación era muy escasa por más que diese ambiente. Éramos pocos los clientes y muchas las chicas, que empezaron a mariposear delante de nosotros, disputándose nuestra atención. Unas pocas bailaban en el centro de la pista, aparentemente ajenas a cuanto ocurría alrededor, aunque en realidad también se insinuaban, empleando otra táctica.

Al rato Vicente me dijo que quería irse a la cama con su chica y dejarse de gaitas y bailes. En cuestiones de faldas era un culo de mal asiento.

—¿Y para eso hemos hecho el maldito viaje? —protesté.

Regresamos con nuestro amigo taxista, que no había perdido ojo de nuestras andanzas y aguardaba estoicamente junto a la entrada.

Un hotel sin estrellas

La vuelta a la capital transcurrió, milagrosamente, sin incidentes, y ya en las oscuras calles de Bathurst respiramos más tranquilos. Le habíamos indicado al taxista que nos llevara a un hotel. Al poco rato nos dejó a la puerta de una gran barraca de madera, cerca del centro.

—No hay más hotel en la ciudad que éste —nos explicó el chófer.

Recelosos, le pedimos que nos llevara a otro mejor, pero repitió su argumento. Las chicas lo confirmaron, de modo que no tuvimos más remedio que quedarnos en ése. Nuestro servicial taxista, que nuevamente aguardaría por nosotros, nos hacía señas de que nos fuéramos tranquilos.

Apartamos la cortina de tiras de bolillos de madera y entramos. Vicente esbozó una mueca de desagrado. El alargado barracón estaba compuesto de un pasillo flanqueado de habitaciones que en realidad eran pequeños cubículos separados entre sí por cortinas. De éstas, las más pesadas colgaban de las vigas del techo haciendo las veces de paredes, en tanto que las más livianas cumplían la función de puertas. Su aspecto era mugriento y ya habían perdido el color original, según percibí desde la entrada, porque el fondo del pasillo estaba tan negro que no se veía absolutamente nada. No había más luz que la que iluminaba el pequeño espacio libre que hacía de recepción.

Allí, al pobre resplandor de una vela que había sobre una pequeña mesa, estaban sentados tres hombres vestidos con unas túnicas claras. Parecían más bien senegaleses, moros de rasgos negroides pero de piel menos oscura, y con toda seguridad eran musulmanes. No hacía falta que se pusieran de pie para deducir que se trataba de tres mastodontes. Cuchicheaban entre ellos como si estuvieran orando.

Nuestra presencia no les sorprendió; debían de estar acostumbrados a que los tripulantes de los barcos recalaran allí. Antes de que abriéramos la boca, sin inmutarse apenas, el que estaba en el centro levantó la mano con los cinco dedos bien abiertos mientras no nos quitaba ojo de encima. No había más que hablar. Vicente y yo dejamos cinco dólares cada uno sobre la mesa. Las chicas permanecían calladas detrás de nosotros, sin perder comba de aquella transacción y husmeando el contenido de nuestras carteras. El del centro dobló los billetes y nos señaló el pasillo que se abría a nuestras espaldas. Estaba sumido en la oscuridad, y hasta donde alcanzábamos a atisbar abarrotado de nativos, sentados unos, dando cabezadas otros, y el resto durmiendo sobre el suelo, todos tapados con mantas, telas o con cualquier cosa que les sirviera de cobertor.

El negrazo del centro levantó nueve dedos hacia mí y diez en dirección a Vicente. Avanzábamos despacio por aquel pasillo para no

tropezar con nadie, porque la visión era escasísima y apenas se distinguía la brasa de algún cigarrillo o el mortecino resplandor de una vela en alguno de aquellos habitáculos. Tras las cortinas distinguíamos, al débil trasluz, sombras de gentes que permanecían sentadas o recostadas musitando imperceptibles sonsonetes. Los ronquidos se escuchaban por doquier, cercanos, lejanos. El aspecto general de aquello era deprimente, de extrema pobreza.

Las chicas nos guiaron con soltura hasta los cuchitriles nueve y diez. Ambas pocilgas disponían de un sucio y maloliente jergón tirado en el suelo de madera y unas sábanas agujereadas, sucias y de un color irreconocible. Habíamos encendido un grueso cabo de vela bien fijo al suelo por una pirámide de cera derretida que la rodeaba. Por lo demás, en aquella *suite* sólo había una cucaracha aplastada sobre el entarimado.

Vicente me dijo en un susurro amenazador que él se marchaba de allí, pues ni loco iba a acostarse en aquella mugrienta colchoneta.

—¿Te has fijado bien en las tetas de tu chavala? —le pregunté con otro susurro conciliador, porque aunque aquello fuera un infierno, no estaba dispuesto a vivir más aventuras por esa noche.

—*Molt bé, che, fotem un polvo i marxem, d'acord?* —me dijo casi al oído, tras la cortina que nos separaba.

Colocamos nuestras ropas sobre las sábanas y nos echamos encima de ellas. Vicente estaba a oscuras porque se había negado a encender la vela. En el cuchitril del otro lado, la «habitación» número ocho supongo, tenían la candela encendida y con dificultad alcanzaba a distinguir los torsos de dos negros sentados en el suelo, inmóviles y en silencio, atentos a nuestros movimientos.

—*Xinxes, che, el llit es ple de xinxes!* —exclamó Vicente súbitamente.

—¿Qué dices? —le pregunté, aterrado.

—*Xinxes, che. Anem-nos-en, em pica tot el cos i no aguanto un segòn més aquí, che!* —gritó él, muy enojado.

A mí se me erizó la piel al escucharlo, y empecé a sentir picores por todo el cuerpo. Me rascaba la cabeza mientras exploraba la

repulsiva sábana con los ojos casi pegados a ella de lo poco que se veía. Oí el ruido de la hebilla del cinturón de Vicente, que ya estaba poniéndose los pantalones. No tenía intención de quedarme allí, soló con las chinches, de modo que me vestí a toda prisa y le seguí. Además, el sudor de la chica que estaba conmigo me repelía, y deseaba perderla de vista cuanto antes. De pronto rechazaba sin contemplaciones lo que hasta unos minutos antes me encandilaba. Coincidimos en acabar definitivamente la fiesta y volver al barco de inmediato. Había que ducharse, desinfectarse y cambiarse de ropa.

El taxista, que yacía en el suelo junto a la entrada, se puso de pie de un brinco al vernos salir. Nos saludó con una callada sonrisa; ni siquiera a aquellas altas horas de la madrugada perdía el sentido del humor.

Todo marchó bien hasta que llegamos a la entrada del muelle. Allí, en una caseta, montaban guardia dos jóvenes policías. Del uniforme sólo llevaban la guerrera; aparte de eso, iban descalzos y en pantalón corto. Los sacamos de su sopor y espabilaron pronto ante el follón que se había montado.

Como presentíamos, el taxista quiso cobrarnos como para comprarse un coche nuevo por el tiempo que nos había brindado de dedicación exclusiva. Nuestras educadas guías habían perdido su refinamiento y, hechas unas fieras, pedían y pedían como si hubiéramos solicitado los servicios de alguna conejita del Mayfair londinense. Hicimos un fondo común con el dinero que nos había sobrado y tratamos de dividirlo en tres partes iguales. Pero no, querían más, y los policías, que discutían con ellos y de vez en cuando con nosotros, no tomaban partido por ningún bando.

Vicente se quedó de rehén y volví al barco a coger tres botellas de *whisky* y otros tantos cartones de cigarrillos americanos. Ni con ésas. En un segundo viaje, en el que invertimos los papeles, Vicente trajo zapatos y vestidos de la carga.

Tampoco bastó. Finalmente nos fuimos los dos juntos al barco, prometiendo volver como los Reyes Magos. Las chicas y el taxista asintieron con expresión de avaricia, pensando, quizá, que íbamos a

necesitar cuatro brazos para transportar tantos regalos. Se mostraban insaciables, y nosotros nos comportábamos como auténticos memos.

Ya no regresamos, y supongo que acabaron marchándose, cansados de tanto esperar. Eran las cuatro de la mañana y para nosotros la jornada ya había dado todo de sí. Queríamos olvidar aquel ajetreado día y dormir. Nada más.

Me pareció que aún era de madrugada cuando aporrearon la puerta. Pero no, el reloj me indicaba que eran las ocho en punto de la mañana.

En la mar dormíamos sin echar la llave, y el marinero encargado de llamarte porque era tu turno de entrar de guardia entreabría la puerta de tu camarote y te pegaba un bocinazo desgarrador. En puerto era distinto; como nos trincábamos por dentro no había más remedio que levantarse y abrir la puerta a ver qué querían, lo que suponía un enorme disgusto.

—Unos hombres preguntan por usted, tercero —me informó el marinero en tono de sorna. Mientras me restregaba los ojos trataba de espabilarme y entender qué quería decir.

Antes de que me diese tiempo a vestirme llegó Vicente seguido del Viejo. Así me fui enterando de que un batallón de nativos, que aseguraban ser familiares de las damnificadas de la noche anterior, recorrían el barco buscándonos con dudosas intenciones. Querían cobrar la diferencia que habíamos dejado de pagar, según sus cuentas. Estaban golosos por el botín y como todos decían ser hermanos, sobrinos, primos y demás familiares de las susodichas, pues a bordo se estaba armando un revuelo de muy señor mío.

Preguntaban por un oficial muy rubio y otro más alto que éste, con perilla y bigote. No me cabía la menor duda de que se referían a nosotros. Como ya era *vox populi* en aquella pequeña capital africana, habían puesto precio a nuestras cabezas. Las voces excitadas de la pequeña multitud me llegaban a través de la

ventana, y yo traducía muy bien las amenazas que proferían, que eran para preocuparse. No se les podía echar del barco porque, al igual que en el resto de los puertos del África negra, nunca sabías quién era estibador y quién estaba ahí por negocios.

—*Officers chiqui-chiqui my sisters and no money!* —Oímos que le decía a uno de los marineros un avezado y presunto familiar de las chicas.

—*Where are the officers?* —inquiría otro, que presumía de ser primo de las víctimas.

Vicente miraba el suelo, frotándose los labios en actitud pensativa, y no aportaba ninguna solución a lo que había resumido el Viejo. Éste, por su parte, daba muestras de estar preocupado no tanto por el problema en sí, que aún no atañía al barco, sino por lo que le pudiera pasar a sus oficiales, porque eran muchos los que habían acudido en nuestra búsqueda. Se empeñó en que nos encerráramos en el camarote del armador, donde estaríamos más seguros.

A los tripulantes aquella lujosa cabina nos parecía la *suite* de un hotel. Siempre permanecía cerrada, reservada para el armador, por si se le ocurría hacer un viaje en el barco, circunstancia que nunca presencié. Todos los barcos contaban con una. Aquélla tenía tres dependencias: un cuarto de baño muy completo y amplio, un dormitorio con una cama de matrimonio y una antesala con el clásico tresillo con los sofás dispuestos alrededor de una sólida mesa de buena madera. Había espacio suficiente, nos llevarían la comida y no saldríamos de allí mientras la embarcación siguiera en puerto. Se dispuso hasta de una contraseña para franquear la puerta y toda la tripulación fue aleccionada para responder que habíamos bajado a tierra.

Permanecimos escondidos en aquella cabina, atentos a las novedades que nos llegaban por el portillo. Sólo podíamos salir a partir de las ocho de la tarde, que era la hora en que finalizaba la descarga, el momento en el que la pléyade de trabajadores, curiosos y buscavidas abandonaban el barco y se subía el portalón para que

nadie se colara por la noche. Tobías nos prohibió, bajo amenaza severa, que abandonásemos la nave.

Dos días duró el encierro; los ánimos se aplacaron bastante y casi nadie volvió a preguntar por nosotros ni a buscarnos. No obstante, cumplimos a rajatabla la orden del Viejo, más por precaución que por mera obediencia. No teníamos mucho que hacer, aparte de leer los libros que nos habían llevado procedentes de la pequeña biblioteca del barco y enfrascarnos en aburridas partidas de ajedrez, del que Vicente presumía de jugar bien.

La maniobra de salida fue rápida y la navegación por el río llevó pocos minutos. Además, la corriente nos empujaba hacia la desembocadura y parecía que lleváramos prisa. La velocidad se notaba en lo rápido que dejábamos a popa las chozas de la orilla. Eran muy numerosas y estaban construidas a la sombra de los árboles y palmeras frondosos que crecían a la orilla del río.

Pronto la mar se abrió delante de nosotros majestuosa, tranquila, cálida, vestida de azul y marrón. Se distinguía perfectamente el rastro fangoso del río adentrándose muchas millas en el agua salada.

Los muchachos arranchaban la cubierta como locos. Se deseaba tanto abandonar aquel puerto como llegar cuanto antes al próximo. La razón de esto no era otra que la búsqueda continua de nuevas sensaciones. Demasiado a menudo éramos crueles con las chicas africanas. Entraban por el ojo al segundo y salían al minuto. Era una rotación incansable.

Ya más tranquilos, hicimos recuento de lo acontecido en Bathurst. A Tobías no le Importaba hablar de ello, porque los problemas habían quedado atrás y estaba tranquilo. Su buen humor se hacía patente por momentos.

El contramaestre huido había pasado a un segundo plano desde la llegada a puerto. El interés por él se había disipado desde el instante mismo en que la gente había saltado a tierra. Sencillamente le habían perdido el respeto, ya no le temían y prácticamente se habían olvidado del tema. Se lo pasaban de escándalo, y eso era lo

único que les importaba. Apenas abandonaban el barco, éste perdía todo interés para ellos. Sólo se preocupaban de ligarse chicas y coger unas buenas trompas. Ni el riesgo de purgaretas frenaba sus ansias.

Tobías pidió a la policía que se hiciera cargo de Rogelio. Se negaron, y uno de ellos comentó que nunca habían tenido un blanco en la cárcel. Además, no hubo un buen entendimiento entre la empresa de personal bilbaína y nuestro agente en Bathurst para que el contramaestre tomara un vuelo a Europa, porque no había ninguno directo a Madrid y tenía que hacer dos conexiones. La policía no quería retenerlo para después dejarlo sin más en un avión. No podían calibrar la peligrosidad del individuo y no les apetecía tener líos, salvo que se quedara alguien del barco para escoltarlo. No se encontró un valiente dispuesto a aceptar semejante responsabilidad, y como Tobías no estaba de acuerdo con esa solución, pues no tuvo más remedio que aguantarse y quedarse, mal que le pesase, con el mochuelo a bordo.

«En el próximo puerto», debió de pensar.

En alta mar se quitaron las guardias especiales, aunque el pistolón seguía en la mesa de la derrota, imagino que como recordatorio del incidente, porque nadie lo había tocado. El contramaestre, que ya no se ocultaba de los demás, andaba por cubierta como un turista, procurando no estorbar. Comía apartado en el comedor, con los relevos a distinta hora que el resto de los tripulantes, y nadie lo había visto fuera del trayecto de su cabina al comedor y viceversa, o si acaso algunas veces en cubierta, apoyado contra la regala, solitario, con la vista perdida en el mar. Todo el mundo lo evitaba, y Felipe más que nadie, así que daba las órdenes a los marineros a través del carpintero, que era de los más antiguos en la empresa.

Conakry

En Conakry sólo estuvimos un día, porque había muy poca descarga para ese puerto. Vicente y yo, en plan autocastigo, decidimos no salir a tierra y quedarnos a bordo, y de paso reservar para Ghana los escasos dólares que nos quedaban. Todos los que habían estado en Takoradi hablaban maravillas de ese lugar, y no queríamos perder la ocasión de conocerlo por nada del mundo.

Allí comprobé las fantásticas dotes de relaciones públicas de que hacía gala el mozo, Anselmo, ¡y eso que lo tenían por medio bobo! Justo a la salida de la acomodación a la cubierta de popa de la bodega 4 había una pequeña cámara con una mesa alargada en el centro y asientos corridos adosados a los mamparos en todo su perímetro. El lugar se utilizaba para tomar los cafés mañaneros, y en ese momento se encontraba lleno de nativos muy atentos a lo que decía el mozo de cubierta, que más bien parecía estar confesándose de lo poco que movía los labios. Seguro que estaba trapicheando con oro o con diamantes, pero no me dijo nada.

Cuando por la noche partimos el barco estaba tan invadido de insectos que no se podía decir que los mamparos fuesen blancos. Infinidad de libélulas, moscas y, sobre todo, mariposillas se habían pegado en las luces y filtraban una luz tan escasa como pardusca. A la mañana siguiente aparecieron todas muertas. Miles de insectos voladores cubrían los mamparos y otros miles hacían de alfombrilla sobre la cubierta; los zapatos chirriaban al pisarlos. Lo primero que se hizo fue baldear la cubierta, a consecuencia de lo cual, de la variopinta minifauna guineana no quedó ni rastro. Esa situación se repetiría cada vez que dejáramos los puertos tropicales africanos, por lo que el baldeo constituía una rutina necesaria en cada partida.

El Viejo me dejó tranquilo con las observaciones, porque obteníamos todas las situaciones tomando visuales a puntos de tierra que venían reseñados en las cartas, y además seguíamos la posición del barco por radar. Con poner éste en la escala de 24 millas teníamos más que suficiente. Íbamos navegando paralelos a

la costa y a no mucha distancia de ella, siguiendo un rumbo sureste, con la mar como un espejo y una suave brisa de proa. Recordaré siempre aquellas aguas como un mar de tranquilidad.

Todos aprovechaban el agua de baldeo para refrescarse, porque la temperatura era siempre unos grados inferior a la del aire. Los de la sala de máquinas, que estaban hasta las narices de nosotros por el trabajo extra que solíamos darles, nos tildaban de señoritos y caprichosos, pero las quejas eran de pura envidia, porque tenían que fastidiarse en ese infierno de calor mientras los demás estaban en cubierta en bañador.

Las guardias eran muy tranquilas y casi no se veían barcos. Si de vez en cuando aparecía alguno, se convertía en todo un acontecimiento. A los dos días de navegación arribamos a Monrovia, que era el puerto de registro del barco, tal como indicaba pintado en la popa justo debajo del nombre. La capital de nuestra segunda patria.

Liberia y las banderas piratas

La enseña liberiana no sólo ondeaba en nuestro barco sino en unos cuantos miles más, porque a los armadores les estaba dando por registrar sus buques en esas llamadas banderas de conveniencia. Habían empezado los norteamericanos abanderando en Liberia sus barcos para eludir impuestos y escapar de las rígidas normas de seguridad internacionales. La moda acabó por generalizarse al resto de los países con grandes flotas. Había que abaratar costes de explotación y ello implicaba emplear tripulaciones experimentadas y, sobre todo, baratas. De modo que la década de los setenta nació con casi 10 000 españoles haciendo nuestras Américas particulares, para lo cual, eso sí, había que pasar por Bilbao, donde estaban radicadas la mayor parte de las compañías de contratación de personal.

Poco después los noruegos y daneses, poseedores de grandes flotas, imitaron a los americanos y empezaron a abanderar en Liberia y en Panamá. También los griegos, que rememorando tiempos históricos se habían hecho con una de las mayores flotas mercantes del mundo, se volcaron masivamente en las banderas de conveniencia. Simultáneamente, los alemanes crearon su propia bandera de conveniencia en Chipre, con el puerto de registro de Limassol, en tanto que los franceses, que no iban a ser menos, empezaron a montárselo con el Líbano, y Trípoli como puerto de registro.

La costumbre generalizada era que los mandos fuesen del país armador. Capitanes y jefes de máquinas solían ser alemanes, noruegos, franceses, etc., y el resto españoles. En los casos en que toda la tripulación era española, los espabilados de Bilbao ponían capitanes, jefes de máquinas y mayordomos vascos, y el resto gallegos con algún despistado de Valladolid, Cuenca o Albacete, de quien lo primero que te preguntabas era cómo le había venido la afición por el mar. No te explicabas que un marino palentino, de Guardo para más señas, te apareciera con pasaporte y libreta de navegación en la mano, en un barco liberiano, de una multinacional norteamericana, navegando por el quinto pino. Lo normal en el mar era ser gallego, los mejores marineros del mundo, con diferencia. Sufridos, trabajadores y buenos compañeros, habían nacido para no dejarse amilanar por la aventura tras los lejanos horizontes del mar. El único defecto que tenían era que podían montarle un buen tinglado al cocinero como se le olvidara algún día cocinar patatas. Fritas, asadas o cocidas, daba igual, lo importante era que todos los días hubiese en la mesa patatas que llevarse a la boca.

A Liberia le surgió al cabo de poco tiempo la competencia de Panamá, que a mediados de los años setenta pujaba muy fuerte, aunque aquélla siguió teniendo la supremacía. A los españoles también nos llegó la competencia. En primer lugar, de los países del bloque comunista, Polonia y Yugoslavia, principalmente. Estos países aportaban una mano de obra muy especializada y cualificada y diez

veces más barata que la nuestra. Más tarde, en los albores de los años ochenta, vendría a añadirse una segunda oleada, una horda de orientales que, con filipinos a la cabeza, arrasaría con nuestros puestos de trabajo. La puntilla la darían los indonesios, caboverdianos y paquistaníes.

El proceso era muy claro: a medida que íbamos ganando más nos iban contratando menos. Casi nos extinguen.

El primero le había impuesto a Vicente la guardia en el puerto. Tendrían que repartirse la descarga. Conmigo no se atrevió, porque en puerto Tobías me requería como relaciones públicas y secretario particular. Dado que le agilizaba el trabajo, le solventaba problemillas y ya tenía experiencia en el reparto de presentes para las autoridades, le había indicado a Felipe que no contara conmigo en lo que a las faenas de estiba se refería. El Viejo se sentía a gusto sabiendo que me tenía cerca y yo podía disponer de más tiempo libre para salir a tierra y pendonear, y de paso convertirme en el intocable del barco.

Por la mañana Tobías había hablado con un alto cargo de la policía, que había venido también a llevarse su ración de presentes, y le había largado el asunto del contramaestre.

El policía accedió a quitarle el problema de encima al Viejo a cambio de más raciones de atenciones. Se preparó para él un presente especial, consistente en una caja llena de botellas de *whisky* y ginebra y varios cartones de cigarrillos. Al rato vinieron unos policías y se lo llevaron. El contramaestre, que estaba temblando y al borde de las lágrimas, se mantuvo callado y se dejó llevar muy dócilmente. Tobías, que para algunas cosas era un tío acojonante, mandó a un marinero con el grupo y un paquete que se le había preparado con diversas provisiones para que no pasara necesidad.

Cuando estuvo de regreso, el marinero informó de que habían encerrado al contramaestre en un cuchitril pequeño y sucio que más

parecía una porqueriza, donde no se podía estar de pie sino echado, y que el paquete había desaparecido junto con los policías. Éstos se lo quitaron de las manos, y cuando pidió explicaciones le respondieron (más o menos) que a protestar al Camerún.

Tobías sintió pena y montó en cólera por el trato inhumano que imaginaba estaría padeciendo Rogelio. Al fin y al cabo, todo el mundo tenía derecho a una segunda oportunidad, y estaba arrepentido de no habérsela dado, pero la situación, pensaba, había llegado demasiado lejos. A veces, en los barcos las decisiones duras se justificaban en aras del mantenimiento de un mínimo de disciplina. Era esencial en un grupo tan singular y aislado que debía guerrear contra los elementos, lejos de la familia durante largos periodos.

Tobías, que parecía deseoso de provocar una nueva guerra púnica, montó una de escándalo hasta que consiguió que al día siguiente llevasen de vuelta a Rogelio al barco. Cuando aquel hombre pisó el portalón y se sintió seguro, le vimos, después de tanto tiempo, esbozar primero una sonrisa y después echarse a llorar. Tobías lo recibió bien, pero, sin darle cuartel, le dejó bien claro que en el próximo puerto se iría. Mejor que las cosas quedaran así y no fueran a más.

El contramaestre no protestó. Además, todo el mundo sabía que si la hacías gorda en Bilbao acababan por enterarse, y al parecer entre las compañías de contratación circulaban unas listas negras en las que figuraban los tripulantes conflictivos. Las compañías navieras querían tripulaciones experimentadas y baratas, pero también dóciles.

La verga del cocinero

A las doce y media, nada más terminar de comer, y aprovechando el relajo del momento, me fui con el cocinero a echar un vistazo a la ciudad, para envidia del castigado Vicente, que nos

vio alejarnos apoyado en la borda, a la sombra, y, como era costumbre en él, con los guantes en una mano.

A la salida del puerto había una serie de chiringuitos de madera repletos de chicas esperando a los tripulantes de los pocos barcos que había en el puerto. El que no era un barucho indecente donde se servían refrescos y cervezas, era un picadero para después del trato, y así uno tras otro. No nos lo pensamos dos veces y echamos el ancla en uno de los primeros que encontramos.

Ignoro qué coño negoció el cocinero, pero acabamos juntos bajo el mismo techo con las dos chicas elegidas, en la única habitación de aquel chamizo. Sería por cuestiones económicas, pensé. El habitáculo era amplio, con paredes y techumbre de cañizo. A pesar de la fresca penumbra, yo no estaba acostumbrado a esas situaciones embarazosas, doblemente molesta por no haberla buscado. Pero lo que más me sorprendió fue cuando comprobé que nunca acababas de conocer al personal por muy cerca que estuvieras de él. Aquel hombre de aspecto casi normal, un gañán rústico, feo, semicalvo y acomplejado que pasaba casi inadvertido, acabó por asombrarme cuando se desnudó y vi que tenía una verga de un calibre tan descomunal que me dejó acomplejado. Aquello, nunca mejor dicho, podía considerarse una auténtica verga. «Debe ser el resultado de una maligna enfermedad sexual», pensé para consolarme.

Sólo en Senegal había visto ejemplares igual de sorprendentes. En Dakar, los corpulentos estibadores, de piel negra y acerada, se ponían de cuclillas encima de las bocas de agua dulce que había en el muelle y realizaban las abluciones establecidas por su rito musulmán. Para ello se recogían hasta más arriba de las rodillas las largas túnicas que vestían, abrían un poco la llave del grifo y se lavaban directamente las partes, porque no llevaban ropa interior alguna. En cierta ocasión presencié cómo uno de ellos, que estaba agachado y listo para sus abluciones, cogía su miembro y lo apartaba apoyándolo sobre el suelo de cemento del muelle, para lavarse mejor. Cada vez que aparecía uno de ésos, aquellos de los

nuestros que andaban por cubierta, daban la voz de alarma y toda la tripulación acudía a la borda a contemplar el espectáculo.

Otra vez, en un barco cubano, el *Uvero*, me habían presentado a un marinero al que llamaban el Burro. Pensé que el motivo sería que era tonto, pero no, me equivocaba. Una joven camarera cubana con el pandero más grande que jamás había visto, me aclaró el porqué de aquel mote.

—Mira, chico, es que el compañero tiene la pinga como un burro, ¿comprendes, chico?

Y es que uno nunca acaba de acostumbrarse a los caprichos de la naturaleza.

No pasamos de aquellas chozas en nuestra primera exploración, y regresamos al barco. Por el camino, el cocinero se puso a contar chistes, otra faceta que yo desconocía de él. Conmigo venía también un ejército de ladillas, cuyo picor me crispaba. Tuve que afeitarme los bajos y someterme a un petroleado de urgencia, porque eso era lo que se recomendaba en los barcos, embadurnarse de petróleo, y buena experiencia que se tenía de ello. Se trataba de una medida muy eficaz, aunque lo que te ahorrabas en farmacia lo gastabas en jabón y colonias para quitarte después el pestazo. Pero el petróleo no sólo servía de insecticida, sino también de crecepelo milagroso. Los más entendidos decían que por el alto contenido en azufre. No obstante, este tratamiento contaba con pocos adeptos.

Nada más llegar a bordo, Salvador insistió en que saliera de nuevo con él. Me sentí obligado a acompañarle, aunque cayera una solanera de echar para atrás. Monrovia tenía un aspecto diferente de Bathurst. Era muchísimo más cosmopolita. Allí había calles amplias bordeadas de casas de una planta y muchas de ellas, para nuestra sorpresa, asfaltadas, de modo que no nos embarrábamos tanto como en Bathurst.

Aunque las calles estaban casi desiertas a causa del calor que hacía, no nos amedrentamos y continuamos con nuestra visita turística a aquella ciudad que parecía abandonada. Por obra del azar dimos con el único bar de fachada distinguida; resultó ser todo un

lujo para aquellos lares, pues disponía de aire acondicionado. Luego nos enteraríamos de que era el único local público que lo tenía. Para nuestra sorpresa la dueña resultó ser española, valenciana para más señas, por lo que hicimos buenas migas desde el primer momento, y hasta se empeñó en cocinarnos una paella a pesar de que eran las seis de la tarde.

Terminamos yendo a un mercado que nos recomendó nuestra nueva amiga valenciana, porque entre la tripulación se había puesto de moda comprar varios colmillos de elefante para llevar a casa, aunque el marfil hiciera estragos en nuestros bolsillos. El listillo de turno que presumía de asesor financiero en el barco afirmaba que era una buena inversión, y en esto quizá tuviese razón. Con el oro y los diamantes te la podían dar con queso, pero el marfil tenía la forma del cuerno, y además las vetas que recorrían éste a lo largo certificaban la autenticidad.

El mercado era una inmensa plaza de tierra rodeada de árboles, a cuya sombra se montaban los tenderetes y se cobijaban los artesanos, unos vendiendo y otros sentados en el suelo en plena faena, tallando toda clase de estatuillas y figuras de madera y marfil. Ver aquello me fastidió, porque tuve que ponerme en manos del Viejo y sacarle anticipos para Salvador y para mí.

Llenamos el camarote de máscaras y figuras de madera negra, que según nos habían asegurado era ébano, y un par de hermosos colmillos de marfil que agotaron mis reservas de dólares. Todo el que no había comprado en Bathurst o en Conakry, lo hizo en Monrovia. En esos momentos no se pensaba en las maletas, los vuelos, los transbordos y, sobre todo, las aduanas que vendrían después.

Abidján

La ruta para Abidján, en Costa de Marfil, se abría con perspectivas más que relajantes. Suponía un alivio disponer de

varios días de mar por la proa para descansar de tanto ajetreo. Navegábamos plácidamente en unas tranquilas aguas, cerca de una costa de la que apenas se distinguían resaltes o accidentes geográficos, por más que nos empeñáramos en mirar con los prismáticos. Sólo se vislumbraba una lejana, estrecha y borrosa franja de tierra sobre la que se elevaba un muro de vegetación del que sobresalían, monótonos, los penachos de infinidad de palmeras.

La costa, baja y de suaves perfiles curvos, daba muy malas referencias para situarnos con el radar. Por más que escrutaras en la pantalla, siempre era lo mismo, una franja amarilla rectilínea por babor, y aunque pusieras una escala de mayor alcance, todo lo que hacía aquella recta era curvarse ligeramente, por lo que el radar sólo nos servía para mantenernos bien paralelos a la costa, a 10 millas de distancia de ésta y detectar los poquísimos barcos perdidos por aquellas aguas. Cape Palmas era una zona de recalada y la única referencia que dividía nuestro viaje en dos etapas.

Tobías nos confirmó la noticia tan esperada por todos. Ya tenía la certeza de que el contramaestre se largaría por las buenas en cuanto llegásemos a Costa de Marfil. Había hablado por radio con la compañía y habían programado un vuelo Abidján-Madrid-Bilbao vía París, con la Air Afrique. Salvador ya me lo había contado, pero como era secreto profesional y no podía desvelarse, pues hubo que hacer el paripé y sorprenderse cuando se comunicó oficialmente.

Nadie hablaba bien de Costa de Marfil. Era el principal tema de conversación antes de la llegada a puerto. Todo se resumía en que no merecía la pena, lo que traducido venía a significar que había poca diversión, o que ésta era cara, o ambas cosas a la vez. Decidimos esperar a que otros tripulantes dieran las primeras batidas de reconocimiento, porque a las pocas horas ya tendríamos información suficiente para decidir si salir de jarana o de compras. Nuestro siguiente destino era Ghana, país del que algunos contaban maravillas, de modo que había que ir con tiento, porque los anticipos volaban que daba gusto.

Además, la mañana misma de nuestra llegada a puerto se llevaron al contramaestre, lo cual nos dejó muy mal sabor de boca. Se presentó el agente acompañado de una patrulla de policías y, tras esposarle la mano derecha al asa de su maleta, partieron con Rogelio en una furgoneta. Ya no volvimos a saber de él.

La ciudad de Abidján resultó ser muy cosmopolita y demasiado afrancesada. Lo único que nos decía que nos hallábamos en África era que todos los árboles de todas las avenidas estaban plagados de enormes lagartos de vivos colores, de medio metro de largo. ¡Joder!, uno iba paseando muy tenso y apurado, pendiente de que no le cayera encima uno de aquellos bichos verdirrojos; al fin y al cabo, aunque fuesen inofensivos no estábamos acostumbrados a convivir con ellos. Por lo demás, igual podías estar en la Martinica o en una barriada negra de París, porque todo era carísimo y por las calles se veían tantos blancos como negros.

Acabamos, aburridos y con los pies molidos, en el restaurante Chez Pierre, que estaba en una de las empinadas arterias principales de la ciudad, que daban al puerto. En el instante mismo en que salíamos del restaurante, en otra calle próxima al puerto estaban desvalijando a dos compañeros. Los limpiaron a punta de navaja y los dejaron en calzoncillos.

Y así volvieron al barco, callejeando a oscuras por aquellos desolados y peligrosos aledaños portuarios. Los vimos doblar a toda prisa como fantasmas una esquina, seguidos por grupos de negros curiosos que, de oscuro que estaba, parecían sombras en movimiento. Los desplumados iban con un humor de perros, porque nada les importaba, ya no tenían nada que pudieran robarles y lo único que pretendían era llegar pronto al barco y mandar a freír espárragos a todos aquellos curiosos.

A la mañana siguiente tuvimos una inesperada visita en el barco. Se trataba de una tinerfeña de mediana edad, esposa del representante de una importante compañía de coches italiana con delegación en Abidján. La acompañaba su hijo, un mozalbete de unos doce años. Tobías se mostró muy atento con ellos y los invitó a

quedarse a comer. La curiosidad atrajo a los oficiales a la cámara, dispuestos a husmear sin el menor disimulo. Pero ocurrió que al poco rato de estar allí, observamos que al muchacho le entraban temblores, se acurrucaba en el sofá sobre el regazo de su madre y encogía las piernas como si tuviera frío. Tobías, ni corto ni perezoso, le preguntó a la buena mujer:

—¿Le ocurre algo a su hijo?

—Le ha entrado fiebre; es que padece de malaria —contestó ella sin más.

—¡Ah! —Fue todo lo que acertó a comentar el Viejo.

Aquella respuesta nos dejó de piedra a los allí presentes, que comenzamos a intercambiar miradas de preocupación. Todos tomábamos escrupulosamente comprimidos de Resochín para prevenir la malaria, pero aun con ello nadie se sintió seguro. A partir de ese instante los oficiales empezaron a abandonar la cámara con cualquier excusa, menos el Viejo y yo. Y no es que me considerase menos cobarde que los demás, sino que en trances como ése se me embotaba la mente y no acertaba a reaccionar del modo en que se suponía que debía hacerlo.

—Por favor, capitán, diga a sus hombres que la enfermedad no es contagiosa —rogó la mujer, azorada ante el pavor que había cundido entre los oficiales a cuenta de sus palabras.

Había mucho recelo hacia las enfermedades «cuarentenables», por eso de que infectaban a traición.

—Salvador, me manda el Viejo a que os diga que sois unos groseros y que volváis, que la enfermedad no es contagiosa y sólo se transmite si te pica el mosquito.

—¡Y un huevo! Eso díselo a los demás, pero a mí no, yo no vuelvo.

Al final nadie regresó, y la invitación se vio frustrada. Al Viejo le llevó tiempo olvidar el desaire de los oficiales.

A nadie le importó dejar atrás aquel puerto, al contrario; todos miraban al frente, esperando ver aparecer por la proa Takoradi, que estaba a poco más de media jornada de viaje de Abidján. Cuando

doblamos Cape Three Points y caímos a babor para arrumbarnos a puerto, todo eran preparativos para salir a tierra y advertencias sarcásticas del camarero de que la comida era a las doce, a pesar de que sólo faltaba media hora y ya casi habíamos terminado la maniobra de atraque. Salvador, que seguía en el alerón del puente curioseando a través de los prismáticos, llamó mi atención para que mirara en dirección a un cartel que había cerca de la caseta de la policía, en la entrada del muelle. Estaba escrito en inglés, y en él se leía: «Los escolares tienen prohibido visitar los barcos».

Los lavanderos de Takoradi

Como era normal en los puertos africanos, y Takoradi no era ninguna excepción, nada más poner el portalón la nube de autoridades que aguardaba en tierra se nos echó encima. Tobías ya estaba preparado, y en su frigorífico no cabían más cervezas y refrescos, por lo que había ordenado que metiesen a enfriar varias cajas de reserva en la cámara de la gambuza destinada a la carne. En su mayoría las autoridades iban de uniforme y lucían, sin modestia alguna, numerosos galones, medallas y distintivos. Era tal la ostentación que al que no llevaba uniforme casi no se le hacía caso.

Tobías se desvivía por intentar comprender lo que le decían, mientras iba acomodándolos. En los primeros momentos del arribo a puerto siempre se mostraba muy servicial y atento con todo el mundo, pero a la hora ya estaba echando pestes y despidiendo al ejército de negritos que había arrasado el contenido de su frigorífico.

—*Sit plisss* —decía a cada uno de ellos mientras les hacía señas con la mano para llamar su atención. A continuación se llevaba el pulgar a los labios como si fuera a chupárselo, esperando que le contestaran escuetamente «*Fanta, please*», o «*beer please*», o lo que quisiesen, porque si alargaban las contestaciones, al Viejo le hacían la puñeta y se perdía sin remedio.

El ritual siempre era el mismo: la invitación mientras se enseñaban papeles y se rellenaban impresos y el regalito esperado a la despedida. Costumbres a lo largo y ancho del mapamundi, que se habían internacionalizado sin más.

—*Ship very good, captain* —acertó a decir uno mientras se apoltronaba con deleite en el sofá.

Por su expresión de complacencia quedó claro que a Tobías el cumplido, que entendió perfectamente, le satisfizo de verdad. Le habían tocado su corazoncito, así que la conversación tomó calor y color, a pesar de los muchos *can yu repit plis?* que el Viejo iba soltando sin venir a cuento, para demostrar que entendía de qué se hablaba. En un momento dado, para que vieran lo mucho que se preocupaba de su barco, osó comentar, desgraciando el inglés, «lo bueno que sería darle un repaso a las faltas del casco y la estructura y de paso dar una mano general de pintura». Todo esto le llevó diez minutos de duro pichinglis y mil ademanes.

—*Jau mach cost uan equip?* —preguntó en tono vacilante mientras balanceaba la mano derecha con expresión lastimera—. *Veri espansif?* —añadió muy intrigado al ver que todos se miraban y nadie decía nada.

Los quince hombres allí congregados, los de uniforme con medallas sentados y de pie el resto, empezaron a negar de todas las formas posibles, llevándose consternados las manos a la cabeza. A juzgar por los gestos, aquello debía de ser tan barato como una propina. Tobías asentía pausadamente, dando a entender que estaba meditando sobre el asunto. Sabía que era el centro de todas las miradas e íntimamente se regocijaba de ello, mientras un silencio general se imponía a la espera de que pusiera fin a sus elucubraciones. El Viejo se sentía importante y se tomaba su tiempo.

«Por el lado del puerto —reflexionaba— podría meter una colla que me adecentara el costado de babor, desde el muelle. Para el costado de la mar, los tripulantes montarían unas guindolas de las que se colgarían los negros de la colla de estribor. Otra colla para la cubierta quizás adelantase mucho el trabajo de los marineros. ¡Eso

es!». Calculó que con tres collas de diez hombres se resolvería la papeleta, y por los trescientos dólares que pensaba desembolsar Stevenson vería entrar su barco en Nueva York bien pintado, como de trinca. «Vaya buen capitán que tengo», pensaba Tobías que pensaría Stevenson.

Las autoridades comenzaron a disputarse la concesión de la contratación, porque todos conocían amigos que podían hacer esa clase de trabajo y por menos de lo que ofertaba el de al lado. Tobías tuvo que aplacar aquel gallinero invitando a todos a largarse. Total, que una vez que se hubieron marchado (bien provistos, eso sí, de *whisky* y cigarrillos) vinieron unos desuniformados que decían ser provisionistas, y después otros que también lo eran, y luego el que aseguraba tener una lavandería, y más tarde otros propietarios de lo mismo, y así, con invitaciones incluidas, pasamos buena parte de la mañana.

Tobías les hablaba a todos del mismo tema, yo no sé si para asegurarse porque no terminaba de verlo claro o, lo que era más probable, porque estaba maravillado de lo bien que se hacía entender y de comprobar que era capaz de mantener una conversación en inglés. A medida que aumentaba su práctica (ya casi decía las frases de corrido sin trabarse), más interés ponía en la idea de adecentar el casco y la cubierta.

Sobre las cinco y media, poco antes de la cena, la alarma social volvió a saltar. Unos nativos se presentaron diciendo que eran *laundrymen*, y nuestro camarero, convencido de que los enviaba el capitán, sacó sin dudar del pañol donde se guardaba la ropa, los sacos que contenían las piezas sucias y se los entregó. Llegaron entonces dos negritos, que también aseguraron ser *laundrymen*, y comenzaron a disputarse con los primeros la posesión de los tres enormes sacos, con lo que se armó una trifulca de muy señor mío. Como moscas acudieron más y más negritos, y más y más lavanderas, todos jaleando, hasta hacerse multitud.

Tobías apareció en la cubierta, atraído por el guirigay, y comenzó a abrirse paso entre un tumulto que ocupaba el pasillo de babor, en

el que ya no cabía un alfiler. Todos se gritaban y amenazaban, empujándose y soltando manotazos.

De pronto los sacos parecieron cobrar vida y terminaron tomando la dirección del muelle. Uno de ellos salió vía portalón con mucha dificultad, en tanto que los otros dos fueron arrojados a tierra desde cubierta. No se pudo hacer nada por evitarlo, ya que todo fue tan rápido que nos pilló desprevenidos sin darnos tiempo a reaccionar.

Los nativos abandonaron rápidamente el barco en pos de los sacos, sumándose a los que se habían congregado en el muelle. Eran tantos y estaban tan apretujados que resultaba imposible contarlos. Además, cuando alzaban los brazos se multiplicaban por dos, y cuando agitaban las manos se quintuplicaban hasta parecer una nube de mariposillas que revolotearan por encima de sus cabezas. Desde nuestra atalaya daba la sensación de que los sacos flotaban por el aire, ligeros como nubes. Navegaban sobre un mar de manos que se los disputaban y que, para nuestro asombro, los impulsaban en una dirección que los alejaba definitivamente de nuestras vidas, rumbo a las cabañas del poblado cercano al puerto, donde no tardarían en desaparecer seguidos por un gentío nada conforme con irse con las manos vacías. Jamás volveríamos a verlos.

Tobías, que no sabía si llorar o suicidarse, se llevaba unas veces las manos a la cabeza y otras se dirigía, en plan interrogador, a los que habían quedado en cubierta.

—*Yu nou landriman? Yu nou?* —les preguntaba en actitud amenazadora, presa de los nervios.

Entre sábanas y toallas perdimos más de un centenar de piezas, y la mitad de la mantelería del barco. Después de aquello, cada vez que un negrito se presentaba en su despacho por el asunto que fuera, y eso sucedía a cada momento, el Viejo lo recibía muy excitado, sin el menor atisbo de cortesía.

—*Yu landriman olso, eh, eh?* —lo increpaba, malhumorado—. *Yu nou los sacos, los sacos, eh, eh?* —repetía, mientras les estudiaba atentamente el rostro.

Como ellos no entendían qué quería decir, y veían que a cada minuto le sobrevenía un ataque de furia, no tardaron en pensar que aquel gran jefe blanco estaba realmente chiflado, y se quedaban muy quietos y recelosos. Tobías, que no les daba respiro, se cogía las manos a la espalda y se ponía a andar arriba y abajo cerca de ellos, pasándoles revista al más puro estilo militar, mirándolos de soslayo con intenciones asesinas, mientras bufaba sin parar.

—Seguro que tú los conoces, hijoputa. Tú eres su compinche —le gritaba al que le pillaba más próximo, aupándose sobre las puntas de los pies y con el aliento en la cara—. ¿A qué vienes, eh? ¿A qué vienes, eh? ¿A por más sacos, eh? —le increpaba sin esperar respuesta. Al cabo de un rato desistía, le daba la espalda y proseguía con su paseo amedrantador. Así, uno tras otro, repetía la escena a los que iban llegando. Y es que el hombre estaba como loco y por más que se estrujara los sesos no encontraba la forma de recuperar sus sacos.

Todos se mostraban perplejos, sin saber qué decir ante aquel irascible capitán que, poseído por los malos espíritus, no les presagiaba nada bueno. Así que el que no traía asuntos de importancia, que eran casi todos, no dudaban en quitarse de en medio sin tardanza, con actitud dócil y enseñando el teclado de su dentadura. En cuanto al que no tenía más remedio que quedarse, porque realmente venía para algún asunto concerniente al barco, empezaba por un tímido «Captain, sorry…» mientras tendía las manos para pedirle calma y evitar de paso que se les echara encima.

El mayor lupanar de África occidental

A las siete de la tarde todo el mundo, salvo los de guardia, que echaban chispas, había abandonado el barco. El Viejo se había apuntado el primero, porque Salvador le había peloteado a gusto al insinuarle que le enseñase Takoradi, ya que lo conocía tan bien. Tobías le había devuelto una mirada escrutadora sin saber si

desconfiar o no, porque aquella invitación lo había cogido por sorpresa, ya que no lo teníamos acostumbrado a esa clase de cosas, pero como el radio disimulaba muy bien, no sospechó de sus intenciones y cayó rendido ante nosotros con la más amplia y sentida sonrisa que le hubiésemos visto nunca.

Ni paseos, ni compras, ni el menor atisbo de interés cultural por la ciudad. Todos queríamos lo mismo y sabíamos que, a pie o en taxi, acabaríamos en uno de los mayores lupanares de África occidental. Los compañeros habían salido, en diferentes grupos, hacia el mismo destino, el hotel Internacional. Era el punto obligado de encuentro de las tripulaciones de cuanto barco atracaba en ese gran puerto.

Aquel hotel era el más selecto y concurrido prostíbulo de Takoradi, donde centenares de jovencitas de cara aniñada y cuerpo de mujer pululaban por los aledaños tratando de burlar a los porteros, que se negaban a dejar entrar a cualquiera que no fuese blanco, porque el *hall* y los salones estaban ya abarrotados de nativas. Las chicas permanecían frente a la entrada, atentas al menor gesto sugerente de los marineros de refresco que iban llegando.

Entramos, y abriéndonos paso entre la muchedumbre que llenaba el amplio *hall*, llegamos a los salones de baile, donde ya no cabía un alfiler. Las muchachas lucían vestidos tan ceñidos como insinuantes, y sus cuerpos eran tan gráciles y sensuales que resultaba imposible apartar la vista de ellas. Movían sus exquisiteces al ritmo trepidante de la música africana, en medio de un bullicio de voces y risas que se entremezclaban de forma ensordecedora. Vicente se sentía como pez en el agua, porque como casi todos los presentes eran chicas y él ejercía adrede de medio enano, no le importaban las estrecheces e iba avanzando la mar de a gusto, rozándose con los provocativos escotes y las soberbias posaderas, sin recato alguno. Podría haberse pasado así toda la noche, y la habría considerado la mejor de toda su vida.

La anodina decoración del lugar no restaba encanto al aire embriagador que emanaba de aquellas gentes vivarachas que no cesaban de bailar, y que contrastaba con las amarillentas nubes de humo que se elevaban, perezosas, por encima de sus cabezas. Los salones, con balconadas que daban al mar, se sucedían uno tras otro, contorneando el edificio y separados entre sí por medio de unas columnas blancas unidas por unos arcos adornados con enredaderas; el efecto que producían era que aquello no tenía fin.

Las mesas y las sillas habían perdido su emplazamiento inicial y estaban desperdigadas de forma anárquica según las necesidades de cada cual. Las primeras aparecían cubiertas de botellas y vasos de cerveza que cada dos por tres caían al suelo debido a los tropezones de la mayoría de los marineros, que iban lanzados a causa de la bebida. Nos encontrábamos en nuestra salsa, ocupando dos mesas que habíamos juntado tras afanar varias sillas para que pudieran sentarse todas las chicas que se disputaban nuestra amistad, porque estábamos tonteando con unas y con otras, excepto Vicente, que ya se había apalancado con una negrita machota que era una preciosidad y gozaba de unas exuberancias acordes con los más íntimos gustos de él.

Dos chicas en actitud recatada y vestidas fuera de tono con el ambiente, permanecían de pie junto a la entrada mirando hacia el gentío de dentro, como si buscasen a alguien en particular. Su prestancia y timidez no casaban con aquel lugar. Me acerqué a indagar, y cuando supe de su lastimera situación, me ofrecí a ayudarlas. Venían de Tema, la capital, en busca de su hermana, y la última dirección que tenían de ésta era la de aquel hotel, al que acababan de llegar. Las acompañé un rato, pero era como buscar una aguja en un pajar. Finalmente, el desconsuelo hizo presa de ellas, y abandonaron. No tenían dónde ir, ni direcciones a las que recurrir, e iban sin dinero. Las alojé en el hotel. Katy, que así se llamaba la mayor, se quedó conmigo sin yo pedírselo.

Aquella noche, en una de las habitaciones de la planta alta del hotel, que daba al mar, alejado del bullicio, sentí la tibieza de la luna

y su luz penetrar lánguidamente por el balcón y deslizarse sobre aquella ardiente piel aterciopelada oscurecida por la noche.

Me habría llevado a Katy en el barco conmigo, si ella hubiera querido. Muy de mañana la dejé; dormía profundamente, acurrucada bajo las cálidas ropas de la cama. Un tibio aire, perfumado de flores frescas y de mar, entraba por el balcón. Le dije adiós con el alma para siempre.

La Ghana Workers Trade Union Association

Por la mañana la tripulación despertó con nuevas sorpresas. Hacía muy poco tiempo que los marineros habían salido a cubierta a realizar sus tareas y el barco comenzaba a congregar trabajadores, visitantes y curiosos en general. Salvador y Vicente dormían la trasnochada. Yo me tomaba un café en la puerta de la cocina que daba a la cubierta de popa mientras observaba la descarga de la bodega 4. Aún no me había despejado del todo e iba como un zombi buscando apoyo para no desplomarme, cuando de pronto un marinero se acercó corriendo a mí y, alarmado, me dijo que me asomara al muelle, por la cubierta de proa. Me lo decía en tono irónico, medio en guasa, medio en serio. Así pues, como ya no ganaba para sustos y desde que había embarcado en el *Arizona* estaba con la mosca detrás de la oreja, decidí tomármelo en serio y seguirlo para averiguar qué sucedía. Ni siquiera con la resaca que llevaba encima daba crédito a lo que presenciaban mis ojos.

En cubierta, un ejército de negritos provistos de diversas herramientas, como piquetas, rasquetas, martillos, punzones, o cualquier objeto de hierro saqueado del pañol del contramaestre, se habían repartido la cubierta (en parcelas cada vez más pequeñas a medida que se iba sumando gente), y estaban picando y rascando como posesos, sin mostrar cautela alguna ni tomar en cuenta si era necesario picar donde lo hacían, si el lugar había sido pintado o miniado recientemente o si estaba cubierto de óxido. Me asomé por

la borda. En el muelle había otro grupo numeroso de negritos, que, provistos de rasquetas y cuchillos atados al extremo de largas varas, rascaban la pintura del costado del barco sin importarles, al igual que ocurría con los de cubierta, el estado en que se encontrara.

Habían tomado el barco por asalto y suplantado a los miembros de nuestro personal, que se habían reagrupado —muy sorprendidos — porque no alcanzaban a comprender lo que estaba sucediendo. Tan asombrado como ellos, y algo más preocupado, opté por avisar al primer oficial y al capitán. Me crucé con Felipe en el pasillo; bastaba con mirarlo a la cara para advertir que estaba al corriente de lo que ocurría. Acudía a cubierta a toda prisa y muy nervioso. Al Viejo fue más duro darle la noticia. Yo le temía, pero él también a mí cuando me vio llegar con la cara descompuesta. No se me daba bien disimular mis estados de ánimo, y Tobías ya me iba conociendo.

—¿Qué pasa? —preguntó, a todas luces preocupado ante lo que irremisiblemente se le venía encima.

—No, nada importante —contesté—, pero es que han asaltado el barco y están picando como locos por todas partes. ¿Es que no oye el constante repiqueteo? —añadí, amilanándolo aún más y haciéndole señas con las manos de que lo comprobase por sí mismo.

Tobías se acercó rápidamente a la ventana del camarote, miró boquiabierto a través del cristal y quedó apabullado ante lo que vio. De inmediato comprendió que había metido la pata en «algo». Lo presentía, y se reprochaba el no haber escarmentado. Se puso frenético, salió a toda prisa del camarote y bajó precipitadamente por las escaleras. Le seguí a cubierta, intuyendo que se iba a armar la gorda. Empezó a mirar de un lado a otro como buscando al responsable de aquel desaguisado aterrador. Y como se daba cuenta de que no iba a encontrarlo, montó en cólera y empezó a patalear, a blasfemar y a tratar de atrapar al que tuviese más a mano.

—¿De dónde has sacado esa piqueta, cabrón? —le gritaba en perfecto burgalés al primero que, inocentemente, cayó en sus manos—. Pero ¿quién te ha mandado que piques ahíii, so mamón?

—le chillaba a otro que, de cuclillas, se negaba a abandonar su parcela de cubierta.

Y de uno en uno iba así, haciendo un poco el ridículo. Y los negros, que lo toreaban bien, se espantaban por delante y volvían a retomar sus posesiones por detrás. Bramó veinte veces el Viejo y nombró a su primer oficial otras tantas.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Hay que echarlos, como sea! ¡Feliiipe! —gritaba exasperado.

Los marineros trataron de quitarles las herramientas, pero fue inútil. Los negritos se habían tomado muy en serio su trabajo y, sin ahorrar sonrisas, los burlaban que daba gusto. Los marineros, que no estaban muy por la labor, se cansaron pronto de hacer el payaso. No quedaba más salida que cerrar todos los accesos a pañoles y casamatas y esperar a que viniera la policía a poner orden en el barco.

Un buen rato después, y sin que la policía se hubiese presentado, advertimos que el ruido disminuía y que los pocos negros que quedaban en cubierta se dedicaban a zanganear, como si aquel desaguisado no fuera con ellos. Tras la euforia del primer momento, los negritos habían desaparecido y nuestras herramientas con ellos. Dentro de la desgracia, era un consuelo el que se hubiesen ido dejándonos tranquilos. El barco parecía volver a la normalidad.

Eran justo las seis de la tarde y estábamos sentados a la mesa esperando la cena cuando vino el camarero, muy alarmado, a decirle al Viejo que se estaba formando una cola de negros que iba desde su camarote hasta la puerta de entrada de babor de la cubierta. Nos miramos, inquietos y sorprendidos por la inminente fatalidad que, intuíamos, se nos venía encima. Tobías dejó la mesa y salió a paso rápido de muy malas pulgas. Todos le seguimos, para olisquear y saciar la curiosidad.

En efecto, se había formado una cola que, partiendo de la puerta del camarote del capitán dos cubiertas más arriba, continuaba por escaleras y pasillos, salía a la cubierta de la acomodación, bajaba por el portalón y terminaba en el muelle a pocos metros del barco.

Me hubiera gustado preguntarles qué coño estaban haciendo ahí, pero el Viejo se encargó de hacerlo por mí.

—*Ju arrr yuuu?* —le preguntó al que tenía más cerca—. *Uat yuu uannn?* —interrogó al de al lado—. *Annn yuuu?* —inquirió al siguiente.

Así iba Tobías de uno en uno, sin recibir más que calladas por respuestas, o como mucho unas tímidas señas que le indicaban que la solución a aquel misterio estaba más arriba, al principio de la cola. Consiguió llegar hasta el descansillo de la puerta de su camarote, tras despejar a gritos las escaleras, porque con el volumen de su barriga no tenía otro modo de pasar por tan estrecho acceso.

Entre los primeros de la fila, junto a la puerta del camarote del capitán, había uno que destacaba sobre el resto, porque iba mejor vestido y, además, llevaba una cartera de mano, algo inusual en aquellos lugares. El Viejo se dirigió a él lanzándole una mirada rabiosa y haciéndole las mismas preguntas, mientras entraba en su cabina. Sólo dejó pasar al de la cartera, y luego trincó la puerta. Era un representante de la Ghana Workers Trade Union Association, toda una autoridad del sindicato, y estaba allí porque, según informó, había que pagar a los trabajadores.

—¿Gaaana… Uooorques… Asosieeeiiision?… ¡¡¡¡Hostiaaas!!!! ¡¡¡Me caaago en Diooosssssss!!! —Se puso a blasfemar el Viejo, más que desesperado ante el desparpajo del sindicalista, que permanecía templado.

Tobías había perdido el respeto a todo aquel que le dijera que era una *autoriti*, y más si no vestía un uniforme con muchas medallas y galones, pues en ese caso lo trataba a patadas sin hacerle el menor caso.

—*Chip no pei. No uorc. No contrat. Chip no pei!* —le chillaba al serio e impasible representante sindical—. *Uerrr arrr de* herramientas? —le preguntaba a renglón seguido, esperando acabar con él. Pero el del sindicato no le entendía.

No resultó. El negrito trajeado le sostenía la mirada, fría y a la vez encendida; luego le largó una parrafada en perfecto inglés que

al Viejo le sonó a chino, pero de la que dedujo una amenaza clara, porque a mitad de su parrafada el sindicalista comenzó a darle golpecitos en el pecho con el dedo índice. Tobías no movió ni un pelo y cayó fulminado en el primer asalto, eso sí, renegando. Se había acojonado y había decidido pagar. Quería terminar de una vez con aquella pesadilla.

Evidentemente, el Viejo no había jugado bien sus cartas. Si hubiera presionado más al sindicalista, éste habría reculado, porque hubo momentos en que llegó a mostrarse indeciso e incluso algo nervioso. Debería haber pensado que en Takoradi aquella asociación y nada eran la misma cosa. Además, tendría que haber impuesto la razón sobre cualquier otra consideración. No sólo no habían trabajado nada, sino que encima nos habían hecho un desaguisado levantando, prácticamente en un visto y no visto, toda la pintura del barco, mientras que las zonas oxidadas seguían intactas, eso por no mencionar que se habían largado con las herramientas de cubierta. No había sindicato capaz de defender semejante comportamiento.

Tobías podría haber mandado echar del barco al del maletín, pero no habría podido hacer lo mismo con los que esperaban en la cola. Eran demasiados. Y estaba segurísimo que si le daba por llamar a la policía, al final no sólo terminaría pagando a los trabajadores, sino que encima también tendría que dar algo a los policías por el inútil servicio prestado. Mejor no mover ni un dedo y resignarse a pagar, pensó muy acertadamente. Tras tomar esa decisión, ya no se contuvo más y no se ahorró insultos, amenazas, improperios, sapos y sabandijas que escupía rabiosamente, sin darse respiro, para descargar la mala sangre que lo corroía.

Había que pagar 10 dólares americanos por cada negrito que aguardaba.

—¿Cuántos son? —me preguntó.

—No lo sé —respondí—. ¡Lo más importante es que no se sumen más a la cola! —añadí con cierta sorna.

Rápidamente hicimos subir a cubierta a los que estaban en el muelle e izamos el portalón para que nadie más se colara a bordo,

ya que a las seis habían plegado los estibadores y sólo quedaba la cola de los demandantes y aquellos que, echándole cara a la vida, iban sumándose al cotarro. Contamos 91. Tobías, histérico, se sentó a la mesa de su despacho, que tenía justo a la entrada de su camarote, bajo el portillo, abrió el libro de caja y se dispuso a tomar nota de los nombres y los pagos. Encabezó la hoja con el título «Gasto extraordinario en Takoradi por trabajos de mantenimiento del barco».

—¡Qué pase el primero! —gritó.

Yo, a quien Tobías había nombrado portero, guardaespaldas y controlador, trataba en vano de acallar el tumulto que se había formado en los pasillos y escaleras. La circulación interior del barco estaba colapsada, porque los negros peleaban entre ellos por coger los primeros puestos en la larga cola, imagino que por temor a que no hubiese suficiente dinero para todos. Quería imponer silencio, pero era inútil, porque los más cercanos, seguros de que iban a cobrar, se mostraban vocingleros y protestones.

Dejé pasar al primero, y al siguiente, y al otro, y para todos Tobías tenía una frase especial de bienvenida cargada de veneno, y así hasta que se marchaban. Habría apostado a que los discursos en tono airado se oían nítidamente a un cable a la redonda.

—Y túuu, hijopuuuta, ¿dónde has trabajado, eeeh? —le gritaba al negrito de turno—. ¿Y túuu? A ti no te he visto, cabróoon —le espetaba al siguiente—. Otro que viene a cobrar, ¿eh? ¿Y los callos? ¡A ver las manos! —Exigía, mientras se las cogía y le miraba las palmas, para ver si descubría alguna huella sangrante por el trabajo y para que el negrito entendiera mejor lo que le estaba diciendo.

Con otros, ignoro el motivo, bruscamente daba un respingo, se levantaba de la silla, se plantaba frente al asustadizo negrito de turno y con los brazos en jarras, en actitud desafiante, le interrogaba.

—¿Dónde está la piqueta, eeeh, mamóoon, eeeh? En tu choza, ¿nooo? ¿Y encima vienes a cobrar, mamón, eeeh? —Seguía.

Tan repentinamente como se había levantado, volvía a sentarse.

—*Neiiimmm?* —preguntaba sin siquiera mirarlo.

A continuación, apretando el boli con fuerza entre los dedos, anotaba el nombre en el libro tal como a él le sonaba, porque no estaba de humor para andarse con florituras y preguntárselo por segunda vez. Mahmadú o Ma'madú, ¡qué le importaba a él cómo se escribiera! Le pagaba los 10 dólares contándolos muy cuidadosamente mientras decía en voz bien alta, para que al otro no le cupiera la menor duda.

—*Uaaannn…, tuuu…, triii…, fooor…, faifff…, an faifff… teeen! Teeen dolar!*

El negrito asentía con una imperceptible sonrisita ingenua, porque no acababa de creerse lo que le estaba lloviendo del cielo, mientras tiraba del manojo de billetes que Tobías, dirigiéndole una mirada asesina, se resistía a soltar.

Hubo momentos tensos cuando al Viejo se le agotó el cambio de la caja fuerte y se quedó sin billetes de uno y cinco dólares. Al cabo de un rato agotó también los fajos de a diez, y se vio en otro apuro, porque los negritos que quedaban, convencidos de que no quería pagarles, montaron un revuelo de mucho cuidado. Al final, tuvo que entregar un billete de 20 para que se lo repartieran entre dos, y como no se fiaba ni quería líos posteriores, obligaba a la pareja a asentir antes de dejarla marchar, y requería de mi parte la rúbrica notarial. Hacía como que partía el billete e indicaba por señas que a cada uno le correspondía una mitad, pero no lo entregaba hasta estar seguro de que habían entendido.

Tuvimos que hacer una larga pausa y afrontar nuevos alborotos, porque hube de salir a buscar cambio entre los propios tripulantes, ya que sólo le quedaban billetes de 50 y de 100. Conseguí algún cambio, pero no mucho, porque nadie había pedido más anticipos de lo que calculaba que iba a gastar. Además, como nunca estaba garantizado que en los siguientes puertos fuésemos a conseguir divisas, pues la gente se cuidaba, pero que muy mucho, de decir que tenía dólares.

Así pasó la tarde. Eran más de las nueve y aún quedaba un pequeño grupo. Una vez despachado éste, Tobías me tuvo casi una hora repasando las cuentas, las restas y sumas de las columnas del debe y el haber; todo estaba muy claro, pero a pesar de ello tenía que chequearlo para que él se quedara tranquilo. A las diez, ya solos, el Viejo se sentó a la mesa, apoyó los codos sobre ésta y, tapándose la cara con las manos, comenzó a lamentarse una y otra vez.

—¡Oooh Diooosss, qué he hecho para que me castigues asíii!

A la débil luz de la lámpara que pendía del mamparo sobre el pequeño escritorio, la escena resultaba patética. Tobías tenía el cogote y la calvorota muy enrojecidos. Daba lástima verlo así, tan hundido y amargado. Aquélla era una adversidad más que añadir a tantas otras que escondía en lo profundo de su ser y que lo hacía lamentarse con desconsuelo.

Desde la salida de Norteamérica la cuenta de gastos alcanzaba ya una cifra, en dólares, de cuatro ceros, lo bastante importante para que Tobías temiese el momento de justificarla ante Stevenson. Pensaba que, al llegar a Nueva York, éste lo fulminaría. Además, nos habían dejado sin herramientas de trabajo, lo que significaba un dineral. Sin toda la ropa del barco, otro dineral. Casi mil dólares invertidos para que nos destrozaran la pintura del casco y de la cubierta. Y seguro que, para colmo de males, al llegar a Nueva York tendríamos dos o tres desertores y otros tantos en Canadá. Al pensar en todo ello, Tobías a duras penas contenía las lágrimas.

Cerré la puerta en silencio y lo dejé descansar.

Atrás había quedado una tarde psicodélica, distinta de cualquier otra, una burla a la buena voluntad y un perenne sinvivir que impedía cualquier monotonía.

Aquello era África, el gran continente olvidado y del que sólo se acordaban cuando había que darle otra vuelta de tornillo para exprimirlo un poco más. O cuando las riquezas cambiaban sangrientamente de manos, entre disputas de poder y áreas de influencias, por los grandes consorcios financieros de guante blanco,

condenándolo a su milenaria miseria. O lo aceptabas tal como era o acababas trastornado de los nervios y completamente majara. Mejor cerrar los ojos y no preguntarse nada, porque ninguna respuesta resultaba convincente. Sencillamente, las cosas eran así.

El Viejo se quedó a solas en su camarote, resignándose con la botella de *whisky*. En cuanto a mí, me disponía a olvidarlo todo, con Vicente y Salvador, en tierra. Buscaría a Katy y no la encontraría, pero aparecería otra Katy. Todas eran tan distintas y tan iguales que ya te daba igual ocho que ochenta. Y así siempre.

De Takoradi a Matadi

De Takoradi salimos entre risas y lágrimas, tal como lo habíamos hecho de Bathurst. Eran los dos únicos sitios donde las situaciones límite nos habían llevado a mantener un frágil equilibrio sobre la cuerda floja sin otra ayuda que nosotros mismos, expuestos continuamente al riesgo de caer en el más injusto e inútil de los vacíos. Pero por arte de magia, las inminentes tragedias se transformaban al final en comedias divertidas, aunque saliéramos airosos de ellas por los pelos. En el fondo, el Viejo mantenía bien alto el estandarte de la esencia de la aventura, la odisea de la osadía. Sorprendía que, a pesar de la edad y la voluminosa tripa, siguiera llevándolo en la sangre.

Mientras nos dirigíamos hacia Matadi, en el ex Congo belga, volvimos a las calmas ecuatoriales. La única brisa era la que producía el barco con sus 12 nudos de marcha. Los baldeos en cubierta acabaron convirtiéndose en divertidos juegos donde se trataba de arrancarle el bañador a tu rival con el chorro de agua a presión o hacerle perder el equilibrio y tirarlo al suelo. Los de la máquina metían a veces tanta presión que hacían falta dos hombres para sujetar la manguera. Todo el mundo se lo pasaba en grande, y de paso se combatía el bochorno.

Pronto se sucedieron los insomnios y las ojeras mañaneras. La gente alargaba las horas nocturnas a fuerza de cubatas. Eran los ratos en que encontrabas a tus compañeros contentos, pero al llegar la madrugada subían a cubierta cada uno con su colchoneta, casi desnudos, en busca de la brisa fresca que les permitiera dormir. Las cubiertas de botes eran las más concurridas.

Debido al calor, los trabajos en cubierta empezaban muy temprano, para no estar expuestos al sol durante las horas en que éste era más intenso. En la sala de máquinas sólo se hacían las inevitables guardias y, si acaso, se aprovechaba para las tareas de reparación y mantenimiento de la maquinaria de cubierta.

Bajo los efectos del trópico, los días de navegación parecían estirarse en aquel gran golfo de Guinea. Estábamos más solos que la una, avanzando por aquel mar tedioso, y nuestra mente adormilada despertaba de pronto, enfebrecida, sin piedad para con aquella tranquilidad. Con el aburrimiento proliferaban las juergas nocturnas, cada vez más ruidosas y pendencieras. Era el tiempo por antonomasia para la bebida. Las botellas de *whisky*, ginebra y ron caían una tras otra, por doquier. La cerveza no tenía tiempo de enfriarse y las neveras no daban abasto para suministrar tanto cubito de hielo como se demandaba.

Cuando el camarero y el Viejo se olvidaban de rellenar las cubiteras, había que someterse al capricho del cocinero, que disponía de grandes reservas de hielo con las que imponer su voluntad. Si quería fastidiarnos, cosa que sucedía a menudo, porque era un hombre voluble, de raros caprichos y continuos antojos, no tenía más que dejar las grandes bandejas de hielo sin llenar, apiladas boca abajo en la cámara frigorífica. Y eso era lo que hacía en ocasiones con premeditación y alevosía. Y que a nadie se le ocurriese protestar, porque a lo mejor al día siguiente tampoco habría hielo.

Como de costumbre, nada más dejar el puerto el Viejo había abierto la cantina, con lo que las cajas de cerveza, refrescos y licor se apilaban en los camarotes, las últimas sobre la cama, para mayor

seguridad. Las provisiones, que debían durar una semana, caían en dos días como máximo. Tobías, que era perro viejo en el asunto, avisaba al abrir la cantina que no se efectuaría un nuevo reparto hasta la semana siguiente, pero casi nadie hacía caso, y luego venían los lamentos o las mil justificaciones para pedir más.

El barco se agitaba por dentro mientras avanzaba adormilado por aquellas sosegadas aguas. Todos los días, cuando se acercaba el mediodía y el sol calentaba sin piedad, la atmósfera se tornaba pesada a causa de la continua e intensa evaporación del agua bien cargada de sales. Era como un vaho blancuzco, cálido y muy húmedo al que se veía claramente manar de la superficie del mar tiñéndolo todo con el mismo tono. Cubría el horizonte y no dejaba ver más que a una milla de distancia. Así hasta que con la puesta de sol el calor remitía y todo volvía a la normalidad. Eso era lo usual, quedarse todos los días embelesado mirando el cielo, viendo cómo variaban las formas de las nubes cuando pasaban cerca del sol, cómo la luz luchaba por atravesar las bandas de nubes lejanas, cómo los rayos de sol las oscurecían por su base y las encendían arriba, haciendo resaltar vivamente los penachos azafranados, mientras el crepúsculo se acercaba lentamente. Cada puesta de sol era distinta, nunca se repetían. Variaban las formas de las nubes pero los colores eran los mismos, porque todos acudían, vibrantes, a la misma cita.

La neura del cocinero

Por aquellos días, el cocinero cayó enfermo. Le habíamos diagnosticado una neurosis pacífica. El síntoma más evidente era que se negaba a salir de su camarote, desobedeciendo todas las órdenes que, con unos y otros, le mandaba el Viejo. Tampoco hacía caso de los requerimientos de los compañeros ni al médico del barco, es decir, yo.

El segundo cocinero, que no era más que un pinche de cocina de boquilla, sin muchas luces, agarrado a lazo entre los que pasaban por la oficina de contratación en busca de trabajo y sin más idea de cocina que pelar patatas y abrir latas, se vio obligado a dar la cara y sacar a relucir su escasa sapiencia culinaria. Y así lo hizo. Sacó un cuarto entero de carne de la cámara frigorífica para filetearlo y darnos una sorpresa a los comensales, y no se le ocurrió mejor idea que descongelarla sumergiéndola en una pileta bajo un chorro de agua caliente, porque al muy mamón se le había olvidado hacerlo con la suficiente antelación. Tuvo narices encima el tío de poner la carne a la plancha, sobre los fogones encendidos a todo trapo. En resumidas cuentas, que la chamuscó por fuera dejándola cruda y helada por dentro, hasta el punto que los diminutos cristales de hielo chirriaban entre los dientes. Aquello, por inmasticable, no había Dios que se lo comiera. Eso sí, un rato después se informó de que se podía pedir cuantos huevos fritos con patatas se quisiera. Aquello apaciguó a todos, pero a los dos días estábamos hartos de comer siempre lo mismo.

Lo peor era su control sobre la sal. Había visto hacerlo al cocinero, pero en vez de tomarla entre los dedos, la cogía a puñados. La tripulación comenzó a quejarse, alzando bien la voz para que el Viejo se enterara. Se reunió un comité de emergencia a fin de evaluar la situación, ya que en los barcos el tema de la comida es de importancia capital. Se pidieron voluntarios para cubrir el puesto, y se presentaron varios, pero enseguida se comprobó que tenían más voluntad que conocimientos de gastronomía.

Hasta que al maniático del cocinero no se le pasó la neurosis y volvió a tomar el mando de la cocina, ésta fue invadida por los engrasadores, que querían desquitarse de los sofocos infernales de la sala de máquinas y se disputaban su tiempo libre con el segundo cocinero, tratando de preparar platos exquisitos para que se corriera la voz y llegara a oídos del Viejo, que así elegiría a uno de ellos. La cocina acabó que no se podía entrar en ella, con los mamparos cubiertos de churretes y los fogones abarrotados de cacharros sucios

y ollas humeantes llenas a rebosar de sospechosos guisos que nadie probaba porque sabían peor que el caldo negro de los lacedemonios. Así que pasamos unos días a bocadillos del queso patatero habitual hechos con pan recalentado, y, de postre, frutas en almíbar.

Las puertas de acceso a las cámaras frigoríficas y a los pañoles de la gambuza habían quedado abandonadas, y allí cada cual arramblaba con lo que quería, a capricho. Cuando Tobías tuvo conocimiento de aquella anarquía, montó en cólera y puso orden al instante, pero ya era demasiado tarde, el mal estaba hecho. Tras el asalto a la gambuza, cada camarote se había convertido en una pequeña despensa en previsión de futuros inciertos. Tobías largaba lo indecible contra el cocinero, a quien, en el fondo, le iba la marcha y necesitaba que, cada cierto tiempo, le dieran un buen repaso. Después de cada rapapolvo salía del despacho del capitán hecho una seda, pero a los pocos días volvía a hacer alguna de las suyas. Le temíamos porque no había forma de que escarmentase.

El rayo verde

Una de aquellas tardes luminosas en que podía verse nítidamente el horizonte y las pocas nubes algodonosas parecían pintadas en un cielo intensamente azul, lo que hacía pensar en un idílico paisaje polinesio, aun a falta de palmeras y hawaianas, se escuchó a un marinero, hechizado también él por el espectáculo del inminente crepúsculo, hablar del rayo verde.

Cuando a las siete subí al puente para preparar la observación de las estrellas, casi media tripulación se repartía entre los alerones, obsesionada con el asunto del rayo. Se discutía si sería verdad o pura fantasía, porque muchos eran los que hablaban de él y pocos los que lo habían presenciado. Y mientras uno decía que él sí que lo había visto, otro que nanay de la China, que eso eran patrañas. Lo importante en el fondo eran las apuestas que se habían hecho: las cajas de cerveza. El caso es que se iban sumando curiosos en los

alerones, y todos forzaban la vista escrutando el horizonte en dirección al sol, que ya se disponía a despedirse del barco. Aquello tomó aire de acontecimiento, y hasta el Viejo se presentó en el puente antes de lo previsto.

La mitad del disco anaranjado ya se había sumergido y apenas si molestaba a los ojos mirarlo, que era lo que estábamos haciendo todos con descaro, seducidos por el sutil cambio de tonalidad de los colores.

Tobías, haciendo uso de su privilegio, se había engalanado el cuello colgándose de él unos prismáticos, y mientras se hacía el interesante dejaba que los demás se pelearan por el otro par.

El sol se ocultaba rápidamente tras el horizonte y todo el mundo permanecía expectante.

—¡Atentos! —chilló el Viejo en tono autoritario.

Lo poco que quedaba de sol terminó de hundirse y desapareció por completo. De pronto, su último coletazo de luz se tiñó de verde. Fue como un fogonazo huidizo, visto y no visto.

Todos tuvieron la oportunidad de ver el lejano resplandor verde, aunque no todos lo hicieron, porque alguno no tuvo la santa paciencia de mirar fijamente el sol hasta su último estertor. Y las dudas persistieron, porque unos no se creían lo que decían los otros, y allí no había Biblias sobre las que jurar.

El práctico belga del río Congo

Llegamos a la desembocadura del río Congo en plena mañana. Nuestro destino era Matadi, 90 millas corriente arriba. No hubo que esperar a que llegase el práctico, pues éste nos aguardaba en la misma desembocadura. Era un hombrecillo belga, camino de los sesenta y con una peluca inexplicable para los usos y calores de aquellas latitudes, que comenzó a guiarnos río arriba en dirección a uno de los puertos más importantes del ex Congo belga, más aun

que Banana, en la boca del río Congo, y que Boma, a medio camino de Matadi.

El río se deslizaba flanqueado por unas riberas verdes y espesas que se desdoblaban al reflejarse en su cristalina superficie, tan calma que las ondas de nuestra estela, que se extendían hasta las orillas, hacían que nos sintiésemos intrusos en medio de tan majestuosa placidez. Nuestra arrogante proa hendía, imperturbable, aquellas aguas de color ambarino que semejaban una especie de jarabe. El río nos parecía ancho y caudaloso, aunque sabíamos que sólo era navegable hasta la ciudad de Matadi, porque unas millas más arriba después de este puerto fluvial, había unas cataratas.

El hombrecillo belga se empecinaba en hacernos de guía turístico, y de camino demostrar sus conocimientos sobre la tupida selva que se abría a nuestro paso.

—En esa zona hay gorilas —nos decía mientras con el brazo extendido señalaba en dirección a una zona de la espesura que, inesperadamente, cobraba vida a nuestros ojos y despertaba la imaginación. Nos quedamos mirando hacia donde señalaba, por si divisábamos alguno de nuestros antepasados haciendo cabriolas entre las ramas, mientras unos árboles daban paso a otros, que atraían igualmente nuestra atención.

Tobías asentía con expresión desolada, como dándole a entender: «¡Qué pena no poder parar y echar un vistazo a esas bestias!». Incluso a mí estuvo a punto de engañarme. Pero la verdad es que al Viejo todo aquello de los gorilas le traía sin cuidado. Él se encontraba tranquilo con el práctico a bordo y, si todo marchaba bien, las únicas gorilas que ocupaban su pensamiento eran las que decían «¡Amigo, amigo, chiqui-chiqui!», y eso vendría una vez que hubiésemos atracado en puerto. Yo le comprendía perfectamente.

Bajo los rayos del tórrido sol, el práctico se solazaba en el alerón con aire de suficiencia, recreándose con una botella de cerveza bien fría, vacilando a los del puente con ocasionales saludos dirigidos a los negritos de algún poblado de la orilla, entre inesperadas órdenes al timonel.

—*An peee triboggg!* —Oías de pronto, sobresaltado, pocos centímetros por encima de tu cuello.

—¡Estribor un poco, míster pilot! —contestaba rápidamente el timonel, que como todos los de su oficio en eso de los idiomas era un lince y encima quería demostrártelo.

—*Tuuu druáaa!* —gritaba el práctico con la misma chirriante voz.

—¡Todo derecho, míster pilot! —respondía el timonel desde el interior del puente, sin darnos tiempo a reflexionar sobre la correcta traducción de la orden, mientras los dedos se nos helaban al entrar en contacto con el frío cristal de la botella de cerveza recién destapada.

El mamón de Vicente se descojonaba de risa a espaldas del práctico, y nos contagiaba con sus ataques. Lo de la peluca del belga lo llevaba mal, porque a decir verdad aquello era un pegote artificial que seguro que le abrasaba la cabeza. Pero lo peor era la pronunciación de la erre, que la convertía en una «egge», mezclando el francés con el español. Cada vez que chillaba *babooooggg!* o *triboooggg!*, a Vicente le daba un incontrolable ataque de risa.

Como Tobías se había unido tarde al cachondeo que nos traíamos en el alerón y, encima, no tenía el don del disimulo, pues justo cuando el hombrecillo belga comenzaba a mosquearse y no hacía más que dirigirnos sorpresivas miradas escrutadoras tratando de desenmascararnos, pilló a Tobías riéndose abiertamente detrás de él. Pegó un puñetazo sobre la madera de la regala y dirigió al Viejo una mirada desafiante. Vicente, que era el único culpable de aquel contagioso pitorreo, trató de enmendar el entuerto y calmar los ánimos, por lo que se dispuso a darle conversación al Viejo mientras los demás nos alejábamos unos metros del práctico.

—Hace mucho que no sale a tomar una copa con sus oficiales, capitán —le dijo alegremente Vicente sin consultarlo ni por un instante con nosotros.

«Este mariconazo nos la ha jugado», pensaba yo, pues hacía unos días, en Takoradi, ya habíamos salido con el Viejo.

A Tobías se le subió el pavo hasta las cejas, mientras se restregaba las manos de puro gusto, y se olvidó del práctico, que ya se había serenado un poco y seguía dando órdenes al timonel desde el interior del puente.

La maniobra de atraque resultó ser un desastre, porque el Viejo comenzó a corregir de acuerdo con su criterio las órdenes del práctico, que estaba cada vez más indignado. El belga andaba con medio cuerpo fuera de la regala del alerón de tierra, controlando la caída de la popa hacia el muelle. Tobías permanecía dentro del puente, y de vez en cuando se asomaba para ver la popa, muy nervioso, pidiendo distancias al muelle por el *walkie-talkie* a los oficiales de maniobra, a medida que el barco se acercaba zigzagueando al muelle.

En una de ésas en que parecía que íbamos a comernos el cemento del muelle, porque el práctico quería acercar todo lo posible la proa a tierra para dar pronto las amarras, va este último y grita:

—*Tuuu a baboggg! Agieeer an peee!*

—¡Todo a babor! —contesta el timonel.

—¡Atrás poca! —responde a su vez el radio, que en las maniobras era el encargado de transmitir por telégrafo las órdenes a la máquina.

—No, no, atrás media, atrás media —le dice entonces el Viejo a Salvador en voz baja, para que no le oiga el práctico.

Cuando el hombrecillo belga cayó en la cuenta de la artimaña del capitán ya era demasiado tarde, y se cabreó con mucha razón. Todos los barcos que maniobran en río procuran hacerlo en la hora de la pleamar, que es cuando la mar alcanza su máxima altura, debido a lo cual hay más fondo y la corriente del río queda bastante frenada, facilitando así la maniobra. En nuestro caso, sin embargo, ya habían pasado unas horas de ello cuando llegamos al atracadero, y nos encontrábamos en la situación contraria: se acercaba la hora de la bajamar, el nivel del mar iba alcanzando su altura mínima y el agua del río fluía con la vaciante más libre, con más empuje. Y esto no lo estaba tomando en cuenta Tobías, que, encima, al dar más

máquina atrás que la ordenada por el práctico, el barco tomaba una arrancada hacia popa mayor y los marineros de proa no tenían más remedio que ir lascando del largo, es decir arriando poco a poco de la estacha, que era el único cabo que tenían firme a tierra. Cuando vieron que no quedaban muchos metros de estacha en cubierta para arriar, optaron, con mucho peligro, por meter la gaza, es decir la anilla del extremo de la estacha, en las bitas.

Si no se actuaba rápido la corriente nos echaría a perder la maniobra; pero el bote acababa de dar una estacha a popa, y el segundo oficial comenzó a chillar al puente para que pararan máquinas, porque la mayor parte de la estacha estaba en banda, flotando en el agua, sin virar todavía. Esto constituía un peligro para la hélice, ya que podía engancharse en ella, que al igual que el timón asomaba del agua debido a lo aligerado de carga que iba el barco. Para cuando corrigieron la maniobra dando máquina avante, era demasiado tarde y la estacha de la proa comenzó a estirarse cada vez más, cimbreándose y luego tensándose, hasta que se agotó su elasticidad y se rompió. Unos 50 metros de amarra se encabritaron por los aires, restallando como un látigo y cayendo a continuación sobre los muchachos que estaban en la maniobra a proa, sin más consecuencias para ellos, por fortuna, que un buen susto.

El bote con los amarradores, que por su lentitud el práctico se había negado a utilizar para dar la estacha de proa, fue requerido a toda prisa a fin de llevar rápidamente una segunda estacha a tierra. La guerra entre el práctico y el capitán estaba convirtiendo la maniobra en un auténtico caos.

Lo que en circunstancias normales duraba una media hora, nos llevó más de dos. Al final, el práctico se marchó sin despedirse y echando pestes contra Tobías, sin que a éste le importara un rábano, porque también estaba deseando perderlo de vista. Eran tal para cual, con sus cruces de insultos y demás lindezas.

Con ese humor recibió el Viejo a la marea de autoridades y gentes que esperaban en el muelle para asaltar el barco en cuanto

dispusiéramos el portalón. Se lo habían pasado en grande con el espectáculo gratuito que les habíamos ofrecido con tan chapucera maniobra. Aquella mañana Tobías fue menos generoso con las visitas.

El hotel de Matadi

A los pocos metros de dejar la gran explanada del muelle comenzaba la densa selva, por la que nos abrimos paso a través de un larguísimo y amplio túnel cuya atmósfera estaba impregnada de un verdor cristalino. Los rayos de sol que se filtraban parecían etéreas lanzas de luz clavadas sobre la tierra jaspeada, firme y húmeda. Llovía luz. Adentrarnos en aquella bóveda frondosa, cuyo altísimo techo oval formaban las entrelazadas ramas de los enormes árboles que flanqueaban el camino, fue una de las sensaciones más bucólicas que he tenido en toda mi vida.

Por encima de nuestras cabezas, un sinnúmero de pájaros multicolores revoloteaban entre el follaje, inmersos en un incansable juego infantil. Las cacatúas, inquietas, se movían como si les hubieran dado cuerda, desplazándose lateralmente en las ramas con bruscos balanceos, desafiando la altura. No bajaban ni un ápice la guardia, aunque en apariencia exhibieran una actitud de indiferencia hacia cuanto las rodeaba. El silencio era como el cielo estrellado, majestuoso y salpicado de los relumbrantes sonidos que emitían las aves. Mientras avanzaba, miraba hacia arriba, jugando a seguir los rastros de aquellos sonidos, tratando de localizarlos en las oscuras oquedades de aquella catedral selvática, pero terminaba desorientado, porque procedían de todas partes y rápidamente se superponían los unos a los otros, camuflados entre tanto verde.

La espesura, en cambio, permanecía silenciosa, y en nuestro largo paseo poníamos, de vez en cuando, atención, por si detectábamos algún ruido. Pero la selva permanecía callada, y las brechas semejantes a grutas que se abrían en ella invitaban de

continuo a que abandonásemos el camino y las explorásemos. Era tentador, pero también peligroso.

Pisábamos lentamente aquella arcillosa tierra que la humedad mantenía tan compacta que no levantábamos polvo al andar, mientras nos llenábamos los pulmones con aquel aire lleno de vida.

En aquella media hora de camino que nos separaba de la ciudad, todos habíamos convertido la marcha, mágicamente, en una idílica excursión. Casi no nos decíamos nada, extasiados ante lo que contemplábamos. Las tonalidades verdes que la luz difuminaba por doquier no hacían mella en los nativos, pero a Vicente aquel color le tornasolaba la cara y le hacía parecer un auténtico lechuguino. A lo lejos, algunas siluetas iban y venían con sus fardos a la cabeza y su oscilante caminar, y a medida que se acercaban no podíamos evitar observarlos con creciente interés. Por nuestro lado pasó un negro en una destartalada bicicleta, pero tan ufano como si condujese un Ferrari, con expresión de fingida indiferencia, mirando hacia delante no fuera a derrapar. No podías por menos que dedicarle un cariñoso saludo.

El paradisiaco paseo terminaba justo cuando acababan los árboles, que era donde a la selva le habían dado un tajo descomunal. La avenida se prolongaba en una amplia calle rodeada de chozas por la que deambulaban gentes a pie o en bicicleta. Acabamos sentados a la sombra en la terraza del único bar que, sospechábamos, debía de haber en cien millas a la redonda. Era también el único edificio grande del lugar, y en otro tiempo había servido de hotel. Ahora estaba casi abandonado, y lo único que parecía funcionar eran los bajos, donde había una cafetería.

Como sólo habíamos pedido cinco cafés, se suponía que quien debía pagar la ronda era el tercero, por ser el que menos ganaba. Los whiskis y las cervezas correrían después a cargo de los más pudientes. Yo pensaba que cinco cafés en el Congo, que era productor de café, debía de ser como pedir cinco vasos de agua en Groenlandia. Así de claro lo tenía.

—¿Cómo que diez dólares por un café? —le grité al negro de uniforme, que me había traído la nota a la media hora de habérsela pedido—. ¿Cincuenta dólares… cinco cafés…? ¡Imposible! —insistí, escandalizado, mientras el camarero parecía aburrido de esperar a que me salieran las cuentas.

—Es un atraco —fue lo único que acertó a decir el Viejo, para apoyar mi indignación.

Cuando le reclamé al camarero la lista de precios, me hizo señas, con desgana, de que le siguiera hasta una desatendida barra que había en el fondo del local, junto a unas escaleras que conducían a los pisos superiores. Para mi sorpresa me señaló una pequeña pizarra colgada de la pared, olvidada desde los días en que los belgas regentaban el local. En ella había una lista de varias bebidas alcohólicas y cócteles con sus respectivos precios, pero la palabra *coffee* no aparecía escrita ni por asomo, así que me negué a pagar y le exigí hablar con el responsable del hotel, no sin antes intentar zanjar el asunto dándole diez dólares, que rechazó muy ofendido.

Se dirigió escaleras arriba, sin prisas, meditando cada escalón con aire cansino. Yo le seguía a su ritmo, un piso, otro piso, por unos escalones que se hacían cada vez más inseguros, porque apenas se veían a causa de la falta de luz. Y el negrito seguía subiendo y subiendo. No había trazas de que aquello estuviera habitado, más bien todo lo contrario, pues su aspecto era de total abandono. Me puse en guardia, porque la situación resultaba cada vez más alarmante y temía que en el siguiente rellano el negrito se volviese y saltara sobre mí. Pero no, seguíamos subiendo hasta que perdí la cuenta de si íbamos por la cuarta, la quinta o la sexta planta. Cuando ya creía que faltaba poco para entrar en los cielos, se paró, dobló hacia el ala derecha de la planta y se detuvo frente a la segunda puerta.

Llamó suavemente con los nudillos y aplicó el oído a la puerta. Yo me había colocado detrás de él, nervioso, callado, escamado ante tanto misterio, esperando lo peor.

La puerta se entreabrió lo justo para que apareciera un negrazo con cara de muy malas pulgas. Era evidente que estábamos importunándolo sobremanera. Se pusieron a hablar en su jerga y al cabo de un momento el negro que había abierto la puerta se puso a chillarle al camarero sin contemplaciones. Lo cogió de una oreja, lo arrastró para dentro y dio un portazo. Yo no salía de mi asombro, iba de sorpresa en sorpresa y me sentía cada vez más preocupado. Lo poco que vi, cuando el negro entreabrió la puerta, fue más que suficiente. En aquella gran sala se cocía algo inquietante. Había varios hombres que vestían uniforme de campaña de color verdoso, unos trasteando entre unas cajas rebosantes de virutas de papel, otros sosteniendo entre las manos unas pesadas ametralladoras. Por un instante se quedaron quietos, atentos a lo que ocurría en la puerta, hasta que ésta se cerró.

Hacía poco más de un lustro que Mobutu había desplazado a Kasavubu del poder. Los marxistas simbas, seguidores de Lumumba, mantenían inestables las regiones del norte, fronterizas con Sudán y la República Centroafricana, donde se refugiaban desde que habían sido expulsados de Bondo por los mercenarios reclutados por los belgas y liderados por el mayor Bob Denard.

El sur era también un hervidero, aunque se hubiese sofocado la secesión de Katanga y hubieran quitado a Tsombé de la circulación. Al fin y al cabo casi todos los problemas del Congo radicaban en esa rica región fronteriza de Rodesia. Los mayores yacimientos de cobre al aire libre del mundo están en Katanga, y tan rico pastel se lo disputaban las compañías norteamericanas, que debían competir con un consorcio de capital francés, inglés y compañías excolonialistas belgas. Además, hacía poco que a ese caos se habían añadido las apetencias de la Unión Soviética, que no había participado en el reparto colonial llevado a cabo por las potencias occidentales, sobre todo Alemania, Francia, Inglaterra y Portugal, en la Conferencia de Berlín de 1884, y quería resarcirse abriéndose paso a dentelladas por todo el continente africano.

Así que cualquiera podía meter la mano en aquella ensaladera y revolver el contenido para su provecho, consiguiendo con ello, por ejemplo, que el ex Congo belga se convulsionara con una nueva guerra tribal. Para eso estaban los bakongo de la margen derecha del río Congo y, en el sureste, los luluas, enfrentados a los laboriosos balubas, que habían venido de las tierras del norte, de las regiones de Kasai y Kivu, como mano de obra para las minas y que pertenecían a una de las etnias más sensibles a la crisis económica que atravesaba el país. A ellos debían sumarse los banyamulenges, parias mal vistos por Kinshasa y establecidos desde tiempos inmemoriales en el este del Congo, emparentados con los tutsis ruandeses.

La ensalada se aderezaba con mercenarios blancos bien pagados y alistados en cualquier cancillería congoleña, o a través de redes dirigidas por el servicio de inteligencia norteamericano en el Caribe y algunos países suramericanos, según los intereses del momento.

Para ser mercenario en Norteamérica no había más que comprar la revista *Soldier of Fortune* u otra similar y leer sus cientos de anuncios para alistarse en cualquier guerra de cualquier parte del mundo. Con poco más bagaje que unos años en la Legión Extranjera o como *marine* en Vietnam, ya ibas de sargento para arriba.

Así pues, para disputarse las mejores tajadas, exprimir las riquezas del país y saquear sus recursos naturales de cobre, cobalto, uranio y demás, las multinacionales enfrentaban a unas tribus con otras en masacres orgiásticas, manipuladas, claro está, por expertos profesionales de la muerte, en aras de unos nacionalismos mal entendidos.

Los que se encontraban en aquella habitación estaban involucrados hasta la médula. Eran actores protagonistas de un fregado por demás cruento, pero yo no sabía en qué bando luchaban ni a qué facción pertenecían. Y encima aquel capullo del camarero estaba complicándome la vida por unos cafés de mierda, obligándome a figurar de comparsa, sin tiempo de aprenderme el

papel, envuelto en aquella tragedia demoníaca en la que se disparaban balas de verdad.

Yo me había quedado como un pasmarote en aquel pasillo, a solas con mis elucubraciones, bloqueado, sin saber qué actitud tomar. Y justo cuando acababa de decidir que lo mejor sería poner pies en polvorosa, la puerta se abrió de nuevo y volvió a aparecer el mismo negrazo, sin el camarero, pero con un pistolón en la mano derecha apuntando hacia el suelo. Me miró con resolución, sin cuartel. Era demasiado tarde. Me arrepentí de no haber escapado antes escaleras abajo.

—*Fifty dollars* —me dijo ásperamente mientras se apoyaba contra el marco de la puerta. A continuación cerró ésta a sus espaldas y nos quedamos solos en el lúgubre pasillo.

Por su mirada y el tono de su voz comprendí que, sin desearlo, había sido uno de los elegidos por el destino para contribuir con su aportación a la noble causa que él defendía. Sentí un escalofrío en todo el cuerpo. Cómo iba a negarme ante aquella solicitud. O pagaba o me metía un balazo entre ceja y ceja. Entendí muy bien y saqué los dólares, sin rechistar. Pagué y di media vuelta sin esperar una palabra de agradecimiento ni interesarme por la integridad del imbécil del camarero.

Comencé a bajar por las escaleras, indignado por haber perturbado la tranquilidad de aquellas buenas gentes, que negociaban sus compras de armamento. Bendije al Altísimo por cada escalón que me dejaba pisar sin oír un disparo a mis espaldas.

Cuando alcancé el rellano que daba al café-bar, las piernas empezaron a temblarme y comprendí que podía mojarme encima. El Viejo y los demás seguían allí, sentados en la terraza, frente a unas tazas de café ya vacías, riéndose tontamente con los chistes verdes que se estaban contando, ajenos por completo a lo que en aquel abandonado hotel se cocía.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Tobías, impaciente por volver a pedir otra consumición y buscando con la mirada al camarero, que no me había seguido.

—Nada, nada. ¡Vámonos! —contesté permaneciendo de pie, dando a entender así que no pensaba quedarme ni un minuto más allí y sin ganas de responder a una sola pregunta más.

Aquel incidente me había estropeado la tarde. Tenía el ánimo por los suelos. Finalmente les conté todo el incidente de pe a pa, pero no me entendieron bien; claro, no habían experimentado las mismas emociones que yo y el trasfondo de la cuestión no les interesaba. Sencillamente, no les había ocurrido a ellos. Me dejé llevar calle arriba por el grupo, que a su vez era guiado por unos chavales que nos prometían «María, María, chiqui-chiqui». Yo no tenía la menor intención de volver a echar mano de la cartera y Tobías tampoco parecía muy decidido a invitar a whiskis después de la clavada del café.

Los polizones

En las siguientes salidas fui extremadamente precavido. Ya no me fiaba de nada. El país se hallaba sumido en el caos, el ambiente era hostil debido a enconados rencores y muchas armas aguardaban a entrar en acción. Yo ya había derrochado suficiente adrenalina durante la primera excursión para volver a las andadas, así que las salidas eran meras excusas para pasear por aquel túnel abierto en la selva y sentir su frescor, su aroma húmedo y el canto de los exóticos pájaros allá en lo alto.

Quien más, quien menos, los miembros de la tripulación se habían aplicado el cuento, por lo que salían en grupo y no pasaban del primer mercado que encontraban. Todos habían tomado muy en serio las advertencias del agente belga, quien nos había prevenido que no saliéramos solos.

Por otra parte, no hacía falta perder el tiempo buscando negritas, porque al anochecer el barco se llenaba de ellas. Te las encontrabas en cualquier parte, en los corredores, en los aseos, hasta en las duchas. Las salas de estar y los comedores estaban repletos de

chicas sentadas cuchicheando muy divertidas o dándole marcha al cuerpo, bailando, mientras esperaban echarle el lazo a cualquier tripulante. El barco era una fiesta. Además, a todos nos salía más barato, porque arramblábamos con paquetes de detergente, latas de comida y sobre todo pastillas de jabón Lux, que obraban milagros en el alma de las necesitadas negritas.

Tobías hacía la vista gorda, porque veía que todos nos divertíamos y no había más escándalos que algún ocasional altercado. El motivo de éstos era, casi siempre, el que a los hombres les gustaba cambiar de compañera después de pasar varias horas con la misma, pero como las chicas eran muy celosas, les costaba trabajo convencerlas de que se fueran y dejaran su lugar a otra.

El Viejo se acordaba de una vez en que había atracado en el puerto de Toamasina, en Madagascar. El agente le había dicho que llevara cuidado si dejaba entrar mujeres a bordo, y él, tomándolo al pie de la letra sin reflexionar un instante, había ordenado tajantemente que no subieran mujeres al barco, mientras en el muelle había más de un centenar de ellas flirteando, entre bromas y risas, con los marineros de cubierta, que aún seguían con la maniobra de refuerzo de las amarras.

Aguardaban inquietas a que diera la autorización para subir a bordo, así que aquella orden les cayó como una jarra de agua fría. Los marineros estaban con los dientes largos, y no se resignaban. Uno de ellos cuchicheó algo a uno de los grupos de nativas más cercano y al cabo de un instante un coro de cien voces se puso a cantar:

—¡Capitáaan… maricóoon! ¡Capitáaan… maricóoon!

Fue tal el escándalo que Tobías tuvo que revocar su orden de inmediato y todo volvió a la normalidad.

Así pues, el Viejo no quería que en Matadi se repitiera tan dolorosa experiencia. No tenía más remedio que pasar por el aro y no inmiscuirse en cuestiones de fondo, por otra parte sagradas para los tripulantes.

Todos estaban la mar de contentos con las negritas en sus camarotes, ya que éstas les lavaban la ropa, limpiaban las cabinas y los esperaban despiertas para, cuando salían de guardia, seguir con sus amoríos. A pesar de que al día siguiente los caprichosos encontrarían otra que les entraba más por los ojos y cambiarían de compañera a pesar de los follones que a causa de ello se originaban. Nadie era ni mejor ni peor, porque al fin y al cabo todos nos comportábamos igual. El pinta del cocinero tenía a una encerrada a cal y canto en el camarote, que disponía de baño, y había metido a una segunda en la cocina. Para disimular, a esta última la hacía trabajar de pinche, pero todos sabíamos que cuando bajaba a la gambuza por víveres se la ventilaba a escondidas de la otra.

Aprendí los gustos tan peculiares de los de más edad a la hora de escoger. Las querían lo más jovencitas posible, de cara aniñada. Uno de los tripulantes, que ya había pasado de los sesenta, me llamó la atención porque no las elegía por el tipo o la belleza del rostro, sino preguntándoles la edad. No las quería de más de quince años, e incluso se llevó al huerto a una que le dijo que tenía doce. Se le caía la baba con ella. La mantuvo todo el tiempo bajo llave en el camarote, porque no quería que nadie le levantara la caza, aunque todo el mundo se preguntaba cómo lo haría, pues tenía una tripa monumental.

La ventura duró lo que el barco atracado a puerto. Era nuestro sino. A punto de iniciar la maniobra de salida, apareció un marinero arrastrando de las orejas a un negrito. Era éste un polizón al que habían descubierto escondido en uno de los pañoles de proa. Tobías armó la marimorena. Tenía varias experiencias al respecto y no guardaba de ellas recuerdos gratos precisamente. Por lo general, antes de salir a la mar se inspeccionaba todo el barco, y más cuando se trataba de puertos del África negra. Hasta la fecha habíamos tenido suerte, pero cuando apareció aquel polizón todos pensamos que habría otros escondidos. El Viejo mandó detener las maniobras y ordenó a los tripulantes que se organizaran y formasen patrullas para dar una buena batida en busca de más.

—¡De proa a popa y de babor a estribor! —le gritó desde el alerón al primer oficial, que junto con otros marineros mantenía inmovilizado al negrito recientemente capturado como si de un peligroso asesino se tratara.

Aparecieron dos más, escondidos bajo los cobertores de lona de los botes salvavidas. Estaban muy asustados. La policía se los llevó del barco, sin piedad, a bastonazos.

—Años atrás —nos contó el Viejo—, navegando en el *Santa Clara*, un carguero propiedad de un dictadorcillo centroamericano que lo tenía destinado a la navegación *tramp*, entre puertos africanos y americanos, nos sucedió que a los dos días de haber dejado Tema, al caer la tarde, descubrieron a un polizón que, sediento y hambriento, había salido de su escondite y merodeaba por la cocina. Lo atraparon rápidamente y me lo llevaron de regalo al camarote. No pude conciliar el sueño en varios días, del disgusto que me llevé.

»Le pusimos por nombre Mikel. Llegó con lo puesto, sin documentación de ningún tipo, y encima se negaba a hablar y no levantaba la vista del suelo. Además, cuando se le preguntaba algo, contestaba invariablemente con un movimiento de negación de la cabeza. Así que no era de Tema, ni de Kumasi, ni de Takoradi. Tampoco era de Ghana, ni de Alto Volta. No tenía quince años, ni dieciséis. Aquel negrito no soltaba prenda.

Tobías se dolía al contarlo, porque había tenido que soportarlo tres años seguidos en aquel barco. Se iba de vacaciones, volvía, y allí seguía Mikel todavía. A causa de su supuesta condición de apátrida, en todos los puertos tenía problemas con los de inmigración. Encima debía ponerle vigilancia especial, porque si se le escapaba en puerto las autoridades se le echarían encima y harían responsable al barco. Por más que intentaba desembarcarlo por las buenas, vía inmigración, policía u organizaciones humanitarias y trataba con consulados españoles, liberianos, gañeses, etc., no conseguía más que negativas. Por eso los capitanes se apartaban de los polizones como de los apestados.

—Y para colmo —prosiguió el Viejo—, estando en un puerto norteamericano de esos de tres al cuarto, el caso salió en la prensa local, y ese mismo día se presentaron en el barco unos señores con muy malas pulgas, de no sé qué sindicato, y me obligaron a hacerle un contrato, ya que, decían, nadie podía trabajar en el barco sólo por la comida. Habían pedido información a un marinero, que cantó enseguida. Afirmó que en la mar el negrito hacía trabajos de limpieza. Fue más que suficiente para ellos.

»"Capitán, debe tener, al menos, el mismo sueldo que el peor pagado de los tripulantes, y en las mismas condiciones laborales que los demás, sin discriminación alguna. ¿Lo ha comprendido?".

»El que me decía esto era un puertorriqueño grandullón y canoso que no apartaba la vista de mí, mientras hablaba en un tono que no admitía réplica. Y encima me amenazó con que si infringía los términos del contrato vetarían a la compañía y los barcos de ésta no podrían tocar puertos norteamericanos. Qué iba a hacer, sino fastidiarme y cargar con el mochuelo todo el tiempo.

Así lo hizo; el tal Mikel ganaba un dineral que no podía gastar, hasta que pasados tres años decidió repatriarse voluntariamente a Ghana, que resultó ser su país de origen. Decía que ya había ahorrado bastante para comprarse una casa y un taxi, que era con lo que él soñaba. Al final, Tobías consiguió librarse de aquel incómodo huésped.

Se decía que cuando los griegos encontraban polizones acostumbraban a aproximarse un poco a tierra y largarlos en un bote, con alimentos y un par de remos, a la buena de Dios.

Les salía más barato perder un bote que cargar con ellos. Otros viajeros clandestinos no tenían tanta suerte, porque sabíamos de más de un barco alemán en el que el capitán había solucionado el problema arrojando a los polizones por la borda, sin más miramientos. Al respecto había anécdotas de todo tipo. En eso nosotros éramos bastante diferentes: nunca conocí historias trágicas en la que estuvieran involucrados barcos tripulados por españoles. La técnica que se empleaba en éstos era la de ocultar a los polizones

y no denunciarlos a la policía, y en el primer puerto tratar de ayudarlos a escapar al amparo de la noche, y que se fueran a buscar las habichuelas a otro sitio.

El burdel de Makumba

Teníamos un día justo de viaje para cubrir las 280 millas que nos separaban de Luanda, la capital de Angola, el último puerto del periplo africano, antes de poner rumbo a Norteamérica. Era tiempo más que suficiente para repasar ropas y rebuscar en los bolsillos para despedirse de África.

Al llegar a Luanda nos tocó fondear. Nos daban atraque para el día siguiente, así que para bajar a tierra solicitamos los servicios de una lancha. Cuando finalmente conseguimos los servicios de una, fui a darles la buena nueva a Salvador y Vicente, y descubrí que los mariconazos ya estaban más que duchados y perfumados. Aún nos sobraban divisas del último puerto, y estábamos dispuestos a fundirlas, más los dólares que hiciera falta, y que cambiaríamos en cualquier hotel de la ciudad. Luego tendríamos más de dos semanas de mar para ahorrar.

Luanda constituyó toda una sorpresa. Era una preciosidad de ciudad, muy bien cuidada y de aspecto totalmente colonial. El paseo marítimo era una bellísima avenida flanqueada por lujosos palacetes y casas solariegas. Las aceras eran anchas y abundaban las pastelerías y los cafés acogedores, con sus respectivas terrazas repletas de blancos ociosos y bien vestidos. Una multitud de negritos con sus cajas de limpiabotas bajo el brazo y el taburete en la otra mano se disputaban la oportunidad de abrillantar tus zapatos.

Saltamos a tierra como lobos hambrientos y nos dirigimos a un taxi de inmediato con la única consigna de que nos llevara a lugares de ambiente donde practicar la caza de las gacelas de la noche. Nuestro grupo volvería en la última lancha, cuya salida estaba prevista para las seis de la mañana.

Nos habían advertido una vez más que saliéramos en grupo. Normalmente la ciudad era segura, pero las guerrillas del MPLA tenían como objetivos preferenciales a los colonialistas portugueses, y no se podía asegurar que no actuasen por sorpresa, en cualquier momento y lugar, contra nosotros. Al fin y al cabo, españoles y portugueses nos parecíamos como gotas de agua.

Nosotros confiamos en el trío que formábamos. No éramos muchos, pero sí suficientes. El taxista nos llevó a un barrio de «trabajadoras sociales nocturnas» llamado Makumba, un arrabal de casas de madera y calles malolientes sin asfaltar ni iluminar frecuentado por negros, mulatos y blancos por igual. Cada portal cobijaba pequeños corros en pleno mercadeo, bajo la discreta mirada de curiosos y numerosas parejas de *guardiñas* portugueses que hacían su ronda. Las tarifas eran casi uniformes. De 50 a 60 escudos el polvo con una negrita y 100 si se trataba de una blanca. Todo era muy comercial. En Angola se había trazado la frontera con el resto del continente, allí se perdía la candidez del alma negra.

A latigazo limpio

Estando ya atracados en el puerto de Luanda, Felipe me mandó bajar a la bodega 1 para que, cuando terminaran la carga general, controlara la limpieza del plan de aquélla antes de empezar a meter las lingadas de café. A regañadientes me deslicé escaleras abajo hacia las profundidades de la bodega y me interné entre los restos de cajas. La mayor parte de las que quedaban por sacar estaba en los extremos del plan, una zona escasamente iluminada. Una veintena de negros formaban la colla, aunque sólo se vieran tres o cuatro trabajando en el centro de la bodega, porque los demás andaban desperdigados, diluidos en la penumbra.

Los estibadores estaban realizando unas maniobras arriesgadas para arrastrar las cajas desde los laterales de la bodega al centro de la misma. Metían las eslingas de cabo por donde podían, alrededor

de cada caja, y arrastraban esta hasta la vertical de la bodega. Para esa tarea empleaban cabos muy largos que apenas si permitían controlar los muchos tirones que daba el gancho del puntal de carga, porque el que se encontraba a los mandos, arriba en cubierta, no se enteraba. Así que muchas de las trincas de las cajas se zafaban y aquellos 30 metros de cabo resistente barrían alocadamente la bodega con un silbido amenazador, lo que constituía un verdadero peligro para los que allí trabajaban.

Nada más quedar al aire la última hilera de cajas, empezaron a vislumbrarse los envoltorios amarillos con el emblema de Kodak. Confieso que, aunque hubiese puesto más atención, me la habrían dado con queso. Eran unos maestros abriendo cajas. Me di cuenta del detalle cuando observé que los pantalones de los estibadores abultaban a reventar y de los bolsillos les asomaban cajas con el inconfundible color de la marca de carretes fotográficos que dañaban la vista hasta en aquella penumbra. Un instante después se armó un revuelo que me cogió desprevenido y me desconcertó. Los negros de la bodega, descalzos y con el torso desnudo, empezaron a correr de un lado para otro buscando refugio tras las pocas cajas que iban quedando, mientras se oía el eco espeluznante de los restallidos de un látigo.

El capataz había arrinconado a un negrito que, tirado en el suelo, se retorcía dando alaridos de dolor, mientras él, enfurecido, no cejaba de darle latigazos. Cuando se cansó, se volvió y se lanzó en dirección a las cajas, fustigando el aire a diestra y siniestra ante los atemorizados estibadores, que por mucho que corrieran no lograban librarse de recibir algún que otro golpe. Aquella escena era demencial, se me fue la olla y por un instante sentí que había retrocedido en el tiempo hasta el siglo XVIII, era el tercer oficial de un barco negrero, y estaban descargando a los cautivos para venderlos en el mercado de esclavos. Porque a mí los látigos no me gustaban nada, ni siquiera los de los domadores de circo.

La oscuridad de aquella bodega hacía que los negritos fuesen casi invisibles, y sólo veía pares de ojos enrojecidos, girando en sus

órbitas con expresión de miedo, atentos a los silbidos que desgarraban el aire. Parecían tenues luminarias sobre un fondo de azabache. Aquella escena, de tan brutal, impresionaba. Te arrancaba de las entrañas sentimientos de piedad hacia los negros y cólera a raudales contra los colonialistas amos blancos.

Al cabo bajó un compañero del capataz, blanco también, y se pusieron a discutir muy acaloradamente. Debía de ser muchísimo más listo que el demente del látigo, porque imagino que suponía, con muy buen criterio, que palo que se propinara sería devuelto con doble saña, por simple venganza. Y para ello no habría de pasar mucho tiempo. Estaba acabando la dominación colonial portuguesa y faltaba muy poco para la independencia. El primer eslabón, que encadenaría y aislaría a los gobiernos blancos de Ian Smith en Rodesia y de Bhota en Suráfrica, iba a ponerse muy pronto. Los portugueses ya sabían que tenían los días contados, así que no era de extrañar encontrarse con actitudes de rechazo tan violentas.

Acabaron requisando todas las cajas que habían cogido los negros. El capataz, con los bolsillos a rebosar de cartones amarillos, registraba violentamente, sin el menor atisbo de cordura y con total desfachatez, a todos los estibadores, que permanecían expectantes y temerosos cuando les tocaba el turno de vaciarse los bolsillos y llevarse una soberana bofetada. La bestialidad no fue a más y la excitación del momento acabó aplacándose.

Salí a cubierta en busca de aire fresco para mis pulmones y claridad para las ideas. Mi mente estaba retornando al final del siglo XX, y no sabía de qué forma colocar aquellas atrocidades en mis dependencias cerebrales.

DE VUELTA A NORTEAMÉRICA

La hora de los antibióticos

Nada más dejar Luanda, el último puerto africano de nuestro itinerario, la mayor distracción del viaje de regreso a Estados Unidos fue abrir la enfermería todos los días a las cinco en punto de la tarde. La hora del té en Inglaterra se convertía allí en la hora de pinchar culos. Había que poner inyecciones de antibióticos a media tripulación para combatir las purgaretas que habían ido pillando a lo largo del recorrido. Estando en puerto normalmente se iba al médico, pero en muchos puertos africanos y en la mar, dependíamos de nosotros mismos.

Felipe, que empezó a tomarme algo de manía porque no podía aceptar que fuera asesor de Tobías y éste me hiciera más caso que a él, así como que en puerto holgazaneara ante sus narices, consideró vengativamente que era un trabajo del que podía ocuparme yo, aunque fuera tarea del segundo oficial hacer de médico en el barco. En resumidas cuentas, que me cargó con el muerto. Le avisé que no había puesto una inyección en mi vida, pero le dio igual.

En la Escuela de Náutica la asignatura de Higiene Naval se escribía con minúscula, era otra de las «marías». También es cierto que no nos exigían prestar el juramento hipocrático al terminar la carrera. El profesor se limitaba a dar las clases teóricas, en las que se nos hinchaban los dedos de tomar apuntes, pero lo que era hacer prácticas, nada de nada. Así iba el país.

Al bajar a la enfermería el primer día me encontré un corrillo de cinco tripulantes que esperaban al médico. Hice pasar al primer paciente, un engrasador, y cerré la puerta a los demás que esperaban en el pasillo. Sin necesidad de decirle nada, él mismo se

bajó en un santiamén los pantalones, enseñando sin ningún pudor sus colgajos, diciendo entre risas:

—No sé en cuántos coños la he metido. —Y con el mismo cachondeo, añadió—: Tengo purgaretas. —Mientras me daba la espalda y me enseñaba su culo para que lo pinchara. Para mí fue una salvación que adoptase esa postura, porque evitó que viera que me temblaban las manos y me sudaba la frente al coger una jeringuilla por primera vez en mi vida.

Con la jeringuilla en la mano izquierda y la aguja en la derecha, ya dispuesto a entrar en acción, me quedé dudando por un instante, preguntándome cuál sería el mejor sitio para clavársela, al tiempo que trataba de recordar los dibujos de los apuntes de clase. Como ni me acordaba ni lo veía nada claro, decidí lanzársela con fuerza, a menos de medio metro de distancia de su culo, como quien arroja un dardo a la diana. Por supuesto que la aguja llegó a destino, pero no se clavó, y encima la muy traidora cayó al suelo con un tintineo. La recogí con mano temblorosa, rojo como un tomate.

—¿Qué pasa, tercero? —preguntó el engrasador, sin volverse.

—Nada, nada, te voy a poner la inyección —respondí atragantándome con una carraspera. Tenía la garganta seca y ni una gota de saliva para suavizar el acartonado cielo de mi paladar.

El rato que había pasado esterilizando el instrumental en agua hirviendo no había servido para nada, y eso que lo había «cocinado» con primor, como si de un manjar se tratase. Recogí la aguja del suelo y decidí insertarla directamente en la jeringuilla. Se la clavé en medio del glúteo derecho, esta vez sin vacilaciones, en plan navajazo. Ni se inmutó.

Al día siguiente yo ya estaba más sereno, con la lección de Vicente bien aprendida. Me había explicado dónde tenía que clavar la aguja y que a continuación debía tirar del émbolo, por si venía sangre, para cambiar de lugar de pinchazo. Lo memoricé todo. No obstante, siempre que tenía que pinchar lo pasaba mal; lo hacía con resquemor, porque Vicente me había comentado que con un mal pinchazo podía cargarme a alguien. No obstante ello, al llegar a

Nueva York me había convertido en un consumado pinchaculos. Y así, un día tras otro, me perfeccioné en la técnica, aunque gastara más algodón en quitarme el sudor de la frente que el que empleaba, empapado en alcohol, para desinfectar. Llegué a ser un buen galeno. El mérito fue más por estudiarme concienzudamente y a toda prisa los prospectos de las cajas de medicamento del botiquín del barco que por conocimientos previos. Todos hacían de conejillos de indias y se medicaban con las pastillas que les entregaba en pequeños sobres, medida esta de lógico racionamiento. Lo que más suministraba eran antibióticos contra las infecciones venéreas, que era lo normal al salir de un puerto.

Lestón y el Triángulo de las Bermudas

Estábamos de nuevo en el mar de los Sargazos, por su lado oeste, dejando las Antillas por babor. Hasta ese momento, y desde dos días después de nuestra salida de Luanda, habíamos tenido un correntón de popa que nos había estado empujando todo el tiempo, por lo que hacíamos una buena media de velocidad. Era una noche más, cálida, estrellada y apacible como las que nos tenía acostumbrado el trópico.

Faltaba menos de una hora para la medianoche y la finalización de la guardia.

Apoyado contra el ventanal del puente, mirando absorto tras el cristal la oscura noche cerrándose en la misma proa, sin luces de barco alguno a la vista, bajo un radiante techo de estrellas, andaba con mi guardia, junto al marinero que, aburrido, seguía abrazado distendidamente al timón y echando de vez en cuando una ojeada al periscopio para comprobar el rumbo de la aguja magistral del puente alto. Como para leer el rumbo tenía que hacer el pequeño esfuerzo de auparse y, además, no quería deslumbrarse, pues sus pupilas ya se habían adaptado a la oscuridad, daba la sensación que desatendía el trabajo y gobernaba el barco fiándose de su memoria.

Al ponerse el sol era más difícil controlar el rumbo, sencillamente porque, salvo cuando había luna llena o las noches muy estrelladas, apenas se veía la estela que dejaba la hélice del barco a la luz de unas pocas bombillas a popa, cortas de vatios.

De vez en cuando salía al alerón y me iba detrás de la chimenea para observar la estela del barco, y nada, ésta siempre era recta, no se percibía guiñada alguna. Y cuando a continuación comprobaba el rumbo, siempre me llevaba el consiguiente chasco. Lo llevaba clavado, casi exacto, un grado o dos máximo a una u otra banda, lo cual era totalmente normal. Cierto que la mar calma ayudaba, pero es que el viejo Lestón, el timonel, apenas miraba por el periscopio y siempre llevaba la aguja del timón a la vía. Sólo hacía girar esta muy de vez en cuando, y muy lentamente, acción que, creo, iba dedicada a mí. Me tenía escamado con tanto pasotismo resabiado, o quizá tuviera su propia estrella por la proa.

El viejo Lestón llevaba más años que Matusalén en la mar y tenía un dominio del oficio digno de elogiar. No había más que mirarle aquella cara acartonada, surcada de arrugas, con unos ojos escondidos bajo unas pobladas cejas, resecos de tanto aire salino, y reflejando un alma sabia y nostálgica tras navegar por tantas aguas. Estaba arropado por Tobías, que siempre lo reclamaba a la compañía para su barco. Tenía la virtud de hablar poco, aunque se aburriera como una ostra, y cuando lo hacía sólo decía lo imprescindible, con frases hechas. A mí me había cogido cariño, y en cuanto tenía ocasión, me machacaba. Cada noche aprendía algo de él, y es que siempre me sorprendía con la respuesta apropiada para cada caso. A veces se salía por peteneras y me deslumbraba con el refranero. A la puesta del sol el color del cielo le bastaba para predecir, con bastante exactitud, el tiempo que haría a la mañana siguiente. Yo no tenía argumentos tan contundentes como los suyos.

Esa noche, navegando plácidamente a la altura de las islas de Sotavento, en las Antillas, me cogió por banda en un descuido que tuve al quedarme más tiempo de la cuenta en el puente y cargó sin piedad su artillería contra mí.

—Estamos entrando en el Triángulo de las Bermudas, ¿no, tercero? —preguntó en un tono tan áspero que sonó a afirmación.

—Puede ser —respondí sin saber qué contestar—. Voy a comprobarlo en la carta —añadí con la intención de escabullirme, porque temía que me pillase en algún renuncio.

Pero por más que miraba la carta general desplegada sobre la mesa de la derrota, que abarcaba el Caribe y la costa oriental de Estados Unidos, no sabía cómo ubicar aquel triángulo imaginario. Desconocía el tema, apenas si había leído algún libro del que no recordaba ni el título o algún artículo anodino del *Reader's Digest*.

Tenía claro que un vértice del triángulo partía, sin duda, de las Bermudas, o de lo contrario no llevaría su nombre. El segundo vértice me sonaba que debía de estar cerca de Cuba, así que deduje que sería el extremo occidental de ésta, porque así no se me escapaba el estrecho de Florida, quedara dentro o fuera del triángulo oficialmente fijado, pues me recordaba los muchos incidentes extraños de aviones y barcos desaparecidos o abandonados sin tripulantes, los cuales, por no encontrárseles explicación, habían dado pábulo a todo tipo de historias sobre fenómenos paranormales y seres del más allá. El problema lo tuve con el tercer vértice. No sabía si situarlo sobre Cape Hatteras o llevármelo al rabo del rosario de islas que conforman las Antillas; en cualquier caso, ambos triángulos encerraban zonas con suficiente morbo. Opté por el segundo y lo situé sobre la isla de Barbados, cuyo nombre, además de evocar historias de piratas, me caía más simpático. Una vez ubicada la posición del barco, resultó que estábamos navegando dentro de mi triángulo.

—Sí, estamos en el Triángulo de las Bermudas —dije—, pero la verdad es que no creo en esas cosas —agregué tímidamente, sin caer en la cuenta de que le había lanzado un guante para conversar. Me reproché mi estupidez.

Sabía que el Caribe era la zona donde se habían producido el mayor número de fenómenos extraños, pero también sabía que era

uno de los pocos lugares del planeta donde confluían las condiciones naturales más extremas.

Allí los ciclones tropicales que procedían de las Antillas alcanzaban la edad adulta, su trayectoria empezaba a trazar una curva (del noroeste al norte y después al noreste), y se volvían más peligrosos, pues obtenían el calor húmedo que necesitaban para alimentarse. El mar Caribe y el golfo de México eran dos gigantescas ollas naturales que hervían de continuo, rellenando los espacios de cálido vapor de agua. A finales de cada verano más de media docena de huracanes barren el Caribe, el golfo de México y la costa suroriental de Estados Unidos, cruzando inexorablemente el famoso triángulo.

Muchas desgracias se sucedían durante los meses estivales en esas zonas, pues en ellas tanto el tráfico marítimo como el aéreo era intenso. Para los que iban por el aire no debían de ser nada buenas esas bajas presiones ni esas ascensiones vertiginosas hacia las alturas con sus gigantescos yunques de nubes blancas. En cuanto a los que iban por el agua, tanto lo hiciesen en embarcaciones de vela como de motor, debían tener cuidado con los vientos huracanados y los fuertes temporales, por no mencionar los mares de leva tras el paso de las depresiones tropicales, verdaderamente de infarto para los navegantes.

Las corrientes marinas tienen allí a su representante más emblemática, nada menos que la corriente del Golfo, la hermana gemela de la corriente de Kurosiwo, en el océano Pacífico, y que partiendo del estrecho de Florida, que es donde toma la gran arrancada, consigue alcanzar, tras cruzar el océano Atlántico, las costas nórdicas europeas con la suficiente energía para mantener despejados para la navegación los fiordos noruegos. Es la reina de las corrientes, ¡vamos!, que se te para el motor y en veinticuatro horas apareces a más de un centenar de kilómetros de donde se produjo la avería, y dando gracias a Dios de que la corriente no te llevara hasta un bajo infestado de tiburones, por no mencionar los arrecifes, bancos, cayos, y otros peligros.

Tampoco se me escapaba que la confluencia de las placas tectónicas de América del Sur y del Norte se dan cita allí, convirtiendo la zona en un lugar de intensa actividad sísmica. Así que los maremotos producidos por los terremotos submarinos, los corrimientos de tierras y las erupciones volcánicas del fondo oceánico son un añadido más a tener en cuenta en aquella maraña de fenómenos extraños coincidentes en el famoso triángulo. Las devastadoras olas sísmicas son el terror de los navegantes, como, por ejemplo, las *tsunamis*, palabra con que los japoneses llaman a esos imprevisibles y anormales muros de agua que asuelan sus costas. No era nada raro, por lo tanto, que también se dieran allí, aunque fuese de higos a brevas.

Asimismo, el que apareciera un barco abandonado a la deriva, por extraño que fuere, podía tener su lógica. No era el primer buque que se abandonaba en la mar ante la previsión de una catástrofe que luego, a lo mejor, no sucedía. Era una huida hacia delante, sin posibilidad de marcha atrás.

Tobías, que nunca defraudaba con sus historias, nos había contado que en el canal de Bristol había visto desde el bote salvavidas que su barco, que había quedado sin máquina, era arrastrado por la corriente del canal, luego de que todos los de la tripulación lo abandonasen convencidos de que naufragarían al chocar contra las rompientes. A última hora, cuando todo el mundo esperaba que aquella mole se deshiciera entre las rocas, resultó que la contracorriente, más cercana a la costa, lo había devuelto al canal. Perdieron la embarcación, y allí se quedaron, en medio del canal, en dos botes salvavidas, estupefactos y sin saber qué hacer ni qué decir, mientras aquélla se alejaba, fantasmagórica, a la deriva. No habían reaccionado a tiempo y por más que remaron no consiguieron darle alcance. Finalmente, agotados, optaron por dirigirse a la costa. Más tarde supieron que el barco había sido presa de un remolcador inglés. Al concluir su relato, el Viejo dejó bien claro que en aquel viaje él iba como segundo oficial.

Pero por encima de toda lógica, éramos cautivos del encantamiento que producía saberse dentro del Triángulo de las Bermudas. A medianoche, al terminar la guardia, me fui pitando al camarote, desazonado, por culpa de Lestón. Había tenido ración extra a cuenta del dichoso triangulito misterioso. Me dejó que le largara el rollo completo, con toda clase de explicaciones, y tras un silencio, me dijo:

—Pues no seré yo quien mienta si le aseguro que he cruzado mil veces estas aguas y nunca ha pasado nada.

Ya estaba pensando en rogarle a Felipe que corriera el turno de serviolas de noche. No quería saber de meigas, ultratumbas, zombis, extraterrestres, fantasmas, apariciones de la santa compaña y demás miedos ancestrales durante mucho tiempo.

Las Fumarolas de Terranova

A la mañana siguiente el tiempo refrescó de sopetón. Faltaban dos días para que llegásemos a destino y habíamos remontado la altura del paralelo de Nueva York. Arriba, el cielo, despejado y muy azul, caía hacia un horizonte amplio y diáfano. El aire era tan puro y fresco que se hacía inevitable regalarse los pulmones con bocanadas pausadas, hasta saciarlos.

Al poco, comenzamos a vislumbrar a lo lejos una gran barrera de niebla que nos seccionaba un buen sector del horizonte. A medida que nos acercábamos, se tornaba más nítida, blanca y compacta. Parecía que íbamos a paso de tortuga derechos hacia el gran obstáculo, el cual semejaba un enorme muro recién encalado que flotara en medio del mar. El fenómeno despertó el interés de toda la tripulación, y pronto la cubierta y los alerones se poblaron nuevamente de recelosos curiosos.

Tobías volvió a dar muestras de su vasta experiencia cuando afirmó, tras un largo palique, que se trataba de las Fumarolas de Terranova.

La verdad es que cuando nos encontrábamos a muy poca distancia y veíamos que el encontronazo con ella era inminente, nos asaltó la angustiosa duda de si aquel muro algodonoso no sería de hielo, pues en ese caso al colisionar contra él nos iríamos a pique. Semejante posibilidad acojonaba hasta al más valiente. Pero no, la proa se introdujo lentamente en la pared y con ello el barco comenzó a desaparecer; era como si estuviéramos pasando a otro mundo, adentrándonos en otra dimensión.

La pared acabó por tragarse el barco y nos vimos envueltos en un bosque de nubecillas que revoloteaban lentamente por doquier sobre un fondo blanquecino que lo envolvía todo desde la superficie del agua hasta bastante más arriba de nuestras cabezas. Los jirones de vapor que se elevaban lentamente del agua parecían tener vida propia; se retorcían bajo la acción de suaves y alocadas corrientes de aire que alfombraban la superficie del mar, formando caprichosas figuras que se transformaban continuamente. Aquella visión fantasmagórica y a la vez turbadora nos dejó mudos de la emoción. Permanecíamos en cubierta, inquietos y expectantes, sintiéndonos flotar en un mundo desconocido hasta entonces.

El Viejo, que seguía ensimismado, con los brazos apoyados sobre el ventanal y la mirada perdida hacia la proa, se había puesto un raído jersey amarillo de cuello en pico, directamente sobre su sempiterna camiseta, cuyo color ya recordaba el de la canela, para combatir el frío que empezaba a hacerse notar. Yo le miraba de reojo. Tenía la certeza de que era su influencia la que hacía que topásemos con semejantes rarezas.

Aquello tan asombroso que estábamos atravesando era el frente entre dos corrientes marinas. Por un lado, la corriente fría del Labrador, que baja de las heladas aguas boreales pegada a la costa norteamericana hasta el límite de Cape Hatteras, y por el otro lado la corriente cálida del Golfo que sube procedente del Caribe y penetra a buena marcha en el Atlántico Norte después de despegarse de la costa. La cálida no sólo le corta el paso a la fría, sino que la encierra contra tierra y la obliga a replegarse. El contraste que producen

ambas térmicas al friccionarse, bajo ciertas condiciones atmosféricas, es lo que produce tan peculiar fenómeno.

Felipe parecía tener la cabeza fundida con la dura goma del protector de luces del radar. No quitaba ojo del barrido de la pantalla, intentando detectar, entre el hormigueo de puntillos amarillos que la llenaba, un eco más intenso que indicase la presencia de otro barco en aquellos escenarios espectrales.

Aquel encantamiento duró una media hora hasta que, súbitamente, cruzamos la nebulosa frontera y volvimos a salir a mar abierta. Una mar agitada, espumosa, fría, y de un color azul más intenso que el que habíamos dejado atrás. Daban ganas de invertir el rumbo del barco.

En un cortísimo espacio de tiempo habíamos pasado de la cerveza fría y la desgana en el comer a causa del calor, a sobar con ambas manos las ardientes tazas de café y a devorar los humeantes potajes para combatir el frío. Tuvimos que sacar rápidamente las ropas de abrigo y guardar los pantalones cortos en el armario.

Y volvieron los gritos a la máquina, porque no llegaba el agua caliente para los radiadores de la calefacción.

Montreal

Estábamos en el río San Lorenzo y ya hacía unas horas que habíamos dejado atrás la isla de Anticosti y los grandes espacios abiertos del golfo de San Lorenzo e íbamos en demanda de práctico para proceder al puerto de Quebec. Ya era bien avanzada la tarde, y a medida que progresábamos las riberas del río se acercaban cada vez más. El sol estaba a punto de ocultarse por nuestra proa, tiñendo aquellas mansas aguas de un tono dorado. Habíamos dejado a nuestra derecha la pequeña población de Forestville, y la lancha de prácticos no tardaría en aparecer cuando arribáramos a Les Escoumains.

Nada más atracar en Montreal, Salvador desapareció de la escena. Sorprendido, se encontró con que Catherin, la chica que se había ligado en el viaje anterior, había acudido a buscarlo. Se había quedado con la copla pese a los escasos datos de que disponía: el nombre del barco, la bandera «pirata» que ondeaba en la popa y poco más. Había investigado hasta dar con la sede de la compañía de Stevenson en Nueva York y estaba al corriente de cada paso que dábamos. Por lo que se veía no estaba dispuesta a esperar a que Salvador se pusiera en contacto con ella. Pasaron un par de días de hotel en hotel y de restaurante en restaurante, hasta que Salvador recapacitó y decidió traérsela al barco. Apenas si salían del camarote y comían a deshoras para no coincidir con la tripulación. Tobías lo sabía y se mostraba tolerante.

En Montreal dejamos el café y el cacao que llenaba nuestras bodegas. Al terminar la descarga nos metieron dos días en varadero porque había que hacer unas reparaciones en el casco y, de paso, adecentarlo y darle unas manos de pintura.

Los cuatro relevos que nos había mandado la agencia de Bilbao desertaron. Dos de ellos es que ni aparecieron por el barco. En el aeropuerto, en la misma salida de viajeros, pasaron junto al agente, que los esperaba blandiendo un cartelón en el que figuraba el nombre del barco, pero se perdieron, sin identificarse, entre la muchedumbre de viajeros. Su meta no era el *Arizona*, sino Canadá. Lo supimos por los dos que sí tuvieron el decoro de presentarse, aunque al día siguiente desertaran también. El Viejo echaba chispas, pues ya no disponía de tiempo para solicitar nuevos relevos.

Nuevo enfado de Tobías

A las ocho de la mañana había comenzado la maniobra para reflotar el barco en el dique seco, y a las doce ya estábamos descendiendo por el río con el práctico a bordo. En el puente se daban las últimas instrucciones y nos preparábamos para bajar al

comedor, cuando de repente apareció Salvador, todo acalorado, anunciando que su chica estaba a bordo. No se habían enterado de la maniobra, pues se habían quedado dormidos, y Catherin, que así se llamaba la muchacha, tenía que desembarcar.

Tobías no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Cómo? Pero si la lancha de prácticos de dique ya se ha ido. ¿Qué podemos hacer ahora? —El Viejo trataba de controlarse y no perder la calma, pero fulminaba a Salvador con la mirada.

Afortunadamente para Tobías, el práctico de río, a quien había recurrido con expresión de súplica, todo aflicción y humildad, resolvió el problema. La chica desembarcaría con él en Quebec, donde cambiarían de práctico, y se la llevaría en coche de regreso a Montreal. Para el Viejo aquello se pagaba con dos botellas de *whisky*, otras tantas de ron y un par de cartones de cigarrillos que había subido de su camarote.

—¿Más, míster pilot, más? *Yu uan mooor?* —le decía el Viejo de corazón, dispuesto a darle lo que le pidiera.

Después de aquello, Salvador, a quien el capitán tenía entre ojos, cayó definitivamente en desgracia. La primera medida que adoptó Tobías contra él fue obligarlo a estar en el puente durante todas las maniobras, por si se precisaba su ayuda, se le avisara o no, «aunque dudo que sirva usted para algo», apuntaba el Viejo, recriminándolo con sorna y mirándolo de soslayo. La segunda consistió en descontarle de la paga los gastos originados con el práctico, y la tercera dejar de dirigirle la palabra, salvo para atosigarlo con trabajos y chapuzas. La vida se le hizo tan insoportable, que Salvador comenzó a pensar en dejar el barco antes de terminar el contrato.

—¡Pues váyase, pero sepa que se paga usted su viaje, y además el de su relevo! —le amenazó el Viejo cuando se lo propuso.

La flotilla de Coney Island

Nos aproximábamos de nuevo a Nueva York, era un domingo espléndido y del área de Coney Island salía a nuestro encuentro una descomunal flota de embarcaciones de recreo con todo su trapo al viento en dirección a la zona de Long Beach. Más que a participar en una regata parecía que se dispusieran a tomar parte en una batalla naval. Tobías, que no se apartaba los prismáticos de los ojos, oteaba y oteaba sin decir palabra, pero los chasquidos de lengua y las muecas de desagrado que hacía con la boca, lo delataban. Estaba preocupado por lo que se le venía encima. Era a todas luces imposible gobernar a toda la flotilla como si de un único barco se tratara, porque se extendía por todo el horizonte. No había más remedio que navegar entre aquel mar de veleros (en realidad serían ellos quienes nos sortearan, porque nosotros no teníamos mucha cancha para hacerlo con seguridad) y rezar para que no nos lleváramos por delante a algún despistado.

Yo sabía lo que Tobías mascullaba por dentro en esos momentos. Me había contado que en una ocasión, estando de capitán en otro barco, se disponían a atracar en Portland, procedentes de Vancouver, cuando en plena maniobra tuvieron que dar máquina atrás para que la proa del barco no colisionara contra el muelle. A continuación quisieron dar máquina avante de nuevo a fin de detener la acción de retroceso, pero los de la sala de máquinas tardaron en cumplimentar la orden y el barco se echó encima de unos yates que estaban atracados por su popa. Los daños habían sido cuantiosos, y tuvo suerte el Viejo de no cepillarse a nadie de camino. Retuvieron el barco en puerto en tanto la compañía aseguradora se hizo cargo de los daños. No podía olvidarlo, y la sola idea de verse envuelto en otro berenjenal con yates de por medio le ponía enfermo. Esa espina no quería que se le atragantara de nuevo.

Ya rodeados de aquella maraña de embarcaciones de recreo, las distancias parecieron encogerse aún más, y Tobías, que se había adueñado del centro del puente y de los prismáticos, comenzó a

desgañitarse dándole escalofriantes órdenes al timonel, mientras se ayudaba agitando los brazos con grave peligro para los que estaban cerca, de cuyos servicios prescindía por completo.

—¡Todo a estribor! ¡A la vía! ¡Derecho!… ¡Nada a babor!… ¡He dicho que derecho! ¡Así como va!… ¿Rumbo?

—Dos-seis-cinco, capitán.

—¡Llévelo al dos-siete-cero, y nada a babor! ¡A ver ése!… ¿Qué hace ese hijoputa?… ¡Nos lo vamos a tragar! ¡Nos lo vamos a tragaaar! ¡Todo babooor! ¡Más babooor! ¿Ha pasado ya?

—Sí, capitán. Está por la popa dando tumbos con las olas de la estela.

—¡Así se hunda ese hijoputa! ¡Toda la caña a estribor!… ¡Así, así, derecho y nada a babor!… ¿Y aquél, qué hace aquél?

Estaba montando un número de circo de mucho cuidado, mientras no paraba de darse carreras de una a otra banda con los prismáticos pegados en la mano. Al puente llegaban claramente los alaridos del Viejo, que desde el alerón les gritaba «¡hijooos deee puuutaaa!» a los de las embarcaciones que pasaban a poca distancia del barco o casi rozando el costado. Al cabo de una hora habíamos terminado de maniobrar al último velero y Tobías, acalorado y jadeando, rezaba a Dios para sus adentros agradeciendo el no haberse llevado a pique a ningún velero. Y nosotros también, porque temíamos que en cualquier momento sufriera un ataque al corazón.

Habíamos tenido mucha suerte si se consideraba el enorme riesgo corrido, maniobrando con tanto timón y con mucho sudor. Lo normal en esos casos era seguir avante, ojo avizor, y dejar que los pequeños maniobrasen por ti, porque ponerse a maniobrar entre un enjambre de embarcaciones pequeñas podía acabar siendo la suerte de unos y la desgracia de otros.

La deserción de Anselmo

Al rato, Tobías, con cara de sabueso, miraba por nuestra proa de babor la estatua de la Libertad, que se iba agigantando hasta hacerse tan alta como una nube cuando pasamos a escasos cables de su pedestal, para luego empequeñecerse lentamente, hasta que la perdimos de vista cuando enfilamos los muelles de Brooklyn. La estatua le había dado la bienvenida burlonamente: «¡Ay, pillín, qué suerte has tenido esta vez!». Tobías, en el alerón, callaba. Se le veía abatido, solitario y ausente. Odiaba las entradas a puerto, y más ésa, en la que el miedo había rebasado los límites a que le tenía acostumbrado.

Nada más atracar en Nueva York, un alma caritativa me puso sobre aviso de que el marmitón, Anselmo, pensaba desertar. Había comprado muchos diamantes en Ghana, aunque algunos sostenían que se trataba de cristales. Por supuesto, quienes los compraban estaba claro que los daban por buenos, pero, había habido mucho fraude, ya que la prueba del cristal también la pasaban los falsos. Nadie sabía realmente qué compraba hasta que intentaba venderlos. Los joyeros piratas de los suburbios de Brooklyn eran quienes los sacaban de dudas y, a la vez, los timaban. Tanto los precios como la red de comercialización estaban establecidos, y podían darse por contentos si las piedras resultaban buenas, porque si se negaban a aceptar lo que les ofrecían se arriesgaban a no volver sanos y salvos al barco.

Después del almuerzo todo el mundo bajó, en pequeños grupos, a tierra. Felipe aprovechó que el Viejo había marchado a la ciudad para metérmela doblada. Me quedaría hasta las ocho de la mañana del lunes de guardia. Anselmo también salió. No le dije nada de las sospechas que me habían transmitido, y me tuvo preocupado hasta que a las ocho menos cuarto de la tarde le vi regresar en taxi al barco. Me alegró verlo, y no quise desaprovechar la ocasión para hablarle con toda claridad del asunto.

—He oído rumores de que has comprado diamantes y…, ¿quién sabe?, a lo mejor sacas bastante pasta y te da por quedarte… —le dije, mirándole fijamente a los ojos. Había oído que con esa táctica se desarmaba a los mentirosos.

—¡Qué va, tercero! Compré unos pocos nada más, y seguro que son falsos —contestó plenamente convencido mientras se miraba los zapatos.

—Mira, Anselmo, si quieres desertar, allá tú, no seré yo quien te lo impida, pero me han dejado de guardia en puerto y no quiero que me la juegues en mi guardia —dije con toda franqueza.

—Sí, sí, tercero, no se preocupe que no voy a desertar —repuso en tono de ofendido.

—Y tienes que estar en el portalón toda la noche —le recordé—, y a las seis hay que llamar al contramaestre y a los marineros para abrir bodegas, y al cocinero —añadí, por si tenía dudas acerca de las órdenes que había dado el primer oficial.

Sobre las diez de la noche llegaron los dos marineros de cubierta y los dos engrasadores que enviaba Bilbao para reemplazar a los cuatro que habían desertado en Montreal. Los alojamos y me desentendí del solitario y peligroso muelle número 1 de Brooklyn. Antes de irme a dormir al camarote espié a Anselmo, a ver qué hacía, y, efectivamente, comprobé que estaba al pie del cañón, sentado y leyendo, seguro que una novela rosa de Corín Tellado o una del oeste de Zane Grey, que eran los dos autores que más se leían a bordo. Me marché confiado a dormir.

La mañana llegó con un sobresalto. A las ocho menos cuarto me despertó el trinar tempranero de las grúas de tierra, que buscaban la posición idónea para proceder a la carga de las bodegas del barco. En el muelle los estibadores se preparaban para comenzar la actividad. El barco, por el contrario, permanecía como abandonado, y todo el mundo en él dormía la resaca de la noche anterior. Busqué a Anselmo. Pero Anselmo no aparecía. Pregunté. Sabían, pero nadie quería decir nada. Era una estupidez no reconocer que me la había dado con queso.

Las operaciones de carga comenzaron con casi una hora de retraso, debido a que nadie en el barco estaba preparado. Imperdonable. Tobías echaba chispas y yo no sabía dónde esconder mi vergüenza, porque encima aquello eran las consecuencias de una movida anunciada.

Todavía no había digerido el disgusto cuando, sobre las once de la mañana, los cuatro tripulantes nuevos, que aún no se habían incorporado al trabajo y seguían vestidos con ropas de calle, se amotinaron a la puerta del camarote del Viejo. Los gritos atronaban en el interior del barco. Los nuevos tripulantes protestaban porque en las oficinas de Bilbao les habían asegurado un mínimo de horas extras mensuales; como en su contrato no figuraba ninguna cláusula que lo estipulase, le exigían al capitán que se las garantizara por escrito. Si no se comprometía a fijar un tope mínimo de sesenta horas mensuales, amenazaban con dejar el barco. Tobías los echó de su camarote con cajas destempladas y reflejó este hecho en el diario de navegación. Se avisó al agente para que los denunciara a Inmigración, porque pretendían abandonar la nave. No se les había podido retener el pasaporte porque se habían negado a entregarlo al capitán.

Cuando los oficiales de Inmigración hicieron acto de presencia, los tripulantes recién embarcados ya habían desertado. Aquello era demasiado, cuatro desertores en Canadá el viaje anterior, y ahora cinco de golpe, por el momento. Cada desertor significaba un pago a fondo perdido, a cuenta del armador, de 1500 dólares por cabeza. Como nunca aparecían, se trataba de un dinero que ya no se recuperaba.

El que le gestionaba la empresa a Stevenson era un cubano de origen español que por razones sentimentales contrataba tripulaciones de esta nacionalidad, pero Stevenson ya se estaba cansando de nosotros y había dado un toque de atención a la agencia de embarque de Bilbao. No obstante ello, las deserciones no disminuían. Tobías no sabía debajo de qué losa esconderse.

Nos enteramos de que la empresa armadora estaba en tratos con una agencia de embarque de Miami con la intención de sustituir los tripulantes españoles por caribeños. El Viejo había puesto sobre aviso a Bilbao de los rumores que circulaban, los cuales acabarían por confirmarse al cabo de poco tiempo.

Había dos clases de desertores. Unos eran los que optaban por quedarse en Canadá, porque el nivel de vida era alto y, además, habían detectado cierta permisividad por parte de las autoridades de Inmigración. Uno de éstos me confesó un día que cuando se trataba de europeos hacían la vista gorda, de lo que deduje que favorecían solapadamente la entrada de éstos en el país. No se les molestaba, y al cabo de poco tiempo regularizaban su situación de irregularidad. Además, había muy buenas perspectivas de trabajo, sobre todo de leñadores en las explotaciones madereras de los territorios del norte de Ontario y Manitoba. También se colocaban bien en el sector servicios, en las ciudades. El país era muy grande y todo el norte estaba despoblado. A los que desertaban en tierras canadienses jamás se les volvía a ver el pelo por el barco. No conocí ni un solo caso.

La segunda clase de desertores estaba formada por aquellos que optaban por quedarse en Estados Unidos. Nueva York era la ciudad que se llevaba la palma, deslumbrándolos con sus luces y sus rascacielos. Como la mayoría de los tripulantes del *Arizona* eran gallegos y éstos son una plaga por todas partes del mundo, pues siempre hacían rápidos contactos, fuese el puerto que fuese, con sus compadres. En Nueva York conocían muy bien a un *paisaniño* que regentaba un bar cerca de los muelles donde atracábamos, junto al puente de Brooklyn. La mayor parte de los ingresos, sin embargo, no los obtenía del bar sino ayudando a sus paisanos a quedarse de ilegales. A diferencia de Canadá, no obstante, algunos de los que desertaban en Nueva York acababan regresando al barco antes de que éste partiera, asustados de la miseria que encontraban en la gran urbe.

Nueva York

Nueva York ya no me pareció lo mismo sin la compañía de Thelemaque. Sabía que había regresado a Port-au-Prince. Estaba muy quemado de actuar de doctor negro entre enfermos blancos.

En España fracasó cuando, en verano, sustituía a médicos rurales. Recomendaba a los pacientes productos naturales y recetas caseras para combatir las dolencias más corrientes, pero al parecer a la gente no le gustaba eso de acudir al médico y que éste los despachase sin una receta de la Seguridad Social que llevar a la farmacia. A los dos días todos en el pueblo acabaron murmurando contra él, lo tacharon de brujo y dejaron de acudir a su consulta. Habían sido muy crueles, me confesó un día, amargamente.

Luego viajó a Argelia, donde le había salido un contrato en un hospital de la capital. Tuvo que dejarlo antes de dos meses, porque si racistas eran los blancos, más racistas eran los norteafricanos, que aún consideraban a los negros carne de cañón de los todavía muy recientes tiempos de la esclavitud. Una noche, unos compañeros del hospital lo violaron.

En Norteamérica, el racismo era más sutil pero no menos deprimente. A pesar de sus estudios, debido a su color de piel se pensaba que debería trabajar de auxiliar o si acaso de enfermero, pero ¿de médico? Sí, sí, su currículum era magnífico. Había cursado estudios de medicina en Europa con excelentes notas. Había hecho prácticas en clínicas francesas y alemanas. En lo referente a la lingüística, no le quedaba a la zaga a Heinrich Schliemann (el descubridor de Troya), porque hablaba perfectamente cuatro idiomas, incluido el inglés, y hasta se las apañaba con el alemán, que ya era mucho decir en su favor. Si quería alistarse como médico de campaña para ir a Vietnam, le aconsejaron, no tendría ningún problema, e incluso cuando volviese después de tres años tendría la posibilidad de nacionalizarse estadounidense. Pero Thelemaque era muy pacífico y nada propenso a aventuras en una guerra a la que

criticaba con dureza. De modo que tuvo que escapar de la gran urbe.

Decidió retornar a Haití, aunque se tratara de uno de los países más pobres de la tierra, feudo de una familia de presidentes de los más tiranos y represores que se conocieran (los Duvalier) y sus fuerzas paramilitares los *tontons macoutes*, matones que campaban por sus respetos y tenían aterrorizada a la población.

Así pues, sin su guía dejamos de reventarnos los pies visitando interminables museos, o de sentir la prepotencia norteamericana mientras, sentados en la pequeña plaza del World Trade Center, contemplábamos las alturas encajonadas por los inmensos rascacielos, o de cenar en las terrazas del Madison Square Park, o de despertar nuevas curiosidades observando, camino de las playas de Long Island, la imponente ciudad de Nueva York, cuyas calles amanecían desiertas los domingos, salvo por los numerosos judíos que no tenían más remedio que acudir ese día (en lugar del comercial sábado) a las sinagogas para efectuar sus ritos, todos ellos conduciendo religiosamente con su barba larga y su sombrero negro.

Volvimos a las salidas golfas, durante las cuales siempre acabábamos en un bailongo de chicas hispanas que habíamos descubierto subiendo por la Quinta Avenida hasta la Cincuenta y siete. También visitábamos la calle Cuarenta y dos, la meca del sexo neoyorquino, la calle más peligrosa que jamás he recorrido en mi vida. En una ocasión nos vimos acosados por unos tipejos que no dejaban de seguirnos. Para despistarles optamos por refugiarnos en el concurrido *hall* de uno de los muchos cines porno de la zona, que proyectaba el éxito comercial del momento (*The joy of the sex*). Allí esperamos a que pasara una de esas patrullas de policías de a pie, altos como postes, con la porra en la mano, golpeando nerviosamente la palma de la otra, los revólveres al estilo vaquero (listos para ser desenfundados) y los aparatos de radio al pecho, encendidos a todo volumen, que les hacían parecer emisoras ambulantes. Y es que minutos antes lo habíamos intentado con otra

patrulla de a caballo, pero fracasamos a los pocos metros, porque les dio por cruzar la calle, y no tuvimos más remedio que regresar a nuestra guarida. Con los policías de a pie tuvimos más suerte, y recorrimos la kilométrica calle siguiéndolos discretamente hasta que pasamos junto a una boca de metro, y al advertir que nuestros perseguidores se habían quedado bastante rezagados, nos lanzamos escaleras abajo y hasta nos saltamos los controles de acceso a los andenes, porque con tanto miedo no estábamos para perder tiempo buscando en los bolsillos un *quarter* que meter en el torno, y cogimos el primer metro que llegó.

De nuevo rumbo a África

Salimos de Nueva York con verdaderas ganas. Tobías no quería mirar hacia atrás, ni siquiera echar una última ojeada para despedirse de la estatua. Estaba ansioso por alcanzar la mar abierta. Quería océano o continente africano, donde a nadie le daba por desertar. Se le veía ufano dar la orden de virar al sureste para poner rumbo a Monrovia y dejar tierra atrás. Si hubiera tenido que pedirle un gran favor, ése era el momento. La mar se abría una vez más, inmensa, y volvíamos a la tranquilidad cotidiana del barco. De nuevo íbamos cargados a tope. La cubierta, como siempre, repleta de partidas de bidones, bobinas, *containers* y, encima de éstos, coches.

A medida que nos internamos en el Atlántico dejamos de ver barcos, y así seguiríamos hasta que cruzáramos las rutas que seguían los buques entre el norte de Europa y América. Y es que, aun cuando muchos piensen que en la mar, por ser tan vasta, los barcos pueden andar libremente por donde les plazca, incluso medio perdidos, lo cierto es que en ella existe el equivalente a autopistas, carreteras, caminos y senderos. Dos puntos geográficos comunes de salida de toda Europa unen cinco o seis recaladas distintas para abarcar toda América. Un barco, por ejemplo, puede proceder de 30 puertos distintos del Mediterráneo, pero cuando sale de éste lo hace

por el mismo punto, el estrecho de Gibraltar. Otro tanto puede ocurrir para los barcos procedentes de puertos de los mares del Norte y Báltico; todos coinciden en el mismo punto de recalada: el canal de la Mancha.

Las comunicaciones con el morse

Para entonces, cuando avistábamos unas luces solitarias en la noche, procedíamos de inmediato a comunicarnos por morse. Aparte de que se trataba de un modo de combatir el aburrimiento, lo fundamental era salir de la duda, averiguar qué tipo de barco era, de dónde venía y a qué puerto se dirigía. Así que en cuanto lo teníamos a tiro, esto es a unas dos o tres millas de distancia, comenzábamos a largarle la señal de llamada del código morse (punto-raya, punto-raya, pausa, punto-raya, punto-raya, pausa), e insistíamos hasta que contestaba.

Lo hacíamos con el proyector Aldis, un aparato en forma de pistola con un cañón corto, de un grosor descomunal, en el que se aloja una potente lámpara que emite fuertes fogonazos a medida que se aprieta el gatillo. La luz del extremo superior del palo apenas si se utilizaba, porque aunque estuviera más alta y pudiera distinguirse a mayor distancia, tenía poca potencia, por no mencionar que constituía toda una odisea cuando se fundían las putas bombillas, que iban colocadas a pares, y había que subir a cambiarlas. Así que con el proyector Aldis, que siempre lo teníamos a mano, guardado en una caja, en el puente, existía la seguridad de que, a menos que el piloto de guardia se hubiese dormido, captarían nuestras señales de llamada. Si aquél tardaba mucho en contestar era o porque no tenía ganas de cháchara o porque no dominaba bien el código morse. Entonces resolvíamos las dudas llamándole con el VHF, por el canal 16, que era obligación llevar abierto, a la escucha.

De una u otra forma, te enterabas de que era un petrolero danés que venía de cruzar el canal de Panamá y se dirigía a Rotterdam. O te sorprendías con un aplicado japonesito de la Osaka Lines que también disfrutaba intercambiando información y nos pasábamos una hora de palique bombardeándonos con destellos de luces. Te situabas con la lámpara en el alerón y a medida que recibías las palabras ibas anotándolas, a oscuras, letra a letra, en una libreta. Para cuando terminabas, te iluminabas con la luz de la linterna y descifrabas los garabatos que habías escrito en inglés, traducías, y a continuación le enviabas tu mensaje de respuesta.

Era un lenguaje lento pero tan eficaz como los silbidos musicales entre los pastores de la Gomera o los inquietantes aires rítmicos de los gudugudu, los tamtanes de las selvas africanas, cuyo sonido, en condiciones favorables podían alcanzar los veinte kilómetros de distancia. Yo era un forofo de aquellas silenciosas comunicaciones nocturnas en alta mar, y a la primera oportunidad que tenía los ensartaba con mis fogonazos de luz.

Los ingleses, muy orgullosos de su tradición marinera, siempre contestaban. Todo lo contrario de los griegos, que casi nunca respondían a las llamadas en morse, porque invariablemente andaban enfrascados en interminables conversaciones por cualquier canal del VHF, ocupando imprudentemente el canal 16, con lo que te obligaban a aguantar toda la noche la radio largando el *Ela, ela, kalimera! Me akous?, étimos!* Sí, sí, te decías, que te van a escuchar aquí en medio del océano, vas listo. Pues nada, que volvías a equivocarte, porque al cabo de un rato en medio del silencio de la noche retumbaba en el puente la voz de respuesta de otro heleno que casualmente andaba cerca. ¡Siempre había un griego casualmente cerca! Así se pasaban las guardias nocturnas en el puente, pegados al teléfono, como si de unos novios se tratase. Y es que los susodichos nunca se cansaban de las conversaciones por radio, los tenías a todas horas, por todos los canales y por todos los mares del mundo.

Los cambios de horario

Poco después de la partida volvimos a la rutina de adelantar la hora cada dos o tres días, a medida que avanzábamos hacia el este. Cuando ocurría, la guardia era veinte minutos más corta, pero también dormías cuarenta minutos menos. Las continuas alteraciones a que se veía sometido nuestro sistema digestivo eran dignas de estudio. Durante dos semanas, mientras ibas de un puerto a otro, comías a las doce; salías a la mar y al cabo de una semana estabas haciéndolo a las diez de la mañana de tu reloj biológico, y una semana después a las siete. Las horas de sueño variaban penosamente de la misma forma. Así que entre una cosa y otra, las navegaciones largas de este a oeste y viceversa acababan desfondándote el organismo. Continuamente ibas adelantando el reloj al ir a África y atrasándolo al regresar a América. Otro tanto sucedía con las navegaciones de norte a sur, siguiendo los meridianos, especialmente en lo que a temperaturas y comidas se refería. Del frío y los potajes pasabas en pocos días al calor y la falta de apetito. Al cuerpo no se le daba el tiempo suficiente para readaptarse. Los frescos y desapacibles inviernos se hacían veranos agobiantes en un abrir y cerrar de ojos. Las estaciones intermedias, primavera y otoño, prácticamente no existían. O hacía frío o calor.

En definitiva, entre los cambios de cocineros, de horarios y de estaciones, era un milagro que al cabo de unos años de navegación no acabara uno con el sistema digestivo destrozado. Entre las gentes de la mar ésta era una de las enfermedades profesionales endémicas sin reconocer.

Desembarco

Al tercer día de navegación le di un buen disgusto al Viejo. Le comuniqué que deseaba marcharme. Estaba entrando el mes de

septiembre y quería presentarme a los exámenes de piloto. Tobías se llevó un disgusto de muy señor mío, pues esperaba que permaneciera a su lado hasta el final de la campaña. Su actitud hacia mí cambió de la noche a la mañana. Casi no me hablaba y dejó las observaciones conjuntas de estrellas y las invitaciones a su camarote.

—¿En qué puerto quieres desembarcar? —se avino a preguntarme al cabo de dos días, cuando se le había pasado algo el enfado, en una corta visita que me hizo al puente durante la guardia.

—En el primero que pueda ser —le contesté sin más vacilación.

—Para Monrovia es difícil que vengan relevos. En Abidján, si quieres.

Un día después a Vicente le entró la neura y le dijo al capitán que le tocaban las vacaciones y que quería tomarlas tan pronto como fuera posible. Tobías puso el grito en el cielo y estalló de nuevo.

—¿En qué puerto? —le preguntó con socarronería, creyendo que le respondería Montreal o Nueva York.

—En Takoradi —contestó Vicente, cogiendo al Viejo al bies.

—Pregúntale al radio si también se quiere ir; parece que os habéis puesto de acuerdo para fastidiarme. Ya sabes que los relevos se hacen en Norteamérica y que a la compañía no le gusta que se hagan desde África —dijo en un último intento de retenerlo a bordo.

Bastante era pedir el relevo para mí por motivos de exámenes, y ahora encima aquello. Era inusual.

—Piénsatelo —agregó en tono conciliador.

—No, capitán, quiero quedarme de vacaciones en Takoradi —repuso Vicente.

—¡Pues entonces no se te paga el viaje de vuelta a España! —dijo el Viejo, refunfuñando.

Todos sabíamos que esas amenazas nunca se cumplían.

Al día siguiente Salvador nos informó del contenido del telegrama que acababa de enviar a Bilbao pidiendo los relevos para Abidján y Takoradi. Vicente también se salía con la suya. Había dejado en

Takoradi una preciosa «gacela» ashanti por la que bebía los vientos, y quería quedarse a vivir con ella hasta que se le acabara el dinero.

—¿Cuánto tiempo calculas? —le pregunté por curiosidad.

—¡Seis meses, por lo menos! —contestó en tono más risueño que de costumbre.

En cuanto a Salvador, seguiría en el barco. Por nada del mundo le hubiese pedido el relevo a Tobías, porque entonces éste nos habría mandado a freír espárragos a los tres.

Cuando al fin me vi en el aeropuerto de Abidján no podía creérmelo. Por fin perdía de vista, definitivamente, al Viejo. Nada más franquear la puerta de entrada de la sala de espera oí mi nombre por los altavoces; me daban el último aviso para embarcar.

«¡Joder, ni al final voy a librarme de Tobías!», pensé, hecho trizas de los nervios, mientras corría sin aliento hacia la puerta de embarque, cargado con la maleta, dos bolsas de mano y un abultado paquete con dos colmillos de elefante y varias figuras de ébano. En buena hora me acordaba de las alocadas compras y de los controles de aduanas que tenía que pasar antes de llegar a casa.

Pero en mi sino no estaba el escabullirme tan fácilmente de la nefasta influencia de Tobías. Con la obsesión y las prisas de largarme del barco, no había caído en la cuenta de que, si en Abidján la temperatura pasaba pegajosamente de los 30 grados, en París no tenía por qué ser lo mismo. Así que nada más descender del avión en Orly, me encontré con un frío pasmoso. Todo el mundo disfrazado de oso y yo encamisa de manga corta, acurrucado en un banco alejado de las puertas del *hall* del aeropuerto, esperando la conexión con el vuelo a Madrid y acordándome de la madre que lo había parido.

No sé cuándo me vi totalmente libre de aquellas malignas influencias. Debió de pasar bastante tiempo, supongo.

LIBRO DOS

(DE MEDIADOS DE JUNIO A FINALES DE SEPTIEMBRE DE 1977)

EL PICOBLANCO

4 años, 3 meses y 18 días después

Habían pasado más de cuatro años, desde los tiempos del *Arizona*, cuando recibí la llamada de mi inolvidable y viejo amigo Tobías. Su voz sonaba quejumbrosa; se me revolvieron las entrañas al recordar situaciones que creía olvidadas. Acudió a mi mente la figura oronda, bullanguera y añeja del Viejo, que entraba ya en su recta crepuscular. Sentía su verborrea crepitando por el auricular, como si la conversación la mantuviéramos frente a frente, y tan actual como si súbitamente el ayer se hiciera hoy. Hablaba de la misma forma atropellada y en el mismo tono chillón y de inseguridad, como antaño. Nada había cambiado.

De pronto los recuerdos se agolparon en mi cabeza como un remolino, precipitada y desordenadamente. La memoria se revolvió, perezosa, y lentamente afloraron las escenas que habíamos vivido juntos y que durante mucho tiempo habían permanecido adormecidas en el fondo de mi mente. Una leve sensación de inquietud me estremeció.

Durante todo ese tiempo no me había comunicado ni una sola vez con él. Sólo cuando pasaba por Bilbao, y eso ocurría una vez al año, me enteraba de que estaba navegando para tal o cual compañía y poco más.

La señora Feli

El Viejo siempre andaba por esos mundos de Dios, que era lo propio de él. La mujer, por el contrario, siempre en casa, cumpliendo

a rajatabla con su papel, resignada a vivir su monótona soledad encerrada entre aquellas cuatro paredes relamidamente empapeladas y aquellos balcones tan eternamente cerrados a cal y canto que ni a las motas de polvo dejaban pasar. Era mujer de santa devoción, y si alguna tacha podía atribuírsele era la de ser una beata, una viciosa del confesionario.

Cuando no estaba en la iglesia se lo pasaba en su casa, limpiando, abrillantando un parqué que daba reparo pisar, bruñendo bronces de cronómetros marinos, anclas, hélices y demás irrelevantes objetos decorativos con los que Tobías le había abarrotado las repisas, estanterías y librerías para que se distrajera (digo yo) en su ausencia. Cumplía estoicamente con el lustrado de las variopintas figuras de ébano traídas de mil viajes por África, que ilustraban paredes y atemorizaban a las visitas (eran máscaras negras de brujería). Sobre peanas pulcramente barnizadas había colocado figuras de negritas de refulgentes pechos y elaborados peinados trenzados que costaba más limpiarlas que tallarlas, y que ella, la señora Feli, tenía siempre limpísimas. Por cierto que nunca supe si era Feli de Felisa, Felipa o Feliciana, pues no me atreví a preguntárselo, aunque me inclinaba por el último, porque los castellanos guardan un catálogo de nombres antiguos para echarse a temblar, incluida la lista de los nombres de los reyes godos.

El destino había condenado a Tobías y la señora Feli a no verse sino un mes al año, en el mejor de los casos, y cuando esto ocurría, a la pobre mujer le rompía tanto los rutinarios esquemas que nada más llegar su esposo ya estaba deseando que se marchara (¡pobre Tobías!), aunque a él le sucedía otro tanto (¡pobre señora Feli!). En su casa el Viejo sentía que perdía su condición de capitán, porque allí mandaba bastante menos que en el barco, que era lo mismo que decir que no mandaba nada. Cada uno tenía su parcela establecida, de modo que se sentía como el convidado de piedra. Y esto por no hablar de su libertad. Tobías era pájaro de largos vuelos y su nido estaba en cualquiera de esos mares que se abrían en diáfanos horizontes, y arrastraba consigo tantas millas como para dar varias

veces la vuelta al mundo. O sea, que el Viejo no estaba para encerrarlo entre cuatro paredes en aquellas colmenas de hierro, cemento y ladrillos, aunque fuera por unas pocas semanas.

La señora Feli no es que le deseara mal, ni mucho menos, antes bien todo lo contrario. Lo que ocurría era que él andaba siempre fuera de su mundo, orbitando indiferente en torno a ella. La mujer se había acostumbrado a estar siempre sola en su universo de serena tranquilidad que sólo se rompía cuando se encontraban. Entonces se desataban las inevitables fricciones contenidas y descubrían que hablaban idiomas diferentes, aunque eso siempre sucedía en los últimos días de las vacaciones, porque al principio se trataban como si acabaran de conocerse.

Así que cuando la señora Feli y yo coincidíamos, lo que ocurría muy de tarde en tarde, lo primero que hacía era dejarme bien claro que Tobías se encontraba a por lo menos mil millas de distancia. No me fuera a creer, ni por un instante, que igual estaba comprando cerillas en el estanco de la esquina. Lo decía de forma enfática, como para que no me cupiese la menor duda de que aquél era el estado natural de su relación.

—Sí, ahora está en un barco frigorífico, un bananero, creo, haciendo viajes entre Colombia y los Estados Unidos. ¡Fíjate, el pobre! Ya hace casi tres meses que se marchó y parece ayer. ¡Fíjate, cómo pasa el tiempo! —exclamaba, sinceramente apesadumbrada y con un sonsonete peculiar, mezcla de aburrimiento y religioso pesar —. El otro día llamó —continuaba—. Están en Baltimore, con problemas. Parece ser que se les ha estropeado el frío de las bodegas durante el viaje, y como no pudieron arreglarlo, pues se les ha estropeado un poco la carga.

«Cociditos que habrán llegado los plátanos —pensé—. El Viejo estará echando chispas, ¡como si estuviera viéndolo!».

Las agencias de embarque

Así que la llamada de Tobías me desconcertó sobremanera, porque era la primera vez que lo hacía. Aquel hombre, con el que en tantos líos me había visto envuelto, me venía al cabo del tiempo con un sucedido que, de tan extraño, yo no acababa de descifrar y que me hacía recelar. No tardó mucho en confesarse y sacar el problema a relucir.

—¡Son unos piratas, unos piratas! —exclamaba con su peculiar tono de voz, al que me había tenido acostumbrado años atrás.

En efecto, piratas eran unas cuantas de las compañías de contratación de personal que, en aquellos tiempos, pululaban a mansalva. Los españoles salíamos a miles a navegar en buques extranjeros, como si estuviéramos de moda. Al parecer teníamos buen cartel, de modo que había mucho movimiento. Este tipo de compañías aparecían y desaparecían en un santiamén. No era de extrañar que una casa matriz se desgajara en otras entidades independientes, por lo que llegaba un momento en que ya no sabías a quién pertenecías. Se trataba de espabilados que veían el negocio y olían el dinero hasta debajo de las piedras; hacían tratos privados a espaldas de la empresa y acababan, en lo que dura un suspiro, robándose los clientes los unos a los otros, bien fueran compañías navieras enteras o algún que otro barco aislado. De esa manera creaban una nueva compañía de contratación, en muchos casos sin entidad ni solvencia. Las compañías serias, las de siempre, poseían un prestigio ganado a pulso, y por lo general su clientela estaba formada por las multinacionales del transporte marítimo. Justamente por ser habas contadas, había tortas para entrar a trabajar en ellas.

Existía otra clase de listillos que actuaban de independientes y, sencillamente, se limitaban a cobrarte una cantidad por buscarte trabajo en un barco, casi siempre en selectas compañías escogidas entre las más piratas. Si no pagabas por adelantado, ya te lo descontarían del primer sueldo, que para cuando llegaba ni lo olías. Y todo se cocía y se digería en Bilbao. Era un buen negocio,

especialmente para algunas agencias de embarque cuya infraestructura se limitaba a una diminuta oficina de alquiler y una espabilada secretaria «hacelotodo». No obstante, había que reconocer que en el norte se generaba trabajo.

Volviendo a la vida y milagros de Tobías, el que se quejara de piratería no acababa de convencerme y yo me devanaba los sesos pensando que tenía que tratarse de otra cosa, que debía de haberle sucedido algo muy gordo para que se viera apurado hasta el extremo de pedirme que le echara un cabo en la compañía española para la que yo estaba navegando.

Se trataba de una compañía familiar de capital del norte pero establecida en Madrid. Empezaba a gozar de prestigio en el ámbito nacional, cuando le llegó la crisis del 73. Había tenido minas de carbón de toda la vida, y se habían introducido en el mundo naviero tras construir cinco barcos para transportar su propio carbón. Cuando sobrevino la escasez de demanda de este mineral, decidieron emplear los barcos para el transporte de carga general, en el cabotaje nacional, y manteniendo una pequeña línea regular entre Canarias y puertos del sur y este de la Península, que era lo que hacían todas las que no tenían más horizontes que el que veían desde el campanario de la iglesia del pueblo.

Después de la referida crisis, fue una de las primeras compañías que se echaron a temblar. Así que cuando la competencia se tornó insostenible y los fletes cayeron en picado, acabaron por aceptar cualquier carga que les saliese, en cualquier parte del mundo. Por lo general se trataba de rutas incómodas y fletes de alto riesgo. Lo tenían bien merecido, porque durante el tiempo de las vacas gordas habían reinvertido las ganancias de la naviera en adquisiciones inmobiliarias y otros negocios dispares, entre los que figuraban una compañía de seguros y hasta una funeraria. En vez de encauzar todas las energías en una sola dirección, las habían diversificado tanto que les costaba hacer frente a los cambios económicos que se avecinaban. Así que todo acabó en un proceso, inevitable, de lento declive, hasta su total desmoronamiento.

Así se encontraba la compañía para la que yo trabajaba cuando me llamó Tobías; al cabo de poquísimo tiempo vendieron los barcos, que terminaron sus días en el Caribe, a una compañía norteamericana, a precio de saldo.

La compañía aceptó a Tobías, y Asensio, el jefe de personal, me llamó una semana antes de que acabaran mis vacaciones para que fuese de primer oficial en el mismo barco en que Tobías iría de capitán. Las razones saltaban a la vista, por eso de que lo conocía y además, decía, porque era el primer oficial más antiguo y de más confianza con que contaban. No tuve más remedio que aceptar, y no precisamente porque Asensio me dorara la píldora con su fácil verborrea, sino para pagar el favor que me acababa de hacer al darle el trabajo.

Recordé, con inquietud, lo que había padecido con Tobías en el *Arizona*, unos años antes, ¡y sólo faltaban unos días para que volviera a encontrarme con él! Sin embargo, los recuerdos agradables acabaron por imponerse a los sinsabores pasados, como si éstos no hubieran tenido lugar. La memoria, en actitud defensiva, ya se había encargado de almacenar estos últimos en los más recónditos y profundos recovecos de la mente, desde donde, era muy difícil removerlos. Sólo dejaba aflorar los finales felices.

Aguardando a Tobías

De modo que no tuve más remedio que embarcar en el *Picoblanco* para preparar la llegada de Tobías, chupándome yo sólo todas las cargas de Málaga, Valencia y Castellón. No es que me asustara aquel trabajo, pues estaba más que acostumbrado, aparte de que era mi obligación como primer oficial, pero ocurría que el único interés de don Emilio, el capitán saliente, desde su arribo a Las Palmas procedente de África, consistía en dejar a su relevo la caja del barco cuadrada a la peseta, y era tal su obsesión al respecto que había descuidado todo lo demás. Encima, el muy espabilado del

primer oficial al que me tocaba relevar se había marchado a casa veinticuatro horas antes de mi llegada. Tampoco había querido saber nada de la carga, y se había limitado a dejarme sobre la mesa del camarote unos planos en los que indicaba, con cuatro garabatos hechos deprisa y corriendo, el reparto de aquélla, que hubo que corregir.

Estaba previsto que el nuevo capitán embarcaría en el último puerto español, para iniciar el periplo alrededor de África, todo ello con el fin de facilitarle la labor y de que conociera con tiempo el barco y los entresijos de la compañía.

Aproveché, de camino, para desembarazarme de un marinero que, por ser un verdadero pelmazo, podía perjudicar la convivencia a bordo. Se trataba de una mole de músculos con un sonajero por cerebro, como consecuencia de lo cual constituía un incordio hasta en los asuntos más nimios y estúpidos. Así le allané el terreno al nuevo capitán. Y es que en esto la compañía era muy paternalista y comprensiva. A las dos o tres ovejas negras las tenía rotando de barco en barco. Un capitán le endosaba el muerto a otro y éste a su vez a otro, y así hasta cerrar el círculo. Aquel grandullón llevaba tres meses en el barco, pero al cabo de una semana yo ya no lo aguantaba, así que aproveché una pelea en la que se vio envuelto con otro marinero, con navajas incluidas, aunque por suerte no llegó a correr sangre, y lo mandamos unos días a su casa, a que se relajara. Más tarde con toda seguridad lo destinarían a otro barco bajo la promesa, bañada en lágrimas, de que se comportaría como un santo y no se volvería a tener quejas de él. El mismo cuento de siempre, pero la compañía se conmovía y toleraba lo que fuese tantas veces como hiciera falta.

En lo que a la fonda se refería, no parecía que hubiese mucho problema. Estábamos sentenciados a comer sota, caballo y rey, un día sí y otro también. Era el pan nuestro de cada día. Hacía tiempo que la resignación había desplazado al desencanto. Tobías no se resentiría por ello, estaba más que acostumbrado.

Se sabía que no había forma de tener un cocinero profesional como Dios manda. Todos se habían formado copiándose mutuamente los monótonos menús o pasándose sus singulares recetas como si de fórmulas mágicas se tratara: filete con patatas fritas, huevos fritos con patatas fritas, tortilla de patatas, tres variedades de potajes con muchas patatas cocidas y macarrones con tomate, sin patatas fritas, para despistar. De la paella del domingo mejor no hablar. Así cada semana. Pero no crean, ¡se devoraba todo!, y es que el aburrimiento se combatía a fuerza de atracones. Además, y al igual que en la mili, no se le hacía ascos absolutamente a nada.

A la salida de puerto aún tenías la esperanza de una ensalada, pan y frutas frescas, pero a los dos o tres días en alta mar la triste realidad culinaria se volvía a hacer patente. Ya iniciado el viaje apenas se podía repostar de fresco por los países centroafricanos. Cierto que se podía encontrar casi de todo, pero, a precios de azafrán, de manera que nuestros autodidactas cocineros tenían otra disculpa para seguir echando mano de sus abrelatas industriales.

Fiuza, el jefe de máquinas

El personal de la máquina lo hacía el jefe. Se trataba del departamento de trabajo más ingrato del barco, sólo recomendable para frioleros o masoquistas que gustaran de realizar sus tareas a 50 grados de temperatura. Si para los de la cubierta la cosa se complicaba según la frecuencia con que se arribara a puerto, para los de la máquina, no. Era una ocupación rutinaria tanto en tierra como navegando, y caracterizada por las guardias calurosas, el ruido ensordecedor y el aceite y la grasa que lo embadurnaban todo.

Casi todos los jefes de máquinas de la compañía eran muy mayores y descuidadamente sebosos. La gordura y los sudores hacían que siempre estuviesen deambulando por ahí, a la búsqueda de los lugares más frescos. A menudo se los veía en cubierta, con

sus filosofías, sus soledades y sus confesiones, con la mirada perdida en el mar, o de cháchara en el puente distrayendo al aburrido personal de guardia, o en los camarotes, enfrascados en los sempiternos cálculos de consumo, cuya suma final siempre era mentira, porque no había jefe de máquinas que no engañara a la compañía reservándose unas cuantas toneladas de fuel para curarse en salud.

Fiuza era la excepción, no sólo por ser joven, sino porque no se le caían los anillos a la hora de echar una mano, tirando de herramienta como el que más y siempre dirigiendo personalmente los trabajos. Con el tiempo y gracias a su prestigio, se había hecho con un buen equipo que funcionaba como un reloj, y se encargaba de que siempre lo destinaran al mismo barco que él. Eran los fijos. Llevaba la cuenta de las vacaciones de sus muchachos y siempre que hablaba con las oficinas de Madrid les recordaba lo muy cumplidor que era fulanito o menganito, y si no podían enviárselo porque el barco andaba perdido, les convencía de que le retuvieran en casa hasta que pudiera embarcar con él.

Lo de la máquina tenía su mérito. Me explico. Cada vez que me embarcaba, apenas si notaba diferencias relevantes en los puentes de los distintos barcos y en los medios de carga de cubierta. En este caso siempre era lo mismo, o puntales trabajando a la americana, o grúas que no paraban de dar la lata con las averías. En cuanto a los puentes, todos los instrumentos de ayuda a la navegación que encontrabas no te sorprendían para nada, parecían como cromos repetidos.

Lo único extraordinario acostumbraba a ser el radar, y eso en los barcos que tuvieran la suerte de llevarlo. Solían ser de marcas europeas y diseño antediluviano, y tan escacharrados que cada vez que se llegaba a un puerto había que repararlos. Esto era así, sobre todo, en los barcos de la vetusta flota española, donde, además de ser antiguos, si querías usarlos tenías que pedir permiso al capitán, cuando no rogarle humildemente que te diera las llaves de los

candados con que los mantenía fuera del alcance de la tripulación. Era de juzgado de guardia.

En el puente, por lo general reinaban el orden y la limpieza. No había más que ver los cajones de la derrota, donde se guardaban, sin doblarlas, las cartas de navegación, o los casilleros con las banderas del código internacional de señales, bien plegadas. Todo era de buena madera y lo que no, de bronce muy pulido, como siempre, con Sidol. Y poco más había, así que todos acababan pareciéndote iguales.

El mundo de la máquina era bien distinto. Yo admiraba en silencio a los maquinistas, aunque no los envidiaba. Cuando volvías a embarcar y hacías el primer reconocimiento del barco, el guía, que solía ser el segundo oficial de cubierta, se empecinaba en que bajaras a la sala de máquinas y al servo (creo que para que te embadurnaras de grasa) y el resultado final era que te quedabas asombrado ante aquellos espacios tan amplios y laberínticos. Muy cerca de los camarotes de los engrasadores y marineros, en la barriga del barco, se encontraban las puertas estancas de acceso a la sala de máquinas. Nada más abrirlas te recibía una bofetada de aire recalentado que atufaba a grasa y gasoil, y un ruido de motores tan ensordecedor que quienes allí trabajaban llevaban siempre tapones de algodón en los oídos, a falta de protectores especiales que sólo se veían en los barcos nórdicos.

En ambos departamentos el peor momento era cuando llegaban los relevos, pues todos sufrían por igual. Como en los trópicos dormías poco, subías a la guardia con los ojos legañosos, entrabas como un zombi al oscurecido puente y, palpándolo todo, te colocabas junto al termo de café mientras el oficial saliente te soltaba el rollo de las novedades antes de bajar y meterse en la piltra en un periquete. Que sin novedad, que buena guardia y que hasta luego. Siempre la misma cantinela. Después venían cuatro interminables horas rodeado de oscuridad, con las únicas referencias de los pocos pilotos de colores de los indicadores del control de máquinas. Y mientras le exigías al serviola que hiciera de supermán

y te avisara de cualquier anormalidad, te refugiabas en la derrota del puente, te tirabas sobre la mesa, encima de las cartas de navegación, y te rodeabas con las cortinas para que el serviola no viera los aspavientos que hacías para mantenerte despierto. En todos los barcos de todas las banderas siempre era lo mismo. En todos los barcos del mundo se sucedían las mismas guardias: cuatro horas de puente o máquinas y ocho de descanso.

Como primer oficial en el *Picoblanco* y otros barcos de la misma compañía, me había acostumbrado a la guardia de cuatro a ocho de la mañana, y salvo el momento en que venía el saliente de guardia a despertarme a las cuatro menos cuarto de la madrugada de cada día, de cada mes, de cada año, por lo demás lo llevaba con resignación, porque en esta vida se acostumbra uno a todo. La ventaja era que presenciaba todos los atardeceres y todos los amaneceres, lo cual compensaba, porque cada despliegue de luz era una obra de arte, un derroche de color que imantaba la retina.

Volviendo a Fiuza, nuestro jefe de máquinas tenía un carácter extrovertido, divertido, franco y directo que llegaba pronto a las personas, todo ello fruto de su innata simpatía. Como no tenía cargas familiares, cuanto ganaba se lo fundía en puerto, con nocturnidad y alevosía. Él mismo era una fiesta, y a la vez un profesional como la copa de un pino. Como sus rasgos aniñados desconcertaban, cuando se le preguntaba la edad respondía que «la de Cristo», con una sonrisa de oreja a oreja que le otorgaba una credibilidad fuera de dudas. Andaba mal de la vista y usaba unas gafas de culo de vaso, sin las cuales el pobre confundía a los negros con las negras. Para compensar esta carencia, tenía una espesa mata de pelo que habría sido la envidia de cualquier fabricante de cepillos, parecía que llevaba peluca, ¡y de un rubio!, como las mieses en las eras de nuestros campos mastienos, al solanero de las tres de la tarde en pleno mes de agosto. Debía de correr por sus venas sangre celta, y él lo sabía, lo malo era que se ufanaba de ello, como más de un gallego que me conocía.

Cuando exponía al sol su preciosa piel lechosa (cubierta de rosáceas pecas), tiraba del pellejo de la barriga y me decía, en tono de cachondeo:

—¡Celta, celta!

—Sí, sí, celta, ¡de capullo de alhelí! —contestaba yo.

Era una piel que por más que la expusiera al sol del trópico africano no se bronceaba lo más mínimo, sino que se le ponía colorada como el marisco cocido.

Desde el principio habíamos congeniado, y salvo nuestras discrepancias raciales en conversaciones en las que se divertía sacándome de quicio, acabamos siendo muy buenos amigos, y juntos castigamos devotamente nuestros respectivos hígados con los muchísimos tragos de ron cubano bebidos en aras de la hermandad.

No dudé en ponerle en antecedentes con respecto a Tobías.

—Un viejo cojonudo, Fiuza, pero ¡ojo!, es un auténtico gafe —le resumí, haciendo hincapié en la palabra «gafe».

—¡Bah, bah, no será para tanto! —contestó risueñamente con el mismo buen humor de siempre.

—Va a gafar al barco, Fiuza —insistí—, y si no, al tiempo.

Málaga y Valencia

En Málaga embarcamos una buena partida de envases de plástico azul oscuro, grandes como tinajas, que contenían ciruelas en espeso almíbar, y que estibamos en el entrepuente de la bodega 2. Lo recuerdo muy bien porque durante el viaje se soltaron las trincas y el contenido de varias tinajas se derramó sobre la carga de la bodega dejándola acaramelada y adornada con brillantes perlas negras. También cargamos un sinfín de cajas de aceite de oliva y de vino, con las que, como era costumbre, se aprovisionó el barco. A bodega fueron a parar también cientos de tractores embalados en sólidas y herméticas cajas de madera, de más de dos toneladas de peso cada una. Los neumáticos venían a granel y se dejaban para el

final, pues servían para rellenar los espacios libres hasta los topes de la bodega. La cubierta, incluidas las tapas de aquélla, nos la cubrieron de todoterrenos, así que en cada puerto que tocábamos teníamos que echar a tierra los vehículos a fin de abrir las bodegas. Era una ruina para la compañía tanta remoción de carga.

En Valencia embarcamos mucha carga general, en especial unas buenas partidas de zapatos y juguetes con las que rellenamos los huecos de los entrepuentes de las bodegas. La tripulación siempre recibía con entusiasmo esas partidas, porque con un poco de suerte se podían encontrar unos pares de zapatos a la medida y unos juguetes (cuando la variedad iba más allá de las cocinitas o las muñequitas) con los que divertirse un poco durante el viaje. Uno de aquellos días, navegando ya por el índico, llegué a contemplar el escaléxtric más largo que haya visto jamás; eran metros y metros de vías empalmadas sacadas de varias cajas y que corrían a lo largo de los pasillos con unas idas y venidas de infarto que ningún bólido conseguía completar, porque a las velocidades a que los lanzaban se salían en las curvas. El electricista ya se había encargado de pertrechar aquel invento con una potente batería, y todos estaban disfrutando como niños.

En Castellón no había sorpresas con los cargamentos, siempre eran palets de azulejos muy bien embalados, que por pesados metíamos a pique de bodega, muy juntos y una tangada sobre otra, hasta dejar una estiba lo más compacta posible. Aquel día caía una fresca lluvia que, además de recordarnos que el otoño ya estaba a las puertas, sofocaba las nubes de polvo que levantaban las carretillas de carga en su continuo ir y venir por los muelles, entre filas de camiones que transportaban los palets de azulejos desde las fábricas a los almacenes del puerto.

El embarque de Tobías

Caía la tarde y la tripulación estaba sentada a la mesa, terminando tranquilamente la cena, cuando el marinero de guardia vino a avisarnos que acababa de llegar un taxi con el nuevo capitán. Como ya se había corrido la voz acerca de quién se trataba (incluidas las aportaciones individuales con que todos contribuyeron para aumentar la bola), la expectación por conocerle fue tal que a las diez de la noche la plana mayor de los oficiales todavía estaba peloteando a Tobías; ¡hasta se olvidaron de salir a tierra a echar los últimos tragos y comprar la prensa deportiva del día! Hablaban de todo y de todos, y el Viejo no se cortaba un ápice; estaba dándoles lo que ellos pedían: leña a diestro y siniestro.

En aquellas compañías elitistas, casi todas del norte, se había institucionalizado un *modus vivendi* que casi nada tenía que ver con el de los barcos extranjeros. Los capitanes hispánicos solían ser muy remilgados y apenas si daban cuartel; mantenían escrupulosamente las distancias con el resto de la tripulación, como si de una ralea distinta se tratara. De las pocas ventajas que tenían las compañías nacionales destacaba una: el vino tinto para acompañar las comidas, gasto este que la naviera nunca discutía.

Tobías, recordando los viejos tiempos, no le hizo ascos a las garrafas de vino que había sobre las mesas del comedor y que el camarero iba rellenando a medida que se vaciaban. Entre el vino de la cena y los posteriores lingotazos de *whisky*, acabó comportándose como si tal cosa; sin duda estaba en su salsa. Para no enzarzarme en la conversación, yo entraba y salía a echar una ojeada a cubierta, aunque la carga ya había terminado y las bodegas estaban arranchadas para la noche.

A la una de la mañana el único ruido, y de escándalo por cierto, que perturbaba la paz y el silencio del barco provenía del comedor de oficiales. Todos se habían marchado a dormir y sólo quedaban Fiuza y Tobías, que seguían con su acalorada discusión, con la familiaridad propia de un par de amigos de toda la vida, aunque sólo

hacía unas pocas horas que se conocían. El Viejo ya había ocupado en el comedor el sitio del capitán saliente y se comportaba como tal, aunque la Comandancia de Marina no había refrendado la entrega de mando de la nave ni él se había anotado aún en el diario de navegación ni en el rol del barco.

Ajenos a cuanto los rodeaba, estaban absortos en su conversación, como si fuera lo único importante del mundo. Unas veces parecían cuchichear sobre secretos de Estado, y otras vociferaban, sin la menor consideración hacia la gente que dormía en los camarotes contiguos. Por la forma en que gesticulaban no costaba deducir la cogorza que llevaban. A medianoche casi no podían con su alma.

Fiuza fue el primero en claudicar y acabó aguantándose la cabeza con las manos pegadas a la barbilla, y haciendo denodados esfuerzos por mantener los codos sobre la mesa, porque de vez en cuando se deslizaban sobre la superficie de ésta, y entonces, privada la cabeza de su soporte, caía de bruces sobre ceniceros repletos y vasos vacíos. Su sonrisa se había transformado en un rictus, y con sus gafotas parecía que enfocase a Tobías, pero no era consciente de lo que veía y los ojillos le daban vueltas, sin fijar la mirada en ningún lado. Simulaba prestar atención, pero era pura pose. Estaba fuera de onda y se limitaba a asentir en silencio ante todo lo que le decía el locuaz de Tobías, que semejaba un saco sin fondo lleno de palabras.

Yo esperaba verlo caer definitivamente de un momento a otro. Tobías, que le doblaba la edad, estaba dándole sopas con honda. Había dos botellas de *whisky* sobre la mesa y una cubitera con el hielo totalmente derretido; una de aquéllas estaba vacía y a la otra le quedaban dos tragos. Ambas corrían el riesgo inminente de caer al suelo con los ademanes enérgicos de Tobías, quien, más eufórico que nunca, seguía con su monólogo, tan decididamente que Fiuza no se atrevía ni a levantarse de la mesa para vomitar. Yo, que había participado moderadamente en el vaciado de las botellas, no tuve

tantos miramientos y, tras excusarme, salí a toda prisa hacia el camarote a dormirla, pues ya no quería saber más de ellos.

A las ocho en punto de la mañana siguiente, camino de la cubierta, pasé por el comedor y me horroricé al verlos todavía allí, como dos fardos abandonados, tirados entre los restos de la noche anterior. Fiuza dormía sentado, con el cuerpo echado sobre la mesa y los brazos extendidos hacia delante entre vasos volcados, tazas de café y botellas vacías. El suelo estaba cubierto de cristales rotos y encharcado de las bebidas derramadas. Tobías, con grandes ojeras y los ojos vidriosos, seguía confesándose sobre el cogote de Fiuza, totalmente ido, incapaz de articular una sola frase inteligible. Ni siquiera pudo responder a mi saludo mañanero. Sostenía una humeante taza de café negro que le había servido el camarero, pero no acertaba a llevársela a los labios, y el líquido se le derramaba encima. Mientras arreglaba las mesas, el ladino del camarero me echaba miradas de reprobación. Adrede, había demorado la limpieza de aquella mesa y el suelo en torno a ella para que todos vieran, al ir a desayunar, la estampa del nuevo capitán, a quien finalmente tuvimos que llevar casi a rastras a su camarote.

Al camarero no pude llamarle la atención porque era, junto con el cocinero, de los intocables a bordo, así que lo trataba con sumo cuidado y cuando por necesidad imperiosa tenía que meterle un rapapolvo, lo hacía de modo tan paternal que hasta parecía que fuese a darle las gracias por soportarme el sermón. La razón radicaba en que eran muchas las comidas a servir y varios los metros que debía recorrer, en solitario, desde la cocina al comedor con las bandejas y las soperas, para que me fiase de él. Las venganzas podían llegar en forma de escupitajo en la sopa o bajo la carne en salsa. Se sabía de historias sobre tamañas guarradas.

Yo ya veía mi prestigio vacilar. Al fin y al cabo, había avalado ante la compañía al nuevo capitán y aquello no tardaría en llegar a oídos de Madrid, y no precisamente en la forma que habría deseado. Para eso sobraban a bordo voluntades amigas.

—¿Qué tal es? —Se había limitado a preguntar Asensio, el jefe de personal, ante el favor que le pedía.

—Bueno, muy bueno, y con una larga experiencia. Un profesional —había respondido yo sin vacilar.

El Tobías que había embarcado, sin embargo, no era el mismo que recordaba. Se desvivía por mostrarse amable, pero se le veía nervioso y muy inseguro. Los años habían hecho mella en él, debía de estar muy cerca de la jubilación y buscaba desesperadamente una compañía española donde terminar sus días de mar y asegurarse los últimos años cotizando al máximo para obtener una pensión digna. Estaba alarmantemente más sordo y sus ojeras ya eran verdaderas bolsas debajo de los ojos. Miraba más de reojo que de costumbre, su semblante era más severo y el rictus de sarcasmo en sus labios más acusado. Seguía igual de descuidado en el vestir y su inglés no había mejorado nada, antes bien creo que había empeorado.

En las Ramblas

Terminamos de llenar bien la panza del barco con los palets de azulejos. Otra cosa sería sacarlos en puertos africanos, porque en el Grao de Castellón, con el torito corriendo por la bodega, te los dejaban bien alineados unos encima de otros, pero para la descarga en Mombasa o Dar es Salaam teníamos que utilizar los puntales del barco, porque en muchos de los muelles no había grúas, y si las había hacía tiempo que no funcionaban, de modo que la mayor parte de los palets acababan contusionados y algunos muy malheridos.

Salimos para Barcelona, donde nos esperaba un cargamento de productos químicos, entre ellos las sempiternas partidas de bidones de clorato potásico con los que se rellenaban los huecos que quedaban libres en cubierta y sobre los cuales el carpintero construía después una pasarela de acceso para pasar por cubierta.

También cargamos pequeñas partidas de productos textiles y cajas de madera blindadas procedentes de Bilbao que contenían, según se decía, escopetas de caza cuyo destino era Suráfrica. Teníamos previstas pequeñas paradas en Marsella y Génova para completar el cargamento del barco y salir desde este último puerto directos hacia Suez.

Una vez en Barcelona, Tobías fue entrando en calor y comenzó a tranquilizarse. Juntos, fuimos a dar una vuelta por la ciudad, incluido el típico paseo por las Ramblas. Y allí el hombre, completamente relajado, se confesó. En el último viaje había estado al mando de una tripulación en la que abundaban los colombianos, quienes habían sembrado el terror en el barco. Se enfadaban por la menor tontería y enseguida salían las navajas a relucir. Había tenido problemas graves y una de las veces, navegando por aguas de Florida, se había visto obligado a pedir auxilio por radio. La diligente guardia costera norteamericana intervino, evacuando dos heridos y arrestando a otros dos.

—¡Dormía con una pistola bajo la almohada y el camarote bien trincado! —me contó con amargura—. Los oficiales eran españoles y el resto de la tripulación colombianos y jamaicanos. El contramaestre, un colombiano, era el jefe de la mafia que se había instaurado a bordo.

»Aquel tipo se encargaba de conseguirme el personal. Tardé demasiado en darme cuenta que los que reclutaba eran todos del mismo clan de su pueblo y que eran más fieles a él que a mí. Cuando lo amenacé con despedirlo y desembarcar a todos los suyos, comenzaron las peleas y a punto estuvieron de amotinarse.

En Nueva York el barco fue detenido por tráfico de drogas a consecuencia de un chivatazo. Nada más atracar se presentaron los de la aduana y la policía. Acordonaron la zona. Los del fondeo pusieron patas arriba el barco hasta que al final encontraron el alijo. El *affaire*, seguido de la demora de rigor, no sentó muy bien al fletador, una multinacional norteamericana del banano que pidió

medidas contundentes al armador. Toda la tripulación fue a parar a la calle, y Tobías el primero.

—Tuve que resignarme, no podía hacer nada —siguió relatando mientras apurábamos el cubata indigno que nos habían servido, a precio de espanto, en una cafetería frente a la plaza de Catalunya.

Temporal en el golfo de León

Nada más salir del puerto de Barcelona, nos asaltó un viento fresco del norte. La preocupación por arranchar los camarotes y todo aquello susceptible de caer, ante los bandazos que empezábamos a dar, parecía lo único importante a los ojos de Tobías. El práctico que nos sacó de Barcelona ya nos había puesto sobre aviso. Estaba soplando el mistral y se preveía temporal en la zona. A la salida de un barco siempre venían los prácticos con los partes meteorológicos del día y las previsiones del tiempo para las siguientes horas. Era una deferencia para con los que partían a la mar.

Tobías, que era tan receloso como antaño pero seguía sin enterarse de nada, no había prestado atención suficiente a lo que le había comentado el práctico acerca del tiempo; de hecho, ni siquiera se había molestado en ojear el parte meteorológico que le había entregado. Estaba acostumbrado a toda clase de mares y malos tiempos, pero no tenía conciencia de lo que era el mistral en el golfo de León, por el que nunca había navegado. Además, el rumbo casi directo a Marsella hacía que, nada más dejar el golfo de Rosas, el viento nos diera bien por el través de babor.

Cuanto más nos adentrábamos en el golfo de León, más arreciaba el viento y más se embravecía la mar. Tobías, que se aprestaba para una más de las muchas tormentas que había pasado en su larga vida, se había apoltronado junto al ventanal del puente, dispuesto a sufrir. Para él, afrontar un temporal era un gaje más del oficio. Lo había hecho cientos de veces. Aferrado firmemente al pasamanos, y con las piernas bien abiertas para contrarrestar la

acunada, que ya nos estaba mareando, mantenía la mirada perdida en la mar, que de fuerte marejada estaba convirtiéndose en mar gruesa. Las escoras del barco se estaban volviendo peligrosas y no cesaban de aumentar, al igual que mi preocupación por la cubertada.

Yo no estaba para nanas ni para dejarme llevar por la resignación de Tobías, que todo lo arreglaba soltando un «¡¡¡Me caaago en Diooos!!!» que retumbaba en todo el barco, especialmente cuando, tras un vibrante y sonoro pantocazo, éste se estremecía primero para luego sacudirse de un lado a otro con violencia, mientras desde los comedores nos llegaba el ruido de la vajilla al romperse, lo que hacía sufrir a Tobías como si tuviera que pagarla él. Los extraños golpes que retumbaban en cubierta inquietaban sobremanera al personal. Los portazos ponían frenético al Viejo, y eran el preludio del concierto de blasfemias que venía a continuación.

El tifón *Gilda*

La noche era muy cerrada, apenas si se veían las siluetas de los mástiles del barco, que asemejaban gigantescas radiografías veladas en sepia o enormes huesos de mamut flotando en el aire. Se inclinaban de manera tan vertiginosa que parecía que iban a perderse en el mar, y apenas recuperaban la verticalidad volvían a tumbarse hacia el otro lado, como si quisieran besar bruscamente el agua, y así incansablemente, de un costado a otro. Era de infarto. Miré el clinómetro a fogonazo de linterna: los chivatos de los indicadores de escora marcaban los 30 grados de inclinación y en aumento.

Yo temía más a las indecisiones de los capitanes que a los temporales. Acudió a mi memoria lo acaecido en el *Brockman* poco tiempo antes, durante el viaje inaugural de Japón a Australia. El radiotelegrafista había recibido puntualmente los partes meteorológicos que, desde la salida de Tamaño, predecían la

presencia de un tifón a más de 250 millas de distancia de la costa filipina.

El capitán era un noruego que llevaba la tira de años sin navegar. Había perdido el hábito del mar, relajado tras una mesa de despacho en las oficinas de la compañía en Oslo. Asistió a la botadura del barco y obtuvo el mando de éste en su viaje inaugural. Era un simple capricho. El capitán designado embarcaría en Port Hedland y él regresaría a su despacho tras dos semanas de viaje en el que suponía que se cubriría de gloria.

Gilda, que así se llamaba el susodicho *typhoon*, se acercaba peligrosamente, y el capitán Olav permanecía indeciso. Navegábamos a la altura de la isla de Luzón. A la derecha teníamos las islas Filipinas y a la izquierda *Gilda*, que venía directamente hacia nosotros.

El radio apareció con el siguiente parte:

«*WX from XSW Taiwan. Report at 012300 GMT typhoon warnings 011800Z tropical storm Gilda 990 mbs position at 19-30N 133-12E east of SW of Iwojima moving WNW becoming NW 3 knots with winds max. 50 knots near center and radius of 30 knots winds 100 miles*».

Al muy arrogante Olav aquello debió de parecerle chino. Lo supuse porque se avino a preguntarme si me acordaba de las maniobras que había que realizar en caso de tifón y no creo que fuera para darme una lección de meteorología. Sencillamente no se acordaba de cómo tenía que actuar ante semejante fenómeno atmosférico, y lo peor era que no quería reconocerlo y dar el brazo a torcer. Se refugió en su camarote con el jefe de máquinas —otro noruego con pinta de leñador—, desentendiéndose del problema. Los sucesivos partes meteorológicos, tanto los que nos pasaba el radio como los que obteníamos nosotros del facsímil, se apilaban sobre la mesa de la derrota como si aquello a cuyo encuentro íbamos fuese un temporal cualquiera.

Dejó escapar inútilmente un precioso día; el tifón estaba situado a unas 100 millas por la proa de babor y seguía con rumbo de

colisión. La alarma cundió entre los tripulantes, y ante el nerviosismo generalizado se convocó una reunión de urgencia. En ella se discutió sobre el tifón, obsesivamente. Se decidió que sería yo quien fuese a preguntarle al capitán qué pensaba hacer, porque estábamos cada vez más cerca de *Gilda*.

Pero no sirvió de nada. «*No problems, chief*» era lo único que contestaba mientras se atusaba nervioso la melena de vikingo, y me despedía con una sonrisa perruna mientras se servía otro *gin-tonic*. Y lo peor era que ya no había nada que rascar, ni la más remota posibilidad de maniobra; simplemente, era demasiado tarde. Si caíamos a babor toparíamos antes con *Gilda*. Si lo hacíamos a estribor éste sólo nos daría un respiro, una pequeña tregua, porque a poco más de 100 millas teníamos la costa filipina, y a menos que dispusiésemos de un refugio seguro para fondear, cuanto más nos acercásemos a tierra mayor sería el riesgo. Era tan nuevo el barco que, por no tener, no teníamos ni cartas de navegación detalladas de aquel sector de la costa filipina. Sólo nos habíamos aprovisionado de aquéllos en que figuraban las cuatro rutas que haríamos y las zonas costeras de los puertos que tocaríamos. Las demás eran de escalas grandes, poco fiables para una maniobra de ese tipo.

El mal tiempo iba en aumento a medida que pasaban las horas. El siguiente parte fue aún más preocupante que el anterior:

«*Okinawa/JNB. Typhoon warning nr. 7 WX 020600 JST, issued at 020830 JST. Southern sea of Okinawa. Typhoon warning eastern sea of Okinawa. Storm warning severe tropical storm 985 mbs at 28-06N 134-12E west of Okinotorisima position fair almost stationary max. winds 50 knots near center and expected 65 knots nest 24 hours radius of over 30 knots winds 250 miles*».

A las cuatro de la mañana el barómetro había bajado a 980 milibares, el viento del NNE había pasado de fuerza 7 a medianoche a fuerza 9 cuatro horas después, y la mar de muy gruesa a arbolada, alzándose como murallas de agua que quisieran tragarnos de popa. Todos estábamos en el puente, expectantes, a la espera de una respuesta milagrosa del capitán, que no acababa de llegar. Había

subido a las dos de la mañana, y tras pasar unos pocos minutos mirando la carta y los partes, se había marchado por donde había venido.

A las ocho de la mañana el viento había rolado al norte y el barómetro bajado a 970 milibares. El noruego, encerrado en su camarote, se había venido claramente abajo, y ya no esperábamos nada de él. No nos quedaba por hacer más que santiguarnos y esperar a verlas venir, ¡y eso que el barco era un gigante!

El agua venía de todas direcciones, en imponentes e impetuosas fuentes coronadas de enormes crestas de espuma que el viento huracanado esparcía por doquier como un manto blanco. El *Brockman* una mole de 260 metros de eslora, se estremecía como un juguete ante el embate de las olas que barrían continuamente su cubierta. Daba igual que lleváramos 20 000 toneladas de lastre: se movía terroríficamente. El vendaval de agua y viento era tan intenso que resultaba casi imposible salir al alerón.

De pronto, a eso del mediodía el viento se apaciguó como por mandato divino. La mar se vino a menos, aunque siguiese bramando como si su agitada superficie estuviera ardiendo. El aire traslúcido nos dejó un cielo inusual, totalmente despejado y fulgurante de luz.

Todos miramos boquiabiertos hacia atrás, comprobando cómo aquellas murallas furiosas de mares confusas, rociones y lluvia se alejaban contorneando la curvatura del horizonte mientras nos internábamos en una plácida llanura. Lo malo era que a lo lejos, por la proa, se adivinaba de nuevo el fin de aquella tregua. En la lejanía, el temporal huracanado nos rodeaba trazando un círculo como si de una cadena montañosa se tratara.

Resultaba difícil admitir que hasta sólo unos minutos antes habíamos estados metidos en el mayor temporal que hubiese visto en mi vida. Era la primera vez que tenía la dicha de hallarme en el ojo de un ciclón. Todo el mundo salió a cubierta, porque hasta el más pintado sentía que aquello no era normal, que se trataba de un momento único, mágico e inolvidable. Difícil que volviera a repetirse si salíamos vivos de aquélla.

El descanso duró menos de una hora. Pronto salimos del ojo del ciclón y sentimos de nuevo toda la furia de éste, con redobladas fuerzas. La mar volvió a encabritarse. El ambiente se encapotó de nuevo, como si de pronto se hubiesen apagado las luces celestiales, nos vimos entre nubarrones chubascosos que lo ennegrecían todo y otra vez se nos vino encima una cortina de agua. El barco comenzó a enrabiarse y a perder el control. El barógrafo se había estancado en los 950 milibares. El viento se precipitó nuevamente sobre nosotros, de manera vertiginosa, rolando sin cesar. Habíamos pasado de un viento del ENE al NE, del NNE al N, del NNW al NW, y todo aquello, en un intervalo de un par de horas. Acabó estabilizándose al WSW, y al poco trajo (arrastrando consigo) una mar confusa que aparentaba no querer ceder su paso a una mar tendida montañosa del WSW, que trataba de aplacarla e imponerse a marchas forzadas.

Cuando a la mañana siguiente el viento y la mar se aplacaron, quedaron aquellas lomas de agua que formaban pequeños valles de largas pendientes. Semejaba un mar de grandes dunas. Aquel enorme barcarrón se deslizaba cuesta abajo por la ladera de la montaña de agua y se clavaba contra la siguiente loma que se nos venía encima. Parecía como si se lo engullera, porque no se veía la cubierta. A continuación notábamos que se estremecía a causa del impacto, permanecía cimbreándose por unos instantes, sacudiéndose con el encontronazo, mientras nos llegaba el estruendo del choque y los golpetazos de las anclas contra los escobenes. Eran momentos de mucho miedo, porque realmente creías que en cualquier momento aquella mole se hundiría igual que un submarino. Luego, parecía recobrar la horizontalidad, y de nuevo se empinaba y se quedaba unos momentos así, como si repitiéramos la subida por la ladera de la siguiente montaña. Entonces se ponía a arrojar hacia el mar toda el agua de la cubierta en enormes borbotones. Parecía que escaláramos, pero la verdad era que estábamos casi parados, con apenas máquina. Las enormes masas de agua se nos venían encima, una tras otra, hasta que

prácticamente desaparecíamos. Sentíamos un miedo insufrible ante aquella interminable montaña rusa.

No hizo falta que el radio volviera a darnos otro parte del tiempo, sabíamos que ya había pasado lo peor y, sobre todo, estábamos firmemente convencidos de que nada peor podía ocurrimos ya.

Cuando todo volvió a la normalidad, el noruego apareció por el puente como si nada hubiera sucedido, resplandeciente como sol del amanecer. Traía consigo un escueto telegrama para que el radio se lo pasase a los armadores en Nueva York. Decía así:

«Brockman *just crossed typhoon* Gilda *with the flying colours. Bests regards. Captain Olav*».

Quien más quien menos, todos quedamos mudos y de piedra. Había que tener narices para tamaña desfachatez.

Así pues, como los recuerdos de temporales de órdago me atenazaban y me mantenían constantemente el miedo en el cuerpo, no quería aceptar que nadie, a sabiendas, por negligencia o por desconocimiento, me hiciera revivir aquellas pesadillas. Tuve una fuerte discusión con Tobías en el puente, y allí, en aquella penumbra, las palabras subieron de tono. Cuando él bajó la mirada, supe que, en aquel enfrentamiento, había ganado la sensatez. Le expliqué que había navegado mucho por aquella zona, en la ruta del butano, entre Barcelona y Marsella, y había visto actuar a todos los capitanes de la misma forma, opuesta a la suya.

Si seguíamos a rumbo directo, no tardaríamos en encontrar mar muy gruesa en alta mar, con lo que tendríamos que capear el temporal o, en el peor de los casos, correrlo y encima con aquel pequeño cascarón. Perderíamos inútilmente el tiempo y el barco se vería expuesto al peligro en todo momento. Había que navegar costeando; daríamos un buen rodeo, pero cuanto más cerca de la costa estuviéramos el tiempo sería mejor y ganaríamos en todos los aspectos.

Tobías se mostraba desorientado. Por un lado, mi comportamiento ya no era el de un tercer oficial, siempre pegado a su lado, dócil y obediente. Por otro, había adquirido un buen

conocimiento de la compañía, bastante experiencia como primer oficial y, sobre todo, conocía todos los puertos africanos a los que nos dirigíamos. No admitió con agrado mi orientación, pero no tuvo más remedio que aceptar, y cambiamos de rumbo aproándonos a la costa y siguiendo después el contorno de ésta.

El viento de la meseta central se concentraba con toda su fuerza en el sur de Francia entre los Pirineos por un lado y los Alpes marítimos por el otro, y como si de un embudo se tratara, encauzaba el flujo de aire hacia el sureste, metiéndose de lleno y con su máxima fuerza en el golfo de León, embraveciendo la mar y haciéndola más peligrosa cuanto más te adentrabas en ella.

Con las luces de la costa bien a la vista, la mar se vino abajo y el barco dejó de dar bandazos, aunque el viento siguiera soplando huracanado.

Marsella

El tiempo no paró de jugarnos malas pasadas. Esta vez fue la falta de visibilidad nada más arribar a Marsella. Se había cerrado en niebla, justo al tener el puerto a la vista, poco después de contactar con los prácticos. No se veía absolutamente nada. Tobías se atrincheró en el radar presa de un resucitado nerviosismo y, prescindiendo de cualquier ayuda, comenzó a dar alarmantes órdenes al timonel y a la máquina. Una de las veces en que salió disparado hacia el alerón con los prismáticos en ristre, me acerqué al radar para contemplar, casi horrorizado, que estábamos milagrosamente abocados a la entrada del puerto y a pocos cables de otro barcarrón, que en esos momentos salía por entre espigones y venía a rumbo de colisión por la misma proa.

Mientras, por la radio no cesaban de alertarnos, desesperadamente unas veces, angustiosamente otras. Las instrucciones eran claras: debíamos dejar el canal libre. El Viejo sabía que en esos momentos sus famosos «*repit, plis*» no procedían;

estaba atenazado de pánico, tratando de ver por la proa el barco que se nos echaba encima, cuando apenas si distinguíamos nuestro propio castillo de proa a causa de la densa niebla que nos envolvía.

Tobías, que me había oído ordenar al timonel «todo a estribor» y al poco «todo a babor», permaneció callado, sin reaccionar. Instantes después empezó a surgir de la niebla la silueta de la proa de un enorme cascarón negro que se acercaba rápidamente a nosotros. Pasó a pocos metros, por nuestro costado de babor. Quedamos paralizados, mudos, porque por un instante habíamos creído que la colisión era inminente. Apenas si habíamos tenido la suerte de darle un regate sin irnos contra las piedras del espigón, porque el barco llevaba un avance lento y casi no respondía al timón.

Tras el estresante susto, y con la poca arrancada que aún llevábamos, no tardaron en hacerse visibles las piedras del espigón en la medianía del canal, y la embarcación del práctico, presto a abordarnos.

La que le cayó encima al Viejo por parte del práctico fue de cuidado, porque no había seguido las instrucciones de no bloquear la salida del otro barco. Fue un rapapolvo de los que dejan huella de por vida. Tobías, que se había limitado a parar la máquina y no la arrancada del barco, había dejado que, con la inercia, el *Picoblanco* se aproximara peligrosamente a la entrada, hasta que llegó a una distancia tal que no hubo más remedio que seguir avante lo más despacio posible, porque la capacidad de maniobra casi se había agotado.

Tobías y los estibadores marselleses

Lo que sucedió en Marsella a la mañana siguiente creo que en parte fue culpa mía. El Viejo no había terminado de digerir que me opusiera a sus intenciones en la navegación por el golfo de León y le suplantara en la maniobra de entrada al puerto, y trataba de

sobrellevar tantos sinsabores a base de largos tragos de *whisky*. Era su primer viaje en aquel barco y las cosas no marchaban como pretendía. Ya no me veía con los mismos ojos de antes, aunque no le quedara más remedio que seguir depositando su confianza en mí. En el fondo, lo que le interesaba era no tener problemas y que los que le vinieran, se los allanara. Para eso me habían enviado con él, y bien que lo sabía. Pero Tobías era un imán que atraía las desgracias sobre sí sin pretenderlo.

Nada más empezar la jornada, una colla de estibadores nos despejó de coches la cubierta 3 para acceder al hueco que habíamos reservado para la carga prevista en Marsella: una partida de electrodomésticos variopintos y cajas de vino en palets, que íbamos a estibar a pique de bodega, cuyo destino era Suráfrica. De pronto la grúa dejó de trabajar y los estibadores se negaron a continuar con su labor. La razón era que habían detectado restos de asbesto (de una carga de Suráfrica, del viaje anterior) esparcidos por el plan de la bodega. Los marineros habían barrido por encima e imagino que yo no había supervisado detenidamente la limpieza de bodegas. La verdad es que lo que podía recogerse del plan cabía perfectamente en un puño, porque si había más estaría bajo el resto de las cargas que habíamos hecho en los puertos españoles sin la menor protesta por parte de nuestros estibadores. Pero los marselleses se cerraron en banda y no valieron para nada mis excusas ni que mandara a los marineros a que sacaran brillo a aquel pequeño espacio del plan de la 3. Se armó un revuelo.

Para ellos la consigna era bien clara: en bodega había asbesto, una sustancia muy nociva para la salud, y el barco era el responsable de que no se continuara con la carga.

En un abrir y cerrar de ojos se presentaron los representantes sindicales de los estibadores. No tuvieron ni que molestarse en comprobar la denuncia de éstos, bastó que les subieran de la bodega una pequeña muestra del asbesto para que quedase claro que el problema existía. Aquello parecía un mechón de cabello rubio, y se perdía entre las manazas del estibador. Los de la agencia del

barco y un representante del cargador también habían llegado a toda prisa. Se discutía a todas las bandas, unos exigían y los otros no cedían, todos querían tener la razón. Finalmente se decidió que una bonificación extra a los estibadores resolvería la cuestión. Estaban fijando el montante y los estibadores marselleses ya se mostraban más tranquilos, porque veían que iban a conseguir lo que realmente se habían propuesto desde que descubrieron la «mina» de asbesto en bodega. ¡Dinero y sólo dinero!

Cuando nos disponíamos a reanudar la carga y todo eran despedidas y apretones de manos entre tanto maletín y corbata ondeando al viento, Tobías apareció de improviso en la cubierta. Se puso a bajar por la escalera con evidente torpeza, dando traspiés y aferrándose a la pasarela como si en ello le fuera la vida. Todos lo observamos, expectantes, hasta que salvó el último peldaño y se acercó a nosotros. Entonces, para sorpresa de todos los presentes, con voz pastosa y altisonante, atufando a *whisky*, empezó a preguntar a gritos en su inalterable pichinglis.

—*Guat japen?… Guai chip no cargo?… Guat problem nao, eh, eh?*

Me habría sentido feliz si, mágicamente, hubiera podido desaparecer, evaporarme ante aquella escena. No obstante el bochorno que suponía para la tripulación el estado de Tobías y el que todos se mostraran atónitos por tan inesperada interrupción, y por más que yo le dijera en tono conciliador que el problema se había solucionado y que el asbesto que lo había originado ya había sido barrido, a él le daba igual. Negaba con vaivenes de la cabeza todo cuanto le decía o aconsejaba. Le había entrado, súbitamente, la vena de zorro viejo que está de vuelta de todo. Él era un capitán avezado, debía de pensar entre los efluvios del alcohol, y aquellos mangantes no le iban a tomar el pelo. Así que no se le ocurrió mejor idea que subirse a la escalerilla de la tapa de regala de la bodega y, asomándose hacia el interior de ésta, chillarles a los estibadores, que ya habían vuelto a ocupar sus puestos:

—¡Hijopuuutas, que sois unos hijopuuutas! ¡Vaaagooos, que sois unos vaaagooos!

El agente del barco, cuyo rostro había mudado súbitamente de color, pasando del blanco níveo al rojo carmesí, lo agarró del brazo e intentó llevárselo de allí mientras le suplicaba que se callara, que ya estaba todo resuelto. Los del sindicato, que habían intercambiado unas palabras con los estibadores, optaron por abandonar junto a sus afiliados el barco, y el agente se echó las manos a la cabeza, con la corbata enredada entre ellas. Nadie podía creérselo. El Viejo seguía asomado a la bodega, inmóvil, como si estuviera a punto de vomitar.

A Tobías le llevó su tiempo comprender que había metido bien la pata. Al final conseguimos subirlo casi en volandas a su camarote, pero no que los estibadores volvieran a la bodega. Por su inusitada e inoportuna intromisión perdimos media mañana.

La fatídica intervención de Tobías había traído consigo nuevas conversaciones, nuevas disculpas y un aumento sustancioso de la bonificación. El agente me recomendó que Tobías no apareciese por la cubierta, ya que era imposible garantizar su integridad física si alguno de los ofendidos marselleses le echaba el ojo encima.

Yo no acertaba a comprender la actitud del Viejo. Desde que había embarcado, hacía menos de una semana, ya las estaba haciendo bien gordas y no paraba de espantar al personal, que empezaba a mirarlo con reservas. Más de uno comentaba que así no iba a durar mucho en la compañía. Y yo asentía. Me daba pena verlo así, por nuestra amistad y porque soplándose una botella de *whisky* no iba a conseguir mejorar la situación. Estaba claro que su misión era complicarse lo menos posible, no tenía más que dejar hacer a los demás, pero él se empeñaba jodidamente en entrometerse, siempre a destiempo, fuera de lugar o de tono. No había más remedio que estar ojo avizor hasta de los movimientos de su sombra.

Cuando me encontré a Fiuza en cubierta el muy mariconazo no me dijo nada, se limitó a silbar, conteniendo a duras penas las risitas y a batir el aire con las manos.

—¿Adónde vamos a ir con este elemento? —dijo.

—¿No te acuerdas de que te lo previne, so listo?

El *Picoblanco* en maniobras navales

De Marsella salimos por piernas. Antes de terminar de arranchar la cubierta, el agente ya nos había mandado al práctico y el remolcador, para meternos prisa. Quería perdernos de vista lo antes posible. El follón de la mañana lo había desbordado. Durante la maniobra, Tobías, tras una larga siesta recuperadora, se mostró avergonzado y subió al puente con ímpetu brioso. Parecía convencido de que quería empezar de nuevo, como si partiera de cero.

Hacía pocos minutos que habíamos dejado el puerto de Marsella, el práctico acababa de saltar a su lancha, habíamos oscurecido el puente para la navegación, y ya estábamos saliendo a la noche abierta con una leve brisa fresca y una mar bastante tranquila, mientras por la popa se iban quedando las luces del puerto, cuando al ir a echarle una ojeada rutinaria a la pantalla del radar empecé a liarme con las matemáticas. No paraba de contar los ecos que me daba el radar y compararlos con las luces que tenían que verse a distancia, pero las cuentas no me salían, ni con prismáticos ni forzando la vista. ¡Me faltaba una luz en el horizonte! El radar me daba cuatro ecos por la proa y yo sólo veía las luces de tres barcos brillar en el lienzo negro de la noche. Por la proa de babor nos aparecía en la pantalla, a una milla de distancia, un eco fuerte que se dirigía directamente hacia nosotros, a buena velocidad. No se veía nada, y el que no hubiese luna tampoco ayudaba mucho. Como a una media milla de distancia por la proa, el misterioso eco dio claras muestras de que cambiaba de rumbo, mientras nosotros manteníamos el nuestro.

Seguíamos muy atentos, por si había que maniobrar ante aquella misteriosa aparición. Tobías, que empezaba a descomponerse de nuevo, no hacía más que dar viajecitos del alerón al radar y viceversa, refunfuñando y esperando que alguien descifrara aquel misterio. Se llevaba los prismáticos a los ojos y escudriñaba a babor, porque el eco aparecía muy cerca en esa demora, pero no veía

nada. Nos quedamos atónitos, y aún más cuando vimos que el eco describía una circunferencia alrededor nuestro, manteniendo un radio de media milla. Y nosotros sin saber qué sería aquello.

De pronto, el eco se cansó de girar en círculos y se echó sobre nosotros a más velocidad todavía. En la escala de media milla de la pantalla del radar se veía su estela venir directa en nuestra dirección, a rumbo de colisión por nuestro través de babor. Y nosotros, acojonados, sin saber qué coño era aquello que se nos venía encima tan amenazadoramente. Forzábamos la vista tratando de penetrar la oscuridad, pero nada. De pronto, cuando ya teníamos el manchón casi en el centro de la pantalla y creíamos que íbamos a entrar en colisión, por no mencionar a Tobías, que no sabía qué orden darle al timonel ni qué reacción tomar, vimos pasar, estupefactos, a menos de un cable por la popa, la gigantesca silueta de un buque de guerra navegando a régimen de oscurecimiento total.

Tal como lo vimos aparecer, rozándonos casi la popa por babor, desapareció enseguida hacia el otro costado, perdiéndose de nuevo en la noche. Se produjo un silencio sepulcral, que rompió Tobías desde el alerón, con uno de sus inesperados gritos de guerra.

—¡Hijopuuutas, hijopuuutas! ¡La madre que os parióoo! ¡Me caaago en Diooos! —Blasfemaba a pleno pulmón.

El buque de guerra se alejó a toda velocidad dando señales claras de que había terminado el juego en el que habíamos servido de conejillo de indias, y dispuesto, al parecer, a dejarnos en paz.

Continuamos rumbo a Génova, puerto que teníamos a un día de navegación por la proa. Bajamos al camarote de Tobías, porque éste se empeñó en que diluyéramos el susto con un lingotazo. Volvíamos a las andadas, pensé, sobre todo el Viejo, que no había dejado de darle al frasco desde que embarcara en Castellón. Yo no ganaba para sustos y él no podía engañarse pensando que el *whisky* le ayudaría a mantener el tipo.

Habríamos llegado a Génova a la madrugada siguiente, pero Tobías, con buen criterio, redujo máquina con la intención de llegar

a prácticos a las siete de la mañana, como en efecto hicimos. A las ocho de la mañana teníamos el barco atracado y en el muelle las collas se disponían a comenzar los trabajos.

Génova

En Italia nunca había prisas porque casi siempre estaban de *soppero*, si no era huelga de estibadores local, lo era provincial o estatal. Y si no de aduanas, sanidad, amarradores o de camioneros. De modo que siempre se llegaba con el convencimiento de que lo que iba para un día llevaría dos, por lo menos.

Las autoridades italianas no se cortaban un pelo, y con un descaro evidente llenaban sus carteras con botellas de *brandy* y cartones de cigarrillos. Los del fondeo habían venido en un grupo de seis, jefe aparte. En la policía también se adivinaba que, al menos en lo que a medios humanos se refería, no padecían carencias. Y de camino todos a llenar las carteras. Porque llevaban unos buenos ejemplares de éstas, aunque nunca vi que contuvieran nada, a excepción de una carpeta de cartón de cierre de gomas con unos pocos impresos dentro. Todo se hacía con tanto desparpajo que se había convertido en costumbre y adquirido peso de ley. Tobías, tan espléndido como siempre, no cicateaba con las invitaciones, aunque le preocupara, y bien de mañana se sirvieron muchos cafés y más tragos.

—Para entrar en calor, capitán. La mañana es fresca —decía uno de los guardias con mucho recochineo.

Entre trago y trago fuimos entregando mil y una copias de listas de tripulantes, manifiestos de la tripulación, de la carga y demás papeleo del barco. Todo el mundo guardaba papeles en sus avejentadas carpetas y metían éstas en las carteras, de forma muy rutinaria, buscando un hueco entre las botellas y los cartones de cigarrillos. Lo que de verdad importaba eran las copas de *brandy*, por las que mostraban muchísimo interés. Ellos a su rollo en italiano,

y nosotros al nuestro en castellano, y todo iba como la seda. Era una gran ventaja que nuestras lenguas tuviesen una raíz común.

El agente, que como era normal había sido de los primeros en subir a bordo, había despachado todo los asuntos del barco y nos había entregado una relación más exacta de las cargas que teníamos previstas para Génova.

Como de costumbre, la realidad no se aproximaba a la previsión, ni muchísimo menos, y hubo que modificar una vez más los planos de carga. Habíamos reservado parte de dos entrepuentes para las partidas de juguetes que debíamos llevar a Suráfrica, y un hueco de bodega, con su entrepuente, para carga general más pesada destinada a varios puertos de la costa oriental africana.

Para cuando todos se hubieron marchado, Tobías ya estaba caliente y se le notaba muy nervioso. De modo que me quedé a su lado, vigilándole, hasta que se acabara la jornada de trabajo. No me fiaba ni un pelo.

La cuenta de la pizzería

Cuando terminó la jornada, unos cuantos compañeros nos fuimos a tierra a tomarnos unas *grappas* y cenar una, se suponía, excelente *pizza*, hecha en Italia por italianos con las más viejas fórmulas italianas, en un horno italiano y con leña italiana. Con esa idea dimos un largo paseo por la ciudad mientras íbamos haciendo boca. Total, que en el primer alto que hicimos camino de la avenida XX Settembre entramos en un bar.

El problema se suscitó cuando nos dio por fijarnos en una mugrienta botella de coñac olvidada sobre una repisa colocada ex profeso para ella, mientras nos tomábamos la primera *grappa* a fin de entrar en calor, para espanto del camarero, que siempre la servía a primera hora de la mañana o, como se hace con el orujo en Galicia, para echarle unas gotitas al café de la sobremesa.

El camarero se percató como un lince del asunto que nos traía, y nos susurró, muy serio y en tono confidencial:

—Esta botella perteneció a Napoleón Bonaparte. Vale un millón de liras, ¡una ganga! —Y dando media vuelta, tan frescales, siguió con su trabajo, dejándonos boquiabiertos.

Empezamos a desconfiar de él y le pedimos la cuenta, porque el muy ladino había vuelto a la carga y se proponía vendernos aquella botella a cualquier precio; entretanto, la expectación de los parroquianos que nos rodeaban crecía por momentos. Además, el intrigante embaucador había intentado echarnos unas gotitas para probar, de la mismísima botella de nuestro amigo Napoleón, pero nadie cayó en la trampa. Intentó timarnos con un descaro inigualable, y decidimos largarnos de aquel antro cuanto antes.

—Una ganga, muy barato, muy barato —insistía con la mayor desfachatez del mundo al vernos marchar.

—Una mierda, una mierda —respondía el segundo de máquinas mientras salíamos, sin volver la cabeza atrás.

Con algo de cabreo nos dirigimos calle arriba hasta encontrar una pizzería. No era un establecimiento que deslumbrase como para decir «ave César», ni tan cutre como para añadir «los que van a morir te saludan». Mientras decidíamos qué *pizzas* pedir, el camarero no paraba de servirnos pijadas que no habíamos pedido. Que si el obligado y sanísimo pan de ajo, que si aceitunas de Palermo, que se perdían en el plato entre un bosque de hojas y ramitas, que si queso siciliano porque a Fiuza le había dado por hablar de lo exquisito que era mientras el camarero luchaba peligrosamente por descorchar una rebelde botella de vino chianti.

—Tráiganos unas *grappas, signore* —pidió Fiuza.

Qué sé yo, el caso es que nos dimos a las bromas y los chistes, al pico y al alpiste al tiempo que el carota del camarero, muy envarado, ponía sobre la mesa botella tras botella. No volvimos a preocuparnos de aquella semidesierta pizzería hasta que nos entregaron la cuenta.

Al final, por una *pizza* y cuatro tonterías el bribón pretendía estafarnos un dineral. Nos pasamos la cuenta el uno al otro, porque

nadie se creía la cifra que en ella figuraba y a todos nos parecía que quemaba al contacto con los dedos. No llevábamos calculadora para comprobar las sumas, pero saltaba a la vista que aquella cuenta no era correcta. Llamamos al camarero, que seguía mariposeando a nuestro alrededor, con su habitual desparpajo y su fingido despiste.

—¡Asientos, seis! ¿Pone aquí asientos seis o yo no entiendo el italiano? —le preguntó Fiuza con mirada desafiante, mientras le acercaba la nota a la cara—. ¡Nosotros somos cinco! —añadió.

—*Voi siete cinque, peró vi siete seduti in un tavolo di sei persone. Vi voglio dire che cosi perdo soldi. Capite?* —explicó el camarero mientras acompañaba su justificación con ademanes ampulosos, poniendo las manos como si fueran brevas y llevándoselas a la boca machaconamente.

Al final hasta sentías pena de él y te daban ganas de dejarle unas liras de propina.

—¡Y aquíi!… ¡Ha sumado el teléfono! —le espetó Fiuza con cara de asombro, porque no acababa de creérselo, y dándole a entender que estaba embaucándonos sin piedad.

En el ángulo superior izquierdo de la nota venía impreso el logotipo del restaurante, con su nombre y dirección, en tanto que en el derecho aparecía, solito, el teléfono, en números bien legibles. Menos mal que sin prefijo.

—*Sigliore, il mio bambino é un cretino!… Mamma mía, il mio bambino é un inútile!… Porca Madonna!* —exclamaba quejosamente, llevándose las manos a la cabeza tantas veces como miraba la factura, como si él tampoco se lo creyese—. *Giulio, Giulio, che cosa hai fatto!* —Seguía mientras se encaminaba hacia la cocina haciendo el paripé de que iba a matarlo del disgusto que le estaba dando.

—*Giulio, Giulio!*

—¡Qué actor, Dios mío!, pero ¿y si colaba? ¡Menudo golazo nos quería endosar!

Aquello acabó en un mar de exageradas disculpas nada convincentes. Modificó la nota ante nuestras narices, nos descontó el número de teléfono y, además, en un alarde de generosidad, el

asiento vacío. Todo un detalle que nos conmovió. Evidentemente, si los clientes eran avispados y se ponían farrucos, él contaba con el leve esfuerzo de tener que rehacer la nota, lo cual, supongo, debía de sucederle la mayoría de las veces.

Nos fuimos al barrio de la Lanterna, donde pululaban «trabajadoras sociales» nocturnas de variada estofa o unas travestís preciosas ansiosas por ligar, y no por ello menos cariñosas.

—Hay que ir con ojo si no abren la boca, se desvisten de espaldas, a media luz, y se acuestan boca abajo sobre las sábanas. Por lo demás, dan el pego muy fácilmente —comentó Fiuza mientras se mondaba de risa.

En uno de aquellos bares nocturnos nos encontramos a Juan, que discutía muy acaloradamente con un engrasador del barco.

—¡No le he dado dos hostias de puro milagro! —exclamaba, amenazador, Juan, apodado el Voltios. Se trataba de un electricista tan bestia que era famoso por meter los dedos en las conexiones y guasearse como si tal cosa de una sacudida de 400 voltios. Además, si te quedaba alguna duda no tenía problema en repetirlo. Si se escamaba ante tu insistencia y te invitaba a imitarlo, entonces no tenías más remedio que contestarle «¡y un huevo!» y dar media vuelta con la cabeza gacha y convencido.

—¿Qué pasó, Juan? —le pregunté, intrigado.

—Pues que cuando la estaba desnudando me di cuenta de que era un tío, que tenía pito, ¡la muy maricona!

—¿Y…? —volví a preguntar, más intrigado todavía.

—¡Hombre, pues, ya que estaba allí…! No, no es lo que usted se piensa, no, es que…

Entre tías sí, tíos no, nos encontramos sentados en un taxi. Alguien que no contó con los demás le dijo al taxista que al puerto. Era más de medianoche y a esas horas Génova no nos ofrecía más oportunidades que vaciar nuestros bolsillos por sexo dudoso en barriadas harto peligrosas. Así que todo quedaba en dar un paseo, tomar unos tragos y tontear un poco. Menos Fiuza, los demás nos reservábamos para África, donde todo era más natural y acogedor, y

el sexo más cálido y sensual. No había tantas etiquetas morales y del pudor no había mucho que hablar.

En ruta a Port Said

Salimos de Génova hacia la isla de Elba y de allí en dirección al estrecho de Messina. Atrás dejábamos un puerto, y con él todos sus problemas, que muy pronto sustituiríamos por otros. El tiempo estaba fresco y la mar picada. Respirar la brisa en la mar abierta constituía un remedio infalible para tranquilizar los ánimos y serenarse. Así que comenzar a navegar era volver a la normalidad, a la rutina. Teníamos más de 1600 millas hasta Suez, más de cinco días de navegación.

Para los marinos, el Mediterráneo es, en general, bastante tranquilo. Si bien es cierto que de la mar nunca puedes fiarte, navegar por esas aguas casi siempre es un placer, aunque cuando menos te lo esperes te salte súbitamente una baja local, que te encabrita la mar peligrosamente, pero esto son circunstancias inoportunas en áreas muy concretas, y además duran poco tiempo.

No es como el Atlántico Norte, del que siempre esperas mal tiempo, sobre todo en invierno. Cierto que en verano mejora mucho la cosa, cuando al anticiclón de las Azores le da por señorear por esos lares subiendo a latitudes altas, pero el resto del año son cada vez más bajas, de hecho un rosario de bajas del subcontinente norteamericano hacia el norte europeo, barriendo el Atlántico Norte. Como para aburrir, vamos. Si navegas hacia el este, en dirección a Europa, todas te vienen de culo, y aunque se hace incómodo resulta tolerable, pero si es al revés entonces se convierte en un martirio, porque cuando vas a Norteamérica desde Europa toda la fuerza del viento y de la mar te viene de frente, por la misma proa, y resulta insufrible navegar diez días en esas condiciones, sin poder dormir a causa del continuo ajetreo.

El Mediterráneo, como digo, era otra cosa. Era su tranquilidad, su aire salino, su relajante color azul y su intensa y cálida luz. Además, cada isla que dejabas, cada costa que divisabas o cada puerto al que arribabas eran páginas milenarias de historia. Junto a sus aguas nacieron muchas de las más importantes civilizaciones. Lo sentías en todo momento como un mar familiar. Y desde el instante en que dejabas el Peñón por tu izquierda, parecía que entrabas en casa.

La costa sur de Creta

Vimos la isla de Stromboli bastante antes que la detectara el radar. Así de alto es su cono volcánico, coronado por un perpetuo penacho de humo. Enseguida nos metimos en el estrecho de Messina, que hervía de barcos costeros, embarcaciones deportivas y pesqueros. Empezaba el veraneo de los italianos y el caluroso sur bullía por expandirse.

El mar Jónico se abría limpio y calmo. La mar adquirió un intenso color verde turquesa y el azul del cielo se tornó aún más luminoso. Nos dedicamos a disfrutar de aquellos días de navegación apacible y temperaturas agradables. La piscina, que se montaba en un abrir y cerrar de ojos, quedó instalada antes de que se diera la orden de hacerlo. Así de claras estaban las cosas. Las tardes calurosas no te dejaban estar en el camarote aunque hubiese corrientes de aire, de modo que había que ir a echar la siesta a cubierta, sobre la tapa de la bodega, junto a la piscina. Procurabas el refugio de una sombra o improvisabas una gorrilla con cualquier trapo. Y, de paso, los cubatas bien pertrechados de hielo y ron con su correspondiente rodajita de limón.

La tarde que pasamos recorriendo la costa sur de Creta se produjo un pequeño incidente que a punto estuvo de tener un final sangriento. De repente todo el mundo empezó a hacer corrillos y cruzarse apuestas. El barco se convirtió en un casino.

La razón de la discordia surgió por discrepancias con respecto a la distancia a que pasábamos de la isla. La mayoría apostaba a que nos encontrábamos a unas dos millas de ésta, o tres como mucho. Era lo que se apreciaba a simple vista. En efecto, parecía que tuvieses la costa prácticamente al lado. Los acantilados eran muy altos, la luz oblicua de la tarde resaltaba sus sombras y los escarpados se divisaban con una nitidez insólita.

Los pocos que habían confiado en la seriedad de la palabra del segundo oficial, que en esos momentos se encontraba de guardia, aseguraban que la isla estaba a 12 millas justas por radar, unos 22 kilómetros. La técnica decía una cosa y la mente percibía otra.

Se armaron broncas y faltó poco para que de las palabras se pasase a las manos, porque los ánimos se encendieron en demasía. Al final se nombró un petit comité que fue a solicitar información oficial al Viejo. Éste, que no veía que hubiese más problema que mirar al radar, accedió. Mientras lo hacía, todos caminaban arriba y abajo por la cubierta del puente y la de botes, anhelantes, esperando a que el capitán saliera del puente a contentar a unos y acallar a otros. En las travesías más o menos largas, el aburrimiento y el relajo entre los tripulantes convertían una nimiedad en asunto relevante. Y aquello había acabado convirtiéndose en una disputa de las más importantes.

Tobías apareció al cabo de un rato, alzó los brazos para imponer silencio y declaró solemnemente.

—Pasamos a doce millas.

Era tanta la expectación que la sentencia se escuchó con suma devoción, como bendición papal.

Con la respuesta, la algarabía renació, porque muchos se resistieron a creerlo, y hasta al cabo de una hora la situación no estuvo bajo control. Se perdieron botellas de licor y cajas de cervezas. Y quienes habían apostado fuerte querían retractarse a fuerza de estupideces y gritos, lo que provocó nuevas peleas. En los barcos la gente es bastante pendenciera y suele estar dispuesta a participar en reyertas. Al Viejo no se le ocurrió aquella tarde bajar

por las dependencias de los marineros, porque suponía, muy atinadamente, que más de uno se estaría acordando de la madre que lo había parido.

El canal de Suez

A Tobías, que hacía muchos años que no pasaba por el canal de Suez, le recordé lo del aviso de llegada a Port Said. El tema salió a relucir sin intención, como uno más de los que tocábamos en nuestras conversaciones. Faltaba algo más de dos días para llegar y se me ocurrió preguntárselo.

Me miró boquiabierto, como a un bicho raro.

—Hay que dar los preavisos de llegada, ¿no? —dije, extrañado de que no lo hubiera hecho ya.

Eso era cuestión exclusiva del capitán y del radio, quienes debían de saber cuándo tenían que pasarlos. Pero para el radio, que era nuevo, aquél era su primer viaje por Suez. Como los de su oficio escaseaban y había mucha demanda, pues se contrataba al primero que se ponía a tiro. Eran tiempos en los que muchos profesionales de la marina de guerra se pasaban a la mercante. Como quiera que fuese, entre los despistes de uno y otro, el caso es que los preavisos de llegada, salvo el enviado por el agente a nuestra salida de Génova, no se habían mandado de momento. De modo, pues, que hubo que hacerlo de inmediato, aunque fuera tarde. Estaba cayendo el día y en Port Said nuestro agente no atendería nuestro telegrama hasta la mañana siguiente.

Como cabría esperar, al llegar nos mandaron fondear y quedar a la espera. Un correveidile de la agencia nos hizo una visita fantasma en una lancha. Venía exclusivamente a avisarnos que tendríamos que esperar hasta el nuevo día. No estábamos incluidos en el convoy de la tarde. Así que el disgusto de Tobías fue de los que hacen historia. Sé puso a suplicarle al agente que hiciera lo imposible para entrarnos en el convoy de la tarde, pero los allí presentes

comprendimos de inmediato que no había nada que rascar, pues el enviado de la agencia no sabía cómo desembarazarse del Viejo. Tobías no estaba dispuesto a reconocerlo, y no quería que aquel pobre diablillo cogiera la lancha y se largase sin antes garantizarle que arreglaría lo de la demora del barco. Como temíamos, el resultado final fue fondear y quedar a la espera sin más remedio.

A la tripulación, aquel descanso inesperado pareció encantarle, porque en cuanto oscureció los focos portátiles empezaron a colgar del costado del barco, para pescar con poteras. Cada vez que se fondeaba aparecía un arsenal de líneas y aparejos de pesca. Les acompañé un rato con una línea que me habían dejado, pero en cuanto icé un calamar a bordo con la potera y vi la sinrazón de aquel acto, me arrepentí y devolví el animal a su hábitat y juré que nunca más volvería a intentarlo, salvo por necesidad perentoria. Los engrasadores, que tenían el oído acostumbrado al sonsonete del motor auxiliar y por ello se confiaban, se pasaron toda la noche con el vigilante de cubierta, dando tirones a las líneas que tenían fijas a la borda, cuando sentían que algún calamar se había enganchado a la potera, y tratando (estúpidamente) que sus cubos de pesca estuvieran más llenos que los de los demás.

Entramos en el convoy de la mañana, tan en la cola que por poco no nos quedamos otro medio día a esperar el siguiente. Éramos los penúltimos.

Hacía sólo unos pocos meses que se había reabierto el canal, después de que hubiera permanecido cerrado ocho años, tras la guerra relámpago entre árabes e israelíes en el 67. Se habían acabado los largos rodeos a África, ahora se cogía el atajo, con un sustancioso ahorro de combustible y tiempo. A pesar de la limpieza exhaustiva a que se había sometido al canal, los restos de artilugios bélicos en su lecho aún constituían un peligro. A nosotros no nos preocupaba eso en ese momento, porque íbamos entre los vagones de cola del convoy, así que en caso de explosión por alguna mina perdida peor lo tendrían los barcos que abrían la marcha. Sin embargo, y a pesar de ello, parecía que a todo el mundo le había

dado por acortar por allí, por la cantidad de barcos que no paraban de llegar y de salir de Port Said.

El mar Rojo

El mar Rojo y el Mediterráneo volvían a encontrarse. África se convertía en la isla más grande del mundo al cortarle el pequeño cordón umbilical que la unía a Eurasia. Todo el mundo quedó asombrado aquel 17 de noviembre de 1869 cuando la máxima representante del país promotor del canal, la emperatriz Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, se ponía a la cabeza del primer convoy de 64 barcos que componían el cortejo real. El hecho era motivo más que suficiente para tamaña expectación, pero para desgracia de los que sólo quieren saber del presente o intentan entrever el futuro desdeñando el pasado, aquel acontecimiento no constituía una novedad, pues ya antes se había tenido idea de navegar entre el mar Mediterráneo y el mar Rojo.

Ya en el Egipto de los faraones, 600 años antes de Cristo, Neko II, de la XXVI dinastía, fue el primero en emprender tan colosal obra, pero la dejó a medio terminar a causa de un oráculo, luego de que durante la excavación perecieran más de 120 000 hombres. Cien años después, aproximadamente, el persa Darío concluiría tan monumental obra. A lo largo del original canal del faraón existen tres estelas con inscripciones jeroglíficas que coinciden en sus textos en tres lenguas diferentes, persa aqueménida, elamita y babilonia. Son hechos coincidentes que dimanan de tres fuentes distintas. Una de ellas, la persa aqueménida, dice textualmente, siguiendo la arrogancia propia del entonces todopoderoso imperio persa:

> Dice Darío el rey:
>
> Soy un persa y desde Persia me apoderé de Egipto. Di orden de excavar este canal a partir de un río llamado Nilo que fluye por Egipto hasta el mar que sale de Persia. Después este canal fue excavado tal como yo había ordenado y los barcos fueron desde Egipto a través de este canal a Persia como era mi deseo.
>
> […] Haced que se ponga esto sobre una estela grabada.
>
> […] Jamás había ocurrido cosa parecida.

Darío nunca habría mandado grabar esta estela si hubiera sabido que 1400 años antes que él se había erigido otra estela del faraón Sesostris III, de la XII dinastía, a pocos kilómetros río arriba de Assuán, que dice así:

> Año ocho bajo la Majestad del Rey del Alto y Bajo Egipto, Sesostris III. Su Majestad ordenó hacer un nuevo canal, cuyo nombre es «Buenos son los caminos de Sesostris III», cuando su Majestad navegó hacia el sur para abatir al vil Kush.

Diecinueve siglos después de Cristo se acometía una obra monumental que hacía enmudecer a un mundo envanecido de su progreso y que desconocía que tamaña obra ya había sido llevada a cabo por los egipcios 19 siglos antes de Cristo. Casi 4000 años de diferencia para llegar al mismo resultado.

Ferdinand de Lesseps, que había sido embajador de Francia en Egipto, fue quien primero tuvo la idea, en los tiempos actuales, de abrir un canal en el istmo de Suez. Su gran amigo Mohamed Said alentó su idea y sus esperanzas al subir al trono egipcio. En base a

esto Lesseps fundó en París la Sociedad Financiera del Canal de Suez, atrayendo el gran capital europeo encabezado por la Banca Rothschild. Francia, con este proyecto, reavivaba su orgullo nacional y reafirmaba su imperialismo.

Un calor infernal

Entramos en el canal en convoy, con prácticos militares, y a las pocas horas llegábamos al Gran Lago Amargo, donde el convoy que procedía del sur de Suez aguardaba en la otra margen de aquél a que nosotros fondeáramos para levar ellos ancla y seguir hacia el norte. Mientras tanto, docenas de falúas rodeaban los barcos fondeados y un ejército de vendedores aprovechaban el par de horas que nos tocaba esperar, para desplegar en la cubierta sus tenderetes y asombrar a la tripulación con sus exhibiciones de variadísima artesanía y objetos de decoración relacionados con el mundo de los faraones, además de perfumes, esencias y piedras preciosas diversas, en especial las alejandrinas. No se marchaban hasta que no veían en la proa los chorros de agua con que se limpia el barro de las cadenas cuando se viran las anclas.

Dejamos por la popa la isla de Ataqah, que había sido una base egipcia de lanzamiento de misiles de fabricación soviética. Ya desde los primeros días de la guerra del Yon Kipur, en el 73, los israelíes se habían preocupado muy mucho de bombardearla hasta dejarla limpia de polvo y paja, como una patena. Con una plácida navegación nos fuimos adentrando en el golfo de Suez camino del mar Rojo.

El viento soplaba de popa a la misma velocidad y en la misma dirección que el barco, así que veíamos el humo negro de la chimenea elevarse en la vertical y diluirse en el aire. El calor cayó, sin contemplaciones, sobre el barco. Sabíamos que duraría toda la travesía del mar Rojo hasta que saliéramos del estrecho de Bab al

Mandab, que en cristiano no podía significar otra cosa que «la puerta del infierno».

Todo el mundo comenzó a pasarlo mal y por más que se lo combatía con todas las armas posibles, el bochorno hacía estragos entre la tripulación. Sólo había aire acondicionado en el despacho del capitán y los demás a joderse con los sudores y los insomnios. Así que teníamos que tener los ojos de buey y las puertas de los camarotes abiertos de par en par, en busca de la corriente de aire que refrescara el ambiente. Y cuando no se conseguía, que era la mayor parte de las veces al navegar por aquellas aguas infernales donde las noches se hacían interminables, se sacaban por los portillos unas improvisadas pantallas de cartón y se las colocaba mirando hacia proa, para así recibir al menos la imperceptible brisa que originaba la propia marcha del barco. No era mucho, pero no disponíamos de otra cosa: se trataba del aire acondicionado de los pobres. El mejor cartón era el de las cajas de cervezas vacías, que nada más entrar en aquellas aguas se convertían en preciado objeto de trueque, aunque hasta que no se hacían necesarias no se les daba la importancia que poseían.

Serpientes y tiburones

Pero en la improvisada piscina de lona en cubierta nadie quería bañarse. La razón residía en que, desde que habíamos entrado en aquellas aguas, sólo se veían serpientes flotando en la superficie, indiferentes al paso del barco. Medían unos dos metros de largo y eran de un color blancuzco sucio que les confería un aspecto repulsivo. Se contaban por millares. Todos temían que alguna se hubiese colado por la tubería de la toma de mar, y aunque en verdad esa posibilidad era harto remota, nadie se bañó.

A mí el mar Rojo no me atraía para nada. Miraba sus aguas con gran recelo, no por su color, que no estaba yo para biblias en esos días, sino porque aparte de aquellas repugnantes serpientes de mar,

resulta que las veces que había estado fondeado en Suez y Port Sudan había visto las negras aguas hervir de tiburones que se disputaban, con furiosos y potentes aletazos, las sobras de nuestra cena, cuando al anochecer el cocinero arrojaba al mar el contenido de los bidones de los desperdicios. A pesar del calor yo sólo me atrevía a remojarme los pies, y eso sacándolos rápidamente del agua, como si ésta quemase.

Recuerdo que en una travesía anterior, tres meses antes de embarcar en el *Picoblanco*, formaba parte de la tripulación del *Picoverde*, al mando del cual iba uno de esos capitanes vascos frustrados porque la incipiente democracia ya no les permitía imponer a los tripulantes el rezo de unos rosarios tan interminables que constituían un atentado contra la salud mental. Pues bien, una de las veces que fondeamos en Suez el vasco apareció en cubierta con un bañador de esos de seminarista de incógnito, y se zambulló tan fresco en el agua, para sorpresa de todos, que quedamos boquiabiertos.

—¡Eh, capitán, salga pronto del agua, que hay tiburones! —comenzamos a gritarle.

—¿Y qué, pues? Si yo no me meto con ellos, ¿por qué se van a meter ellos conmigo? —contestó tan pancho, mientras daba unas brazadas de exhibición cerca del barco.

Nos tuvo en vilo hasta que volvió a subir por la escala real, que habíamos arriado casi a ras de agua para al menos refrescarnos echándonos cubos de agua, porque temíamos ver aparecer en cualquier momento la aleta de un escualo que merodease por allí. Ni los consejos de los sabios policías egipcios, que venían de seguridad en el barco, amedrentaron al capitán.

De modo pues, repito, que aquel mar me daba repelús, y además siempre que navegábamos por allí teníamos que estar atentos al intenso tráfico de *dhows* entre ambas orillas. Se trataba de unas afiladas embarcaciones de madera arboladas con velas latinas; se dedicaban a la pesca y el transporte, cuando no al tráfico de esclavos hacia la península Arábiga y, ¡cómo no!, a la piratería.

La guerra de los pitillos

Con aquel capitán del *Picoverde*, al que nadie llamaba «viejo» porque su manera de ser, áspera y distante, no calaba en los tripulantes y a quien parecía gustarle mucho ejercer de capitán vasco, nos había ocurrido lo de la trágica «guerra de los pitillos». Acudió a mi mente el recuerdo de esta justo cuando llevábamos dos días de sofocante viaje y nos hallábamos a la altura de Port Sudan, en mitad del mar Rojo.

En aquella ocasión habíamos fondeado entre los peligrosos bajos de Port Sudan. El agente nos había comunicado por radio que teníamos para dos semanas de fondeadero, también que mucho gusto el conocernos a través de las ondas y que *arrivederci*, ¡hasta nuevas noticias!

La coincidencia de una serie de problemas hizo que nos decidiésemos, como único recurso, a echar un bote salvavidas a tierra y tratar de solventarlos por nosotros mismos. Teníamos dos bajas en el trabajo. Una, justificada, con rotura de brazo incluida e insoportables dolores que aplacábamos con las inyecciones milagrosas de las exiguas existencias de morfina del botiquín de emergencia. La otra baja era un marinero hipocondríaco que se lamentaba de todo y no tenía nada de nada. El cocinero también aportó su grano de arena con la excusa de que necesitaba alimentos frescos. El impensable encargo del capitán al primer oficial (que era yo) de que tratara por todos los medios de sobornar al agente y convencerle de que nos colara en el turno de los barcos que esperaban (en riguroso orden de llegada al fondeadero) a atracar en puerto para efectuar sus tareas. Todo aquello, junto a las ganas que tenían unos y otros de descubrir algo nuevo en aquellas extrañas tierras, hizo que se pidiera permiso a la Capitanía de Puerto para echar el bote salvavidas al agua e ir a tierra. Por un motivo u otro, nos embarcamos en el bote 12 tripulantes, media tripulación.

Cuando aquel bote, que con tantos remeros bogando parecía un ciempiés, se deslizaba por el agua enfilando el puerto, nadie

imaginaba que seríamos el objeto de la disputa entre los poderes fácticos de aquel nefasto puerto.

Ya en el puerto buscamos un embarcadero apropiado para el bote, el que resultó estar frente a la propia Capitanía, con lo que quedaba bien vigilado, evitándonos así el tener que dejar un tripulante al cuidado del bote y sus pertrechos. Una vez reconfirmada la autorización, nos adentramos por aquellas concurridas callejuelas camino del centro, donde nos habían informado de que estaba la oficina de la agencia.

No habían pasado ni cinco minutos cuando el chirrido de unos neumáticos al frenar llamó nuestra atención. Nos dio un vuelco el corazón al ver que de dos *jeeps* descendía a toda prisa una *troupe* de policías que comenzaron a rodearnos. Nos tuvieron encañonados mientras comprobaban concienzudamente nuestra documentación y hacían tiempo. Finalmente llegaron dos furgonetas de sanidad en las que nos metieron a empujones y culatazos de sus pesadas metralletas.

La caravana en que viajaban los detenidos y su escolta no tardó en salir de la ciudad. Muy pronto lo único que veíamos por las ventanillas era una extensísima planicie pedregosa, casi desértica, sin la menor sombra de vegetación (¡ni un arbusto!) y una ciudad que de tan lejana parecía que pudieses encerrarla en un puño.

—¡Joder! ¿Adónde coño nos llevan? —clamó, desconcertado uno de los nuestros, casi escupiéndolo a la cara de uno de los policías que nos custodiaban, quienes permanecían impávidos ante nuestros ruegos y preguntas.

Ignorábamos si hablaban inglés o no, porque no respondían, a lo peor, pensábamos, obedeciendo órdenes estrictas en este sentido. La duda hacía que nuestra angustia aumentase.

—¡Van a dejarnos tirados en medio del desierto, ya veréis! —exclamó otro para infundirnos más valor, mientras encendía un cigarrillo con la colilla del otro.

Una brusca frenada acabó con nuestras elucubraciones. Nos habíamos detenido junto a una barraca de madera en medio de un

terreno cercado por tres hileras de alambradas de púas que, a primera vista, daba la impresión de ser un campo de concentración. Junto al acceso al recinto había una pequeña garita donde montaban guardia dos policías. Frente a la garita, y también por fuera de las alambradas, se erguían las dos únicas palmeras en lo que se alcanzaba a ver de aquel desolado paisaje; sus penachos parecían colgar sobre la vertical del campo. Cuando los que colocaban las alambradas llegaron a las palmeras debieron de pararse y rascarse la cabeza para cavilar, mientras trataban de decidir si dejarlas por fuera o por dentro. No sé si la decisión se tomó al azar, pero lo cierto es que, desdichadamente, las palmeras quedaron por fuera, imagino que para evitar fugas que por otra parte habrían sido suicidas.

Se nos echaba la tarde encima cuando nos vimos conducidos al interior de aquella barraca que lo único que contenía era una veintena de catres de tijera con unos jergones polvorientos, un par de mesas y unas pocas sillas, cada una de un padre y una madre distintos, y ningún mobiliario más.

Junto a la puerta había un enorme bidón.

—Agua para beber —dijo en inglés el nubio que parecía ser el jefe, señalando cansinamente el bidón con el brazo.

El cocinero, que era un pendenciero, presa de ansiedad y de sed se abalanzó hacia el bidón. Un compañero le ayudó a inclinarlo para que pudiera beber. Nada más probarla la escupió sobre la arena como si de lejía se tratara, dando arcadas.

—¡No se puede beber, está ardiendo! —exclamó, disgustado, mientras se secaba la boca restregándosela con el antebrazo.

Cercamos al nubio y comenzamos a bombardearlo a preguntas.

Él se mostraba esquivo y nada dialogante.

—Cuarentena. Están en cuarentena. Tendrán que permanecer aquí hasta nueva orden —anunció mientras se dirigía hacia la salida de aquel campo de internamiento.

—¡Queremos hablar con nuestro agente, queremos hablar con…, con nuestra embajada en Jartum!

No nos hicieron caso. Simplemente se marcharon y la puerta de la alambrada terminó de cercarnos por completo, cundieron el desaliento y el malhumor.

La primera noche pasó relativamente tranquila, aunque no tuviéramos nada que llevarnos a la boca ni un trago con el que refrescar el gaznate. No disponíamos de luz eléctrica y encima había luna nueva, así que nos sorteábamos en la oscuridad gracias a las brasas de los cigarrillos, que al brillar como luciérnagas impedían que chocáramos los unos con los otros. Se fumaba con avidez, pensando que aquello sería una pesadilla y que la mañana volvería a poner las cosas en su sitio.

Y llegó la mañana, y ni un café que beber para reconfortarnos. Los vigilantes seguían en su garita, indiferentes a nuestros problemas, y la sombra alargada de las dos palmeras anunciaba la solanera que se nos vendría encima a medida que avanzara el día. Dimos unos sorbos de agua del bidón, pero nadie la tragaba, solamente nos enjuagábamos la boca con ella para aplacar un poco la necesidad imperiosa de beber. Teníamos miedo de su procedencia, de que no fuera potable y cogiéramos el cólera. Recordábamos que unos meses antes, en el puerto nigeriano de Sapele, dos de los tripulantes de un barco griego habían muerto a consecuencia de esa enfermedad.

Mientras la mayoría se dedicó a discutir y encabritarse al ver lo abandonados que nos encontrábamos y que se echaba la tarde sin que apareciera nadie a sacarnos de allí, yo me pasé el día observando las sombras de las palmeras a medida que penetraban en el campo, sobre todo para ahorrar calorías, y tirando piedras a los racimos de dátiles, que estaban tan cerca y a la vez eran tan inalcanzables. Pero los dátiles caían hacia fuera de las alambradas, y sólo pude coger tres. Fue mi único alimento en todo el día. El problema importante, sin embargo, no era la comida, sino el tabaco, aunque parezca mentira. La guerra de los pitillos estaba a punto de desatarse.

Quienes trabajábamos en la mar teníamos la costumbre de bajar a tierra con uno o dos paquetes de cigarrillos en el bolsillo y otro de reserva metido en los calcetines. Lo mismo se hacía, por precaución, con el dinero, porque siempre salías escaldado cuando en los puticlubs nocturnos te veías forzado a pagar por cualquier cosa diez veces su valor. Como jamás pensamos que aquel enredo fuera a durar más de unas horas desde el siguiente amanecer, nadie cayó en la cuenta de racionar los cigarrillos, y se fumaba sin mesura, como de costumbre.

Así que a la noche del segundo día la falta de droga comenzó a hacer mella en la mayoría, porque todos éramos fumadores empedernidos. Yo era uno de los pocos que habían salido con tres paquetes (la mayoría sólo lo había hecho con dos), y todavía conservaba la mitad de uno. Había hecho el primo durante la mañana, invitando y compartiendo, pero aquella segunda noche saqué todo mi egoísmo a relucir y negué cuanta petición me hicieron, porque si daba a uno no podía negar al otro. Sabían que tenía, y estaban que echaban chispas.

Nos resignamos a pasar la segunda noche de nuestro cautiverio sin probar bocado. Era como si se hubieran olvidado de nosotros. Una extraña sensación de inquietud señoreaba en el ambiente. Las fuerzas malignas de la noche se habían desatado como jaurías enloquecidas y cabalgaban sobre endemoniados corceles en nuestra búsqueda. El cocinero fue el primero en sucumbir. Perdió los nervios, totalmente fuera de control; sabíamos dónde estaba a cada hora de la noche porque blasfemaba como un poseso y amenazaba a todo el mundo.

Al tercer día amanecimos todos con un humor de perros. Antes que preocuparse de la comida, todos se habían puesto a buscar las colillas de los días anteriores. Rebuscaban en cada palmo de terreno, y en un santiamén el campo quedó limpio de colillas. Yo seguía a la sombra de mis palmeras, con el pequeño tesoro en el bolsillo, procurando no descubrirme para no desatar las iras de los demás.

Con la menor excusa se producían discusiones y peleas. A la caída de la tarde el cocinero y unos pocos correligionarios se dedicaron a destrozarlo todo. Con las sillas a modo de garrotes, rompieron los catres, las mesas y las ventanas. Los policías no intervenían, porque aunque tenían ametralladoras estaban asustados y preferían mantenerse al margen, dejando el tiempo pasar.

Bien entrada la tercera noche vimos las lejanas luces de un coche apuntar en nuestra dirección. Los ánimos se apaciguaron algo, porque de pronto todos pensamos que venían a sacarnos de allí. Llegó el coche y entró en el campo. Lo rodeamos, ansiosos de noticias. Se apeó un oficial sanitario con una cesta que, se suponía, contenía 12 bocadillos. Bruscamente uno de los tripulantes, amparado en la oscuridad, se la arrebató de las manos y salió corriendo en dirección al extremo opuesto del campo, seguido de un pequeño grupo de desesperados. Cuatro se zamparon, en un santiamén, el exiguo alimento de 12. A los demás no nos dio tiempo ni de reaccionar. Justo cuando íbamos a iniciar una guerra civil por tamaña vileza, nos quedamos de piedra al ver que el coche sanitario salía pitando y nos dejaba de nuevo allí, abandonados.

Entre la tensión del día y las débiles esperanzas que parecían renacer al ver que al menos alguien sensato sabía dónde nos encontrábamos, la noche transcurrió en calma. Dormimos en el suelo, cada cual donde pudo, entre los restos de lo que había sido un dormitorio.

La mañana del cuarto día descubrí que el paquete con los tres cigarrillos que me quedaban había desaparecido de mi bolsillo. El cocinero, nada más despertar, volvió a las andadas y acabó totalmente fuera de sí. Hubo que reducirlo porque se había hecho de un grueso palo y nos amenazaba a todos.

Chávez, uno de los dos alumnos que llevábamos en el barco, y que se había apuntado a la excursión con la excusa de remar y hacer prácticas de bote salvavidas, se presentó voluntario para escapar del campo cuando llegara la noche y seguir el camino de tierra que empleaban los *jeeps* que nos habían llevado hasta allí. No

había otra solución, si no queríamos morir de inanición, porque la gente ya estaba falta de fuerzas y los ánimos no permitían una huida organizada, que habría acabado en desastre. Había que llegar a la ciudad aunque para ello hubiese que cruzar 50 kilómetros de desierto en plena noche. Nuestra supervivencia dependía de él. Aquella idea infundió algo de ánimo en nuestro grupo, y cuando tras hacer un hoyo por el que pudiera deslizarse por debajo de la alambrada lo vimos partir, se nos hizo un nudo en la garganta, porque con él iba nuestra última esperanza.

No creo que llevara más de un cuarto de hora evadido, cuando alguien dio la alarma al distinguir a lo lejos los faros de dos coches que sin duda se dirigían al campo, porque aquel camino de tierra no conducía a ningún otro sitio. De pronto, una renovada sensación de angustia se apoderó de nosotros, porque si Chávez no se había percatado de ello (cosa improbable en aquel páramo) y no regresaba rápido, íbamos a encontrarnos con un problema añadido si nos descubrían. Pero no, Chávez había traducido muy bien el significado de las luces; los coches habían pasado muy cerca de él y de inmediato había agotado sus últimas energías en una alocada carrera de regreso al campo.

Resultaron ser las mismas furgonetas de sanidad que nos habían llevado hasta allí. Venían a recogernos y devolvernos al barco. El capitán había denunciado nuestra desaparición a la embajada de España en Jartum y ésta había dado con nosotros, forzando nuestra liberación.

EN EL OCÉANO ÍNDICO

La caja de cadenas

Salir del mar Rojo y adentrarnos en el golfo de Adén fue todo un regalo para la salud, que ya se resentía. Media tripulación tenía diarrea, de tanta pérdida de sales que apenas se reponían. Daba risa verlos irse de vareta, buscando desesperadamente los servicios. Yo sentía bastante pena por el personal que tenía que montar guardia en la máquina. No perdonaban el que los relevos llegaran con un solo segundo de retraso. El más púdico vestía como mucho un pantalón corto, y las tomas de pastillas de sal eran de obligado cumplimiento. El personal de cubierta miraba para otra parte cuando veía salir a uno de la máquina buscando una sombra en la que refugiarse, a pesar del tenue vapor cálido que envolvía la marcha del barco y que a nosotros, los de cubierta, tanto nos sofocaba. Parecían diablos sucios que surgieran de las calderas del infierno, bañados en sudor y maldiciendo.

Al poco de doblar cabo Guardafui y navegar unas horas con rumbo sur, nos encontramos en una mar tendida de envergadura, de las de no tener más remedio que persignarse. Empezó el barco a cabecear a gusto, mecido en una sucesión de olas como dunas verdes que nos venían con rumbo opuesto. Todo estaba en calma y aquellas gigantescas olas parecían no moverse, pero el barco no paraba de encabritarse, ora mirando a los cielos, ora a los infiernos. Y así una tras otra. Los pantocazos iban en aumento y cada vez se oía con más fuerza el golpeteo de las anclas en los escobenes cuando el barco hincaba el morro en el agua. Era el eterno problema de todos los barcos, porque por más que las trincaras a conciencia

antes de salir a mar abierta, siempre quedaban con algo de holgura que la mar se encargaba de aumentar.

Estábamos tomándonos el aperitivo, asidos fuertemente para no perder el equilibrio, con el catavinos en la otra mano y la botella de vino protegida en la cajera de los prismáticos, porque no podíamos dejar que nuestro Tío Pepe rodara por los suelos. Eran poco menos de las doce y nos disponíamos a bajar al comedor para la comida cuando, tras uno de los pantocazos, y ya con el barco empinándose disfrazado con sus enormes bigotes blancos (de las cataratas de agua que caían a la mar por los costados) vimos aparecer de pronto una extraña nube ambarina que envolvía todo el castillo de proa.

La primera impresión con los prismáticos fue que estaba ardiendo el molinete en el castillo, y además se veía saltar chispas entre la humareda. Salimos a toda prisa para la proa, a comprobar qué estaba ocurriendo, y cuando llegamos al castillo la sorpresa que nos llevamos fue de órdago. El escobén de babor no guardaba el ancla. Aquella pieza de hierro, de tres toneladas de peso, se nos había ido al agua. Se había zafado de sus trincas y había arrastrado consigo los ocho grilletes de cadena —casi un cuarto de kilómetro de cadena hecha de grilletes de la envergadura del muslo de un hombre—, en pleno océano índico, con un fondo de más de tres kilómetros bajo la quilla.

Así que pasó el pantocazo de turno, y mientras la proa se encabritaba de nuevo hacia los cielos, observamos que la cadena colgaba con todo su peso en la vertical. Tuvimos que largarnos por piernas, porque la proa parecía una noria y pronto iba a bajar otra vez para estrellarse contra la siguiente colina de agua que se nos venía encima. El humo había sido originado por el lodo reseco que siempre se adhería en grandes cantidades a la cadena. Este barro saltaba por los aires a medida que los grilletes salían de su caja de cadenas y se trituraba al pasar por el cabrestante.

Suponíamos que los dos o tres primeros grilletes de cadena habrían salido menos violentamente, pero cuanto más peso había en el agua con mayor fuerza tiraban de lo que iba quedando a bordo, y

por eso había levantado aquella asombrosa polvareda que tanto nos había alarmado. La malla, que unía el último grillete de la cadena al barco, en la caja de cadenas, milagrosamente había aguantado el tirón. Así que no quedaba más solución que alterar el rumbo, moderar la velocidad del barco y virar de nuevo el ancla a bordo.

Se avisó a máquina, y nos dieron corriente para la maquinilla de proa. La engranamos e intentamos virarla, pero todos los intentos resultaron infructuosos. Los fusibles de la maquinilla saltaban a cada momento, y en una hora apenas si habíamos conseguido subir a bordo medio grillete de cadena. Aquello era mucho peso, y la maquinilla no aguantaba. Se movilizó a todo el personal de cubierta e intentamos ayudarnos con el amante del puntal de babor de la bodega 1 para halar con las dos maquinillas a la vez. Todo fue inútil; se viraba un poco, pero cada dos metros de cadena a bordo teníamos que parar para repetir la maniobra, y nos llevaba mucho tiempo. De seguir así nos llevaría dos días completar el trabajo.

Tobías, a quien en un principio el problema no parecía haberle afectado demasiado, empezó a ponerse nervioso. Se decidió repetir la sencilla operación del principio con muy poca máquina, casi parada. La cosa funcionó, pero enseguida surgió otro inconveniente. Con la máquina parada el barco se atravesaba a la mar y dábamos unos bandazos de vértigo, por lo que era imposible mantener el equilibrio y trabajar. Desde la proa mirabas hacia el puente y te mareabas de ver el barco acostarse sobre el agua, para, a continuación, iniciar la escora hacia la otra banda. Se me erizaba el vello sólo de pensar en lo que podía ocurrir si la cubertada se destrincaba. Llevábamos bidones de productos químicos, algunos containers y coches encima de las tapas. Sería un verdadero desastre.

Tobías acabó poniéndome furioso, porque controlaba muy mal el rumbo del barco. Daba arrancada a éste y lo ponía proa a la mar, pero en cuanto el timón lo gobernaba, mandaba parar máquina y el barco volvía a ponerse peligrosamente atravesado. No me daba tiempo de hacer casi nada en proa. Así me tuvo un rato, hasta que

me hartó. En esas circunstancias no podíamos ir con miramientos y había que decir las cosas muy claramente. Tuve que pedirle que me dejara maniobrar desde la proa, y accedió. Al menos se podía trabajar un poco mejor al ir calibrando el cuchareo del barco hasta encontrar el rumbo que permitiera reducir la peligrosidad al mínimo.

Para los dos hombres que estaban metidos en la caja de cadenas guiando la poca cadena que iba entrando, la operación suponía un riesgo altísimo. Tenían que guardar el equilibrio, con la linterna entre los dientes, y, sobre todo, evitar que con los balances se les viniera algún ramal de la cadena encima. Un eslabón que te pillara un pie te inmovilizaba, y en poco tiempo acababas aplastado, sepultado por aquélla. La cadena entraba poco a poco, pero cuando se formaban las primeras vueltas y empezaba a coger altura, había que trabajar guiando el ramal y pegando saltos o colgándose de la propia cadena que entraba por sus cabezas, porque con el balanceo la negruzca masa de grilletes se movía de un costado a otro dentro de aquel enorme cajón totalmente a oscuras. Como era muy pequeño ponía los pelos de punta a cualquiera.

El problema se complicó de forma inesperada. Junto a la bajada a la caja de cadenas había un cuartucho donde se encontraba instalado el cuadro de electricidad de proa. Como era muy pequeño, se iban acumulando en él los gases procedentes de los fusibles que se iban fundiendo, porque aquel cuadro eléctrico no aguantaba el esfuerzo que hacía el molinete al virar el ancla. Pues bien, nadie detectó esa concentración de gases, ni el marinero que se encargaba de cambiar los fusibles dijo nada al respecto. En un momento dado éste bajó a poner uno de los últimos fusibles que nos quedaban, y al cabo de un rato reparamos, alarmados, en que no salía. Le gritábamos desde arriba, pero no respondía. Como nos temíamos lo peor, mandamos a dos hombres a investigar qué pasaba. Al poco lo sacaron como pudieron dé aquella angosta ratonera, totalmente desvanecido. Por segundos no quedó muerto en el fondo de aquel pañol.

Fiuza, que estaba atacado de los nervios, optó por meter como fusible una gruesa punta de carpintero de más de quince centímetros de longitud. Se la jugaba a una carta. Y por obra y gracia de la Virgen del Carmen que siempre llevaba colgada al cuello, le salió bien. El cuadro eléctrico aguantó gracias al invento de Fiuza y, muy lentamente, conseguimos meter los cables de la cadena a bordo. Después, al ir disminuyendo el peso que pendía, todo resultó más fácil y se estuvo en situación de dar más apoyo a los que seguían jugándosela en la caja de cadenas.

Una vez superado el problema, Tobías no quiso hablar de él. En eso era práctico: ¿para qué enfadarse si el peligro había quedado por la popa? Con la entrada de la noche se sentía también que aquella mar tendida iba remitiendo. Por delante se preveía buen tiempo, por lo que pensamos que hasta el siguiente puerto disfrutaríamos de unos cuantos días de descanso.

¡Qué ilusos fuimos!

Tobías y la navegación

A la mañana siguiente Tobías nos sorprendió con otro susto de infarto. Resulta que habíamos estado navegando toda la noche con rumbo SSW paralelos a la costa somalí, con un tiempo precioso (apenas soplaba una ligera brisa del sur y la mar seguía plácida), pero a baja velocidad desde la situación de la tarde anterior, según constatamos. La media nos salía a unos escasos ocho nudos, cuando la marcha normal del barco era de 12. Supusimos que debíamos de tener una fuerte correntada en contra que nos frenaba cuatro millas cada hora. A media mañana nos lo confirmó un barco griego que venía con rumbo opuesto. Contactamos por radio con él, le preguntamos su velocidad y, en efecto, venía con una media de cuatro nudos más que nosotros. No había vuelta de hoja. Entonces se produjo la inesperada orden del Viejo.

—¡Manuel, ponga rumbo uno, cinco, cero! —dijo al oficial de guardia, mientras levantaba la mirada de la carta del océano índico que tenía desplegada sobre la mesa de la derrota.

—¿Ha dicho uno, cinco, cero, capitán? —se sorprendió el tercer oficial.

—¡Eso he dicho! —repuso Tobías secamente.

De pronto, en vez de ir hacia el suroeste cambiábamos al sureste. En lugar de seguir paralelos a la costa africana, nos adentrábamos en pleno océano índico, como si nuestro puerto de destino estuviera en el continente australiano. La noticia de la orden se extendió como reguero de pólvora, asombrando de nuevo al personal que todavía no estaba curado de espanto. Nadie daba crédito a lo que sucedía. El que más y el que menos comenzó a mirar hacia mí, como si fuera el causante de las desgracias pasadas, presentes y las que ineludiblemente estaban por venir. Con la insólita orden, la tripulación se arrogó patente de corso para atacar al Viejo y decir que estaba majara. Empezaron los corrillos a preguntarse: «Pero ¿adónde nos lleva este loco?». Tobías, que barruntaba la inquietud del personal, no quiso dar explicaciones, y nadie se atrevió a pedírselas.

Durante la cena, todos miraban al Viejo de reojo, con suspicacia, como si trataran de descubrir algún síntoma más que certificara su locura, pero nadie abrió el pico, y se hablaba de cualquier tontería para soslayar tan embarazoso tema.

Por la tarde, a la hora de la observación, los ánimos se calmaron algo cuando se supo que, por la situación obtenida, al menos en cuanto a velocidad el barco no iba mal. No sólo habíamos dejado de avanzar como una tortuga, sino que, además, estábamos dando una media de 15 nudos, superior a la normal. No obstante, la duda persistía, porque seguíamos adentrándonos en el corazón del índico, navegando con rumbo al norte de las islas Seychelles.

Al día siguiente, igual, continuábamos con el mismo rumbo, y la media de velocidad por la mañana había dado casi 16 nudos. En los corrillos se hacían toda clase de conjeturas, pero ninguna era

convincente. La frase «¿Se sabe algo?» estaba en boca de todos. Se llegó a la conclusión de que el Viejo había recibido un telegrama en el que se cambiaba el punto de destino y que, por alguna razón, el radio no quería decirlo, por más que éste lo desmentía entre juramentos. Porque era eso, ya nadie tenía duda: o el Viejo había perdido la chaveta, y en ese caso había que hacer algo, o el radio sabía más de la cuenta y se lo callaba. En cualquier caso, aquel estado de cosas no podía seguir por más tiempo.

A la mañana del segundo día, tras obtener la situación de la meridiana del sol, Tobías acabó con los rumores de un plumazo. A unas 100 millas al norte de las Seychelles, mandó caer de nuevo 90 grados a estribor fijando el rumbo en dos, cuatro, cero. Era el rumbo directo a Dar es Salaam, y encima se comprobó que seguíamos a la envidiable marcha de 16 nudos. Es decir, que un trayecto que en principio habríamos tardado seis días con rumbo directo en cubrirlo, íbamos a hacerlo en poco más de cuatro. El cálculo había sido tan sencillo y la idea de navegar aprovechando la corriente tan genial, que, de súbito, la estima de la tripulación hacia el Viejo cambió radicalmente.

Jamás había visto, ni vería, nada semejante. Todos los capitanes seguían siempre los rumbos directos, salvo que se pretendiera eludir un temporal o hielos u otros motivos de fuerza mayor. Tobías había aprovechado la contracorriente Ecuatorial para ganar sur, alejándose de la costa, y beneficiarse finalmente de la corriente Ecuatorial que empujaba hacia la costa.

Ante tan irrefutable evidencia se convirtió en un héroe a nuestros ojos. Nos había dado una lección magistral de navegación oceanográfica. La esencia de su sapiencia y de su experiencia, aderezada con una buena dosis de arrojo, salía a relucir. Por primera vez, desde que había embarcado, tenía un golpe de suerte que decía mucho a su favor. Nos habíamos ensañado con él a sus espaldas, insultándolo y ridiculizándolo sin piedad. Después de aquello hubo que achantarse y bajar avergonzados la mirada, cuando se dirigía a nosotros. En el fondo me alegré, y por fin pude respirar algo más

tranquilo. Aquello parecía ser el punto de inflexión de su impopularidad y de la mala racha a la que había arrastrado al barco. Nos había devuelto la confianza perdida.

Los senderos del firmamento

Los principios de las guardias nocturnas eran mortales. Apenas había navegación por aquellas aguas, ni pesqueros ni mercantes, ni siquiera una puta medusa en la vecindad, flotando perdida en medio del océano, que nos hiciese compañía. Estábamos más solos que la una. Subías al puente poco predispuesto, sabías de antemano que los primeros minutos se hacían eternos y te devanabas los sesos cavilando la manera de mantener los párpados abiertos. Los excesos de la noche no perdonaban. Así que para contrarrestar los cabezazos sobre la mesa de la derrota, usabas el medio más socorrido: salir al alerón, a ver no sé qué, a indagar sobre no sé qué cosa, o sencillamente a respirar un poco de aire fresco.

Al final, terminabas pasando la mayor parte de la guardia en el alerón, apoyado contra la regala, recibiendo la escasa brisa en la cara, canturreando las melodías de moda al escaso auditorio «peceril» y con la mirada perdida hacia la proa, penetrando el vacío de la noche, escudriñando el final de la oscuridad. Y aunque te empeñaras en apartar un velo negro más, siempre había otro después, hasta que al fin lo dejabas, porque se te cansaba la vista. Con la negrura, la ausencia total de color, es imposible percibir volúmenes ni formas, y sin estas referencias se siente cierto desasosiego.

De modo que allí en el alerón, sin querer, se te iba la vista hacia el cielo que, en aquellas tranquilas aguas casi siempre estaba despejado y rebosante de radiantes estrellas. Levantabas la cabeza, fija la mirada en el firmamento, hasta que el cuello te dolía. Los días de luna llena eran para morirse de placer, porque la gama de azules que rodeaba la luna se pavoneaba sin el menor decoro ante tus

narices y te quedabas embobado contemplándola, abstraído de todo cuanto te rodeaba.

Cada noche, cuando la navegación lo permitía, tenía por costumbre darle un buen repaso a los senderos del firmamento. Buscaba la primera referencia, y luego el resto venía rodado. Al final lo que tenías era una fotografía nocturna de todo lo que presenciabas. Después de insistir en lo mismo noche tras noche, acababas con una imagen muy precisa y nítida del cielo. Salías al alerón, mirabas hacia arriba y enseguida todo te resultaba familiar. Llegué a tener una certeza total con respecto a medio centenar de estrellas. Si alguna se hacía de rogar, o me apetecía reconocer alguna otra desconocida, entonces cogía el planisferio del Brown y, alumbrándome con la linterna, seguía las figuras y las líneas imaginarias que unían entre sí las estrellas hasta que la identificaba. Golpe de vista al cielo, golpe de vista al papel. Terminabas reconociendo al instante cualquier rincón del cielo, mientras las estrellas del oriente se alzaban lentamente sobre tu cabeza y las de poniente sucumbían tragadas por el invisible horizonte.

Cualquier noche, sin saber a santo de qué, te daba por escoger la constelación de Escorpión en lugar de otra y te quedabas enganchado con la estrella roja de la cola, la más luminaria del grupo, Antares, y te decías: «Pues ahora con los prismáticos te vas a enterar», ¡pero qué va! A través de las lentes de aumento lo único que veías era un halo luminoso alrededor de Antares, cada vez con más estrellas, como un saco sin fondo lleno de polvo cósmico. Se te cansaba la vista de forzarla, desistías y acababas filosofando sobre la razón de ser de que en aquel puntito perdido de allí, o en aquel otro de allá, hubiese o dejase de haber formas de vida, de inteligencia tan estúpida como la nuestra. Y eso si de lo que contemplabas quedaba algo, porque lo que mi retina estaba revelando en ese momento era un debilísimo haz de luz roja que a lo mejor había partido de allí hacía 230 años a la inestimable velocidad de 300 000 kilómetros por segundo. Y rápidamente girabas el conmutador de las neuronas para tomar otros vericuetos, porque cavilar sobre los

sinsentidos de las macrocantidades no sólo no te llevaba a ningún sitio sino que además hacía que te sintieses más gusano.

La constelación Casiopea, la uve doble, la tenía mirando hacia el norte y muy clara en el firmamento; era la que primero veía cuando salía por la noche al alerón. Había gente que la miraba como una eme, pero para mí se asemejaba más a la uve doble de *whisky*. A esa constelación le tenía mucho aprecio, porque era muy fácil de identificar en el cielo estrellado, nunca te fallaba. En la escuela nos enseñaban que, prolongando las dos bisectrices de las uves, las líneas imaginarias iban a juntarse en la estrella Polar. Ésta había servido de guía a intrépidos navegantes, para adentrarse en mares y océanos, desde los inicios de la historia de la navegación. Sin ella les hubiera sido más difícil a los mercaderes fenicios rebuscar, por todo el Mediterráneo y allende las columnas de Heracles, establecimientos ricos con los que comerciar. Para los navegantes la Polar es la estrella más excelsa. Si navegabas de cara a ella, ibas claramente al norte; si lo hacías de espaldas a ella, navegabas hacia el sur. Así de sencillo era el resto.

Uno de los métodos para localizarla consiste en prolongar cinco veces la distancia de las dos estrellas del cuenco más alejadas de la lanza de la Osa Mayor, que se llaman Merak y Dubhe. Al hacerlo te das de bruces con la Polar. Yo seguía la vieja costumbre de dirigir la mano derecha extendida hacia delante con el puño cerrado. Lo había aprendido de Tobías. Me colocaba mirando más o menos hacia el norte. Ponía la parte baja del puño sobre el horizonte, y así la parte alta me indicaba diez grados de altura, y como la altura de la Polar está en consonancia con la latitud en que te encuentras, pues no es difícil identificarla contando el número de puños que superpones hasta dar con ella. Por las costas mediterráneas no tenía más que superponer cuatro veces el puño, mirando al norte, y enseguida aparecía nítida y solitaria una estrella que, sin discusión, era la Polar. Además, como no hay muchas estrellas alrededor de ella, das pronto en la diana. Encontrar después el resto del carro de la Osa Menor e identificar la Osa Mayor (que aparece en el firmamento como fuego

de artificio) es coser y cantar, porque si una Osa tiene la lanza en un sentido, la otra la tiene en el sentido inverso, con lo que parece que yacieran en el cielo en actitud encontrada.

Otra de las constelaciones amigas era la de Orión, que se encuentra muy próxima a la estrella más brillante de la noche, Sirius. Es muy visible porque siempre permanece muy alta sobre el horizonte. El ecuador celeste, que pasa por su cinturón, es muy fácil de identificar, porque está claramente inclinado y apretado por las Tres Marías, que resaltan el talle del gigante que configura las estrellas de la constelación. La roja Betelgeuse señala su hombro derecho, la azulada Rigel brilla en su pie izquierdo y Aldebarán en el cuerno del toro contra quien eternamente lucha el gigante Orión, formando un descomunal rombo en el cielo que encierra a la constelación.

Pero cuando atravesabas el ecuador y navegabas hacia el sur, más bajas aparecían esas constelaciones amigas sobre el horizonte, y otras nuevas con distintas formas iban ocupando cada vez más espacio a medida que pasaban las noches. No tenías más remedio que explorar, con creciente extrañeza, el nuevo cielo. Constituía todo un desafío. Era un cielo austral desconocido y misterioso, que requería su tiempo para conocerlo.

Entre visiones y sueños, el resto de la guardia se pasaba en un santiamén, y como en alta mar el tiempo no sabía de prisas, pues disfrutabas cada noche del mismo regalo con que te obsequiaba la magnificencia del universo que te envolvía.

El marinero era el que te sacaba de aquellos encantamientos.

—¡Voy a llamar al cocinero, primero! —Te largaba a grito pelado, salivando de paso sobre tu hombro, y como la mayor parte de las veces te sorprendía estando tú de espaldas, pues el sobresalto lo tenías garantizado.

Cuando esto ocurría tenía que despedirme de mis estrellas y meterme en la derrota a rellenar el diario de navegación para entregarlo al relevo. Apuntaba el rumbo de aguja que marcaba la magistral, calculaba la hipotética corrección total a la aguja y obtenía

el rumbo verdadero. Se anotaba la temperatura, la humedad relativa del ambiente, el estado de la mar, la nubosidad y la visibilidad, en sus respectivas casillas. Un ojeo rápido al humo que salía de la chimenea me daba la dirección y la intensidad del viento. Estos datos se apuntaban con meticulosidad, y en la página de la derecha del diario de navegación ponías mucho cuidado en escribir las incidencias de la guardia. Así quedaba todo listo hasta que daban las ocho y entraba de relevo el tercer oficial, a quien despachaba enseguida con la consabida frase: «Sin novedad».

Tras aquellas agotadoras horas de trabajo ilustrándote el alma, en pleno contacto con la naturaleza, te tomabas un relajante descanso sentado a la mesa del comedor con una humeante taza de café mientras el camarero te venía con la cantinela de siempre, mañana tras mañana.

—¿Huevos fritos con beicon y tostadas, primero?

—Sí, Manolo, pero dile al cocinero que los huevos poco hechos.

Daba igual lo que dijera, pues invariablemente los traían al gusto del marmitón, que era quien se encargaba de madrugar para encender los fogones y preparar los desayunos, porque el cocinero tenía por norma no hacer acto de presencia en la cocina antes de las diez de la mañana. Hacía horario de gran jefe, el que le salía del pito. Pero yo pensaba que, mientras se sirviera la comida a la hora y no hubiera quejas, no había razón para entrometerse en su quehacer cotidiano o en los encorsetados horarios.

Dar es Salaam

La llegada a Dar es Salaam estaba prevista para el mediodía, por lo que hubo que adelantar la comida a las once. De las maniobras se sabía (más o menos) cuándo empezaban, pero nunca cuándo acababan. Se prefería, por lo tanto, adelantar la comida una hora que retrasarla, porque era imposible saber la duración del retraso.

En estos casos casi te quitabas el gusto del café del desayuno con el primer lingotazo de vino tinto de la comida.

Al mediodía, puntuales, estábamos allí, a un par de millas de la costa de Dar es Salaam. La entrada era sinuosa y muy peligrosa. Enormes y puntiagudas rocas, sumergidas a poca profundidad algunas y a ras de agua otras, jalonaban un estrecho pasaje balizado con unas boyas que, entre que eran pequeñas, soplaba viento y el aire las mantenía inclinadas sobre el agua, apenas si eran visibles con el espumoso oleaje hasta que las tenías encima. Como ocurría a menudo, el práctico juraba y perjuraba que siguiéramos entrando por el angosto canal, que él ya estaba saliendo hacia nosotros, que nos veía y que no había problemas. En esta ocasión, Tobías, que como un niño se lo creía todo, había dado muy poca marcha avante e imprudentemente nos metió sin remisión en el canal de entrada. Era imposible otra maniobra que no fuese seguir adelante con mil ojos puestos. A toda prisa nos volcamos en el libro de Faros y Señales buscando las señales del acceso al puerto para identificarlas. Encontramos la primera, para regocijo de todos, pero no nos pusimos de acuerdo, porque sus características no coincidían con las que aparecían en el libro, y aunque me cueste reconocerlo, no tenía más remedio que creer en la organización meticulosa de los ingleses. Continuamos con la insistente y ansiosa búsqueda de la siguiente boya, con los prismáticos pegados a los ojos. El que lo conseguía, lo anunciaba a voz en cuello, con tanta vehemencia como si de un codiciado trofeo se tratara, y el descubrimiento se convertía en un acontecimiento.

El puente era un hervidero; todos los oficiales de cubierta y la mitad de los de la sala de máquinas nos encontrábamos allí, pues aunque no estuviéramos de guardia queríamos husmear y, de paso, echar una mano. El radio actuaba igual, no se despegaba ni un metro del VHF, porque Tobías aún los tenía en bajo concepto, decía que eran unos vagos que no daban golpe y les obligaba a responsabilizarse de las comunicaciones del barco, incluidas las relacionadas con las maniobras. El jefe de máquinas tenía por

costumbre no perderse ni una sola de éstas, y aunque a veces estorbase en el puente de navegación, nadie se atrevía a decirle nada. El camarero, que se había quedado remoloneando junto a la puerta y no se atrevía a preguntarle al Viejo si quería que le guardara la comida o no, de camino se enteraba de las novedades.

Tobías, presa de un nerviosismo contagioso que nada bueno presagiaba, no paraba de salir al alerón con los prismáticos, a ver si divisaba la lancha de prácticos, que seguía sin aparecer. Disimuladamente se había desentendido de la navegación y del reconocimiento de las boyas. De vez en cuando se asomaba a la borda cuando se lo señalábamos, totalmente acojonado, para echar un vistazo al bajo, que, amenazador, casi afloraba, y que dejábamos a pocos metros por el costado de babor y luego otro tanto por el costado de estribor, y así de susto en susto. Seguíamos avante lentamente, derechos a la boya que teníamos por la proa. Cuando distinguíamos su color, variábamos un poco el rumbo para dejarla por babor si era roja o por estribor si era verde, y a continuación proseguíamos con la búsqueda de la siguiente. Mientras tanto, el Viejo, que tenía los nervios hechos cisco, volvió a preguntarle por radio al práctico que dónde se metía, que estábamos dentro del peligroso canal y que no veía llegar la lancha por ninguna parte.

—*Yes, captain. I am just going to you* —contestó el otro.

Tobías terminó de estallar, furioso, ante aquella respuesta que era idéntica a las anteriores, como si respondiera un contestador automático. Ya no se lo creía más, y se enfureció. Cogió el auricular y comenzó a gritarle como un endemoniado.

—*Yu arrr a baaastarrr! Yu guaaan ai luuusss mai chip! Yu mister pailot arrr a bastarrr!* —Y dicho esto colgó el auricular con tal fuerza que rompió el soporte de pared del teléfono, salió todo emperrado al alerón y se puso a patalear y a brincar, gritando aún más fuerte, con los puños en alto en la dirección por donde se suponía que tenía que aparecer la embarcación de prácticos—. ¡Hijopuuutaaa, lo que quieres es que me quiten el tíiitulo! —aullaba—. ¡Hijopuuutaaa…!

Parecía una bola encendida que echase chispas, una enorme pelota rebotando en el alerón. Todo el mundo se refugió en el puente, porque nadie podía contener la risa ante aquella esperpéntica escena que tan bien sabía representar cuando se desquiciaba. Yo no acababa de creer lo que estaba presenciando. Presagios de malos augurios, incertidumbres, temores, desconfianzas, parecían ser fuente de continuos sinsabores y preocupaciones. Semejaba un feriante acabado, en pleno ocaso, sin más futuro que tomar la maleta y marchar a ninguna parte.

Seguíamos partiéndonos los cuernos y perdiendo la vista, barriendo cada centímetro del horizonte deslumbrador, buscando desesperadamente las boyas para tener referencias y saber qué carajo de rumbo teníamos que seguir. Estábamos totalmente perdidos, y tan en peligro como un elefante que caminase por un campo sembrado de minas. La espuma de las rompientes sobre los bajos no sólo delataba la peligrosa presencia de éstas, sino que hacía que pareciesen caminos caprichosos en medio de aquel laberinto, y dudábamos acerca de cuál de ellos tomar. El barco bullía de nervios y de impaciencia.

Cuando el práctico hizo al fin acto de presencia en un botecito que se alzaba sobre filas continuas de olas color turquesa orladas de espuma, en medio de aquel radiante día, supimos que un nuevo milagro se había producido.

El práctico abordó el barco y se dirigió a Tobías con la mano por delante con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Captain…!*

Tobías, que seguía bajo los efectos de su ataque de ira, intentó resarcirse del disgusto y de camino rehacer su autoridad. Se negó a estrecharle la mano, manteniendo las suyas asidas a la espalda, con cara de mil enfados. Lo miraba fijamente en actitud desafiante, soltando breves resoplidos. Era demasiado. Estábamos entrando en «la casa de la paz», que era lo que significaba Dar es Salaam, y no parecía precisamente eso lo que se nos avecinaba. Estábamos entrando con mal pie.

—*Full ahead! Two, five, five!* —ordenó el práctico haciendo caso omiso del Viejo y sus chaladuras.

Una brisa de aire fresco barrió la inseguridad que se respiraba en aquel puente ante tan enérgica orden. Nadie hubiera osado oponerse a ella.

Nos vino el práctico, digo, como si tal cosa. Era un polaco de aire campechano y simpático, tan alto que tuvo que encorvarse para entrar por la puerta. Vestía un pulcro uniforme, parecía un figurín muy estirado. Tobías trató de recriminarle la tardanza, pero el polaco lo cortó en seco, impidiéndole seguir con sus protestas. Le contestó, bien a las claras, que había venido en cuanto le habían autorizado a ello, y que si tenía algo que protestar que lo hiciera ante las autoridades del puerto. Tobías no rechistó.

La misionera española

El puerto de Dar es Salaam es relativamente moderno, una gran obra que, junto al ferrocarril que va desde la ciudad hasta Arusha, en el norte del país, es el resultado del coqueteo del muy inteligente presidente Julius Nyerere con la benemérita China comunista, que tenía a Tanzania como su novia africana. De él sale el café y el algodón que produce el país, como así también el cobre de Zambia, su vecino del interior, y las especias de la exesclavista isla de Zanzíbar. En 1964, Tanganika (la antigua África oriental alemana) y Zanzíbar se unieron para formar la república de Tanzania, con capital en Dar es Salaam.

Un aluvión de negros uniformados anegó el camarote de Tobías y sus aledaños. Al Viejo se lo veía feliz, desenvolviéndose como pez en el agua en su trabajo de colmar a todos. Al rato, ya más relajado, apareció Xavier, un catalán que trabajaba en la embajada española y con el que había trabado amistad en viajes anteriores. Le había puesto un telegrama avisando de nuestra llegada, porque le traía un encargo de España. Lo recibí con tanta cordialidad que el Viejo, al

ver nuestros efusivos abrazos, le dispensó una acogida tal que no tuve más remedio que perdonarle las perrerías que me había hecho durante el viaje.

Xavier era un exmisionero que había colgado los hábitos para casarse con una nativa, una hija del jefe de la tribu Uno. Tenía una preciosa niña a la que le había puesto el nombre de Montse, y toda su ilusión era aguardar unas próximas vacaciones para llevar a la familia a Cataluña y bautizar a su hija en el monasterio de Montserrat.

Al paquete que le traía, le añadí algunos comestibles de la gambuza y unas botellas de aceite de oliva que arramblé de la partida que traíamos de Málaga para Durban. El hombre estaba muy contento, porque en Dar es Salaam era imposible adquirir la mayor parte de aquellos artículos. Por los melocotones en almíbar o las latas de aceitunas, se pirraba. Así que no costaba mucho contentarlo.

Xavier no acudió a la cita solo; le acompañaba una barcelonesa, Nuria, que ejercía de misionera en un poblado de las laderas del Kilimanjaro. Nos costó creerle, porque aunque la chica era algo feúcha, madurita y gafotas, y en nada cuidaba su aspecto, nos sorprendió desde el primer momento por su vitalidad, el desparpajo con que se desenvolvía y la simpatía a raudales que derrochaba, y si a eso se le añadía que era de carnes prietas, iba embutida en unos vaqueros y tenía un pecho exuberante, tal como revelaba la camisa despreocupadamente abierta, pues la verdad es que a primera vista resultaba difícil creer que fuese una misionera. Había llegado a la ciudad en un Land Rover de la misión tras dos días de viaje por intransitables y peligrosos caminos. Su verborrea era tan pródiga que tenía encandilados a todos los curiosos que habían acudido al camarote del Viejo.

Respondía a todo lo que se le preguntaba.

—¿Y es usted la única misionera?

—No, no. Hay un misionero español y otro belga.

—¿Y no le da miedo, así sola, vivir tan aislada entre tanto negro?

—Bueno, al principio la verdad es que un poco, pero ahora son ellos los que me temen a mí.

Quedó claro que aquella pregunta, formulada por uno de los maquinistas, no le había gustado, pero comprendía que sólo un tonto blanco podría formularla. Además, había notado que el maquinista de marras estaba más pendiente de su espléndido escote, y comprendía que había intentado mostrarse capcioso.

—Una noche, al poco de llegar a la misión —continuó Nuria con una franca sonrisa—, se metió en mi choza el jefecillo de un poblado próximo. Se había dirigido al misionero belga con la intención de comprarme para hacerme su mujer, al considerar que aquél, con su barba espesa y canosa, debía de ser el jefe de los blancos. Como no se entendía con el misionero belga, que hablaba muy poco swahili, acabó por aburrirse y le dejó a la puerta de la cabaña media docena de cabras. A continuación, ni corto ni perezoso vino en mi busca para llevarme a la fuerza con él. Le dije que no podía comprarme, pero él insistía en que le había dado las cabras al gran jefe blanco y tenía que irme con él, lo quisiera o no. Tuve que escapar y esconderme hasta que llegó Tomás, el misionero español, que puso las cosas en su sitio y le hizo llevarse las cabras, con las que el misionero belga seguía atareado sin saber qué hacer.

»Otra noche —continuó entre sonrisitas— me había ido a mi aseo particular, debajo de un árbol próximo a la misión. Recuerdo que hacía una espléndida noche de luna. Estaba absorta contemplando el lánguido paisaje que se recortaba nítidamente contra el azul oscuro del cielo, de cuclillas bajo el enramado, cuando de repente oí un silbido cercano a mis espaldas. Me volví, intrigada, y me quedé paralizada de horror al ver una enorme serpiente enroscada que comenzaba a deslizarse hacia mí. Pegué un chillido y sin subirme los pantalones huí dando saltos, como en una alocada carrera de sacos. ¡Aquella vez sí que me asusté de verdad!

Nuria no paraba de contar divertidas anécdotas que había vivido desde su llegada a la misión. La verdad es que se la veía muy feliz.

Entre las bromas y las risas, cambió de tema y en un tono más serio le preguntó al Viejo, que la escuchaba embobado:

—Por cierto, capitán, en el barco llevan botiquín, ¿no?

—Sí —contestamos al unísono casi todos los presentes.

—Es que, verá —prosiguió ella—, si tuviera algunas medicinas que le sobraran… se lo agradecería…, porque estamos muy necesitadas de ellas… ¡Cualquier cosa nos vendrá bien!

—Llevamos las reglamentarias, pero algunas tendremos de más entre los antibióticos, y quizá también Resochin para la malaria.

—¡Por favor, capitán, no sabe lo que se lo agradecería!

Con aquella súplica, en tono tan humilde, había conseguido que nos rindiéramos a sus pies. Nos había conmovido.

El Viejo me dirigió una mirada de aprobación y no tardé ni un instante en levantarme del asiento para acompañarla a la enfermería.

Abrí el primer cajón del armario del botiquín, pero los siguientes fueron cosa de ella, que había tomado la iniciativa con tal decisión que me había desconcertado. Permanecí inmóvil, con los ojos abiertos de asombro, viendo cómo Nuria ponía un cajón tras otro sobre la cama de la enfermería y sacaba las medicinas a mansalva metiéndolas en una bolsa que llevaba a tal efecto y que a mí me pareció más un saco, por su gran tamaño. Hacía y deshacía a su antojo, con las gafas puestas, inclinada sobre los cajones, chequeando los nombres de cada caja que iba a parar al saco. Parecía una pirata examinando con avaricia su botín.

Tardé en reaccionar.

—Pero Nuria, ¿qué haces? Eso no es lo que ha dicho el capitán.

—¿Y qué? —contestó mirándome con expresión recriminatoria, como si el ladrón fuera yo—. A vosotros os sobran y yo las necesito —añadió en la misma tónica—; además, aquí nos es muy difícil conseguirlas, y encima no tenemos dinero.

—¡Pero es que el viejo me va a matar cuando se entere de esto!

—¿No vais luego a Suráfrica?

—¡Sí!

—¡Comprad más allí!

—Sí, pero ¿cómo vamos a justificar el pedido? El capitán se va a enfurecer. No va a estar de acuerdo con lo que estás haciendo. Mejor es que te lleves lo que realmente nos sobra. No podemos salir del puerto sin el botiquín reglamentario.

Aquello la contuvo un poco, aunque no parara de negociar conmigo cada vez que le decía no, eso no, o de esto llévate tal cantidad. Acabó sosteniendo cada caja en alto, esperando con una sonrisa cómplice mi aprobación. De las que ya había metido en el saco se negó a devolver ninguna. Pensé que tenía que sacarla de allí a toda prisa, porque nada más terminar con el trabajo del botiquín se había puesto a abrir los armarios de la cabina a husmear lo que contenían.

—¡Ah, aquí hay alcohol!… ¡Oh, cuántos paquetes de algodón!… ¡Y gasas! —exclamaba sorprendida mientras se hacía con unos paquetes de algodón, compresas, vendajes y dos botellones de alcohol.

—¡Por favor, vámonos ya! —exigí. Tuve que cogerla del brazo y conducirla hacia la puerta. Habíamos perdido el respeto mutuo.

Eran casi las cinco de la tarde y la luz entraba a raudales por el portillo, amarilleando la cabina que hacía las veces de enfermería. Con aquella luminosidad advertí, por primera vez en el tiempo que llevaba en el *Picoblanco*, que el fondo de los cajones del botiquín estaban cubiertos de polvo, y que había que limpiarlos a conciencia antes de hacer el siguiente pedido de medicinas en Durban. Así nos dejó aquella misionera el botiquín, casi vacío.

Finalmente acompañamos a Nuria y Xavi hasta el portalón, y cuando bajaban por las escaleras hacia el Land Rover grité en tono burlón:

—¡Oye, Xavier, la próxima vez a ver si eliges mejor a tus amistades!

Nuria se paró y, volviendo la cabeza, nos dirigió una sentida mirada de reconocimiento. La pobre mujer nos estaba dando las gracias a su manera.

—¿Qué lleva en esa bolsa Nuria? —quiso saber Tobías, intrigado, mientras se alejaban, ya fuera del alcance de sus oídos.

—Por favor, ni me lo preguntes —contesté medio arrepentido de la barbaridad que había cometido. Ya se lo confesaría camino de Suráfrica—. Lo único que sé —añadí—, es que siempre debe de llevar esa bolsa consigo por si pilla algún primo.

En el par de horas que había pasado en el barco Nuria había logrado que un maquinista le hiciera una puesta a punto del motor del viejo Land Rover de la misión y le llenara el depósito de diésel, así como un bidón de 50 litros de reserva que, casualmente, llevaba vacío. Además de la bolsa a rebosar de medicamentos, se llevaba unas cajas llenas de botellas de aceite y vino y latas de conserva procedentes de la gambuza y de la bodega, que Tobías, generosamente, le había ofrecido. El Viejo no había tenido que insistir dos veces para que aceptara.

La descarga paralizada

Regresamos muy tarde al barco, tras nuestra primera visita de reconocimiento por la ciudad. El taxista que nos llevó se empeñó en causarnos problemas.

—*Twenty eight shillings!* —anunció con un morro que se lo pisaba, mientras nos señalaba con el índice.

Protestamos, pero él no se apeaba del burro y seguía insistiendo. Quería cobrarnos lo que marcaba el contador, que seguía funcionando de puro milagro, pero multiplicado por cuatro. Seguro que pensaba que no tendría otra oportunidad en mucho tiempo de dar un sablazo de ese calibre. Nos quejamos a los dos policías de guardia que había a la entrada del puerto, cuya garita más parecía un dormitorio. No mostraron interés alguno por nuestro problema. Aquella destartalada caseta de madera permanecía a oscuras, de modo que era imposible distinguir sus caras. Por su voz deduje que eran jóvenes, pero no gastaron ni una sola caloría extra.

Simplemente se limitaron a mover los labios, dejando escapar el tenue resplandor blanquecino de los dientes. Seguir con nuestras quejas era, sencillamente, una pérdida de tiempo bestial. Le dimos al taxista el doble del importe que marcaba el taxímetro, que seguía funcionando. Se marchó muy cabreado, porque también él había deducido que los policías tampoco harían mucho caso a sus protestas.

Nos hicimos más de dos kilómetros a pie, a las tres de la mañana, por aquellos muelles solitarios, siguiendo la frontera entre el acerado color del cemento y el azabache de las tranquilas aguas del puerto. Los larguísimos muelles estaban solitarios y a oscuras. Nuestro barco se divisaba con toda nitidez; tenía todas las luces encendidas y en la distancia semejaba un juguete abandonado, metido en una frágil esfera de luz. No había más movimiento en aquel paraje que nuestro andar cansino. El largo paseo aplacó los ardores que todavía traíamos y volatilizó los efluvios del alcohol.

Para vigilar la carga habían quedado de guardia el tercer oficial y Ángel, un buen marinero gallego que miraba la pela hasta con lupa y que por no pedir anticipos en puerto era de los pocos que nunca salían a tierra. Constituía la excepción a aquella pandilla de juerguistas en que se había convertido la tripulación desde que arribamos a Dar es Salaam, nuestro primer puerto africano.

Cuando llegamos al barco, Ángel estaba despierto en cubierta, junto al portalón. La manoseada novela de tapas desgastadas que yacía abierta boca abajo sobre la silla delataba que al menos permanecía despierto en su trabajo. Del tercer oficial ni rastro. Dormía plácidamente en su camarote. Le había dejado el recado al marinero de que si había alguna novedad, que lo llamara.

La descarga estaba paralizada. La famélica luz de los focos de cubierta alumbraba a duras penas las bodegas de carga, que parecían pozos sin fondo, bocas abiertas, amenazadoras. Me asomé por la regala de la escotilla a ver qué se cocía en una de las bodegas. Los estibadores habían hecho un buen hueco con la descarga de los palets de bidones y habían dejado descubiertas las

cargas de los costados, que iban a otros puertos, entre los que asomaban tímidamente unos palets de cajas de vino cuyo destino era Suráfrica. No se veía casi nada y al parecer nadie se movía en el interior del entrepuente; los estibadores se habían fundido con las sombras.

La parte del muelle del costado del barco también se hallaba en penumbras; la luz no llegaba mucho más allá de unos metros desde la borda. Uno de los puntales estaba abocado sobre la bodega y el otro sobre el muelle. Del amante que unía los dos puntales colgaba el gancho de carga que sustentaba el peso liviano de las eslingas y la red de descarga. Parecía un ahorcado, olvidado, que se meciera suavemente con la brisa nocturna del mar. Nada más se movía en aquel muelle y sus contornos.

Salté a tierra. Por todas partes se distinguían las siluetas de inanimados fardos, que conferían al muelle un aspecto fantasmagórico. Eran los estibadores, quienes, desparramados, permanecían protegidos al socaire del barco y cubiertos con lo primero de que habían echado mano: mantas, lonas, sacos vacíos o harapientos abrigos de tropa alemanes, de cuando la Primera Guerra Mundial. Yacían sobre el cemento, sentados o tumbados, en grupos de tres o más para darse calor, como si las noches ecuatoriales se hubieran trastocado y helaran de frío. Parecía un hospital de campaña abandonado en la noche, lleno de muertos, porque allí no se advertía la menor señal de vida. Decidimos buscar al capataz a pesar de la oscuridad. Fuimos de bulto en bulto, levantando las telas que los cubrían hasta la cabeza, como si buscáramos a nuestros camaradas tras una sangrienta batalla. Todos estaban profundamente dormidos. Finalmente dimos con el capataz; estaba a la altura de la proa de nuestro barco, durmiendo sentado junto a los del último grupo, que yacían en el suelo de cemento cubiertos con una lona.

—¡Eh, eh, despierta! ¿Qué pasa con la descarga? —le pregunté mientras lo zarandeaba.

—*No palets, chief, no palets!* —contestó al tiempo que hacía gestos de querer seguir durmiendo.

—¡Vamos, vamos, despierta a todo el mundo y que se pongan a descargar los palets del muelle! —le amenacé, y me quedé a su lado hasta que se dispuso a cumplir con lo que le exigía.

Me dirigí hacia el *pantry*. Quería comer algo y luego echarme a dormir hasta las ocho. A mis espaldas oía el capataz impartir las órdenes sin entusiasmo. Los durmientes empezaron a erguirse perezosamente, como un ejército de zombis en movimiento.

Les habíamos dado los palets del barco, los únicos diez que teníamos, y tras llenarlos en la bodega con los bidones los habían echado para tierra. Pero aquellos negritos que componían la colla no hicieron más esfuerzo que soltar las eslingas y dejar los palets en el muelle sin quitar los bidones. Ya no trabajarían más hasta que un milagro llegara del cielo en forma de un torito que se llevara aquello de allí y trajese de vuelta palets vacíos. Eran una catástrofe de estibadores.

¿A qué venía tanta prisa?, se preguntarían. Ellos no tenían ninguna. Su ritmo de trabajo y el nuestro diferían de forma muy notable, así que, ¿cómo íbamos a ir al unísono? Y nadar contra la corriente era una estupidez, por totalmente inútil. Mejor era dejarse llevar por ella hasta alcanzar la orilla. Eso lo aprendí muy rápidamente con los primeros viajes por África. La situación presente no difería de las que había experimentado anteriormente ni a las que vendrían después. Además, aún no había terminado con estas reflexiones y un sándwich de queso, cuando me asomé de nuevo al muelle y vi que apenas habían descargado unos pocos bidones de cada uno de los palets. Se habían vuelto a echar a dormir. Todo estaba casi como antes. Tanto cabreo y esfuerzo para nada. Me fui a dormir convencido por completo de mi razón.

Recordé entonces lo que el francés León Poirier había escrito en 1923 al aventurarse en el Congo belga acerca de las horas mangbetú, y comprendí perfectamente a qué se refería.

Un laberinto plagado de ratas

Pasaban ya de las diez de la noche y hacía un par de horas que el barco esperaba —arranchado— para hacerse a la mar. La enorme planicie de cemento del muelle estaba a oscuras y en ella no se veía un alma. La única señal de vida era un pequeño resplandor a lo lejos, al otro extremo del extensísimo muelle. Como la estación de prácticos no contestaba a nuestras llamadas y estábamos impacientes por salir a la mar e irnos a descansar, decidí, con la aprobación de Tobías y la compañía del radio, irme en dirección a aquella lejana luz por si era la de prácticos.

Encendiendo un cigarrillo y con la esperanza de que aquello no fuera más que un relajante paseo, nos pusimos en camino, provistos de linternas. A no mucha distancia del barco había pilas de sacos de grano que ocupaban una buena parte de la explanada. Descansaban sobre palets de madera que los aislaban del suelo y estaban cubiertos con lonas para protegerlos de la lluvia. No sobrepasaban la altura del hombro de un hombre. Las pilas, compactas, estaban muy bien alineadas y formaban un verdadero laberinto de calles, de unos quince pasos de largo y calculo que unos cinco de ancho cada una. Gracias a que podíamos ver por encima de aquellos anchos parapetos que más bien parecían las ruinas de una antigua ciudad amurallada, decidimos internarnos entre ellos para atajar camino. No recuerdo en qué íbamos conversando para distraernos durante el paseo, pero lo que sí recuerdo muy bien es que no habríamos avanzado más de tres de esas «calles» cuando intuimos algo muy extraño. Nos detuvimos y nos quedamos quietos y en silencio, atentos al menor ruido. Todavía llevábamos las linternas apagadas porque nuestra vista se había acostumbrado a la escasísima luz de la luna, que proyectaba su tenue resplandor sobre la superficie húmeda de los cobertores de lona, lo que nos permitía orientarnos a pesar de la oscuridad.

Miramos hacia nuestros pies y sentimos que, a pesar de lo negro que se veía el suelo, unas sombras parecían moverse entre las

sombras.

—¿Qué es esto? —me preguntó alarmado el radio, mientras encendíamos las linternas y enfocábamos hacia abajo.

—¡Ratas! —gritamos al unísono, aterrorizados.

Un sinnúmero de enormes ratas parduscas se movían por entre nuestros pies en todas las direcciones, asustadas por aquella luz inesperada. El aullido que soltamos fue escalofriante. Presas del pánico, pegamos un salto tal que nos quedamos colgados en el aire, porque el terror nos hacía levitar, y emprendimos la vuelta a la carrera, a una velocidad tal que parecía que tuviésemos alas en los pies. Al radio lo oía pero no lo veía, porque yo volaba más rápido que él. Nuestro miedo era tan grande que no nos dimos cuenta que ya habíamos salido del laberinto.

La tripulación, que estaba haciendo tiempo en cubierta esperando noticias, se mostró alarmada al ver las luces de las linternas describir extraños trazos en la oscuridad y oír lejanos y terroríficos gritos, para luego vernos salir de entre las murallas de sacos dando saltos y correr despavoridos por la explanada hacia el barco.

—¡Que le den por culo al práctico y a la madre que lo parió! —le grité sofocado a Tobías que, desde la penumbra, había contemplado parte de la escena apoyado contra la baranda del alerón, sin saber qué estaba ocurriendo.

El radio y yo aún jadeamos durante largo rato, sin fuerzas para subir el portalón, con los brazos echados hacia delante sobre el pasamanos para abrir los pulmones, intentando calmar los agitados latidos del corazón. Desde cubierta, todos nos contemplaban, ansiosos por saber qué había sucedido, pero nos faltaba el aliento para responder.

A instancias de Tobías, el tercer oficial y dos marineros, provistos de linternas y armados con palos, volvieron a intentarlo, pero dando un rodeo a aquella ciudad fantasma invadida por las ratas. Yo me juré que jamás en mi vida volvería a deambular por la oscuridad donde hubiera grano y agua dulce, porque se trataba de lugares

frecuentados por verdaderos ejércitos de ratas bien cebadas que nada tenían que envidiar a las hordas de Gengis Jan ni a los ejércitos de Darío dirigiéndose al Peloponeso. Allí había más ratas que en la China.

Justo cuando abría el nuevo día vino otro práctico polaco a sacarnos. El enfado era general, porque esperando y esperando se nos pasaron las horas y nadie había podido descansar.

Navegábamos hacia Mombasa por fuera de las islas de Zanzíbar y Pemba. Nos habían aconsejado que lo hiciéramos así, porque seguía habiendo piratas entre las islas y la costa. Nos tomamos muy en serio el aviso. La mayoría de los tripulantes del *Picoblanco* habíamos tenido negras experiencias en aguas nigerianas, con los salvajes asaltos a los barcos. De modo que como sólo había medio día de navegación entre Dar es Salaam y Mombasa, y además teníamos muy buen tiempo, pues rodeamos las islas.

Íbamos con las bodegas abiertas, reparando todos los desperfectos que habían ocasionado los estibadores durante la última descarga. Los palets de vino no tenían solución: habían destrozado por los menos cuatro o cinco cajas de cada uno, y como encima se trataba de una partida más bien pequeña, daba pena presentar la carga de aquella forma. Yo sé que los receptores estaban acostumbrados a esa clase de cosas y casi era normal recibirla así, medio deshecha, pero ello no evitaba que sintiéramos vergüenza.

Dos españolas perdidas

Yo ya conocía bien Mombasa. Junto con Dar es Salaam era un puerto de recalada obligada en los viajes a África oriental. Además, todos lo deseábamos para correrno juergas, como ocurría con Takoradi en África occidental. Las descargas eran muy lentas, y aunque fuese poca la carga a desembarcar, los tres días de estancia en puerto estaban más que garantizados. El barco, como era

habitual, estaba lleno de trabajadores y «visitadores», que quintuplicaban en número a aquéllos. Nos habían acostumbrado bien, era una lacra imposible de erradicar.

Acudían también vendedores ambulantes, a los que sólo se recurría cuando el barco estaba de salida y todavía nos sobraba papel moneda del país y queríamos deshacernos de él. A la calderilla sobrante se tenía por costumbre guardarla de recuerdo. Traían todos las mismas mercancías, pero había quienes venían con auténtico arsenal de guerra, sobre todo machetes, escudos y jabalinas, y vendían más que nadie, porque había muchos tripulantes que eran peores que los niños y les gustaba hacer el indio con los arcos y las flechas.

Por la tarde nos sentamos unos cuantos tripulantes del barco en la terraza al aire libre de un café en la ciudad. De pronto, dos mesas más allá de la nuestra, oímos a dos chicas, sentadas solas, hablar castellano con acento español. Entablamos conversación con ellas y acabaron viniéndose a nuestra mesa.

La rocambolesca historia de aquellas chicas tenía tela.

—Pues nada —comenzó a contar una—, que decidimos pasar las vacaciones en África y pensamos, ¿por qué no a Kenya? Sacamos los billetes de ida y vuelta e hicimos las maletas. No pensábamos gastar mucho, porque suponíamos que viajando a un país atrasado, lo encontraríamos todo muy barato…

—Pero ¡qué va! —continuó la otra—; ahora mismo venimos de dejar el hotel. Diez mil pesetas al cambio por noche, y encima está cochambroso. Tres días nos ha durado el dinero, así que no sabemos dónde vamos a dormir esta noche. Hemos agotado hasta las reservas.

Todo cuanto tenían era los billetes de vuelta y los pasaportes, y unos pocos billetes de cinco *shillings* que apenas les alcanzaban para pagar la consumición que estaban tomando.

Aceptaron que las invitásemos y finalmente se instalaron en el barco como si fuera su propia casa, comportándose de un modo muy familiar. Una era mallorquina y botánica, y la otra madrileña y

filósofa, y se apalancaron cual testarudas lapas a la chapa del barco. Para dormir, el camarote del armador, el mejor. Para comer, a capricho y a cualquier hora del día. Para beber, refrescos, cervezas o lo que quisieran. Estaban muy mimadas por todos los tripulantes.

Por la noche nos largamos con las chicas, como si de dos tripulantes más se tratara, al Florida Beach, el bailongo más concurrido de los que había en el puerto. Estaba lleno, casi en su totalidad de negras del norte, etíopes. Muy altas y esbeltas, de pelo lacio, nariz y rostro afilados, facciones poco negroides. Eran muy guapas, y en todo África oriental las que se llevaban la palma. Se las veía por todas partes, desde los tugurios más miserables hasta los mejores locales.

Unimos varias mesas, nos sentamos en torno a ellas y al cabo de un rato ya teníamos compañía para escoger. La pista estaba llena de gentes bailando a los trepidantes sones de puro *rock* étnico que interpretaba un joven grupo musical. Casi todos los clientes eran tripulantes de barcos y chicas etíopes. Las mesas acabaron repletas de bebidas y los tripulantes ya empezaban a despistarse con las mujeres que los llevaban a las casetas de madera que había en el perímetro del local. Era un continuo ir y venir.

Regresamos al barco como siempre, amaneciendo y medio borrachos, dispuestos a seguir al pie de la letra las normas que regían en barcos alemanes para estos casos: ducha fría, un buen desayuno y unas pastillas de choque que no eran otra cosa que un complejo de vitaminas B. Había que tomarlas antes de salir de juerga, pero nosotros sólo nos acordábamos de ellas al final. Fiuza no tenía problemas, porque como iba de jefe nadie le molestaba y podía dormir toda la mañana. A mí, en cambio, no me dejaban pegar ojo, porque ante cualquier problema que surgía con la descarga, preguntaban por el *chief mate*. De manera que si quería hacerme el longui y despistarme para echar una cabezadita, no me daban más de media hora de cuartelillo.

Belén y Montse aparecieron por cubierta a media mañana. Estaba en antecedentes, por el radio, de cómo habían terminado la

juerga. Belén había intentado convencer a Montse para traerse a un amigo kikuyo (con el que había estado bailando toda la noche) al barco, y Montse había puesto el grito en el cielo, medio avergonzada. Salieron del local para discutir y Belén ya no volvió con el grupo. Montse no supo decir a qué hora habían vuelto al barco, pero cuando regresó de madrugada con los compañeros, el camarote que compartía con su amiga estaba cerrado por dentro. No quiso armar ningún escándalo y no le quedó más remedio que pasarse el resto de la noche tumbada en un sofá en la sala de estar.

A la mañana siguiente teníamos prevista la salida para Durban. A última hora Belén y Montse intentaron convencer al capitán de que las llevara a Suráfrica, pero Tobías, que era perro viejo y se las olía todas, no accedió. A él también le había llegado el comentario de la cara que había echado Belén y no quería problemas a bordo. Ellas querían pagar los gastos trabajando en el barco, pero sus buenas intenciones no hicieron mella en el Viejo, que se mantuvo en sus trece. Además, el viaje duraba una semana y media, y la tripulación era muy lanzada. Tobías razonaba con rigor y nos decía que si tenían problemas que fueran a la embajada y que se los solucionasen allí. Montse echaba pestes, porque habrían podido hacer un interesante viaje con nosotros y la mala cabeza de Belén le había chafado aquella posibilidad. Conmigo se sinceró al final, quizá buscando la última oportunidad, pero yo ya no podía hacer nada, porque la sentencia en firme de Tobías era *vox populi* en todo el barco.

Pequeños hurtos

Salimos de Mombasa con rumbo sur sureste hasta que tuvimos la isla de Pemba por nuestro través estribor. Una vez rectificado el rumbo, hasta ponerlo casi sur a cabo Delgado, nos dedicamos a tomar el sol y papar moscas. Ya teníamos la cubierta baldeada y habíamos montado de nuevo la piscina, a popa de la bodega 2. Sólo hacíamos jornada de trabajo por la mañana: había que respetar las

tardes del trópico, muy intensas allí, porque además del calor de esas latitudes había que sumar el de la corriente cálida de Mozambique, que corría de norte a sur y nos empujaba. Tampoco podíamos trabajar mucho en cubierta, a pesar del buen tiempo, porque había cubertadas y trincas por doquier, así es que aprovechábamos para pasar el tiempo engrasando pastecas, rodillos y todo tipo de piezas móviles. Por las tardes, la tapa de la bodega 2 se cubría de toallas blancas del barco y vasos con cubatas rebosantes de hielo y rodajas de limón, y después de la cena se reunía casi toda la tripulación, a remojarse, beber y charlar. Eran momentos sagrados para todos.

Aparecieron de pronto unos aviones de juguete cuyo origen preferí no indagar porque lo tenía muy claro. La partida de juguetes que llevábamos para Suráfrica y que venía taponada por la carga de Mombasa, había quedado libre en este último puerto y los tripulantes habían arramblado con algunos de ellos. Eran aviones de un solo vuelo, porque los marineros sólo necesitaban unos pocos metros libres en línea recta para hacerlos despegar. Ya en vuelo, consumían el pequeño depósito de combustible que habían llenado con la botellita que traía cada juego; pero después, como no tenían espacio para hacerlos aterrizar, los mantenían en el aire hasta que agotaban el combustible y acababan, entre risotadas, hundiéndose en el agua como camicazes.

Condescendíamos con aquellos pequeños hurtos, porque de los miles de cajas de juguetes que llevábamos sólo se tomaba de aquellas que venían abiertas o dañadas. Además de eso, oficialmente se había mandado coger algunas botellas de las cajas de vino francés (también de la partida de Suráfrica) que habíamos salvado de los destrozos que habían hecho en Dar es Salaam, y se las destinó para el consumo del barco. Así es que poco se podía decir, había que ser tolerante. En las cargas «golosas» los estibadores cometían verdaderas barbaridades, tanto en origen, como en tránsito y en destino. Los importadores africanos estaban muy acostumbrados a aquellas mermas.

Afortunadamente no teníamos carga para Maputo, la ex Lourenço Marques, así que nos libramos de la inseguridad que reinaba en Mozambique, porque ya en viajes anteriores lo habíamos pasado mal tanto en este país como en Angola. Se habían independizado hacía pocos años de la metrópoli portuguesa, la inestabilidad política era considerable y los bandos seguían enfrentados (en plena contienda civil) por el poder. En el último viaje no habíamos podido ni pisar el puerto de Maputo.

Durban

Llegamos a Durban en fin de semana, por lo que nos garantizamos un largo descanso, después de la semana de navegación que nos había llevado de Mombasa a Durban. Dos mil millas de agua. Ocho largos días de travesía, y eso que veníamos empujados por la corriente de Mozambique.

El agente nos alegró el día. Traía ni más ni menos que un paquete de correspondencia y otro con revistas recientes. Las cartas se repartieron en un santiamén, y todos los tripulantes se refugiaron en la intimidad de sus camarotes para estar un rato a solas con sus esposas, sus hijos o sus novias. Las revistas se las quedó Tobías, hasta que tuve que recordarle que éramos 22 a bordo.

Nada más desembarazarnos de los controles de entrada, el agente nos informó acerca de la carga que teníamos prevista. Se trataba de una mercancía nada apetecible. Por un lado, un cargamento de pacas de asbestos, cuya inhalación era peligrosísima para las vías respiratorias. Pero en aquel tiempo no había tanta preocupación por la salud. A mí me daba la sensación, por los restos que se esparcían de las pacas rotas, que era como el «picapica» que contenían los paneles que colocaban para insonorizar, una fibra que parecía viruta finísima de cristal. Por otro lado, una partida de pieles secas, sin curtir, que iban para La Coruña. Lo nefasto de aquella carga era el penetrante mal olor que despedía. Aquella tufarada

nauseabunda, a putrefacción, impregnaba cada rincón del barco y se te pegaba hasta en la ropa que guardabas en el armario.

En cuestión de «faldas», todos los puertos surafricanos eran muy estrictos, de modo que si te encontraban tonteando con una negra te veías metido en un serio problema. Había que ir a las discotecas, *pubs* y restaurantes de blancos, servidos por una legión de camareros indios, lo cual no te apetecía nada porque entre otras cosas tenías que pagar a precio de blanco, y los rands no nos los daban gratis. En segundo lugar, los trabajos portuarios empezaban muy temprano, y tanto las collas en bodega como los gruistas eran muy eficientes. Se trataba de un África totalmente diferente de la que veníamos. Existía una distancia bestial. Por todo ello las estancias eran relativamente cortas y había pocas posibilidades de ligar en tierra, así que eran pocos los que salían. Esto evitaba problemas con las guardias y cabreos porque a las cuatro de la mañana no te había llegado el relevo, como a menudo ocurría en los puertos de la otra África.

Suráfrica era siempre un cóctel de sensaciones. Unas veces se te iba la olla y te creías que estabas en Montreal en pleno verano, por la gente que veías por la calle, tan rebuscadamente educada, tan sonrosada de cara que cualquiera habría dicho que tenían prohibido tomar el sol, tan pulcramente vestida a pesar de que parecía que sólo les faltara el salacot para partir a un safari de lujo, y todo tan aseado, ordenado y eficiente que hasta te hacía sentir incómodo. Las calles eran muy limpias, el tráfico muy ordenado, la mayor parte de los edificios muy bien conservados, con su aire Victoriano, y los pocos que no porque se trataba de impresionantes construcciones de novísimo diseño. Por la temperatura de que gozabas, un intermedio perfecto entre clima templado y tórrido, bien podías pensar que estabas en cualquier zona del Mediterráneo en pleno verano, de no ser por los más de 20 millones de bantúes que te encuentras por la calle. Porque esa tierra es, sin lugar a duda, bien africana, bien negra, aunque a veces no cuadren las cuentas. Sin embargo, por más que se discutiera la posesión moral de la tierra,

los primeros blancos en llegar a esos parajes habían sido los colonos holandeses, en el siglo XVII, y eso para la mentalidad de un europeo era muy reciente.

Lo curioso para nosotros era que si queríamos quedarnos en el país no teníamos ningún tipo de problema; nos garantizaban el trabajo, la vivienda y un pasaporte surafricano, como ciudadanos de segunda clase, eso sí. No recuerdo que se quedara nadie, aunque solía haber ofertas tentadoras. Debía de ser que Suráfrica quedaba muy lejos del terruño y se seguía prefiriendo emigrar a Alemania, Francia o Suiza. Me sonaba como irte a vivir a Australia, en las antípodas, y de pequeño me habían enseñado que eso quedaba al otro lado del globo terráqueo. Bastante tenías con conocer la cultura de tu propio pueblo, como para complicarte la vida con la de otros, y encima partiendo de cero. Además, teniendo que balbucear en otro idioma, con lo pobre de lenguaje que era yo para lo rico que era el diccionario de nuestra lengua, que de casi medio millón de vocablos apenas si usaba cuatro o cinco mil. Por otra parte, reducir la vida al trabajo no entraba en mis planes.

Las alcantarillas del barco

Como habíamos llegado en sábado y la tripulación no saldría a la ciudad hasta la noche, se decidió hacer trabajos a bordo a cuenta de las horas extra. Pensaba repasar el casco del costado del muelle y darle una mano de pintura. Entretanto, el «estado mayor» de la sala de máquinas pactaba, a requerimientos del capitán, la nueva estrategia a seguir para solventar el problema que teníamos en los dobles fondos de la bodega 1. Había estado con el Viejo hacía un rato y lo había apabullado explicándole que el lunes tendríamos que detener la carga de la bodega hasta que no viniera un equipo de tierra a taponar las entradas de agua en el doble fondo. Porque aparte de que la bodega rezumaba y eso podía dañar las mercancías, no podíamos meter toda la carga que queríamos,

porque había que contar con el peso de aquella agua, que equivalía a más de 300 toneladas de lastre. Con la carga prevista meteríamos en el agua el disco Plimsoll, que indica el máximo de calado permitido al barco, con lo que seguramente no nos dejarían salir de puerto, y no íbamos a esperar a llegar a España para reparar aquello. Un equipo de buceo tendría que taponar las fisuras que había en el pantoque del buque, en la zona donde los remaches estaban flojos y las planchas que se solapaban no cerraban herméticamente.

Tobías, quien desde que había hablado con él del problema no paraba de maquinar pensando en los costos que aquello supondría para la compañía, había perdido los estribos y estaba totalmente descompuesto. Era su primer viaje. «Vaya, capitán, a la primera y la hace, y encima en Suráfrica», pensarían en Madrid, ¡y eso él no podía permitirlo! Así que llamó a Fiuza y al resto de maquinistas por si alguno tenía un arrebato de inspiración divina. Conmigo no contaba, porque sabía que no tenía otra solución.

La inspiración les llegó, y me mandó llamar con urgencia. Alguien había sugerido extraer con la bomba de lastre el agua que fuese entrando en el doble fondo mientras un voluntario se metía en éste para localizar las filtraciones de agua y taponarlas con cemento rápido. Parecía una idea genial, y hasta me reproché el que no se me hubiera ocurrido antes. Para que obrase el milagro sólo bastaba encontrar un voluntario que quisiera bajar.

Menos el cocinero, el camarero y el engrasador de guardia, el resto de la tripulación se había concentrado en el plan de la bodega 1. Todos habían acudido ante aquella emergencia por si surgía la necesidad de echar una mano. Tanta voluntariedad resultaba conmovedora. Veinte pares de ojos miraban a los dos de la máquina que trataban con dificultad de quitar las oxidadas tuercas, las cuales habían hecho cuerpo con sus tornillos, para levantar la tapa que daba acceso al pocillo del doble fondo. Las bombas de achique habían empezado a trabajar a pleno rendimiento. En el silencio de la bodega se oía bajo nuestros pies el rumor del agua que la tubería

iba absorbiendo. A la media hora, y con la maestría propia de los de la máquina, se consiguió quitar la ovalada tapa de registro del tanque del doble fondo. Apareció un oscuro pozo, anegado con un palmo de agua, de no más de 1,20 metros de profundidad al que accedimos fácilmente, y del cual partía un negro túnel de más de 20 metros de largo. Aun con las pilas nuevas recién puestas, las linternas no alcanzaban a iluminar más allá de unos pocos metros de la entrada.

—¿Algún voluntario…? —pregunté.

Por toda respuesta obtuve un profundo silencio. Nadie osó ni toser, por si Tobías lo interpretaba mal y le endosaba aquel marrón.

—Habrá una gratificación especial para quien quiera entrar —acabó prometiendo Tobías.

Nadie abrió la boca, y todos se pusieron a mirar las musarañas. Algunos se habían desplazado unos metros y observaban las marcas pintadas en las cajas que aún había en el lugar. A mí aquel asunto de meterse en el doble fondo no me gustaba nada, pero el Viejo mandaba hacerlo y era difícil decidir si estábamos obligados o no a obedecer.

—Contramaestre, no va a haber más remedio que nombrar a dos marineros para hacerlo —dije al fin, esperando una respuesta sin mucha convicción.

—Si no estuviera tan gordo, bajaría yo —dijo el contramaestre—. Baja tú —añadió dirigiéndose al mozo carpintero, que era nuevo en la compañía, y era su ojito derecho.

En el barco se murmuraba que estaban liados, pero yo no lo creía, porque el nostramo, que es como también se llama a los contramaestres, era muy mayor y bastante adefesio. Tenía la cara muy gastada, y aunque conservaba mucha energía en sus fornidos brazos, lo cierto es que el resto del cuerpo no le acompañaba y estaba abarrotándose de grasas por todas partes. Cierto es que era soltero y disponía, según se aseguraba, de bastante capital invertido en inmuebles. Era de los que se aburrían cuando tenía vacaciones, lo que ocurría un mes al año, y sólo pensaba en volver a su barco, que

era donde realmente se encontraba a gusto. Por otro lado, el mozo carpintero, un mozalbete bien parecido y cachas por haber practicado mucho culturismo, daba la impresión de estar muy molesto por los comentarios que habían llegado a sus oídos. Lo que no podía negarse era que por su cumpleaños el contramaestre le había regalado una maciza cadena de oro con una medalla de la Virgen del Carmen, que a él no le importaba lucir.

El carpintero asintió con un movimiento de la cabeza, acatando con aire desafiante la orden del contramaestre, quien, claramente orgulloso, me dirigía continuas muecas de satisfacción.

—¡Es el único hombre que hay aquí! —exclamó finalmente, sin ningún recato.

No hubo más voluntarios. Me parecía una tomadura de pelo el que fuese la tripulación quien tuviera que arreglar aquélla avería.

—Iré contigo —anuncié en un arrebato de furia, sin saber muy bien por qué lo decía y dando por zanjado el asunto.

De inmediato todos comenzaron a moverse como el engranaje de un reloj. Los maquinistas habían hecho una cadena de comunicación para controlar mejor la bomba de achique en el doble fondo. Aparecieron más linternas de las necesarias. Los marineros metían el cemento rápido en bolsas pequeñas para que lo transportáramos con mayor comodidad. Habían traído toallas y monos limpios para cuando saliéramos. En fin, sólo nos restaba bajar.

Como se suponía que yo era el jefe de la expedición, aunque hubiese sido el segundo en ofrecerme voluntario, bajé el primero al doble fondo y comencé a avanzar a cuatro patas por el túnel. Había que pegar saltos para sortear las barreras de las varengas, que son las que forman el costillaje del barco. Las vagras (los refuerzos longitudinales de las costillas), auténticas vigas de hierro que corren a todo lo largo del buque, de proa a popa, no sólo no molestaban sino que marcaban el camino recto en nuestro avance. Ambos refuerzos compartimentaban el doble fondo en cajones, los cuales se iban haciendo más pequeños a medida que iba progresando hacia

proa. Entre cajón y cajón de planchas de hierro había unas aberturas de forma ovalada que permitían pasar en ambas direcciones.

Al principio permitían el paso con sólo agacharse y meter el pie en el siguiente cubículo. Pero éstos eran más pequeños cuanto más cerca de la proa estaban, y pasar de uno a otro resultaba cada vez más difícil. El carpintero me seguía, acarreando más de la mitad de la carga de cemento rápido. El calor iba en aumento, empezábamos a sudar. Habíamos cruzado ya el sexto o séptimo cajón, pero arrastrándonos, pues ya no podíamos avanzar agachados sino tendidos. Primero sosteníamos la linterna con los dientes para tener las manos libres, aunque jadeáramos más, luego introducíamos la mitad del cuerpo y, apoyándonos en una mano, hacíamos avanzar el saco que contenía el cemento y las cuñas de madera un metro hacia delante, hasta la siguiente abertura, y a continuación, con las dos manos ya libres, la otra mitad del cuerpo, hasta meternos enteros en aquel cubículo que ya tenía el tamaño de las cajas de los contorsionistas de circo. Y así hasta la próxima abertura, más pequeña aún que la anterior. El carpintero iba detrás de mí, ocupando el cajón que yo dejaba libre y repitiendo mis movimientos.

Tantas estrechuras y sudores me estaban angustiando, porque aquello era más penoso de lo que había creído en un principio, y peligroso. Me preguntaba quién nos sacaría de allí si sucedía un percance. La respuesta estaba clara: ¡nadie! Un fallo de la bomba y en media hora estaríamos ahogados.

Teníamos la tela del buzo pegada a la espalda a causa del sudor y el pecho y las piernas mojados debido al agua de mar que entraba, porque a medida que avanzábamos el nivel de ésta en los cubículos aumentaba, y no porque la bomba no succionara bien, sino a causa de que los desagües que comunicaban los compartimentos estaban obturados de barro, de tanto lastrar agua de río.

De repente sentí angustia y ganas de vomitar. El aire, aunque frío por la humedad del doble fondo, estaba enrarecido y era casi irrespirable. Me iba a marear en cualquier momento. Me entró un

miedo atroz y giré el cuerpo como pude para escapar de aquella encerrona mortal. Pero apenas podía moverme, y encima el carpintero ocupaba casi todo el compartimento suyo, de modo que por allí no había forma de pasar. No le dije que se volviera, pues apenas si conseguía articular palabra; sólo me salió un ininteligible: «Me salgo, me salgo». No podía parar, ya había abandonado todo y sólo buscaba con la linterna un hueco por el que meterme en el cubículo que él ocupaba, pero en dirección contraria. Yo empujaba su cuerpo con el mío buscando unos centímetros de espacio que me permitieran avanzar hacia popa, en tanto que él, instintivamente, hacía lo mismo pero hacia proa. El problema fue cuando quise sacar la cabeza por la pequeña abertura ovalada que el carpintero ocupaba casi por completo. Sentí que el borde de hierro de aquélla me raspaba la piel, pero presioné la cabeza fuertemente contra los muslos de él y seguí avanzando centímetro a centímetro.

El esfuerzo me había hecho olvidar la sensación de mareo, y mi agilidad había aumentado junto con mi esperanza. En el antepenúltimo cajón anterior a la salida me sentí más cómodo, pues podía moverme con soltura. Antes de subir por la escalerilla eché una última ojeada a aquella trampa y vi los fogonazos de la linterna del carpintero que venía detrás de mí. Me alegré de que lo hiciera.

Tobías nos esperaba ansioso, hecho un manojo de nervios. Cuando le conté lo ocurrido, se desesperó y terminó por poner tal expresión de derrota que hasta me hizo sentir culpable por no llevar a buen término la misión. Pero yo me sentía muy excitado y no estaba para gaitas.

Subí con el carpintero a cubierta a respirar aire puro, dejando a todos abajo sin saber qué hacer ni qué decir. Después de la quinta bocanada de aire sin cambiar palabra, de repente nos dio por mirarnos y nos echamos a reír, histéricos, pensando en el trago que acabábamos de pasar juntos.

—No tienes cojones para volver allí —le dije en tono jocoso y familiar, porque con la aventura se habían roto estúpidas barreras.

—Si usted los tiene, yo también —respondió tajante, pero en el mismo tono en que me había dirigido a él.

Fuimos a la cocina y nos preparamos dos bocadillos, y tras coger media jarra de vino salimos a cubierta para prolongar un rato más el descanso. Mientras tanto, Tobías había enviado un emisario a investigar qué nos ocurría, porque no podía permitirse el lujo de bajar y subir por la escalera que conducía a la bodega, que estaba soldada a un puntal, totalmente en vertical, y carecía de toda protección.

—Dile al Viejo que dentro de un rato lo intentaremos de nuevo, pero que hay que empopar más el barco para que el agua corra con más fuerza hacia la parte trasera del tanque. Como sea, que largue las dos anclas y toda la cadena al agua y que vean los de la máquina si pueden trasegar combustible para algún tanque que esté más a popa. ¡Ah!, dile al contramaestre que ponga la bomba portátil y trasiegue agua dulce de los tanques laterales al pique de popa hasta que rebose, y que lasque un poco las amarras de proa.

Tobías y Fiuza, que lo habían comprendido bien, se pusieron a actuar en todos los frentes. Se consiguió apopar el barco bastante, y comprobamos que en la bajada al tanque el nivel del agua había aumentado y que la bomba succionaba mucho mejor. Lo malo fue que, pasada la euforia inicial, volvió a entrarme el acojono de verme en la misma situación. Pero ya había dado públicamente mi palabra y no podía echarme atrás.

Nos cambiamos la ropa por otra más ceñida y volvimos a bajar al doble fondo, esta vez en orden inverso. Era una deferencia que me hacía el carpintero, debo admitir que me pareció justa. Él abría la marcha en aquel laberinto de aberturas angostas que volvía a desafiarnos. También íbamos con ánimo de explorar un poco, porque la verdad es que nos habíamos dirigido hacia proa cuando en realidad no sabíamos dónde estaban las filtraciones, si en el centro o a los costados.

Finalmente conseguimos llegar casi a la proa del tanque y localizar, prácticamente en el centro, un poco a babor, la brecha por

donde se colaba el agua al tanque. El carpintero avanzó un compartimento más y se volvió, por lo que quedamos el uno de cara al otro y por encima de la vía de agua, y con medio cuerpo metido en el mismo compartimento. Cogimos una de las cuñas que él había preparado, la más pequeña, pero en el intento se nos coló y se fue por entre las dos planchas. Metí la mano para palpar el alcance de la hendidura y comprobé que sacaba la mano del barco.

Decidimos meter la cuña más grande que llevábamos, y que no estaba preparada, sino que era un auténtico calzo de madera de los empleados para trincar las ruedas de los coches en cubierta. La embutimos bien entre trapos y la golpeamos con la maza hasta conseguir que el manantial dejase de brotar. El carpintero sacó el cemento rápido, lo preparamos en un momento y lo gastamos todo. Nos quedamos un rato allí, hasta que estuvimos seguros de que el cemento secaba y aquello aguantaría. Una voz, a medio camino hacia nosotros, nos hizo saber que otro voluntario entraba para averiguar si nos pasaba algo. Los remordimientos habían despertado las conciencias, armando a algunos de coraje.

—No avances más; vuelve y di que nos manden más cemento rápido, que ya hemos taponado la vía de agua pero hay que asegurarla —le grité haciendo bocina con las manos para que me oyera mejor.

Al final lo conseguimos.

Tobías, que me había incluido en la lista de las gratificaciones, tuvo que borrarme de ella rápidamente, porque me cabreé muchísimo.

—Jamás volveré a cometer una locura como ésta —le dije, furioso—. Esto no tiene precio. Mi parte se la das a ellos —añadí, señalando al carpintero y al otro marinero—, yo no quiero nada.

Mi intención era que reflexionase sobre lo sucedido, y que entendiera que nada justificaba el exponer la vida de un tripulante para ahorrarle un poco de dinero a la compañía. A mí ya no me importaba lo que había pasado, pero debía hacer entender al capitán

que no podía exigir nada que pusiera en peligro la seguridad de sus hombres.

Port Elizabeth

Hay que reconocer que vivir tan cerca de una persona gafe, trae malas consecuencias. Pero en los barcos no se vive, se convive, y en aquellas circunstancias la influencia del Viejo resultaba nefasta. Con Tobías yo estaba curándome de espanto, lo admitía todo con resignación, ¡qué iba a hacer sino verlas venir y capearlas como mejor pudiera! Pese a que había optado por la vía de la comprensión, no ganábamos para sustos. Así que lo que acaeció en el siguiente puerto surafricano, Port Elizabeth, rayó ya el colmo de las desventuras.

Habíamos arribado a puerto por la tarde y atracado junto a un barcarrón griego en un muelle solitario, bastante apartado de la ciudad. Se había previsto que una colla bajara todos los coches a tierra, a fin de que las bodegas estuviesen listas para trabajar por la mañana.

La policía nos había advertido que no dejáramos entrar a nadie que no tuviera relación con el barco, sobre todo si se trataba de mujeres negras. A la entrada de aquella dársena había un enorme cartel en el que se leía claramente que aquellas personas ajenas a las labores del puerto tenían prohibido el acceso al mismo. Tobías me repitió los mismos consejos que horas antes yo le había traducido de los policías. Se decidió que Lamela, uno de los marineros, montaría guardia nocturna en el portalón e impediría la entrada de aquel que no fuese miembro de la tripulación del barco. Mientras se repartían preservativos entre los que salían a tierra (una moda que se había impuesto recientemente) se avisó a todo el mundo de aquella disposición.

Lamela, un hombre siempre vestido de oscuro y con boina, con la cara chupada y tan delgado que de perfil ni se lo veía, nunca se

enteraba de nada. La compañía le toleraba porque llevaba muchos años trabajando en ella, pese a que había pasado largas temporadas en clínicas de rehabilitación para enfermos alcohólicos. De la última había salido, al parecer, recuperado, y consiguió convencer al jefe de personal de que le embarcara de nuevo, a pesar de que la primera intención de éste había sido que pasara una estancia prolongada en la clínica. El caso es que nos lo endosaron en el barco, y a los dos días comprobamos que, a escondidas, seguía bebiendo vino con fruición, y eso que se mareaba sólo de olerlo. Para no correr riesgos se le había asignado el trabajo más cómodo, en el que no tenía que utilizar herramientas, como eran las guardias nocturnas en puerto junto al portalón, en tanto que en la mar cumplía de serviola en el puente con el oficial de guardia. Entraba de guardia a las diez de la noche y debía velar hasta las seis de la mañana, cuando llamaba al personal de cocina para que preparase el desayuno y al de cubierta para que abriese las bodegas.

Le recalqué varias veces la consigna de no dejar entrar a nadie, y creo que me entendió bien, porque en ese momento tenía aspecto de estar sereno y de prestar mucha atención a lo que le decía.

A las dos de la mañana regresamos al barco, bien contentos. En el portalón me crucé con Lamela, y creo que ambos intentamos disimular la castaña que llevábamos. Yo le di las buenas noches, balbuceando. Él, tan sólo asintió con la cabeza, desviando la mirada. Como me pareció que todo seguía normal, y dado que tampoco estaba en condiciones de decirle nada, me fui rápidamente a dormirla, pues sólo me quedaban cuatro horas para entrar de servicio.

La prostituta que murió al caer del barco

A las seis menos veinte de la mañana alguien golpeó fuertemente la puerta de mi camarote dando gritos que yo no entendía. Salté de

la cama como pude, llevándome las manos a la cabeza, que me dolía a causa de la resaca, y entreabrí la puerta.

—¡Hay una negra muerta en el barco! ¡Hay una negra muerta en el barco! —repetía el contramaestre con expresión de apuro y santiguándose muy excitado, sin control.

—¿Qué dice? —le pregunté extrañado. No acababa de asimilar lo que me estaba contando, me parecía irreal.

—¡Hace un momento que se ha caído una chica entre el muelle y el barco! ¡Está muerta! —siguió gritando el contramaestre ante mis atónitos ojos.

No era posible lo que estaba escuchando, no me lo creía. Tenía que verlo. Me vestí a toda prisa y salimos pitando rumbo a cubierta. Como aún no había despuntado el día, apenas si se veía el cuerpo de la chica flotar en tan poco espacio; sólo asomaba del agua parte de la espalda. Encendimos las linternas y tratamos en vano de engancharla con un bichero; además de imposible, el intento era peligroso. El barco estaba separado del muelle por el ancho justo de las defensas de goma, menos de medio metro, que el imperceptible vaivén del primero chafaba como si fuese un acordeón.

Lamela, en un arranque de clarividencia, y quizá movido por el remordimiento, había comenzado a descolgarse por una cuerda sin que nos diéramos cuenta. Cuando me percaté de su estupidez era demasiado tarde. Aquel hombre era muy delgado, no comía, se alimentaba de vino tinto y apenas si tenía fuerzas, y las pocas que le quedaban estaba quemándolas para espabilarse de su melopea. Finalmente cayó al agua, con la buena fortuna de no golpearse la cabeza, como le había sucedido a la chica, según supimos después por la autopsia. Se mantuvo a flote como pudo hasta que se asió a un salvavidas, y lo sacamos medio desahuciado.

El chapuzón junto a la difunta le había espabilado, y con las ideas algo más claras me contó que la chica se había presentado procedente del barco griego que estaba a nuestra proa y se había empeñado en subir a bordo a buscar a una compañera. Él se lo

había impedido, y en el forcejear ella había caído del portalón al agua, entre el buque y el muelle.

Pronto darían las seis de la mañana y los marineros, que aún no se habían percatado de lo que sucedía, iban apareciendo medio adormilados por la cubierta. En el muelle estaban congregándose los estibadores (todos bantúes), que no hacían más que escudriñar aquel oscuro y pequeño espacio para ver el cuerpo de la chica, a la vez que nos miraban a los del barco con insidia, profiriendo frases amenazadoras en un lenguaje que no entendíamos. Se formó un gran tumulto. El capataz, que era un afrikáner, nos aconsejó veladamente que nos fuéramos a los camarotes y permaneciéramos encerrados hasta que llegara la policía, que ya había sido avisada, porque no le gustaba nada el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Aunque los estibadores eran de distintas etnias, cada una de las cuales trabajaba separada de las otras en distintas bodegas, se habían unido contra nosotros y nos culpaban, por el hecho de ser blancos, de la muerte de la joven. No importaba que fueran zulúes, shosas, hotentotes o swazis, el clamor de venganza se apoderó frenéticamente de un centenar de bantúes que estaban armándose de ganchos y palos con la intención de asaltar el barco y atacarnos.

Tobías, que había aparecido en cubierta hacía sólo pocos minutos, porque con el intento de sacar a la muchacha y a Lamela del agua se me había olvidado avisarle, estaba lívido. Tampoco tenía una idea muy clara de lo que se nos podía venir encima, y andaba como desorientado mirando a todo el mundo sin saber qué hacer. Al tiempo que le empujaba hacia el interior del barco, le informé del peligro que corríamos, y al ver la actitud cada vez más agresiva de la multitud reunida en el muelle, se asustó y mandó a todo el mundo a encerrarse en sus camarotes con las puertas trincadas por dentro.

Ante aquellas dramáticas palabras se produjo una estampida general en cubierta y la tripulación corrió a buscar refugio. El capataz blanco había desaparecido de escena. Tobías tomó las de Villadiego, subiendo de tres en tres los peldaños que conducían a su

camarote. Los de fonda se abrigaron hasta los ojos y se encerraron en la cámara frigorífica; fueron los que tuvieron más suerte, porque no se enteraron de la mitad de la movida.

Un sentimiento de inseguridad se abatió sobre los tripulantes. Los estibadores, al vernos huir, salieron tras nosotros. Tomaron el barco al asalto y arremetieron con palos, cadenas y cuanto pillaron contra mamparos, puertas y todo lo que encontraban a su paso. Los ruidos de los golpetazos y los gritos amenazadores que proferían en sus alocadas correrías por el interior del buque daban escalofríos y helaban la sangre.

Hasta que se oyeron las sirenas de los coches de la policía no cesó el terror producido por los intentos violentos de forzar las puertas de los camarotes con la intención de lincharnos. Después se escucharon unas carreras y la algarada fue a menos hasta que se acalló. Abrimos los camarotes con más miedo que convicción y nos dimos de bruces con la policía, que entraba a saco en el barco persiguiendo a los negros.

Todavía nos temblaban las piernas cuando reunieron en el comedor a toda la tripulación. Dimos nuestra versión de los hechos, corroborada por el capataz, que había abandonado el refugio donde había buscado protección, cualquiera que éste fuese.

—Capitán, ¿hay más mujeres a bordo? —inquirió el jefe de la policía mirando al Viejo.

—*No ser, no guels on de chip!* —respondió rápida y sumisamente Tobías tras dirigir a los tripulantes una mirada inquisitoria.

El jefe de la policía dio unas órdenes en africáans y un grupo de agentes que permanecían en el pasillo del comedor salieron prestos a registrar el barco, mientras nosotros permanecíamos demudados, a la espera de los acontecimientos. Al cabo de un rato dos de ellos aparecieron trayendo del brazo a una chica medio desnuda y muy asustada a la que habían sacado del armario del camarote de un marinero. Tobías no sabía dónde esconderse ante los gestos de desaprobación que hacía el jefe de la policía. Pocos minutos después

vimos llegar a otra con indicios claros de estar bebida y haciendo movimientos bruscos para liberarse de los policías que la apresaban.

El Viejo, que estaba al borde de un ataque de los suyos, empezó a pegar gritos con amenazas de excomunión a los responsables de aquello. Todo el mundo callaba, nadie quería cargar con los mochuelos. El jefe de la policía dio por finalizada aquella actuación, cortando de cuajo los exabruptos de Tobías. Dejó un retén de protección a bordo y se marchó con los demás policías, el cadáver y las dos detenidas.

A media mañana vino el agente del barco a recogernos; Lamela, el contramaestre y yo debíamos ir a la ciudad y presentarnos en el juzgado. Se nos puso un intérprete y se nos tomó declaración de los hechos. Lamela selló la suya con unos lagrimones que conmovieron hasta al juez.

Sólo cuando estuvimos de regreso en el barco el contramaestre decidió confesarse y contarme la verdad aprovechando que Lamela no estaba presente y también debido a los remordimientos ante el perjurio que había cometido, para proteger a su paisano, firmando una declaración que en nada se ajustaba a los hechos. La verdad era que Lamela había estado toda la noche en el portalón, bebido. En su inconsciencia, de madrugada había dejado entrar a varias chicas al barco. Después, una de ellas (la difunta) salió a buscar a una amiga que estaba en el buque griego, y cuando intentó entrar de nuevo en nuestro barco se encontró con que Lamela se había acordado de la consigna que se le había dado, y le impidió el paso. Forcejearon sobre la pasarela del portalón y la chica acabó cayendo al agua, entre el muelle y el barco, dándose un golpe en la cabeza contra el casco. Todo ello había ocurrido en presencia del contramaestre, que como era costumbre en él se había levantado muy temprano y permanecía en cubierta con una taza de café en la mano, observando la pelea.

Se lo comenté a Tobías, quien decidió que la cosa quedara así, porque además había telefoneado a Patxi, el representante del fletador vasco, que estaba en Ciudad del Cabo preparándonos la

carga que debíamos estibar allí. Al conocer la noticia se puso muy nervioso, y por lo primero que se interesó fue por el color de la víctima. Cuando supo que era de raza negra soltó un suspiro de alivio, porque, argumentó, si hubiese sido blanca habrían paralizado el barco hasta determinar responsabilidades tras imponer una fianza astronómica y habrían detenido a Tobías.

El Viejo quería correr un tupido velo sobre lo acaecido. Aclarar la verdad ante el juez habría complicado más al barco, de lo que ya estaba. Llamó al contramaestre y mandó buscar a Lamela, que ya combatía la tensión a fuerza de dosis de alcohol, y me instó a que el silencio fuera absoluto y no se comentara con ningún otro miembro de la tripulación. Tobías también decidió que se informaría a nuestro jefe de personal y que pediría a este que relevara a Lamela en el primer puerto español al que arribáramos.

Abnormal Waves

A la salida de Port Elizabeth el práctico, como era habitual, nos trajo un mapa con la predicción meteorológica para las siguientes veinticuatro horas y un folleto de pocas hojas titulado *Abnormal Waves*. Esto último nos extrañó, pero no le prestamos mayor atención en un primer momento. Pero una vez que nos hubimos alejado unas millas de la costa para ganar alta mar y puesto rumbo casi directo al cabo de las Agujas, con un horizonte claro y limpio de barcos, me dio por hojear aquel panfleto y traducírselo al Viejo.

—¡Joder! —exclamé, alarmando a Tobías—. Aquí pone que bajo ciertas circunstancias se producen unas olas anormales que aparecen de improviso y son muy peligrosas. Se sabe de olas que han superado los setenta y dos pies de altura, ¡unos veintidós metros!

—¿Qué circunstancias son ésas? —preguntó de inmediato el Viejo, ladeando un poco la cabeza para oír mejor lo que le iba a traducir.

—Pues aquí dice que cuando a la corriente de las Agujas se le suman los vientos del noreste, que a veces soplan durante días procedentes de borrascas estacionarias localizadas a muchas millas de distancia, puede ocurrir que bruscamente el viento role en dirección contraria, del suroeste. Entonces, y por este motivo, en el veril de las cien brazas, que se corta a pico (no muy lejos de la costa) separando la plataforma continental de las grandes profundidades, se originan ocasionalmente unas olas aisladas de altura desproporcionada y efectos devastadores, que son el resultado de la superposición de olas de diferentes longitudes de onda. También habla de que el frente de la ola va precedido por un profundo vacío del mar, muy peligroso para la navegación. En el último párrafo recomienda extremar la vigilancia a los barcos —añadí, resumiendo así el contenido de las dos primeras hojas—. La página tercera —continué— es un listado de buques hundidos o seriamente dañados a consecuencia de esas olas. En su mayor parte se trata de barcos de gran tonelaje, y más de la mitad son petroleros.

—¿Y qué viento tenemos ahora? —preguntó el Viejo mientras se iba al alerón a comprobarlo por sí mismo.

—Una ligera brisa del suroeste —contesté.

—¿Y tú crees que…?

—No, no lo creo. ¡Y será mejor no pensar en eso! Además, si nos encontráramos con una, con este bote no nos quedaría más alternativa que rezar —respondí un poco alterado.

El cenizo del fantasma que Tobías llevaba dentro era muy diablillo y me daba miedo, por lo que era mejor que pensáramos en otra cosa y nos olvidáramos del tema. Si aquellas olas habían partido en dos petroleros de más de 300 metros de eslora, a nosotros, que éramos unos enanos al lado de semejantes mastodontes, de la primera embestida nos mandaría al fondo del océano.

Tobías se quedó aferrado al pasamanos del alerón, mirando fijamente al frente, pensativo y con cara de preocupación.

Ciudad del Cabo

Íbamos a llegar a Ciudad del Cabo a primeras horas de la mañana, justo amaneciendo. Dejábamos atrás una mar muy azul y un poco picada hacia el levante, pero en cuanto viramos en dirección al norte una vez doblado el cabo de las Agujas, la mar acabó por calmarse. Sentimos que respirábamos más tranquilos por no haber topado con ninguna de aquellas raras olas, aunque hubiéramos llevado el miedo bien metido en el cuerpo, porque, repito, de la mar no podías fiarte del todo y menos después de una de esas advertencias de pronósticos tan catastrofistas.

Table Mountain no tardó en aparecer con la vertiente de poniente cubierta de penachos blancos. La mar se había vuelto pastosa; su superficie apenas aparecía rota por docenas de leones marinos que jugueteaban a nuestro alrededor, chapoteando o permaneciendo quietos en grupos con la cabeza fuera del agua, curioseando nuestro lento avance. Nada más contactar por VHF con la estación de prácticos de Ciudad del Cabo, nos mandaron fondear a poniente del cabo de Buena Esperanza hasta el día siguiente.

Pensé que, para aprovechar el excelente día que se presentaba con aquella mar tan calma, podríamos dejar los trabajos de cubierta que no corrían tanta prisa y realizar un ejercicio real de abandono de buque. Así que todo se hizo muy formal, empezando por la señal de abandono, con sus series de seis timbrazos cortos seguidos de uno largo, que por los pasillos interiores sonaban con una estridencia aturdidora, y todo ello unido a las aterradoras pitadas de la bocina del barco, las cuales, debo confesarlo, me producían desasosiego cada vez que las oía, por lo estruendosas que eran. Se controló el tiempo que se tardaba en echar los botes salvavidas al agua, mientras la tripulación, exceptuando los de la cocina, los de guardia, el capitán y el jefe de máquinas, se repartían entre los botes de babor y estribor y se afanaban por ajustarse las correas de los chalecos salvavidas. Estábamos todos muy monos, casi uniformados con los chalecos color naranja.

La siguiente orden fue navegar con los botes a vela. Los más avezados saltaron casi al mismo tiempo para protestar, y con razón.

—¡Coño, primero, si no hay viento para qué vamos a izar las velas!

—¡A vela, a vela! —me empeciné, antes de reconocer mi metedura de pata—. Hay que ver cómo se arma esto, que nunca se ha hecho hasta ahora, ¿o sí? —dije de nuevo para justificarme.

Nadie volvió a contrariarme.

Pasamos una hora de atroz aburrimiento contemplando unas velas de dudosa eficacia y amarillentas por la falta de uso, caídas sin el menor atisbo de ánimo ni esperanza de que soplara una brisa que las empujase, después del trabajo que nos había costado armar aquel tosco y anticuado artilugio. Al cabo, nos dimos cuenta de que nuestro barco se había convertido en una figura solitaria, no más grande que una caja de cerillas, en el horizonte.

Navegar a vela no navegamos, pero estaba claro que el correntón en aquellas aguas era de cuidado. Se trataba de la corriente de Benguela, que procedente de las frías aguas suratlánticas, se dirige con fuerza hacia el norte, encauzada por el embudo que se forma entre la plataforma continental surafricana y la dorsal de Walvis.

La corriente nos llevaba hacia el norte a 1,5 nudos de velocidad, por lo menos. Estábamos a unos tres kilómetros de distancia del barco. Aquello me alarmó, porque entre cigarrillo y cigarrillo contándonos anécdotas e historietas nos habíamos despistado. El otro bote estaba muy cerca del buque y apenas si lo distinguíamos. Mandé arriar aquellas enrevesadas velas y dije a Ángel, el segundo de máquinas, que era hora de arrancar el motor y regresar de inmediato.

—¿Tendremos bastante gasoil? —le pregunté, en realidad por decir algo.

—Combustible, sobra; lo que no sé es si arrancará y cuánto aguantará —respondió algo airado mientras bregaba con el motor.

—¿Por qué? —inquirí, alarmado.

—Porque apenas los ponemos en marcha, y cuando lo hacemos, muy de tarde en tarde, no los dejamos funcionar más de un minuto. Estos motores son muy viejos y han tenido muy mal mantenimiento en todos estos años.

Todos guardamos silencio mientras observábamos al engrasador darle vueltas a la manivela para arrancar el motor.

—¡Coño, es que siempre nos pasa lo mismo! —volvió a quejarse el maquinista—; nos lo tomamos todo muy a la ligera hasta que pasan estas cosas. Es que no escarmentamos, y nadie se acuerda de santa Bárbara hasta que truena.

—Pues eso es cosa vuestra —repliqué.

Aquel vetusto tubo de escape echaba un pestilente humo negro a cada intento frustrado de ponerlo en marcha. A la séptima intentona le cogió el gustillo y se puso a renquear de seguido. Parecía que por el momento se había solucionado el problema, así que al mando del timón viramos toda y pusimos rumbo al barco. Avanzábamos muy lentamente, pues no sólo lo hacíamos a contracorriente, sino que el motor apenas tenía fuerza para mover aquel pesado bote. Yo iba sentado en la regala de popa del bote, manejando el timón despreocupadamente, mientras los marineros estaban de cháchara recostados sobre las bancadas.

Encuentro con un cachalote

Llevaríamos algo así como la mitad de la distancia recorrida cuando un marinero lanzó un inesperado grito que nos cogió de sorpresa.

—¡Eh, mirad ahí! ¿Qué es esa mancha?

Todos volvimos la cabeza hacia la popa del bote y nos quedamos de piedra al ver una sombra enorme y alargada que nos seguía, sumergida a pocos metros de nuestra estela, como si se dispusiera a embestirnos.

—¡Es un submarino! —exclamó uno.

—Imposible; todos los barcos de guerra van pintados de gris, más claro o más oscuro, pero de gris, y ¡eso es negro! —señaló Ángel.

—¡Pues será una ballena! —apuntó otro.

—Sea lo que sea, está ahí mismo, a no más de cinco metros bajo el agua. ¿No podemos ir más rápido? —le pregunté al maquinista, esperando una respuesta milagrosa.

El segundo de máquinas se lanzó hacia el motor y se puso a hurgar en él. La repentina preocupación también se había apoderado de él. Casi al instante, el motor comenzó a renquear más rápidamente y el tubo de escape a largar más humo negro. Todos estábamos a la expectativa, esperando alejarnos de aquella enigmática mancha que seguía a la misma distancia de nosotros por la popa.

—Esto es todo lo que da de sí —comentó el segundo de máquinas, visiblemente malhumorado.

—Yo creo que es un cachalote —dijo el maquinista—; tiene el lomo muy oscuro y el morro achatado, y debe de medir más de veinte metros. Lo que no sé es si los cachalotes atacan.

Fuera lo fuere, nos siguió durante todo el trayecto, para canguelo del personal. Sólo cuando estuvimos a un par de cables del barco, lo vimos sumergirse por debajo del bote y desaparecer hacia las profundidades. Por un instante temimos un desenlace fatídico, porque creímos que nos mandaría al agua de un coletazo y nos pondría el bote por sombrero. Pero pasaron los segundos y no volvimos a saber de aquel bicharraco que nos había tenido tensos durante la última hora.

Se me quitaron las ganas de más excursiones, y nos situamos a pique de los pescantes metiendo a toda prisa los ganchos que habían quedado colgados casi a ras de agua, mientras gritábamos a los de cubierta que empezaran a virar el bote. Todos comenzaron a subir al barco por la escala de gato casi empujándose los unos a los otros, como si llevaran un cohete encendido metido en el trasero.

Quien más, quien menos, había tenido experiencias con ejemplares de cuidado de la diversa fauna marina tropical. En mi caso, poco tiempo antes, estando en el *Brockman*, que se hallaba fondeado en Mackay, dentro de la Gran Barrera de Arrecifes, en los territorios del noreste australiano, me había sucedido algo similar con el bote salvavidas en el agua, mientras navegábamos a remos porque se nos había averiado el motor. En esa ocasión nos vimos rodeados de serpientes del coral que no se iban de nuestro lado ni a la de tres. El susto fue más que justificado, porque se trataba de las serpientes marinas más venenosas del mundo, con aquellos anillos de colores brillantes (amarillo, rojo y negro metalizado) que repelían a la vista. Cuando sin querer nos metimos en aquel banco de serpientes, subimos rápidamente los remos y nos pusimos de pie en el centro del bote, sobre las bancadas, vigilando la borda, porque nadie se fiaba de que no pudieran reptar y meterse a bordo. Además, había tantas que por fuerza pasaban rozando el bote, mientras el maquinista trataba de arreglar la avería del dichoso motor con un ojo puesto en aquellos bichos.

Voluntarios para Rodesia

En principio estaba previsto que Ciudad del Cabo sería el último puerto africano por bastantes días. De allí saldríamos directamente para Casablanca, más de 5500 millas por la proa y de 19 días de navegación. En esos casos, la tripulación procuraba hacer las compras pendientes y darle el último respiro al cuerpo antes de hacerse a la mar. Aunque hacer previsiones en un barco es un tanto aventurado, pues a menudo se dan cambios de última hora o puede ocurrir que se modifique el destino en plena ruta, pero la tónica general era la normalidad. Llegamos a puerto confiados. El error, una vez más, fue no contar con la proximidad de Tobías, con lo cual las previsiones se nos fueron al traste en un abrir y cerrar de ojos.

Ya habíamos pasado los controles aduaneros y sanitarios cuando llegaron los agentes de Inmigración. Recogieron todos los pasaportes y una vez que hubieron comprobado el origen hispano de la tripulación, uno de ellos se dirigió a nosotros y nos pidió que hiciéramos correr la voz de que si alguno quería quedarse en el país podría hacerlo sin problema. Como el agente había advertido nuestra expresión de extrañeza, quiso dorar más la píldora y nos informó de que la oferta en realidad no era para Suráfrica, sino para la República de Rodesia, que además de concedernos la nacionalidad, nos daba vivienda, tierras y un trabajo bien remunerado. La única condición era que teníamos que ingresar en las milicias rodesianas y permanecer dos años en ellas.

Parecía todo tan tentador que la noticia se difundió por todo el barco en un santiamén. Surgieron muchas dudas, y más de un incauto habría aceptado la oferta si no hubiera sido porque alguien se había enterado de que no se trataba de hacer una mili cualquiera y jurar una nueva bandera, sino que había que pasarse dos años defendiendo las fronteras del país del ataque de las guerrillas y proteger a los hacendados blancos. Si en ese tiempo no la espichabas, quizá con mucha suerte podías disfrutar de aquel paraíso en una silla de ruedas.

Las guerrillas del Frente Patriótico de Knomo y Robert Mugabe operaban desde bases establecidas en Mozambique y Zambia, asolando y sembrando el pánico entre los colonos blancos asentados en las provincias fronterizas rodesianas del norte. Estaban causando serios problemas al gobierno de Ian Smith, que al parecer no encontraba otra solución política que mantener un ejército engrosado con mercenarios blancos reclutados en cualquier parte del mundo. Muchísimos colonos estaban abandonando tierras y propiedades para refugiarse en el sur, y a nosotros estaban prometiéndonos lo que dejaban atrás: el oro y el moro para, a cambio, mandarnos al norte a cazar negros. Lo que no decían era que la proporción resultaba ser de un blanco por cada 20 de éstos.

El que había alertado a la tripulación no había sido otro que un provisionista italiano, un tal Franco, que venía al barco, además de para prosperar en sus negocios, a pasar un rato con nosotros y de camino comerse un plato de lentejas guisadas con chorizo. Nunca daba muestras de tener prisa. Ya le conocíamos de viajes anteriores. Era un hombre con las ideas muy claras respecto al cono sur africano. Decía que los blancos de Rodesia tenían conciencia de que si la guerra no les era favorable siempre podrían correr hacia el sur, donde contarían con la plena protección de Suráfrica, pero que los de este país no tenían más sur donde refugiarse, sino agua, una inmensa confluencia de tres océanos. Vaticinaba que los blancos perderían Rodesia por completo, pero que en Suráfrica no ocurriría lo mismo. Así de fácil lo veía.

Para él, una guerra civil entre blancos y negros sería impensable en Suráfrica, pues los primeros se resistirían con uñas y dientes y sería una auténtica carnicería. Por eso mismo el gobierno racista surafricano estaba creando enormes países-reservas al frente de los cuales había reyezuelos títeres de Pretoria. Además, disponía de un ejército moderno y experimentado en la lucha. En el noroeste libraba una guerra abierta contra los cubanos que ayudaban a las guerrillas del SWAPO desde sus bases angoleñas. En el norte ayudaba a los rodesianos a no perder el estratégico y único colchón blanco que le quedaba de separación del resto del continente negro una vez que los portugueses se hubieran marchado de Angola y Mozambique. En el este, finalmente, apoyaba al gobierno de Salisbury contra la guerrilla que encontraba protección en Mozambique bajo el reciente gobierno marxista de Samora Machel, líder del Frelimo, que también veía con muy buenos ojos el movimiento de independencia surafricano, Inkatha.

Cosas del *apartheid*

De modo que estaba claro que cualquier alistamiento por nuestra parte nos habría llevado a la perdición, aunque después de las experiencias que había vivido con desertores, unos años antes, en Estados Unidos y Canadá, no las tenía todas conmigo y siempre quedaba la duda de que alguno se viese tentado de cometer tamaña estupidez.

—¿No has visto esas autopistas casi vacías de coches por todo el país? —me preguntaba Franco—. Están divididos en castas —proseguía—; esto es peor que en la India. Primero están los blancos descendientes de bóeres, que se consideran la elite por haber sido los pioneros, luego los ingleses, que les disputan el liderazgo tras vencerlos en la guerra que libraron contra ellos; después vienen los blancos de otros países europeos, entre los que nos incluyen a nosotros, a continuación los mulatos, indios, paquistaníes y demás orientales, y en último lugar los negros, en ese orden. Y entre estos últimos no veas, también hay que echarles de comer aparte con sus perennes disputas.

Yo en eso le daba la razón. En cada bodega del barco trabajaba una colla de negros de la misma etnia. Si en la 1 trabajaban zulúes, en la 2 eran soxas y en la 3 hotentotes o alguna otra etnia. No se avenían a mezclarse entre sí, aunque el idioma y las antiguas costumbres bantú los uniera.

—Los blancos viven en las ciudades y el resto en guetos a diez, quince, veinte kilómetros de la ciudad. En caso de conflicto, esas reservas son objetivo fácil para la artillería y la aviación. Sus habitantes pueden ser eliminados de un plumazo, literalmente.

Yo había observado que los aseos públicos parecían de hotel de cinco estrellas, con una higiene fuera de lo común, con su pastilla de jabón Lux recién puesta, su toalla blanca fragante y suave al tacto, sus grifos relucientes, uno de agua fría, el otro de agua caliente, y hasta ambientador con perfume a rosas. Mientras, al negrito de turno, que salía de la reserva y se ponía en camino para coger el

autobús y se hacía 20 kilómetros por una solitaria autopista para trabajar en la ciudad, no le estaba permitido usar esos aseos públicos.

La realidad era dura, y lo comprobabas, por ejemplo, cuando a las diez de la noche veías a todos los negros correr a la desesperada hacia las estaciones de autobús para no perder el último, o disputarse los taxis para *non-whites* y así no infringir la prohibición de permanecer en la ciudad después de esa hora desprovistos de autorización.

Mientras, los blancos, con su *american way style*, tan elegantes, tan bien alimentados, con sus buenos cochazos en el garaje del jardín, parecían comportarse como si fueran los únicos moradores de aquel paraíso. A uno se le hacía de piedra el corazón, porque lo que veía en los lugares que no estaban habitados por blancos era desolador.

Tras la oleada de autoridades vino Patxi, cuya presencia supuso problemas para el barco. Nos preguntó, sucintamente, qué había pasado en Port Elizabeth y se aseguró de que la fallecida era bien morena, para a continuación informarnos de un cambio total de las previsiones de carga y meternos un gol anunciándonos que debíamos tocar otro puerto, Walvis Bay. Me jodió una barbaridad, porque ya nos quedaba poco espacio libre, y además lo habíamos dispuesto de esa forma para las cargas previstas. Si por él hubiese sido, habríamos metido los apestosos fardos de pieles que teníamos que cargar en El Cabo destinados a La Coruña con el algodón que habíamos cargado en Dar es Salaam para Casablanca y Lisboa. Se fastidió, porque por culpa de sus cambios de última hora hubo que hacer remociones de carga, lo que no resultó nada económico. Aquel algodón no habría soltado el mal olor ni aunque hubiese estado oreándose durante cien años. Lo que se ganaba por un lado, se perdía por el otro.

Luego me largó que, «si podíamos», habría, además de las 200 toneladas de cobre en lingotes a estibar en Walvis Bay para Lisboa, otro cargamento para esta misma ciudad compuesto por coches y

efectos personales de portugueses de Angola que abandonaban el país con urgencia.

Como la carga estaba prevista para el día siguiente, me pasé la tarde y noche repitiendo el mismo cálculo de estabilidad, porque el barco llevaba las bodegas abarrotadas y sólo nos quedaba un pequeño espacio en el entrepuente del 2, por no mencionar la cubertada. Es decir, que toda aquella carga inesperada se estibaría en espacios muy por encima del centro de gravedad, con lo que la pérdida de estabilidad sería notoria. No sólo hice los cálculos varias veces hasta estar completamente seguro, sino que encima tuve que medir todos los espacios libres de cubierta para calcular el número de coches que podríamos cargar.

La estabilidad para la salida no planteaba problemas, pero el cálculo de la llegada a Casablanca era otra cosa, daba muy justo. Le transmití a Tobías mi preocupación. Llegaríamos, pero no podíamos permitirnos demorar el viaje por mal tiempo, o no alcanzar los 12 nudos, que era el promedio de velocidad de crucero del barco.

Miramos los *pilot-charts*, las cartas de las corrientes y los vientos de las distintas zonas por donde pasaríamos. No había nada importante que significara contratiempos para el buque. Al principio nos empujaría la corriente de Benguela, luego vendrían las calmas ecuatoriales, y tan sólo al norte de Cape Palmas encontraríamos algunos vientos de componente oeste, pero nada serio. En 19 días no habría problemas, y en 20 tampoco, pero más no me comprometía a asegurarlo. Lo único cierto era que en caso de necesidad podríamos entrar en Canarias. Tobías, que jamás dejó de tener confianza en mí, sobre todo en casos de esa índole, dijo que lo que hiciera estaría bien hecho. Así que le dimos una pequeña satisfacción a Patxi, a cuenta de nuestra salud, y respondimos afirmativamente a sus requerimientos.

Tampoco contábamos con muchas bazas, porque el fueloil no había más remedio que consumirlo, y en cuanto al veinticinco por ciento de reserva no declarado, no contaba, porque se trataba de un peso que se arrastraba de siempre. El agua dulce habría que

racionarla, pero no por escasez, sino porque al igual que los tanques de consumo, los depósitos en que la transportábamos estaban ubicados muy bajos, y cuanta más agua mayor estabilidad. Respecto de los tanques de lastre, tampoco podíamos contar con ellos, porque había muchas filtraciones a las bodegas.

El agente del barco, quien desde la llegada de éste había estado con nosotros, decidió dejar las malas noticias para el final, y procedió a darnos un plan de los dos cambios de muelle que tendríamos que realizar durante la tarde por problemas del propio puerto y ajenas al barco. Así que cuando puse en la pizarra del portalón que a las 16.00 horas tendríamos maniobra de cambio de muelle, todo el mundo dejó de mirarme con cordialidad. Y cuando una vez terminada la maniobra anuncié nuevo cambio de muelle para las 20.00 horas, casi me fusilan con la mirada. Les había aguado la tarde y tendrían que apresurarse con el poco tiempo libre que les quedaba, porque en Suráfrica comenzaban a trabajar tan temprano como en el norte de Europa, a las seis de la mañana.

Cuando terminó la última maniobra todos salimos de estampía con la sana intención de recuperar el tiempo perdido, a pegarnos unos lingotazos en los *pubs* y buscar compañía donde fuera, y todo contra reloj. Las chicas de color eran las más fáciles de ligar, pero si te descubrían en la calle con una corrías un serio peligro. A un marinero de nuestro barco lo multaron con 200 rands por pasearse con una negra.

Habíamos quedado citados a las diez de la noche en el Cindy's Club, con el segundo oficial y Alan, el chico de los recados de la agencia del barco, que se había comprometido a presentarnos unas amigas. Alan era el hijo bastardo de un inglés con una amante paquistaní. Aunque de estatura había salido al padre, las facciones y el color de la piel eran de la madre. Así que nos contaba que, aunque inscrito como ciudadano de primera clase, estaba harto de los habituales controles de identidad que le hacía la policía por la calle. De noche ni salía, y si hacía una excepción era por deferencia a nosotros.

Llegó puntual a la cita y con algo de prisa nos sacó del local para llevarnos a su coche. Tras conducir durante unos minutos nos adentramos en un barrio poco concurrido y escasamente iluminado. El coche se detuvo frente a un portal a oscuras. La calle, amplia y arbolada, estaba totalmente desierta; tan sólo un par de ventanas de la siguiente manzana aparecían iluminadas, confiriendo un hálito de vida al entorno.

Subimos detrás de Alan hasta el rellano del segundo piso y casi a ciegas, sin encender la luz de la escalera, llamó a una de las puertas, levemente pero con insistencia. Nadie acudió a abrir, pero percibimos movimientos sigilosos al otro lado de la puerta. Nos estaban observando. Alan insistió, nuevamente sin éxito. Empezábamos a inquietarnos.

—Vámonos —susurró el segundo oficial.

Alan le hizo señas de que esperara un poco, casi rozándole la cara con las palmas de las manos. A mí tanto sigilo me tenía alerta, pese a que Alan parecía dominar la situación. Lo único que sabíamos nosotros era que estábamos allí para que nos presentara unas amigas, pero todo aquello estaba resultando un poco extraño.

Volvió a insistir, y en ello estaba cuando la pesada hoja de madera se abrió lentamente revelando en el vano de la puerta la silueta de un enorme negrazo, que entreveíamos gracias al tenue resplandor que se filtraba a través de una cortina que había al fondo del pasillo.

—¿María? —le preguntó Alan tímidamente.

—María ya no vive aquí —respondió el negrazo, tajante.

—Pero si la llamé esta tarde y quedé con ella… —dijo Alan, no sin cierta reserva.

—María ya no vive aquí —repitió más ásperamente el gigantón.

—¡Vámonos, vámonos! —insistió el segundo mientras nos cogía de los brazos.

—Pero… —balbuceó Alan, y el negrazo cerró de un portazo sin darle tiempo a terminar la frase. Nos quedamos plantados sin saber qué hacer ni qué decir, en medio de la oscuridad.

—Ha debido de pensar que erais policías y que intentabais hacerle una encerrona. Otras veces he venido solo y no he tenido problemas —explicó Alan, preocupado por el incidente mientras bajábamos por la escalera.

El asturiano y los travestís

De nuevo en el coche, Alan, que quería quedar bien con nosotros, nos condujo de regreso al centro de la ciudad, donde renacía la vida con las luces de neón y el bullicio del ambiente nocturno de la ciudad. Paró ante un *pub* y nos hizo señas de que le esperáramos dentro del coche. Al cabo de pocos minutos volvió con dos exuberantes rubias con unos vestidos muy ceñidos al cuerpo y generosos escotes. Se colocaron a los lados, apretujándose contra nosotros en el asiento trasero, mientras nos largaban unos besos de presentación. Alan salió zumbando sin decirnos dónde nos llevaba. Estábamos tan entusiasmados con nuestras nuevas amigas que no se nos ocurrió preguntárselo.

No habíamos recorrido ni un par de calles cuando el segundo lanzó un grito tal que del susto pensé que me daría un infarto.

—¡Para, para el coche, cojones, si es un tío! —le gritó a Alan—. ¡Para, cojones! ¡Qué te digo que pares, que es un tío! —insistió sin ninguna conmiseración hacia nuestras acompañantes.

Alan no se mostró muy sorprendido, y en cuanto a mí, a esas horas de la noche no estaba para discutir sobre el sexo de los ángeles y entrar en debates entre filosofías puristas y diatribas moralistas.

—¡Para, cojones, te digo! —volvió a gritar el segundo, angustiosamente esta vez.

Alan no entendía ni el español ni el bable, que era como se expresaba el segundo, un asturiano cerrado de una aldea perdida de los montes, donde, según decía, aún quedaban osos. Sin embargo, no hacía falta entender mucho, pues por el tono de voz que

empleaba, la cuestión estaba clara. Alan puso instintivamente el intermitente y se detuvo junto a la acera. El segundo se apeó como alma que lleva el diablo, sin esperar siquiera a que bajara Susi, la chica que le había tocado en suerte, y se puso a despotricar desde la acera.

—¡Qué es un tío, que le he tocado el paquete!

—¿Y qué, joder? —dije a través de la ventanilla, ya un poco harto de tanta estupidez—. ¿Quieres regresar al barco? —le pregunté, tratando de dar por zanjado el asunto.

—No, no, yo me vuelvo en taxi —respondió mientras se alejaba de nosotros buscando con la mano alzada un taxi entre los coches que pasaban.

—¡Hasta mañana! —Acabé por decirle.

—¿Qué pasa? —preguntaron las chicas a continuación, algo contrariadas, al ver que el segundo se marchaba.

No respondí.

El coche se internó de nuevo por las calles de la ciudad, hasta que nos perdimos con la noche.

DE CIUDAD DEL CABO A LISBOA

El cementerio de los superpetroleros

Cuando doblamos Pelican Point y entramos en la bahía de Walvis Bay, en Namibia, lo primero que nos llamó la atención fue ver fondeados al abrigo de ésta una veintena de gigantescos superpetroleros, perfectamente alineados en batería, que reposaban como adormecidos en aquellas tranquilas y cálidas aguas de la rada. Esperaban flete, y a falta de ello los navieros nórdicos y americanos los tenían aparcados allí.

Contemplar aquellas enormes moles inertes y olvidadas mientras pasábamos lentamente cerca de ellas, y pensar que la más pequeña pasaba de las 150 000 toneladas, daba grima. Eran tantos aquellos barcos y estaban tan juntos que uno no podía evitar sentir que estaba entrando, por primera vez en la vida, en un tétrico cementerio de gigantes marinos.

Las fuertes subidas del precio del barril de petróleo obligaron a una inmediata disminución del consumo y fueron el inicio de la crisis del 73, lo cual provocó un enfriamiento de las economías occidentales. La reducción de costes obligaba a la apertura del canal de Suez, lo que sucedería ese mismo año. Los buques de gran tonelaje constituían un grave problema, en primer lugar porque no hacía falta transportar tanto petróleo, y en segundo porque su calado no permitía el paso del canal cuando regresaban cargados. Después de la selección natural, los que quedaron lo vieron claro y optaron por reducir el calado, bien con barcos de menor porte, más rentables, o con cargamentos incompletos en superpetroleros, modalidad esta que se abandonó pronto por ser poco rentable.

Así que a aquellas formidables moles las pusieron a hibernar, y qué mejor sitio para ello que aquella inmensa bahía, aislada de todo riesgo y situada justo a mitad de recorrido entre los países productores y los consumidores, donde esperaban por si les salía un flete. La entrada en servicio de nuevos barcos de menor porte permitía reducir a menos de la mitad el recorrido de los superpetroleros entre los puertos de Europa y los cargaderos del golfo Pérsico, vía Suez. Ya no hacía falta rodear todo el continente africano. Aquellos mastodontes ya no tenían tanta utilidad.

Masacre de cubanos

Tuvimos que fondear en la rada hasta la mañana siguiente junto a una sorprendente cantidad de pesqueros arrastreros españoles. Aquellas costas estaban bañadas por las aguas que traía la corriente fría de Benguela, y los nutrientes que ésta portaba afloraban sobre la plataforma continental creando unos ricos caladeros de merluza desde Suráfrica hasta Angola, que explicaba la presencia en la zona de una gran flota pesquera, en su mayor parte formada por barcos de nacionalidad española.

Ya de madrugada, cuando todos se habían largado al camastro, me encontraba despatarrado en el comedor, zampándome un bocadillo acompañado de una fresquísima cerveza, cuando me dio por encender la tele. Estaban pasando las últimas noticias en el telediario. Las imágenes que estaba viendo en diferido, y que habían ocurrido hacía sólo unas pocas horas, me llamaban poderosamente la atención. Se veían miembros del ejército surafricano agazapados tras un montículo de arena, con sus cascos camuflados con ramas de arbustos, vigilando con prismáticos y dándose órdenes por radio a través de los enlaces. Esperaban a los soldados cubanos, que avanzaban por territorio namibio próximo a la frontera angoleña. Cientos de cubanos con uniforme de campaña y casco gris camuflado también con ramas, avanzaban fusil en mano, abiertos en

abanico, por las desérticas llanuras namibias sin que se vieran más objetivos militares que unos pocos árboles y unos montículos en la lejanía.

Las cámaras de televisión estaban registrando cada movimiento de ambos bandos. En un momento dado los oficiales surafricanos recibieron órdenes por radio y empezaron a surgir, desde distintos puntos, carros blindados que hasta ese momento habían permanecido totalmente camuflados. Contuvieron el avance de los sorprendidos cubanos y les obligaron a retroceder apresuradamente.

Durante la huida, un cámara situado en el interior de una de las tanquetas grababa indolentemente el tableteo de la ametralladora, que no cesaba de disparar, mientras se veía a los soldados cubanos, unos metros adelante, correr despavoridos y caer uno tras otro bajo el fuego. Parecían muñecos inertes dibujando extrañas piruetas en el aire para caer mortalmente heridos al suelo y allí quedar abandonados de la mano del Creador.

Aquello era una verdadera carnicería. Las tanquetas seguían avanzando y pasaban por encima de los heridos y los muertos. Luego desviaban la dirección del fuego para masacrar a otros muchos cubanos que, hechos un ovillo en el suelo, y cubiertos de arena, angustiosamente optaban por morir acribillados antes que aplastados bajo las cadenas de los blindados.

Se me atragantó el bocadillo pensando que, justo en ese momento, a pocos kilómetros de donde me encontraba, había un desierto cubierto de cadáveres y heridos desangrándose. Sentía tal impotencia ante semejante barbarie que apenas si podía contener la rabia que me envenenaba la sangre.

¿Quiénes enviaban con tal impunidad a aquellos pobres seres humanos al matadero?, me preguntaba inútilmente. Cuba, además del tabaco y el azúcar, no podía exportar otra cosa que sangre cubana, y la Unión Soviética, que no podía comprometerse en una guerra abierta, sacaba provecho de aquella debilidad. Con esa sangre pagaba Castro parte de los suministros que recibía la isla.

A la mañana siguiente, muy temprano, atracamos en el puerto de Walvis Bay. En el muelle aguardaba un tren de mercancías con los vagones repletos de lingotes de cobre. Abrimos la tapa de popa de la bodega 2 y allí, en un pequeño hueco que hicimos remocionando unas cuantas balas de algodón, estibamos la partida de cobre, que venía en enormes lingotes que parecían obuses aplastados y achatados en los extremos. La operación duró lo que un suspiro. La carga estaba preparada y tanto los estibadores como el gruista demostraron ser muy eficaces. Al parecer la mayoría de ellos eran refugiados portugueses huidos de las colonias.

Nos disponíamos a cerrar la bodega cuando se presentó el agente para comunicarnos que a última hora Patxi había dado el visto bueno para otra carga extra, cinco toneladas de plata, que llegaría de un momento a otro.

Nunca había participado en una carga de metales preciosos, por lo que no sabía el follón que se organizaba. Aparecieron de pronto unas furgonetas blindadas con bastante escolta policial. Montaron un tenderete con una gigantesca báscula de precisión y se pusieron a pesar el contenido de cada caja, antes de embarcarla, anotando el peso hasta con cinco decimales. Luego cerraron las cajas a la vista del representante de la carga y de los policías y las reforzaron con numerosos flejes. Aquella carga nos obligaba a prestarle una vigilancia especial, puesto que, antes de llegar a su destino (Italia) tocaríamos otros ocho puertos, y ninguno era de fiar. Tobías estuvo de acuerdo en que selláramos la bodega del 2, para lo cual se procedió a soldar de manera provisoria las bajadas a bodega.

Salimos inmediatamente para Luanda.

Desde la salida de Walvis Bay mi preocupación fue la estabilidad, así que, siguiendo la fórmula aproximada del Brown, todos los días, por la mañana y la tarde, durante la guardia, controlaba el balanceo del barco, el tiempo que tardaba en estar dos veces consecutivas en

la misma posición. El día de la partida había observado que era de 10 segundos.

Penoso retorno a la metrópoli

Al cuarto día llegamos a la capital de Angola, Luanda. Desde los viajes anteriores la situación se había tornado muy peligrosa para los patricios portugueses y angoleños que se habían resistido a abandonar el país. Los militares tomaron nuestro barco y no nos permitieron salir a tierra. Buena parte del país, la capital incluida, estaba bajo control del Frente Nacional para la Liberación de Angola, de Agostinho Neto, de inclinación prosoviética, pero había un frente rebelde abierto más al sur, en la frontera con el África del suroeste, liderado por Savimbi y apoyado por el régimen surafricano. El país se hallaba inmerso en una despiadada guerra civil.

En los muelles había filas kilométricas de todo tipo de coches y camiones que esperaban turno para ser cargados en cualquier barco cuyo destino fuera Portugal. Pero no tenían muchas oportunidades de hacerlo, porque había muy pocos buques fletados para hacer esa ruta, y ello a pesar de la urgente necesidad de las miles de familias que ansiaban abandonar el país. La explanada del muelle estaba atestada de cajas, en las cuales podía leerse, escrita con letras blancas, la leyenda: «Efectos personales». Las más próximas estaban abiertas, pasando el control de las milicias, que revisaban detenidamente su contenido, apartando a bayonetazos lo que pensaban que no podía salir del país. Si los portugueses habían querido ocultar allí divisas u objetos de valor, vieron sus esperanzas frustradas ante aquellos exhaustivos controles. Quienes protestaban eran silenciados de inmediato con serias amenazas: los milicianos los encañonaban con los kaláshnikov, prestos a disparar.

Las rencillas anteriores, que desde tanto tiempo atrás vivían reprimidas entre los nativos, envenenando la sangre de cada uno de éstos, salían ahora a relucir con ánimo de revancha contra el

colonialista portugués. Los pocos justos y los muchos pecadores, todos, sin distinción, habrían de pagarlo con creces. El expolio a que los portugueses habían sometido a sus ricas colonias africanas ni siquiera había beneficiado a la metrópoli, que ahora se veía desbordada por casi un millón de portugueses que en avalancha retornaban apresuradamente al país. Los hoteles de Lisboa, en particular, no daban abasto para acoger a tantos refugiados que lo habían perdido todo. Llegaban con una mano atrás y la otra delante, arruinados y desesperados, pues sus haciendas y enseres habían quedado en las colonias. Se enfrentaban a un futuro incierto y debían empezar de nuevo, partiendo de cero.

Comenzamos a cargar los coches y camiones por el riguroso orden que formaban en las colas. Llenamos la cubierta y las tapas de bodega a tope. Los coches se calzaban entre unos y otros al centímetro. Me preocupaba llevar tanta carga, pues hacía que disminuyese nuestra estabilidad, pero ante las súplicas de los desesperados patricios, que veían que sus coches y enseres se quedaban en el muelle porque el barco ya estaba abarrotado, seleccionamos a última hora los coches más pequeños, en su mayor parte «escarabajo» Volkswagen, cargamos unos cuantos en la cubierta de botes y hasta en la cubierta de la magistral. A medianoche el barco estaba atiborrado de carga y ya no cabía ni un alfiler. Cuando le hice señas al capataz desde el barco, de que la carga estaba completa y no podíamos admitir ni un coche más, se oyó un clamor angustioso, que iba *in crescendo* contagiando la interminable cola como un reguero de lamentos que estremecían la noche. Las familias que esperaban su turno quedaban tiradas en el muelle, entre muestras de desconsuelo y lágrimas de desesperación, a la espera del siguiente barco, que no sabían cuándo llegaría.

Nosotros no pudimos hacer más por ayudar a aquellos desdichados que transgredir los límites de lo que aconsejaba la prudencia.

Una estabilidad de infarto

Lo primero que hice nada más salir de nuevo a la mar fue comprobar el balanceo del barco. Se había hecho más perezoso y ya no eran 10 sino 12 los segundos que duraba. Saltaba a la vista que con semejante cubertada al buque le costaba más enderezarse. Teníamos 18 días de viaje por delante, y estaba muy preocupado. No podía realizar el cálculo con pesos reales, lo que me habría dado más confianza, porque todos los coches y camiones que habíamos embarcado iban llenos de efectos personales, sobre todo maletas, cajas pequeñas, paquetes, atados, etc., y no sabíamos el peso real que transportaba cada uno. Procurando que no me vieran, acabé por llevar el cronómetro en el bolsillo. Era tal la ofuscación que llegué a desconfiar de mi propio «cronometraje mental», con el que no errábamos más de un segundo cada minuto, de la mucha práctica que teníamos.

En cuanto abandonamos el puerto montamos de nuevo la piscina en la popa de la bodega del 2. Esta vez mandé hacerlo con la oculta intención de comprobar el comportamiento del barco con 10 toneladas más de agua en cubierta, y había ordenado que no la vaciasen hasta que así lo indicara personalmente. Como en tantas otras ocasiones habíamos preparado un soporte de maderas y, tras colocar un par de encerados, habíamos llenado el espacio con la manguera de baldeo. A las once me acercaba para darme un chapuzón y, de paso, controlar mentalmente el tiempo que tardaba en desbordarse el agua de nuestra piscina con el lento balanceo del barco. Pasaron 13,14,15 segundos. El cronometraje se había tornado en una continua obsesión. Me estaba volviendo majareta.

Habíamos pasado la altura de Dakar y procedíamos a cabo Blanco, lo que significaba que nos hallábamos a poco menos de tres días de Canarias. Yo no tenía duda de que el buque iba perdiendo estabilidad a medida que consumíamos el contenido de los tanques inferiores de fuel y agua dulce. La verdad es que el brazo de adrizamiento del barco estaba llegando a los mínimos permitidos, y

aquel cascarón se estaba volviendo un gandul, porque se tomaba su tiempo para volver a la vertical. Daba miedo cronometrarlo, y yo habría vendido mi alma al diablo a cambio de que no encontrásemos mala mar y llegáramos felizmente a puerto. El cronómetro se detuvo en 17 segundos, y ahí se quedó.

Con los primeros vientos del norte (los alisios) el tiempo refrescó, lo cual se agradecía, y al cabo de poco tiempo nos olvidamos de los sudores del trópico. Viramos el rumbo un poco al norte para pasar al este de la isla de Gran Canaria y así no pegarnos mucho a la costa sahariana, porque en aquella zona siempre había infinidad de pesqueros faenando. Y es que si te metías en el enjambre de pesqueros, aquello se convertía en un laberinto y no tenías más remedio que maniobrar continuamente; a veces estaban tan juntos que te veías obligado a abrirte mucho del rumbo y perdías demasiado tiempo alejándote de la derrota navegando en zigzag. Así pues, en vez de ir más directos a rumbo de costa describimos un pequeño arco.

A partir de cabo Blanco el viento comenzó a arreciar, saltó marejada de proa y cesó el balanceo. Aquello me intrigó, de modo que varié el rumbo para comprobar el periodo y cronometré reiteradamente 13 segundos. Extrañamente, y para mi sorpresa, la estabilidad había aumentado. Tuve un presentimiento y fui con el contramaestre y el carpintero a sondar el doble fondo del 1. La primera sonda dio máxima altura de agua en el tanque, y la segunda lo corroboró. No cabía duda: con los primeros pantocazos que comenzó a dar el barco, al poco de rebasar las islas Canarias, había saltado la cementada que con tanto esfuerzo habíamos aplicado y el doble fondo volvía a estar inundado.

Faltaba un día y pocas horas para arribar a Casablanca y ya me había despreocupado del balanceo.

Como teníamos previsto llegar a Lisboa para la tercera semana de septiembre, aproveché para recordarle a Tobías que en Portugal me desembarcaría, así que me anticipé con suficiente tiempo para avisar a la compañía. Había embarcado para hacer sólo una vuelta a

África con él, tenía que asistir a un curso de capitán en Cádiz y no podía esperar a conocer nuestro destino tras la descarga en Lisboa. Aquello le sentó a Tobías como una patada en la entrepierna. Se cabreó conmigo. Intentó disuadirme de mil formas, pero no le di el gusto y me mantuve en mis trece.

Un susto de órdago

En principio, al llegar a Casablanca no pensábamos bajar a tierra, porque aparte de que estábamos muy apartados de la ciudad, no había mucha carga y confiábamos en que un día bastase para descargar las 200 toneladas de algodón que traíamos de Dar es Salaam. Eran tiempos de tensas relaciones diplomáticas entre España y Marruecos. Éste se había anexionado zonas del norte del Sahara Occidental (Mauritania ocuparía temporalmente el sur) y mantenía un encarnizado enfrentamiento con el Frente Polisario, el ejército irregular formado por los nacionalistas saharauis, a los que España, inconcebiblemente, había abandonado a su suerte.

Las pacas de algodón las llevábamos en dos entrepuentes. Doscientas toneladas iban marcadas para Casablanca, y otras tantas para Lisboa. Para facilitar la descarga la mitad de cada partida había sido ubicada en los entrepuentes. Yo le había indicado claramente al capataz la separación que debía haber entre una y otra. Además, las letras pintadas en las pacas, prensadas con sólidos flejes, eran perfectamente legibles. En unas venían claramente el nombre del importador y la dirección de Lisboa, y en las otras las señas en Casablanca. El hombre pareció entenderme muy bien, me confié y no lo comprobé. Era la primera vez en mi vida profesional que salía erróneamente una mercancía que no iba para ese puerto, y justo tuvo que ocurrirme en este viaje con Tobías.

De modo que cuando nos dimos cuenta del equívoco, casi toda la carga había salido al muelle y habíamos perdido la jornada. Nadie, ni en tierra ni en el barco, se había apercibido de ello hasta el final.

Vaya suerte que tenía, pensé. Hubo que poner en conocimiento al fletador, que a su vez, en unas horas nada convenientes, tuvo que vérselas con ambos receptores y con los cargadores. Al final se llegó al compromiso de que se descargarían 200 toneladas de algodón sin tener en cuenta las marcas de las pacas. La aduana marroquí no puso ninguna objeción, y la portuguesa, como se vería, tampoco.

El susto había sido mortal. Cuando fui a contárselo a Tobías, le informé de la solución y el problema, en ese orden, así que no le dio mayor importancia. Pero yo estaba muy enfadado, porque bien sabía a quién atribuir esos infortunios. Y, además, como no me cabía la menor duda al respecto, tenía motivos para no culparme y considerarlo un mal menor en aquella sucesión de desgracias. Lo veía todo tan claro que no me quedaba otra escapatoria que irme, a mil millas de distancia de Tobías, allá donde sus influencias negativas no me hicieran efecto. Ése era el objetivo que me había propuesto. Desembarcaría sin dilación; si mi relevo no llegaba a Lisboa, me ponía como tope el primer puerto español que tocáramos.

Cerrados en la niebla

Eran las dos de la mañana y dormía profundamente cuando me despertó la atronadora bocina del barco. Oí una pitada corta, lo que significaba que el barco estaba cayendo a estribor. Salté de la cama y me asomé por el portillo. Estábamos cerrados en niebla, no habría más de un cable de visibilidad, y el espectáculo que tenía delante era sobrecogedor. Una sombra enorme, el casco de un barcarrón, se cruzaba en nuestro trayecto, a pocos metros de la proa. No distinguíamos con nitidez su silueta, sólo una enorme banda negra muy cercana que salía de la oscura bruma y se perdía de nuevo en ella.

Fueron unos segundos de asombro y angustia. Sentía la inercia del barco al inclinarse hacia babor, y tuve la certeza de que toda la caña del timón estaba metida a estribor porque mi cuerpo se

desplazaba hacia el costado opuesto. Así de grave era la situación. En un segundo se vio una blancura mortecina: el barco había encendido todos los focos de cubierta. Respiré. Me vestí rápidamente y subí al puente. Tobías bramaba y no paraba de ir de un lado para otro con unos prismáticos a la mano.

Una gran mancha amarilla llenaba la pantalla del radar. Lo tenían puesto a la mínima escala y con toda la ganancia del equipo metida. Poco después se vio desgajarse de la gran mancha otra mucho menor que parecía un pequeño satélite de un enorme planeta. El barco se alejaba. Aumentamos la escala y el manchón amarillo se contrajo. Aparecieron algunos barcos más en la pantalla, pero por fuera del anillo de las 12 millas. Era una zona de intenso tráfico. Aunque el peligro había pasado, Tobías seguía acordándose de las putas madres de los tripulantes del otro barco. Volvimos a poner rumbo a Lisboa.

Al Viejo le llevó su tiempo calmarse, no apartaba la vista de la pantalla del radar, con la cabeza embutida en el protector de ésta, absorto. Pasaba el tiempo y la niebla no levantaba.

Estaba amargado, le llegaba su hora y no veía manera de que aquella vida acabara. Los acontecimientos se le apilaban como ladrillos sobre la espalda y el peso estaba doblegándolo. Se le veía cansado y deprimido. Ya desde la salida de Walvis Bay, me había vaticinado que a la altura del cabo de San Vicente encontraríamos niebla o temporal. Y encima me invitó a que apostara.

A mí se me había olvidado aquel agorero pronóstico, pero al refrescarme la memoria, repitiéndolo, consiguió hacerme enfadar.

—¿Por qué tienes que pensar siempre así? —le recriminé, dándole a entender que esas actitudes negativas acababan por afectarnos a todos.

—¡Ya verás, ya verás! —se limitó a contestar con cara de fatalidad.

Durante los últimos tres meses la tensión había sido enorme, y todo indicaba que hasta que no dejara la maleta en tierra continuaría así. Muchísimas veces se ansiaba desembarcar durante

un viaje y esa sensación aumentaba cuando se acercaba la hora. Mi ansiedad en esta ocasión era distinta; lo que realmente deseaba era perder de vista al Viejo cuanto antes.

Los pronósticos agoreros del capitán se confirmaron. A la altura del cabo de San Vicente seguíamos navegando por estima, sin detectar tierra en el radar y cerradísimos en niebla. Tobías estaba nervioso, porque el triángulo que había trazado en la carta, en el que estimaba la posición del barco por la velocidad de éste y el tiempo navegado, era muy grande. Aun con ésas sabía con toda seguridad que no nos encontrábamos allí. Según él, estábamos perdidos, ¡y encima esa maldita niebla! Yo ya no soportaba su pesimismo. Le sugerí que nos situáramos con el radiogoniómetro.

—¡Sí, sí, vamos! —exclamó, recogiendo el salvavidas que le lanzaba, y se dirigió como un cohete hacia el aparato.

Las señales de los cabos de San Vicente y Sines se recibían bastante bien y podríamos haber conseguido un buen corte con escaso margen de error, pero Tobías se había empeñado en ponerse los cascos y sintonizar las señales de las estaciones, moviendo el dial endiabladamente. Al cuarto de hora habíamos ennegrecido la carta con trazos inútiles y círculos trazados a lápiz, y seguíamos sin saber dónde estábamos, porque cada situación obtenida distaba mucho de la anterior. Él seguía buscando emisoras (cuantas más mejor), agudizando el oído y pasándome las demoras, y nada coincidía, aquello era un galimatías de rayas y círculos. Que si oigo a Faro, a Caparica, que si ahora se coge muy bien Santa María, que si ahora no se escucha Sines… Era una locura de estaciones de diferentes alcances mientras, con los cascos puestos, él seguía dale que te pego con el dial y yo no paraba de borrar.

Le pedí los auriculares de forma poco ortodoxa. Busqué las dos emisoras más potentes, las únicas fiables de 200 millas de alcance y que se cortaran lo más perpendicularmente posible, y deseché las demás. Y es que aquel sistema tan primitivo e inexacto podía ser eficaz cuando uno se hallaba bien cerca de las estaciones, pero intentarlo a la distancia que calculábamos que estábamos,

mezclando cortes de poco ángulo, era una locura. Y menos mal que había mar llana, porque con temporal y el barco bailando habría resultado aún más difícil. Sólo dos estaciones reunían esas características: San Vicente al este, que me daría la latitud, y Caparica al norte, que me daría la longitud. Borré la carta por completo, pues sólo se prestaba a confusión, y tracé mis demoras. Tomamos aquella situación por buena y rectificamos el rumbo. Tarde o temprano aparecería tierra en la pantalla del radar.

Aparecimos 20 millas más al este de lo que habíamos estimado. La corriente nos había arrastrado hacia la costa portuguesa y todavía teníamos Lisboa a más de 100 millas por la proa. El tráfico de barcos en las proximidades de San Vicente era intenso, pues se trataba del punto de recalada de los que subían y bajaban entre Europa y África, y de los que entraban y salían del Mediterráneo. Tobías seguía pegado al protector de goma de la pantalla del radar. En la oscuridad del puente se veía la silueta rectilínea de este fundida con la masa curvilínea de Tobías. Llevaba toda la noche sin dormir y su aspecto denotaba cansancio.

Llegamos a prácticos, y cuando pasamos por debajo del puente colgante de Lisboa, a pesar del día tristón me sentí contento pensando en el telegrama que habíamos recibido confirmando mi relevo. El equipaje ya estaba preparado.

¡Por fin iba a descansar de Tobías! Aquellos tres meses habían sido demasiado. Había puesto a prueba mis nervios tantas veces que había conseguido que estuviera continuamente en guardia. Permanecer a su lado requería un esfuerzo adicional, y prolongarlo en demasía era un suicidio.

Últimos comentarios sobre Tobías

No volvería a ver a Tobías nunca más.

Sólo una vez pasé por Bilbao y, adrede, no le telefoneé. No quería saber absolutamente nada de él. Era duro pensar así sobre

un compañero y amigo, pero no deseaba que volviera a ejercer su influencia sobre mí ni con el aire que respirara.

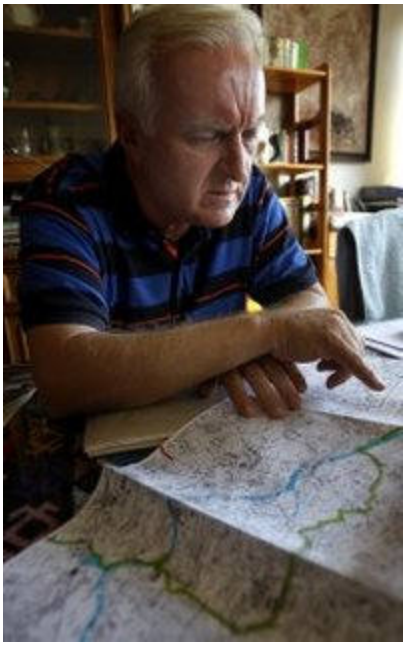
Algún tiempo después coincidí con un tripulante que, casualmente, también lo conocía, y en la conversación salió a relucir el tema. Al evocarlo me estremecí como si me hubieran arrojado agua fría. Él también había navegado con Tobías. Por un instante temí que aquel pobre estuviera contaminado de la «gafería» de Tobías, y sentí lástima de él.

Despertó de nuevo mi interés y le pregunté si sabía qué había sido del Viejo. Supe así que no había tardado mucho en conseguir plaza de capitán en otra compañía española, porque al poco de desembarcar yo había dejado el *Picoblanco* por voluntad propia. Al parecer estaba obsesionado con la idea de que iban a echarlo, y quiso anticiparse.

—Estuvo muy poco tiempo en el *rolon-roloff* —me explicó aquel tripulante—. La compañía lo largó al primer viaje. Detuvieron el barco en Argel. Resulta que el segundo oficial se había equivocado al hacer el manifiesto del barco, en vez de cincuenta mil cigarrillos había puesto un cero de más, y los oficiales de aduana no quisieron admitir las excusas de Tobías. Ellos no se bajaban del burro. En el manifiesto leían quinientos mil cigarrillos y en el sello sólo había cincuenta mil. «Capitán, ¿dónde está el resto?… ¿los ha vendido?… ¿a quién?», contó que le preguntaban, y se lo llevaron a chirona y el barco quedó detenido en puerto. La suma que tuvo que pagar la compañía por la multa impuesta hizo que no se lo pensaran dos veces y lo pusieron de patitas en la calle. Dicen que…

—No me cuentes más, por favor —le rogué.

Sentía pena de mi Viejo.



PEDRO A. MUNAR (Torrepacheco, Murcia, 1948 - Málaga, 2011) se licenció como capitán de la Marina Mercante en la Escuela de Náutica de Cádiz y, durante los años setenta y ochenta, viajó para distintas compañías navieras por todo el mundo. Ha sido director del Centro de Formación en el Colegio de Oficiales de la Marina Mercante y asesor laboral en el Instituto Social de la Marina. Desde 1994 fue inspector de Pesca del Gobierno español.

Munar colaboraba regularmente en publicaciones especializadas, como *Mar*, *Europa Azul* e *Industrias Pesqueras*, entre otras. Asimismo, cursó estudios de violín en el Conservatorio de Música de Cartagena y ha realizado exposiciones fotográficas en el Museo de Bellas Artes de Murcia y otras instituciones.

Índice de contenido

Cubierta

Las horas mangbetú

Cita

LIBRO UNO

EL ARIZONA

El viaje a Bilbao

En tren a París

Montreal

El Arizona

Salvador, el radio

Una historia desgraciada a bordo del Muñatones

Yvette

El primer berrinche de Tobías

Las historias del Viejo

Nueva York

Guy Thelemaque

DE NORTEAMÉRICA A ÁFRICA

El mar de Sargazos

La estacha perdida

Incendio a bordo

Operación «vestidos de señora»
Excursión nocturna a la bodega 2
Las picantes historias de Tobías
Observando las estrellas
Un misterio en mitad del océano

ÁFRICA

Llegada a Bathurst
El trueque de bidones
Un alicantino en Gambia
El affaire de la madera
Un mar de botas tejanas
El taxista
Un hotel sin estrellas
Conakry
Liberia y las banderas piratas
La verga del cocinero
Abidján
Los lavanderos de Takoradi
El mayor lupanar de África occidental
La Ghana Workers Trade Union Association
De Takoradi a Matadi
La neura del cocinero
El rayo verde
El práctico belga del río Congo
El hotel de Matadi

Los polizones
El burdel de Makumba
A latigazo limpio

DE VUELTA A NORTEAMÉRICA
La hora de los antibióticos
Lestón y el Triángulo de las Bermudas
Las Fumarolas de Terranova
Montreal
Nuevo enfado de Tobías
La flotilla de Coney Island
La deserción de Anselmo
Nueva York
De nuevo rumbo a África
Las comunicaciones con el morse
Los cambios de horario
Desembarco

LIBRO DOS

EL PICOBLANCO
4 años, 3 meses y 18 días después
La señora Feli
Las agencias de embarque
Aguardando a tobías
Fiuza, el jefe de máquinas
Málaga y Valencia

El embarque de Tobías
En las Ramblas
Temporal en el golfo de León
El tifón Gilda
Marsella
Tobías y los estibadores marselleses
El Picoblanco en maniobras navales
Génova
La cuenta de la pizzería
En ruta a Port Said
La costa sur de Creta
El canal de Suez
El mar Rojo
Un calor infernal
Serpientes y tiburones
La guerra de los pitillos
EN EL OCÉANO ÍNDICO
La caja de cadenas
Tobías y la navegación
Los senderos del firmamento
Dar es Salaam
La misionera española
La descarga paralizada
Un laberinto plagado de ratas
Dos españolas perdidas

Pequeños hurtos
Durban
Las alcantarillas del barco
Port Elizabeth
La prostituta que murió al caer del barco
Abnormal Waves
Ciudad del Cabo
Encuentro con un cachalote
Voluntarios para Rodesia
Cosas del apartheid
El asturiano y los travestís

DE CIUDAD DEL CABO A LISBOA
El cementerio de los superpetroleros
Masacre de cubanos
Penoso retorno a la metrópoli
Una estabilidad de infarto
Un susto de órdago
Cerrados en la niebla
Últimos comentarios sobre Tobías

Sobre el autor